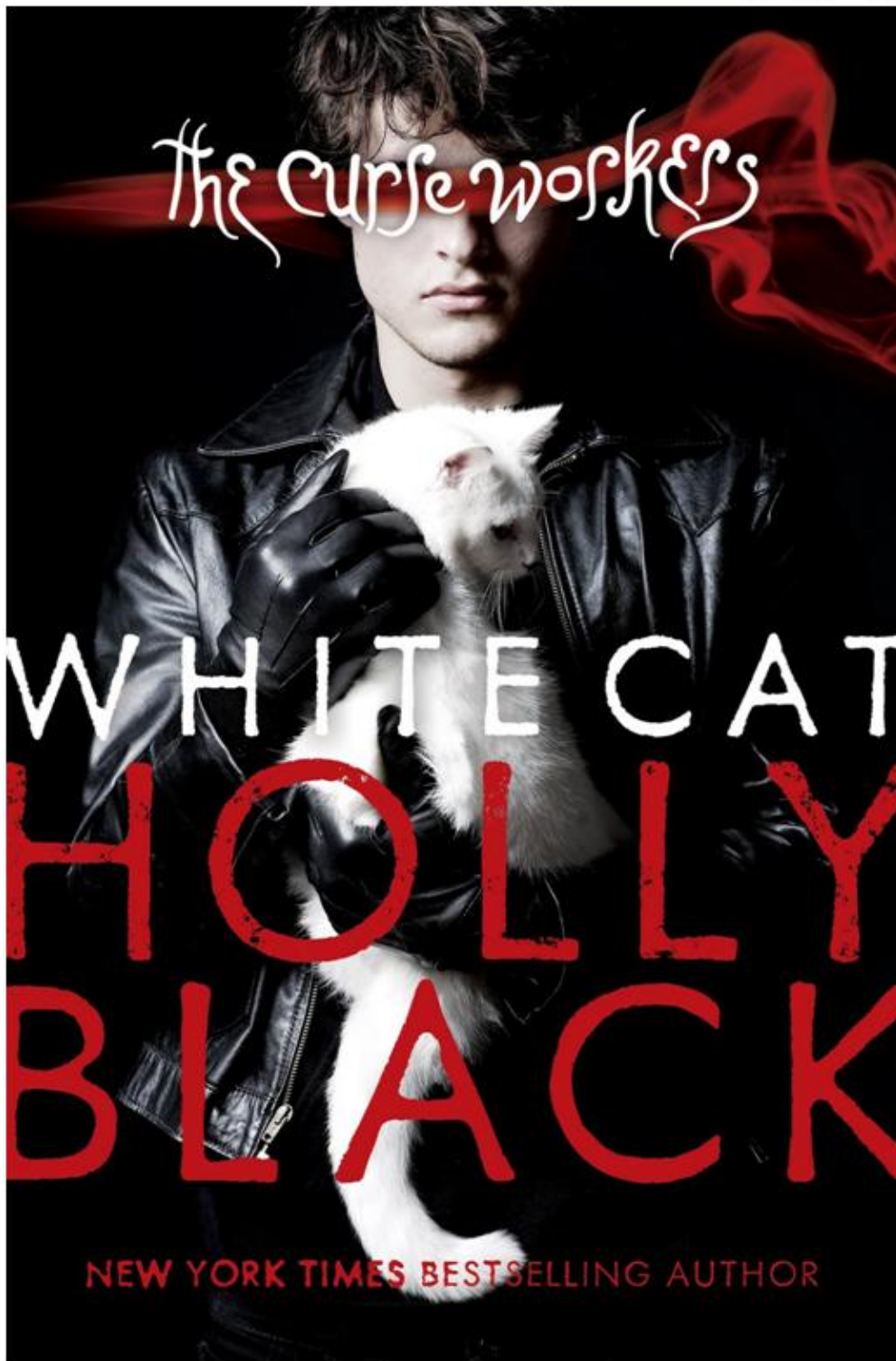


*The Curse Workers*

WHITE CAT



1

*Foro ShadowSide*





## *Sinopsis*

Cassel viene de una familia de trabajadores de hechicería – personas que tienen el poder de cambiar tus emociones, recuerdos, suerte, por el más leve toque de sus manos. Y ya que el trabajo de hechicería es ilegal, todos son gánsteres, o artistas del engaño. Excepto Cassel. Él no tuvo el toque mágico, así que es un extraño, el chico recto en una familia deshonesto. Solo tienes que ignorar un pequeño detalle – él mató a su mejor amiga, Lila, hace tres años.

2

Desde entonces, Cassel ha construido cuidadosamente una fachada de normalidad, mezclándose en la multitud. Pero esta fachada comienza a venirse abajo cuando comienza a caminar dormido, propulsado en la noche por sueños terroríficos sobre un gato blanco que quiere decirle algo. Él también está notando otras cosas alarmantes, incluyendo el extraño comportamiento de sus dos hermanos. Están escondiéndole secretos, envueltos en un misterioso complot. Mientras Cassel comienza a sospechar que es parte de un enorme juego de engaño, también se pregunta qué le ocurrió realmente a Lila. Puede ella aún estar viva? Para descubrir eso, Cassel tendrá que desenmascarar a los estafadores.





Capítulo 1

Traducido por Rihano

ME LEVANTO DESCALZO, de pie sobre las frías baldosas de teja. Mirando vertiginosamente hacia abajo. Sorbo un soplo de aire helado.

Por encima de mí están las estrellas. Por debajo de mí, la estatua de bronce del coronel Wallingford me hace darme cuenta que estoy viendo el patio desde la cima de Smythe Hall, mi dormitorio.

No tengo recuerdos de subir las escaleras hasta la azotea. Ni siquiera sé *cómo* llegué a donde estoy, lo cual es un problema, ya que voy a tener que bajar, idealmente en una forma que no implique morir.

Tambaleándome, permanezco lo más quieto posible. No inhalo muy bruscamente. Para poder sujetarme de la teja con los dedos de los pies.

La noche está tranquila, el tipo de silencio en medio de la noche tranquila que hace que cada respiración nerviosa o evasiva tenga eco. Cuando el contorno negro de los árboles susurra sobre mi cabeza, salto con sorpresa. Mi pie se deslizó sobre algo resbaladizo. Musgo.

Trato de no perder el equilibrio, pero mis piernas se debilitan.

Escarbo por algo para aferrarme mientras mi pecho desnudo golpea sobre la teja. Mi palma golpeó fuerte sobre un pequeño filo intermitente de cobre, pero apenas sentí el dolor. Sacándolo, mi pie encuentra una trampa para nieve, y presiono mis dedos de los





pies contra esto, sujetándome a mí mismo. Me río con alivio, aunque estoy temblando tanto que escalar es impensable.

El frío hace que mis dedos se entumescan. La adrenalina hace que mi cerebro cante.

– Ayuda,– digo en voz baja, y siento la burbuja de risa nerviosa en mi garganta. Me muerdo el interior de la mejilla para aguantarla.

No puedo pedir ayuda. No puedo llamar a nadie. Si lo hago, entonces mi apariencia mantenida cuidadosamente, de que sólo soy un tipo normal va a desaparecer para siempre. El sonambulismo es cosa de niños, extraña y embarazosa.

Mirando por el techo en la penumbra, trato de seguir el patrón de las trampas para nieve, pequeñas piezas triangulares de plástico transparente que previenen que el hielo caiga en una lámina, pequeñas piezas triangulares que nunca fueron concebidas para mantener mi peso. Si puedo lograr acercarme a una ventana, tal vez pueda bajar escalando.

Saqué mi pie, moviéndome tan lentamente como pude y arrastrándome hacia la trampa para nieve más cercana. Mi estómago se raspa contra las tejas, algunas de ellas astilladas y desniveladas debajo de mí. Me paro sobre la primera trampa, luego a otra y a través de una hacia el borde del techo. Allí, jadeante, con las ventanas demasiado lejos debajo de mí y con ningún otro lugar a donde ir, decido que no estoy dispuesto a morir por la vergüenza.

Inhalo tres respiraciones profundas de aire frío y grito.

– ¡Hey! ¡Hey! ¡Ayuda! – La noche absorbe mi voz. Escucho el distante aumento de los motores a lo largo de la autopista, pero nada de las ventanas debajo de mí.

«¡HEY!» El grito esta vez, es gutural, tan fuerte como puedo, lo suficientemente alto que las palabras raspan mi garganta en carne viva–. ¡Ayuda!

Una luz parpadea en una de las habitaciones y veo la presión de palmas contra un panel de vidrio. Un momento después, la ventana se desliza abriéndose–. ¿Hola?, – alguien llama soñolientamente desde abajo. Por un momento su voz me recuerda a otra chica. Una chica muerta.



Estiro mi cabeza al lado y trato de dar mi sonrisa más arrepentida. Para que ella no se asuste-. Aquí arriba, - le digo-. En el techo.

- Oh, Dios mío, - jadeó Justine Moore.

Willow Davis llega a la ventana-. Voy por el encargado de pasillo.

Aprieto mi mejilla contra la teja fría y trato de convencerme de que todo está bien, que no es una maldición, que si sólo espero un poco más, las cosas van a estar bien.

Una multitud se reúne por debajo de mí, saliendo de los dormitorios.

- Salta, - gritó algún imbécil-. ¡Hazlo!

- ¿Señor Sharpe? - Gritó Dean Wharton-. ¡Baje de ahí de una vez, Sr. Sharpe! - Su cabello plateado se para como si hubiese sido electrocutado, y su bata está al revés y mal atada. Toda la escuela puede ver sus calzoncillos apretados.

De pronto me doy cuenta que solo estoy usando boxers. Si él se ve ridículo, yo me veo peor.

- ¡Cassel! - grita la Sra. Noyes-. ¡Cassel, no salte! Sé que las cosas han estado difíciles...

Ella se detuvo allí, como que si no estuviera muy segura de qué decir a continuación. Probablemente está tratando de recordar qué es tan difícil. Tengo buenas notas. Me llevo bien con los demás.

Miro hacia abajo de nuevo. El destello de los teléfonos con cámara. Estudiantes de primer año cuelgan de las ventanas de al lado de Strong House, y los de tercer y cuarto año están de pie alrededor de la hierba en sus pijamas y camisones, aunque los maestros están tratando desesperadamente de llevarlos de regreso adentro.

Doy mi mejor sonrisa-. Queso<sup>1</sup>, - digo en voz baja.

- ¡Baje, Sr. Sharpe, - grita Dean Wharton-. ¡Se lo advierto!

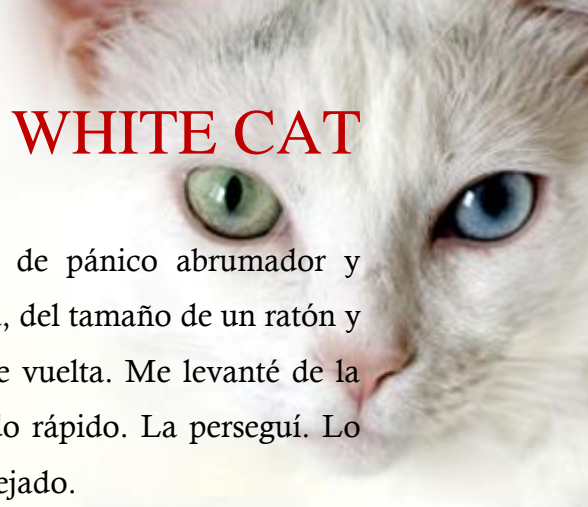
- Estoy bien, Sra. Noyes, - le digo-. No sé cómo llegué hasta aquí. Creo que estaba caminando dormido.

Había soñado con un gato blanco. Que se inclinaba sobre mí, aspirando fuertemente, como si fuera a aspirar el aliento de mis pulmones, pero entonces en su lugar este

---

<sup>1</sup> Cheese, se dice al sacarse una fotografía para sonreír.





arrancó mi lengua. No hubo dolor, sólo una sensación de pánico abrumador y asfixiante. En el sueño mi lengua era una cosa roja retorcida, del tamaño de un ratón y húmeda, que el gato se llevaba en la boca. Yo la quería de vuelta. Me levanté de la cama y la agarré, pero era demasiado estrecho y demasiado rápido. La perseguí. Lo siguiente que recuerdo es que estaba balanceándome en un tejado.

Una sirena gimió en la distancia, más cerca. Mis mejillas dolían de sonreír.

Finalmente, un bombero subió en una escalera para bajarme. Ellos me pusieron una manta alrededor, pero para entonces mis dientes estaban castañeteando tan fuerte que no pude responder a ninguna de sus preguntas. Es como si el gato se hubiera comido mi lengua, después de todo.

La última vez que estuve en la oficina de la directora, mi abuelo estaba allí conmigo para inscribirme en la escuela. Recuerdo que lo miraba vaciar un plato de cristal lleno de mentas en el bolsillo de su chaqueta, mientras que Dean Wharton hablaba acerca del buen joven en el que me convertiría. El plato de cristal entró en el bolsillo opuesto.

Envuelto en una manta, me senté en el sillón de cuero verde y levanté la gasa que cubría mi palma. Un buen joven en efecto.

– ¿Sonambulismo? – dijo Dean Wharton. Iba vestido con un traje marrón de tweed, pero su cabello seguía siendo salvaje. Parado cerca de un estante de enciclopedias obsoletas y golpeando un dedo enguantado sobre sus desmoronados lomos de piel.

Me di cuenta que había un nuevo plato de cristal barato con mentas sobre la mesa. Mi cabeza está bombeando. Ojalá las mentas fueran aspirina.

– Solía caminar dormido, – le digo–. No lo he hecho en mucho tiempo.

El sonambulismo no es del todo infrecuente en los niños, especialmente los varones. Lo busqué en la red después de despertar en la calzada cuando tenía trece años, mis labios azules con el frío, incapaz de sacudirme la extraña sensación de que acababa de regresar de algún lugar que no podía recordar.

Fuera de las ventanas de vidrio emplomado, la salida del sol iluminaba los árboles de oro. La directora, la Sra. Northcutt, se veía hinchada y con los ojos enrojecidos. Está



bebiendo café de una taza con el logotipo de Wallingford y agarrándola con tanta fuerza que el cuero de sus guantes sobre sus nudillos se tensa.

– He oído que ha estado teniendo algunos problemas con su novia, – dice la directora Northcutt.

– No, – le digo–. En absoluto. – Audrey terminó conmigo después de las vacaciones de invierno, cansada de mi cambio de humor. Es imposible tener problemas con una novia que ya no es mía.

La directora se aclara la garganta–. Algunos estudiantes piensan que está corriendo un conjunto de apuestas. ¿Está usted en algún tipo de problema? ¿Debe dinero a alguien?

Miro hacia abajo y trato de no sonreír ante la mención de mi pequeño imperio criminal. Es sólo un poco de falsificación y algunas apuestas. No estoy funcionando con un contexto único, ni siquiera he tomado la sugerencia de mi hermano Philip de que podríamos ser los principales proveedores de la escuela para los menores de edad bebedores. Estoy bastante seguro de que a la directora no le importan las apuestas, pero me alegro de que ella no sepa que las apuestas más populares son en las cuales los profesores están conectados. Northcutt y Wharton son una posibilidad remota, pero eso no impide que la gente ponga dinero por ellos. Sacudo la cabeza.

– ¿Ha experimentado cambios de humor últimamente? – preguntó Dean Wharton.

– No, – le digo.

– ¿Qué pasa con los cambios en el apetito o los patrones de sueño? – Sonaba como si estuviera recitando las palabras de un libro.

– El problema es mi patrón de sueño, – le digo.

– ¿Qué quiere decir? – pregunta la directora Northcutt, de pronto absorta.

– ¡Nada! Sólo que estaba *caminando dormido*, no tratando de matarme. Y si quisiera matarme, no me lanzaría de un techo. Y si me *fuese* a lanzar de un techo, me pondría unos pantalones antes de hacerlo.

La directora toma un sorbo de su taza. Ella relajó su agarre–. Nuestro abogado me aconsejó que, hasta que un médico pueda asegurarnos que nada como esto volverá a



sucedir, no podemos permitirle que se quede en los dormitorios. Es demasiado para un seguro de responsabilidad civil.

Creí que la gente simplemente arrojaría sobre mi un montón de mierda, pero nunca pensé que habría alguna consecuencia real. Pensé que iba a recibir un regaño. Tal vez incluso un par de deméritos. Estoy demasiado aturdido como para decir algo durante un buen rato—. Pero yo no hice nada malo.

Lo cuál es estúpido, por supuesto. Las cosas no le suceden a la gente porque ellos se lo merecen. Además, he hecho un montón de cosas equivocadas.

– Su hermano Philip está viniendo a recogerlo, – dice Dean Wharton. Él y la directora intercambiaron miradas, y la mano de Wharton va inconscientemente a su cuello, donde veo el cable de color y el contorno del amuleto debajo de la camisa blanca.

Lo entiendo. Se preguntan si he estado trabajado. Maldito. No es un secreto tan grande que mi abuelo era un trabajador de muerte para la familia Zacharov. Él tiene tocones ennegrecidos donde solían estar sus dedos para probarlo. Y si leen el periódico, saben acerca de mi madre. No es un gran salto para Wharton y Northcutt culpar de cualquiera y cada una de las rarezas respecto a mí al maldito trabajo.

– No pueden echarme por sonámbulo,– digo poniéndome de pie—. Eso no puede ser legal. Algún tipo de discriminación contra...– dejo de hablar mientras un terror frío se instala en mi estómago, ya que por un momento me pregunto si pude haber sido maldecido. Trato de pensar de nuevo si alguien me rozó con una mano, pero no puedo recordar a nadie tocándome que no estuviera sin duda enguantado.

– No hemos llegado, todavía, a ninguna determinación sobre su futuro aquí en Wallingford.

La directora hojeando a través de algunos de los papeles sobre su escritorio. El decano sirviéndose un café.

– Todavía puedo ser un estudiante de día. – No quiero dormir en una casa vacía o toparme con cualquiera de mis hermanos, pero lo haré. Haré lo que sea que me permita mantener mi vida tal como es.







– Vaya a su dormitorio y empaque algunas cosas. Considérese a sí mismo con licencia médica.

– Sólo hasta que consiga una nota del doctor, – le digo.

Ninguno de los dos me responde, y después de unos instantes me levanto con torpeza, dirigiéndome a la puerta.

No seas demasiado comprensivo. Aquí está la verdad esencial acerca de mí: maté a una chica cuando tenía catorce años. Su nombre era Lila, era mi mejor amiga, y la amaba. La maté de todos modos. Hay mucho del asesinato que parece como un borrón, pero mis hermanos me encontraron de pie junto a su cuerpo con sangre en mis manos y una sonrisa extraña tirando de mi boca. Lo que más recuerdo es la sensación que tuve mirando a Lila, la alegría vertiginosa de haber escapado de algo.

Nadie sabe que soy un asesino, excepto mi familia. Y yo, por supuesto.

No quiero ser esa persona, así que paso la mayor parte de mi tiempo en la escuela fingiendo y mintiendo. Se necesita un gran esfuerzo para fingir algo que no eres. No pienso en la música que me gusta, pienso en la música que debería gustarme. Cuando tuve una novia, traté de convencerla de que era el hombre que ella quería que fuera. Cuando estoy en una multitud, me quedo en la retaguardia hasta que pueda encontrar la manera de hacerlos reír. Por suerte, si hay una cosa que se me da bien, es fingir y mentir.

Te dije que había hecho un montón de cosas equivocadas.

Anduve, aún descalzo, aún envuelto en la manta áspera del bombero, hasta el otro lado del patio iluminado por el sol y hasta mi dormitorio. Sam Yu, mi compañero de habitación, estaba haciéndole el lazo a una corbata delgada alrededor del cuello de una camisa de vestir arrugada cuando pasé por la puerta. Levantó la vista, sorprendido.

– Estoy bien, – le digo con cansancio–. En caso de que fueras a preguntar.

Sam es un apasionado de las películas de terror y adicto a la ciencia ficción, que ha cubierto nuestro dormitorio con máscaras de extraterrestres de ojos saltones y carteles salpicados de violencia. Sus padres quieren que vaya al MIT y de allí a algún trabajo rentable con las farmacéuticas. Él quiere hacer efectos especiales para películas. A





pesar del hechos de que es fornido como un oso y está obsesionado con la sangre falsa, ha sido incapaz de enfrentarse a ellos en la medida que ni siquiera saben que existe un desacuerdo. Me gusta pensar que somos una especie de amigos.

No salimos con mucha de la misma gente, lo cual nos hace más fácilmente ser una especie de amigos.

– No estaba haciendo... lo que creas que estaba haciendo, – le digo–. No quiero morir ni nada.

Sam sonrío y saca sus guantes de Wallingford–. Yo sólo iba a decir que es una buena cosa que no duermas de comando.

Bufé y caí sobre mi catre. El marco chilló en señal de protesta. Sobre la almohada al lado de mi cabeza descansa un nuevo sobre, marcado con un código que me dice que uno del primer año quiere apostar cincuenta dólares a que Victoria Quaroni gana el concurso de talentos. Las probabilidades son astronómicas, pero el dinero me recuerda que alguien va a tener que llevar los libros y pagar mientras estoy fuera.

Sam le pega a la base del estribo ligeramente–. ¿Seguro que estás bien?

Asiento con la cabeza. Sé que debo decirle que me voy a casa, que está a punto de convertirse en uno de esos tipos con suerte con un cuarto para él solo, pero no quiero molestar mi propio frágil sentido de normalidad–. Sólo cansado.

Sam toma su mochila–. Nos vemos en clase, loco.

Levanto la mano vendada a modo de despedida, entonces me detengo–. Hey, espera un segundo.

Con la mano en el picaporte, se voltea.

– Estaba pensando... si me voy. ¿Crees que podrías dejar que la gente siga soltando el dinero aquí?– Me molesta pedirlo, al mismo tiempo me pone en deuda con él y hace exponer todo el verdadero asunto, pero no estoy dispuesto a renunciar a lo único que tengo a mi favor en Wallingford.

Él duda.

– Olvídalo,– le digo–. Finge que nunca...

Él me interrumpe–. ¿Tengo un porcentaje?



– Veinticinco, – le digo–. Veinticinco por ciento. Pero vas a tener que hacer más que recoger el dinero para eso.

Él asiente con la cabeza lentamente–. Sí, está bien.

Sonríó–. Tú eres el tipo más legal que conozco.

– La adulación la consigues en todas partes, – dice Sam–. Salvo, al parecer, un techo.

– Me alegro, – le digo con un gemido. Me bajo de la cama y de la cómoda tomo un par de pantalones limpios del uniforme negro, que irritan.

– Así que ¿por qué te irías? Ellos no te botaron, ¿verdad?

Tiro de los pantalones, volteo mi cara, pero no puedo mantener la inquietud de mi voz–. No. No sé. Déjame ponerte al tanto.

Él asiente con la cabeza–. Muy bien. ¿Qué debo hacer?

– Te daré mi bloc de notas con diferencias de punto, marcas, todo, y solo completarás las apuestas que consigas. – Estoy de pie, tirando de la silla de mi escritorio hacia el armario y saltando en el asiento–. Aquí. – Mis dedos cerca del cuaderno que envolví por encima de la puerta. Lo abro. Otro desde el segundo año todavía está allí, desde cuando el negocio se volvió lo suficientemente grande que ya no podía confiar en mi memoria muy-buena-pero-no-fotográfica.

Sam sonrió a medias. Puedo decir que estaba sorprendido de que nunca se dio cuenta de mi escondite–. Creo que puedo manejar eso.

Las páginas que él está hojeando son los registros de todas las apuestas realizadas desde el comienzo de nuestro tercer año en Wallingford, y las probabilidades de cada una. Las apuestas sobre si el ratón liberado en Stanton Hall sería asesinado por Kevin Brown con su mazo, o por el Dr. Milton con sus trampas cebadas con tocino, o será atrapado por Chaiyawat Terweil con su trampa totalmente humana y llena de lechuga. (Las probabilidades favorecen el mazo.) Sobre si Amanda, Sharone o Courtney sería elegida como la protagonista femenina de *Pippin* y si la iniciativa sería tomada por su suplente. (Courtney lo consiguió; todavía están en los ensayos.) Sobre cuántas veces a la semana «los brownies de nuez sin nuez» serían servidos en la cafetería.



Los verdaderos corredores de apuestas se llevan un porcentaje, basándose en un libro equilibrado para garantizar un beneficio. Al igual que, si alguien pone cinco dólares en una pelea, ellos realmente están poniendo cuatro cincuenta, y los otros cincuenta centavos van al corredor de apuestas. Al corredor de apuestas no le importa quién gane; sino sólo le importa que las posibilidades trabajen para que pueda usar el dinero de los perdedores para pagar a los ganadores. Yo no soy un corredor de apuestas real. Los chicos en Wallingford quieren apostar en cosas tontas, cosas que nunca podrían convertirse en realidad. Tienen dinero para quemar. Así que parte del tiempo calculo las probabilidades de la manera correcta, la forma del verdadero corredor de apuestas, y parte del tiempo calculo las probabilidades a mi manera y sólo espero conseguir embolsar todo en vez de pagar lo que no puedo costear. Puedes decir que soy un jugador también. Tendrías razón.

– Recuerda, – le digo–, sólo efectivo. No se aceptan tarjetas de crédito; ni relojes.

Rodó sus ojos–. ¿En serio me dices que alguien piensa que tienes una máquina de tarjetas de crédito aquí?

– No, – le digo–. Ellos quieren que tomes su tarjeta y compres algo que cueste lo que deben. No lo hagas; parecería como que te robaste su tarjeta, y créeme, eso es lo que ellos le dirán a sus padres.

Sam dudó–. Sí, – dijo finalmente.

– Está bien, – le digo–. Hay una nueva dotación en el escritorio. No te olvides de apuntar todo. – Sé que esto es molesto, pero no puedo decirle que necesito el dinero que gano.

No es fácil ir a una escuela como esta sin dinero. Soy el único de diecisiete años de edad, en Wallingford, sin un coche.

Me muevo hacia él para que me pase el libro.

Justo mientras lo estoy colocándolo en su lugar, alguien golpea la puerta fuertemente, haciendo que casi me caiga. Antes de que pueda decir algo, se abre, y nuestro director de residencia entró. Mirándome como si estuviera medio esperando encontrarme enhebrando una soga.





Salto de la silla—. Solo estaba...

– Gracias por bajar mi bolso, – dice Sam.

– Samuel Yu, – dice el Sr Valerio—. Estoy bastante seguro de que el desayuno se terminó y las clases han comenzado.

– *Apuesto* a que tiene razón, – dijo Sam, con una sonrisa en mi dirección.

Podría engañar a Sam si quisiera. Lo haría sólo de esta manera, pidiendo su ayuda, ofreciéndole una pequeña ganancia al mismo tiempo. Aprovechándolo por un pedazo del efectivo de sus padres. Podría estafar a Sam, pero no lo haré.

De verdad, no lo haré.

Mientras la puerta se cerraba con un clic detrás de Sam, Valerio se volvió hacia mí—. Tu hermano no puede venir hasta mañana por la mañana, así que vas a tener que asistir a clases con el resto de los estudiantes. Todavía estamos discutiendo dónde pasarás la noche.

– Siempre puede atarme a las patas de la cama, – le digo, pero Valerio no encuentra eso muy gracioso.

Mi madre me explicó los fundamentos de la estafa al mismo tiempo que me explicó sobre el trabajo de maldición. Para ella el trabajo de maldición era cómo ella conseguía lo que quería y la estafa era cómo se salía con la suya. No puedo hacer que la gente me ame u odie al instante, como ella lo hacia, volver sus cuerpos contra ellos como lo hace Philip, o llevarme su suerte al igual que mi otro hermano, Barron, pero no hace falta ser un trabajador para ser un artista de la estafa.

Para mí la maldición es una ayuda, pero la estafa lo es todo.

Fue mi madre quien me enseñó que si vas a joder a alguien, con magia e ingenio, o solo ingenio, tienes que conocer el blanco mejor de lo que él se conoce.

Lo primero que tienes que hacer es ganarte su confianza. Encantarlo. Sólo asegúrate de que él piense que es más listo que tú. Entonces tú, o idealmente, tu socio, sugieren el resultado.



Deja que tu blanco obtenga algo por adelantado la primera vez. En los negocios eso es llamado el «convencedor». Cuando sepa que él ya tiene dinero en el bolsillo y puede negarse, ahí es cuando relajará la guardia.

El segundo intento es cuando introduces apuestas más grandes. El gran golpe. Esta es la parte de la que mi madre nunca tuvo que preocuparse. Como un trabajador de la emoción, ella puede hacer que alguien confíe en ella. Pero ella aún tiene que pasar por los pasos, para que después, cuando ellos piensen en esto, no se den cuenta que ella los trabajó.

Después de eso solo esta el arrebatarse y escapar.

Ser un artista del engaño es pensar que eres más inteligente que los demás y que has pensado en todo. Que puedes hacer cualquier cosa. Que puedes engañar a cualquiera. Me gustaría poder decir que no pienso en el engaño cuando trato con la gente, pero la diferencia entre mi madre y yo es que no me engaño a mi mismo.





Capítulo 2

Traducido por Yenan

SÓLO TENGO TIEMPO SUFICIENTE para ponerme el uniforme y correr a la clase de francés, el desayuno se acabó hace mucho. La televisión Wallingford crepita a la vida mientras vuelco mis libros sobre el escritorio. Sadie Flores anuncia en la pantalla que durante el período de las actividades del club de Latín se hará una recaudación para apoyar la construcción de una pequeña gruta al aire libre, y que el equipo de rugby se reunirá dentro del gimnasio. Logro llegar a tropezones a mis clases hasta que realmente me quedo dormido durante historia. Me despierto abruptamente con la baba mojando la manga de mi camisa y el Sr. Lewis preguntando–: ¿En qué año fue puesta en práctica la prohibición, Sr. Sharpe?

– Mil novecientos veintinueve, – murmuro–. Nueve años después comenzó la prohibición. Justo antes de que la bolsa se fuera a pique.

– Muy bien,– dice con tristeza–. ¿Y puede usted decirme por qué el interdicto no ha sido derogado como prohibición?

Limpio mi boca. Mi dolor de cabeza no ha mejorado nada–. Uh, ¿porque el mercado negro abastece a las personas que son trabadores de hechicería de todos modos?

Un par de personas se rieron, pero el Sr. Lewis no era una de ellas. Señala hacia el pizarrón, donde revoltijo de razones están escritas con tiza. Algo acerca de las iniciativas económicas y un acuerdo comercial con la Unión Europea–. Al parecer, usted puede hacer muchas cosas y muy bien, mientras duerme, Sr. Sharpe, pero atender mi clase no parece ser una de ellas.

15



Él consigue risas más grandes. Me quedo despierto durante el resto del período, aunque varias veces me tengo que pinchar con una pluma para hacerlo.

Vuelvo a mi dormitorio y duermo todo el periodo en que debería estar recibiendo ayuda de los profesores en las clases que me cuestan, práctica de atletismo, y la reunión del equipo de debate. Despierto a mitad de la cena, siento el ritmo de mi vida normal retroceder, y no tengo idea de cómo recuperarlo.

La Preparatoria Wallingford se parece mucho a como me lo imaginaba cuando mi hermano Barron trajo a casa el folleto. El césped es menos verde y los edificios son más pequeños, pero la biblioteca es bastante impresionante y todo el mundo usa chaqueta en la cena. Los chicos vienen a Wallingford por dos razones muy diferentes. De cualquier escuela privada esta es su boleto a una universidad de lujo, o fue expulsado de la escuela pública y está utilizando el dinero de sus padres para evitar la escuela para delincuentes juveniles que es su única opción.

Wallingford no es exactamente Choate o La Academia Deerfield, pero estaba dispuesta a aceptarme, incluso con mis lazos con los Zacharov. Barron pensaba que la escuela me daría estructura. Sin una casa desordenada. Sin caos. Lo he hecho demasiado bien. Aquí, mi incapacidad para hacer trabajo de hechicería es realmente una ventaja, la primera vez que he sido bueno en algo. Y sin embargo, veo en mí una inquietante tendencia a buscar todos los problemas que en esta nueva vida pueden faltar. Como correr un grupo de apuestas cuando necesito dinero. Parece que no puedo dejar de trabajar los ángulos.

El salón comedor es de madera con paneles de techos altos, arcos que hacen de nuestro ruido un eco. Las paredes están adornadas con pinturas de importantes directores de la escuela y, por supuesto, Wallingford mismo. Coronel Wallingford, el fundador de la Preparatoria Wallingford, asesinado por los trabajadores de hechicería un año antes de que la prohibición entrara en vigor, se burla de mí desde su marco de oro.

Mis zapatos resuenan en las losas de mármol desgastado, y frunciendo, el ceño las voces a mí alrededor se funden en un solo zumbido que suena en mis oídos.







Caminando por la cocina, mis manos se sienten húmedas, el sudor empapa el algodón de mis guantes mientras abro la puerta.

Miro a mi alrededor para ver de forma automática si Audrey esta aquí. No está, pero no debería haber mirado. Tengo que ignorarla lo suficiente para que ella no piense que me importa, pero no demasiado. Demasiado me llevará lejos también.

Especialmente hoy, cuando estoy tan desorientado.

– Llegas tarde,– dice una de las damas de servicio de alimentos sin levantar la vista mientras limpia el mostrador. Ella se ve más allá de la edad de jubilación, por lo menos tan vieja como mi abuelo, y algunos de sus rizos con permanente han caído a un lado del gorro de plástico–. La cena ha terminado.

– Sí. – Y entonces murmuro–: Lo siento.

– La comida fue guardada. – Ella me mira. Levanta las manos cubiertas de plástico–. Va estar fría.

– Me gusta la comida fría. – Le doy mi mejor sonrisa tímida.

Ella niega con la cabeza–. Me gustan los chicos con buen apetito. Todos ustedes se ven tan flacos, y en las revistas hablan de que están tan muertos de hambre como las chicas.

– Yo no, le digo, – mi estómago gruñe, lo que la hace reír.

– Ve afuera y te voy a traer un plato. Toma unas pocas galletas de la bandeja aquí también. – Ahora que ella ha decidido que soy un pobre niño que necesita alimentarse, parece ser demasiado feliz.

A diferencia de la mayoría de las cafeterías de las escuelas, la comida es buena en Wallingford. Las galletas son oscuras con melaza y picante jengibre. Los espaguetis, cuando los trae, están tibios, pero se puede degustar chorizo en la salsa roja. Mientras absorbo parte de ello con pan, Daneca Wasserman se acerca a la mesa.

– ¿Puedo sentarme?, – pregunta ella.

Echo un vistazo al reloj–. La sala de estudio va a comenzar pronto. – Su maraña de rizos castaños se ve sin cepillar, recogido con una banda de sándalo. Dejo caer la mirada al morral de cáñamo en su cadera, tachonado con botones que dicen PODER



DEL TOFU, ABAJO LA PROPOSICIÓN 2, y DERECHOS DE LOS TRABAJADORES.

- No estabas en el club de debate, – dice ella.
- Sí. – Me siento mal por evitar a Daneca o darle medias respuestas groseras, pero lo he estado haciendo desde que empecé en Wallingford. A pesar de que ella es amiga de Sam, vivir con él hace más difícil evitar a Daneca.
- Mi madre quiere hablar contigo. Dice que lo que hiciste fue un grito de ayuda.
- Lo fue, – digo–. Es por eso que gritaba «¡Ayuuuuuda!» Realmente no me entra lo de la sutileza.

Ella hace un ruido de impaciencia. La familia de Daneca son cofundadores de HEX, el grupo de defensa que quiere hacer el trabajo legal de nuevo, básicamente hay que tomar las leyes en contra de los trabajos en serio, que se pueda hacerlas cumplir de una mejor manera. He visto a su madre en la televisión, es filmada sentada en la oficina de su casa de ladrillo en Princeton, un jardín florido visible a través de la ventana detrás de ella. La Sra. Wasserman habló de cómo, a pesar de las leyes, nadie quería tener a un trabajador de suerte en una boda o un bautizo, y que esa clase de trabajos eran beneficiosos. Habló de cómo se beneficiaron las familias del crimen al evitar que los trabajadores encontraran formas de utilizar sus talentos legalmente. Ella admitió ser un trabajador. Fue un discurso impresionante. Un discurso peligroso.

- Mamá trata con familias de trabajadores todo el tiempo,– dice Daneca–. Enfrenta temas sobre chicos trabajadores.
- Lo sé, Daneca. Mira, no quise unirme a tu club junior HEX el año pasado, y no quiero líos con ese tipo de cosas ahora. No soy un trabajador, y no me importa si tú lo eres. Encuentra a alguien más para contratar o proteger o lo que sea que están tratando de hacer. Y no quiero conocer a tu madre.

Ella duda–. No soy un trabajador. No lo soy. Sólo porque quiero...

- Lo que sea. Te dije que no me importa.



– ¿No te importa que los trabajadores sean detenidos y fusilados en Corea del Sur? Y aquí en los EE.UU. están siendo forzados a lo que es, básicamente, servidumbre por contrato para las familias de delincuentes ¿No te importa nada de eso?

– No, no me importa.

Al otro lado del salón Valerio se dirige hacia mí. Eso es suficiente para hacer a Daneca decidir que no quiere arriesgarse a un demérito por no estar donde se supone que debe estar. Con una mano en el bolso, se aleja con una sola mirada hacia mí. La combinación de decepción y desprecio en esa última mirada duele.

Puse un pedazo grande de pan empapado en salsa en mi boca y la sostuve.

– Felicitaciones. Va a estar durmiendo en su habitación esta noche, Sr. Sharpe.

Asiento, masticando. Tal vez si logro pasar esta noche, van a considerar mi estada aquí.

– Pero quiero que sepas que tengo la perra del Decano Wharton, y ella va a estar durmiendo en el pasillo. Esa perra va a ladrar como el infierno si va a uno de sus paseos de medianoche. Es mejor que no se le vea fuera de su habitación, ni siquiera para ir al baño. ¿Entiende?

Trago—. Sí, señor.

– Mejor regrese y comience con su tarea.

– Está bien – le digo—. Por supuesto. Gracias, señor.

Rara vez camino por el comedor solo. Por encima de los árboles, hojas de verde pálido de los brotes nuevos, los murciélagos zigzagueaban el cielo todavía brillante. El aire está pesado con el olor de la hierba aplastada, intercalada con humo. En algún lugar alguien está quemando el follaje húmedo, medio descompuesto de invierno.

Sam esta sentado en su escritorio, con los auriculares puestos, su enorme espalda hacia la puerta y la cabeza hacia abajo haciendo garabatos en las páginas de su libro de física. Apenas levanta la vista cuando me dejo caer sobre la cama. Tenemos alrededor de tres horas de tarea cada noche, y nuestro periodo de estudio por la noche está a sólo dos horas, así que si quieres tener el receso de las nueve y media no te desmadres, tienes que atiborrarte. No estoy seguro de que la imagen de la chica zombi con los ojos



abiertos mordiendo los sesos del senior<sup>2</sup> gilipollas de James Page sea parte de la tarea de Sam, pero si lo es, su profesor de física es impresionante.

Saco los libros de mi mochila para comenzar con los problemas de trigonometría, pero luego de raspar con el lápiz la página de mi cuaderno, me doy cuenta que no me acuerdo suficientemente bien de la clase para resolver cualquier cosa. Empujo los libros hacia mi almohada, me decido a leer el capítulo que nos asignaron en mitología. Es un poco de la materia familiar olímpica más jodida y protagonizada por Zeus. Su novia embarazada, Sémele, se deja engañar por su esposa, Hera, exigiendo ver a Zeus en toda su gloria divina. A pesar de saber que esto va a matar a Sémele, le muestra la mercancía. Unos minutos más tarde, corta a Dionisio bebé fuera del vientre quemado de Sémele y lo *cose en su propia pierna*. No es de extrañar que Dionisio bebiera todo el tiempo. Acabo de llegar a la parte en que Dionisio es criado como una niña (para mantenerlo oculto a Hera, por supuesto), cuando Kyle golpea contra el marco de la puerta.

- ¿Qué? – dice Sam, quitándose uno de sus audífonos y girando en su silla.
- Teléfono para ti, – dice Kyle, mirando en mi dirección.

Supongo que antes de que todo el mundo tuviera un teléfono celular, la única forma que los estudiantes podían llamar a casa era ahorrando sus centavos y alimentando a la antigua cabina telefónica al final de cada residencia de estudiantes. A pesar de las llamadas ocasionales de medianoche, Wallingford ha dejado a los viejos teléfonos donde estaban. La gente de vez en cuando todavía los utilizan; sobre todo los padres que llaman a alguien cuya batería de celular murió o que no regresan sus mensajes. O mi madre, llamando desde la cárcel.

Recojo el conocido receptor negro y pesado—. ¿Hola?

- Estoy muy decepcionada de ti, – dice mamá—. Esa escuela está haciendo demasiado suave tu cabeza. ¿Qué estabas haciendo en el techo? – Teóricamente mamá no debería ser capaz de llamar a otro teléfono público desde el teléfono público en la cárcel, pero encontró con una manera de evitar eso. En primer lugar pone a mi cuñada a aceptar

---

<sup>2</sup> Último año.





los cargos, entonces Maura puede llamarme por conferencia triple, o a cualquier otra persona que necesite mamá. Abogados. Philip. Barron.

Por supuesto, mamá puede llamar a mi teléfono celular para conferencia triple, pero ella está segura de que todas las conversaciones de teléfonos celulares están siendo escuchadas por algún mirón de la rama espía del gobierno, por lo que trata de evitar el uso de ellos.

– Estoy bien – le digo–. Gracias por checarme. – Su voz me recuerda que Philip va a venir a recogerme por la mañana. Tengo una fantasía breve de él, en la que no se molesta en aparecer y toda la cosa se acaba.

– ¿Checándote? ¡Soy tu madre! ¡Yo debería estar ahí! Es injusto que tenga que estar encerrada mientras estás corriendo en los techos, este es el tipo de problema que nunca tendrías si tuvieras una familia estable, una madre en casa. Eso es lo que le dije al juez. Le dije que si él me alejaba, esto iba a pasar. Bueno, no esto en concreto, pero nadie puede decir que no se lo advertí.

A mamá le gusta hablar. Le gusta hablar tanto que puedes hacer mmm-hmm y tener toda una conversación en la que no dices una palabra. Especialmente ahora, cuando está lo suficientemente lejos, incluso si esta enojada no puede poner la mano sobre la piel de tu brazo y hacerte llorar de remordimiento.

Trabajar las emociones es algo muy poderoso.

– Escucha, – dice–. Te vas a casa con Philip. Estarás entre nuestro tipo de personas, por lo menos. Seguro.

Nuestro tipo de personas. Trabajadores. Sólo que no soy uno. Un no-trabajador en toda mi familia. Tomo el receptor en mi mano–. ¿Estoy en algún tipo de peligro?

– Por supuesto que no. No seas ridículo. Sabes que cuento con una mejor carta. Quiere llevarme en un crucero con él cuando salga de aquí. ¿Qué piensas de eso? Deberías venir. Le diré que eres mi ayudante.

Sonrío. Claro que ella da miedo y es manipuladora, pero me ama–. Esta bien Mamá.

– ¿En serio? Oh, eso será genial, Cariño. Tú sabes que todo esto es tan injusto. No puedo creer que me quisieran alejar de mis bebés cuando más me necesitan. He



hablado con mis abogados, y ellos van a poner todo esto en orden. Les dije que me necesitas. Pero si pudieras escribir una carta, eso me podría ayudar.

Sé que no lo haré-. Tengo que irme, mamá. Es el periodo de estudio. Se supone que no tengo que estar en el teléfono.

- ¡Oh, déjame hablar con ese encargado de pasillo tuyo! ¿Cuál es su nombre? Valerie?

- Valerio.

- Pónmelo al teléfono. Le explicaré todo. Estoy segura de que es un buen hombre.

- Realmente tengo que irme. Tengo tarea.

Oigo su risa, y luego un sonido que sé es su encendedor de cigarrillos. Oigo la inhalación profunda, el leve chasquido de papel quemado-. ¿Por qué? Ya terminaste con ese lugar.

- Si no hago mi tarea, lo haré.

- Cariño, ¿sabes cuál es tu problema? Te tomas todo demasiado en serio. Es porque eres el bebé de la familia. - Me la imagino entrando en esa línea de teorización y apuñalando el aire para dar énfasis, de pie contra la pared de bloques de hormigón pintados de la cárcel.

- Adiós, mamá.

- Quedate con tus hermanos, - dice en voz baja-. Mantente a salvo.

- Adiós, mamá- le digo de nuevo, y cuelgo. Mi pecho se siente apretado.

Me quedo en el pasillo unos momentos más, hasta que se inicia el descanso y todos bajan en fila hasta el salón común en el primer piso.

Rahul Pathak y Jeremy Fletcher Fiske, los otros dos jugadores de fútbol novatos en la casa, me saludan desde el sofá a rayas donde han decidido sentarse. Les devuelvo el saludo, tomo un paquete de chocolate caliente, y lo mezclo en una taza grande de café. Creo que, técnicamente, se supone que el café es para el personal, pero todos lo beben y nadie dice nada.

Cuando me siento, Jeremy hace una mueca-. ¿Tienes el heebeegies?

- Sí, de tu madre- le digo, sin ningún tipo de calor real. HBG es la abreviatura de algún termino largo médico que significa «trabajador» por lo tanto «heebeegies».



– Oh, vamos, – dice él –. En serio, tengo una propuesta para ti. Te necesito para engancharme con alguien que pueda trabajar a mi novia y hacerla muy ardiente por mi. En la fiesta de graduación. Puedo pagar.

– No conozco a nadie así.

– Claro que sí, – dice Jeremy, mirándome de manera constante, como si estuviera tan por debajo de él que no puede entender por qué tiene que tratar de convencerme. Me encantaría ayudar. Para eso estoy–. Ella desplegara sus encantos y todo. Queriendo hacerlo.

Me pregunto cuánto pagaría por ello. No lo suficiente para mantenerme fuera de problemas–. Lo siento. No te puedo ayudar.

Rahul saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y lo empuja hacia a mí.

– Mira, te digo que no puedo hacerlo, – vuelvo a decir–. No puedo, ¿de acuerdo?

– No, no, – dice–. Vi el ratón. Estoy completamente seguro de que se dirigía hacia una de esas trampas de pegamento. Muerto antes de mañana. – Hizo un gesto con su mano rozando a lo largo de la garganta con una sonrisa–. Cincuenta dólares al pegamento.

Jeremy frunce el ceño, como si no estuviera seguro de estar listo para dejar de insistir conmigo, pero que no está seguro de cómo llevar la conversación de nuevo a donde él quiere.

Meto el sobre en mi bolsillo, obligándome a relajarme–. Espero que no– digo rápidamente, recordándome a mí mismo que después de mi regreso a la habitación, voy a hacer a Sam anotar la cantidad y para qué. Será una buena práctica–. Ese ratón es bueno para los negocios.

– Sí, porque lo que deseas es seguir tomando nuestro dinero, – dice Rahul, pero sonrío cuando lo dice.

Me encojo de hombros. No hay una respuesta buena.

– Apuesto a que mastica uno de sus pies y se escapa, – dice Jeremy–. Esa cosa es un sobreviviente.

– Entonces *apuesta*, Jeremy, – dice Rahul–. Hazlo.



– No tengo, – dice Jeremy, dando vuelta a los bolsillos de sus pantalones al revés con un gesto exagerado.

Rahul se ríe-. Yo te cubro.

El moca me quema la garganta. Estoy odiando todo lo relacionado con esta conversación-. Si se necesita, Sam va a estar al cuidado de las cosas por mí.

Detienen su negociación, y miran al otro lado de la habitación a Sam. Está sentado en la mesa delante de un montón de papel cuadriculado, pintando una figura de plomo. Junto a él, Jill Pearson-White le habla con una extraña cara y hace bombas con sus puños en el aire.

– ¿Le confías a él nuestro dinero? – pregunta Rahul.

– Confío en él, – le digo-. Y tú confías en mí.

– ¿Estás seguro de que todavía podemos confiar en ti? Eso fue un serio tipo de comportamiento de *alguien volando sobre el Nido Del Chiflado* anoche. – La nueva novia de Jeremy está en el club de drama, y eso se nota en la referencia a la película-. ¿Y ahora te vas lejos por un tiempo?

Incluso con el café corriendo por mis venas y la larga siesta de esta tarde, estoy cansado. Y estoy harto de explicar sobre el sonambulismo. Nadie me cree de todos modos-. Eso es personal, – digo, y después toco la parte del sobre que sale de mi bolsillo-. Esto es profesional.

Esa noche, acostado en la oscuridad y mirando hacia el techo, no estoy seguro de que el azúcar y la cafeína que he tragado sean suficientes. No hay forma de que me deje nuevamente alguna vez estar sonámbulo en Wallingford, por lo que no quiero arriesgarme a quedarme dormido. Puedo oír el perro fuera de la puerta, sus uñas de los pies haciendo clic a través de los tablones de madera del pasillo antes de que se siente en un nuevo terreno con un golpe suave.

Sigo pensando en Philip. No dejo de pensar acerca de cómo, a diferencia de Barron, no me ha mirado a los ojos desde que tenía catorce años. Ni siquiera me deja jugar con su hijo. Ahora voy a tener que permanecer en una casa con él hasta que pueda resolver mi camino de regreso a la escuela.







– Oye, – dice Sam desde la otra cama–. Me estás asustando, mirando el techo así. Te ves muerto. Sin pestañear.

– Estoy parpadeando. – Mantuve mi voz baja–. No quiero quedarme dormido. Él agita sus cobijas, dando vuelta a su lado–. ¿Por qué? Tienes miedo que vayas a...

– Sí, – le digo.

– Oh. – Me alegro de no poder ver su expresión en la oscuridad.

– ¿Qué pasa si tu hiciste algo tan terrible que no quieres hacerle frente a cualquier persona que sepa algo al respecto? – Mi voz es tan suave que ni siquiera estoy seguro de que me pueda escuchar. No sé lo que me hizo decirlo. Nunca hablaba de cosas así, y ciertamente no con Sam.

– *¿Trataste de matarte?*

Supongo que lo debería haber visto venir, pero no lo hice –. No, – le digo–. Honestamente.

Me lo imagino pesando posibles respuestas, y me gustaría poder retomar la pregunta–. Muy bien. Esta cosa terrible. ¿Por qué lo hiciste? – Pregunta por último.

– No lo sabes, – le digo.

– Eso no tiene sentido. ¿Cómo no vas a saberlo? – La forma en que estamos hablando me recuerda a uno de los juegos de Sam. *Se llega a una encrucijada y hay un pequeño camino sinuoso hacia las montañas. Y otro camino ancho, se repite en dirección a la ciudad. ¿Hacia dónde irías?* Como si fuese un personaje que él trata de jugar y no le gustan las reglas–.

Simplemente no lo sabes. Esa es la peor parte. No es algo que quieres creer que hiciste alguna vez. Pero lo hiciste. – Tampoco me gustan las reglas.

Sam se inclina hacia atrás sobre la almohada–. Supongo que empezaría con eso. Debe haber una razón. Si no entiendes el por qué, probablemente lo harás de nuevo.

Miro para arriba en la oscuridad y deseo no estar tan cansado–. Es difícil ser una buena persona, – le digo–. Porque ya sé que no lo soy.

– A veces, – dice Sam–, No puedo decir cuándo estás mintiendo.

– Yo nunca miento, – miento.



\*\*\*

Después de no dormir toda la noche, estoy bastante aturdido por la mañana. Cuando Valerio golpea la puerta, le respondo, recién salido de una ducha de agua fría que me despertó lo suficiente como para ponerme algo de ropa. Se ve aliviado de encontrarme con vida y en mi habitación. Junto a Valerio está mi hermano Philip. Sus caras gafas de sol son empujadas hacia arriba en su cabello peinado hacia atrás, y un reloj de oro destella en su muñeca. La piel bronceada de Philip le hace ver los dientes más blancos cuando sonrío.

– Sr. Sharpe, la junta directiva habló con el equipo legal de la escuela, y quieren comunicarle que si usted quiere regresar a la escuela, tiene que ser evaluado por un médico, y que el médico debe ser capaz de asegurar a la escuela que nada como el incidente que tuvo lugar anteayer por la noche volverá a suceder. ¿Me entiende?

Abro la boca para decirle que lo hare, pero la mano enguantada de mi hermano en mi brazo me detiene.

– ¿Estás listo? – Philip pregunta a la ligera, sin dejar de sonreír.

Sacudo la cabeza, señalando a mí alrededor la falta de algún bolso, libros dispersos, la cama deshecha. Sí, claro, Philip finalmente ha aparecido, pero sería agradable si él me preguntara si estoy bien. Estuve a punto de caer de un tejado. Es evidente que algo está mal conmigo.

– ¿Necesitas ayuda? – Ofrece Philip, y me pregunto si Valerio notó el tono de su voz. En la familia Sharpe lo peor que puedes hacer es ser vulnerable frente a una blanco. Y todos los que no somos nosotros son un blanco.

– Estoy bien, – digo, agarrando una bolsa de lona del armario.

Philip se voltea hacia Valerio–. Realmente aprecio que cuidara de mi hermano.

Esto sorprende al encargado de pasillo que, por un momento, no parece saber qué decir. Supongo que poca gente considera llamar a los bomberos voluntarios locales



para sacar a un niño de un techo como gran cuidado-. Nos sorprendió a todos cuando...

- Lo importante, - Philip interrumpe sin problemas-, es que él está bien.

Ruedo mis ojos mientras meto cosas en la bolsa, ropa sucia, iPod, libros, cosas de tarea, mi gato de cristal, una unidad flash donde guardo todos mis informes, y trato de ignorar la conversación. Voy pasar fuera un par de días. No necesito mucho.

En el camino hacia el coche, Philip se dirige a mí-. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

Me encojo de hombros, ofendido, a pesar de mí mismo-. Pensé que se me había pasado.

Philip saca su llavero y presiona el mando a distancia para desbloquear su Mercedes. Me deslizo en el lado del pasajero, quitando los vasos de café del asiento y en la alfombra del piso, donde copias impresas arrugadas de MapQuest absorben cualquier líquido derramado.

- Espero que sea el sonambulismo, - dice Philip-, ya que, obviamente no se te pasó lo estúpido.



## Capítulo 3

Traducido por Lilith

EMPUJO LAS COLES DE BRUSELAS alrededor de mi plato y escucho gritar a mi sobrino en su silla alta hasta que Maura, esposa de Philip, le da algo congelado de plástico para morder. La piel alrededor de los ojos de Maura está oscura como un moretón. A los veintiún años, se ve vieja.

– Puse unas mantas en el sofá cama del despacho, – dice. Detrás de ella están unos gabinetes salpicados de grasa y papel laminado esparcidos por el mostrador. Quiero decirle que no es necesario que se preocupe por mí encima de todo lo demás.

– Gracias – digo en su lugar, debido a que las mantas ya están en la oficina y no quiero mover el barco de la hospitalidad de Philip pareciendo desagradecido. Por ejemplo, quiero señalar que la cocina es muy caliente, casi asfixiante. Me recuerda los días de fiesta, cuando el horno estaba encendido todo el día. Y eso me hace pensar en nuestro padre sentado a la mesa, fumando cigarros largos y delgados que amarillaron sus dedos, mientras el pavo se cocinaba. A veces, en los días malos, cuando realmente lo extraño, voy a comprar cigarros y los quemo en un cenicero.

Ahora, sin embargo, lo único que echo de menos es Wallingford y la persona que finjo ser cuando estaba allí.

– El abuelo viene mañana, – dice Philip–. Él quiere que vayas a la vieja casa y le ayudes a limpiarla a fondo. Dice que lo quiere todo arreglado para mamá, cuando ella salga.

– No creo que eso sea lo que *ella* quiere, – digo–. No le gusta que la gente desordene sus cosas.



Suspira-. Díselo a él.

- No quiero ir - le digo. Philip se refiere a la casa donde crecimos, es un lugar grande y viejo lleno de muchas cosas que nuestros padres acumularon. No hay venta de garaje que se quedara sin ser saqueada cuando ellos viajaban por el país cada verano, mientras los niños nos quedábamos en Pine Barrens con el abuelo. En el tiempo que papa murió, la basura se amontonó por lo que había túneles en lugar de habitaciones.

- Entonces no lo hagas, - dice Philip, y por un momento realmente creo que me va a mirar a los ojos, pero se dirige a mi cuello en su lugar-. Mamá puede cuidar de sí misma. Siempre lo ha hecho. Dudo incluso que vuelva a ese basurero cuando termine su sentencia.

Mamá y Philip han estado alejados desde el juicio, cuando él de mala gana intimidó a testigos para ayudar a su defensa. Philip es un trabajador físico, un cuerpo trabajado, que puede romperte una pierna con el roce de su dedo meñique. No creo que perdona a mamá por haber sido declarada culpable a pesar de él.

Además, de que el retroceso lo puso muy enfermo.

Suspiro. Lo que no dice es que me tengo que ir con el abuelo. Dudo mucho que Philip este pensando en dejar que me quede-. Puedes decirle al abuelo que solo seré su esclavo hasta que vuelva a la escuela. Y eso tomará una semana, a lo sumo.

- Díselo tu mismo, - dice Philip.

Maura cruza los brazos sobre su pecho. Es tan extraño ver sus manos desnudas que me da vergüenza. Mamá odiaba los guantes en casa, ella decía que las familias tenían que confiar unos en otros. Supongo que Philip cree esto también. O algo así.

Es diferente cuando las manos pertenecen a alguien al que no estoy relacionado, incluso si ella es mi cuñada. Trato y fuerzo la mirada a su clavícula.

- No le dejes intimidarte para permanecer en ese lugar espeluznante, - me dice Maura.  
- ¡Solíamos vivir allí! - Philip se levanta y toma una cerveza de la nevera-. De todos modos, no soy el que le dice que vaya. - Quita la tapa, toma un trago largo, y se desabrocha el cuello de su camisa blanca. Veo el collar de cicatrices, donde su creador cortó el cuello para simbolizar la muerte de la vida anterior de Philip, y entonces llenó



la herida con ceniza hasta que esto cicatrizara en una larga línea, hinchada. Se ve como un gusano de color piel enrollado por encima de la clavícula. Todos los trabajadores, los jefes de la delincuencia menor, los tienen. Al igual que una rosa sobre el corazón demuestra que eres uno de los *bratva* en Rusia, o como un *yakuza* que inserta perlas bajo la piel de su pene por cada año en la cárcel. Philip consiguió sus cicatrices tres años atrás, ahora todo lo que tiene que hacer para ver a la gente estremecerse es aflojar su cuello.

Yo no me estremezco.

Las seis grandes familias de trabajadores llegaron todas al poder de la Costa Este en los años treinta y han permanecido así desde entonces. Nonomura. Goldbloom. Volpe. Rice. Brennan. Zacharov. Ellos controlan todo, desde los encantos baratos y probablemente falsifican los encantos que cuelgan cerca de los encendedores en los mostradores de tiendas de veinticuatro horas, para los lectores de cartas del tarot en los centros comerciales que ofrecen las maldiciones por un poco más de veinte dólares adicionales, asaltar y asesinar es hecho para aquellos que pueden pagar y saben a quién pagar. Y mi hermano es a quien la gente paga, al igual que lo fue mi abuelo.

Maura aleja su mirada, mira distraídamente por la ventana al tramo casi muerto de hierba fuera de la vivienda—. ¿Oyes la música? En el exterior.

— Cassel quiere quedarse en la vieja casa, — dice Philip con una mirada rápida, reprimiendo mirar en mi dirección—. Y no hay música, Maura. No hay música, ¿de acuerdo?

Maura tararea un poco cuando comienza a recoger los platos.

— ¿Estás bien? — Le pregunto.

— Está bien, — dice Philip—. Está cansada. Simplemente está cansada.

— Voy a ir a hacer mi tarea, — digo, y cuando ninguno de ellos me detiene, subo las escaleras a la oficina de Philip en el desván. El sofá está hecho con sábanas nuevas, y las mantas que prometió se amontonan a un extremo, recién lavadas por lo que huelen a detergente de lavandería. Sentado en la silla de cuero frente al escritorio, la hago girar y enciendo el ordenador.





La pantalla parpadea a la vida, revelando una pantalla de fondo llena de carpetas. Abro una ventana de internet y compruebo mi correo electrónico. Audrey me ha enviado un mensaje.

Hago clic tan rápido que se abre dos veces.

– Preocupada por ti, – se lee. Eso es todo. Ni siquiera escribió su nombre.

Conocí a Audrey al inicio del primer año. Por lo general se sentaba en el muro de cemento del estacionamiento en el almuerzo, tomando café y leyendo viejos libros de bolsillo de Tanith Lee<sup>3</sup>. Un tiempo fue, *No Muerde el sol*. También lo había leído, Lila me lo había prestado. Le dije que me gustó más *Sabella*.

– Eso es porque eres un romántico, – dijo—. Los chicos son románticos— no, en realidad. Las chicas son pragmáticas.

– Eso no es cierto, – le dije, pero a veces, después de que comenzamos a salir, me pregunté si ella tenía razón.

Tardo veinte minutos en responderle—. Por la semana en casa. Mirando con interés un montón de televisión durante el día. – Espero que transmita la cantidad correcta de despreocupación. Ciertamente tomó el tiempo suficiente para fingir.

Por último, pulsé enviar y gimo, sintiéndome estúpido una vez más.

La mayor parte del resto de mi correo electrónico que no es spam son enlaces al vídeo de mí adherido a la azotea de Smythe<sup>4</sup> que alguien ya ha subido a YouTube, y algunos mensajes de los maestros, dándome las tareas de la semana. Considero esto último como una señal de que no todo está perdido en términos de regresar a Wallingford, a pesar del pasado. Todavía tengo la tarea de la noche anterior por terminar también, pero antes de empezar, quiero saber cómo voy a convencer a la escuela de olvidar todo el incidente en el techo. Después de un poco de búsqueda en Google, encuentro dos especialistas del sueño a una hora de camino. Imprimo ambas direcciones y guardo tantos logos como archivos JPG en mi memoria flash. Es un comienzo. Doy por

---

<sup>3</sup> Escritora británica de fantasía, ciencia ficción y horror.

<sup>4</sup> Smythe Elementary School.





sentado que ningún médico va a poner su reputación en línea para garantizar que no estaré sonámbulo de nuevo, pero puedo encontrar una forma de evitar eso.

Me siento muy arrogante, así que decido escabullirme del plan de limpieza del abuelo.

Llamo al celular de Barron. Él responde al segundo toque, suena sin aliento.

– ¿Estás ocupado? – Pregunto.

– No demasiado ocupado para mi hermano que casi se fue en picada. Así que, ¿qué ocurrió?

– Tuve un sueño extraño y comencé a caminar dormido otra vez. No fue nada, pero ahora me tengo que quedar a merced de Philip hasta que la escuela se de cuenta que no voy a matarme. – Suspiro. Barron y yo estábamos distanciados cuando éramos niños, pero ahora es prácticamente la única persona en mi familia con la que puedo hablar.

– ¿Philip te está cabreando?, – Dice Barron.

– Vamos a ponerlo de esta manera: Si me quedo aquí el tiempo suficiente, voy a matarme.

– Lo importante es que estás bien, – dice Barron, lo cual es agradable, y protector.

– ¿Puedo quedarme contigo? – Pregunto. Barron está en Princeton, estudia leyes, lo que es muy gracioso porque él es un mentiroso compulsivo. Es la clase de mentiroso que olvida por completo lo que te dijo la última vez, pero cree en cada mentira con tal convicción que a veces puede convencerte de ello. No creo que vaya a durar ni medio minuto en la corte antes de que invente algo escandaloso sobre su cliente.

– Tendría que preguntarle a mi compañera de piso, – dice–. Ella está saliendo con este embajador, y siempre le envía un coche para llevarla a Nueva York. Puede ser que no desee más estrés.

Sí, claro–. Bueno, si ella no esta allí mucho, tal vez no le importe. De lo contrario, tal vez pueda hacer algo de auto-stop. – Fanfarroneo–. Siempre está la parada de autobús.

– ¿Por qué no te quedas con Philip?

– El abuelo le encargó que yo fuera para limpiar la vieja casa. Él no ha dicho que sí, pero no creo que me quiera aquí.

– No seas paranoico, – dice Barron–. Philip te quiere allí. Por supuesto que sí.







Philip hubiera querido a Barron.

Cuando tenía unos siete años, solía seguir a Philip de unos trece años de edad, por la casa, fingiendo que éramos superhéroes. Él era el héroe principal y yo era su compañero, el Robin de Batman. Seguía fingiendo estar en problemas para que pudiera venir y salvarme. Cuando estaba en el viejo cajón de arena, esto era un reloj de arena gigante que me asfixiaba. Cuando estaba en la agujereada piscina del bebé era perseguido por tiburones. Me gustaba llamarlo y llamarlo a él, pero siempre era Barron, quien finalmente venía.

Él ya era el verdadero compañero de Philip a los diez, bueno para cuidar de las cosas para las que Philip estaba demasiado ocupado. Como yo. Pasé la mayor parte de mi infancia celoso de Barron. Quería ser él, y me molestaba que consiguiera ser el primero.

Eso fue antes de que me diera cuenta que nunca iba a ser él.

– Tal vez sólo podría ir por unos días – digo.

– Claro, claro, – dice, pero no es un compromiso. Esto es una evasiva–. Entonces, dime cual era este loco sueño que tuviste. ¿Qué te hizo subir a la azotea?

Resoplo–. Un gato robó mi lengua y quería recuperarla.

Se ríe–. Tu cerebro es un lugar oscuro. La próxima vez, deja ir a la lengua, chico.

No me gusta ser llamado chico, pero no quiero discutir.

Nos despedimos y conecto mi teléfono al cargador y lo ajusto a la pared. Envío por correo electrónico las tareas completas.

He empezado a abrir carpetas al azar en el ordenador de Philip cuando Maura llega a la puerta. Hay un montón de fotos de chicas desnudas acostadas de espalda, quitándose guantes de terciopelo. Chicas tocando sus pechos desnudos con las manos escandalosamente desnudas. Cierro la evidente foto mal archivada de un hombre en pantalones estrafalario llevando un pendiente de diamantes gigante. Como las cosas escandalosas van, todo esto es muy manso.

– Ten. – Sostiene una taza que huele como a té de menta. Sus ojos no enfocan los míos, y dos pastillas descansan en su palma–. Philip me dijo que te las diera.



– ¿Qué son?

– Te ayudarán a descansar.

Tomo las pastillas y un trago de té.

– ¿Qué pasa con ustedes dos?, – Pregunta–. Él actúa tan extraño cuando estás aquí.

– Nada, – le digo, porque me agrada Maura. No quiero decirle que Philip probablemente no me quiera solo en la casa con ella o con su hijo a causa de Lila. Philip vio mi cara, vio la sangre, se deshizo del cuerpo. Si yo fuera él, tampoco me querría aquí tampoco.

\*\*\*\*

Me despierto en medio de la noche con una furiosa necesidad de orinar. Mi cabeza se siente confusa, y al principio apenas noto voces en la planta baja cuando bajo tambaleándome por el pasillo alfombrado. Hago pis, luego, paso a enjuagarme. Me detengo con la mano en la cadena.

– ¿Qué estás haciendo aquí? – está preguntando Philip.

– Vine tan pronto como escuché – la voz del abuelo es inconfundible. Vive en un pequeño pueblo llamado Carney, en Pine Barrens, y ha tomado el vestigio de un acento allí, o es el vestigio de un viejo acento de una edad posterior. Carney es como un cementerio donde todo el mundo ya es dueño de sus terrenos y han construido casas sobre estos. Prácticamente nadie en la ciudad no es un trabajador, y muy pocos de los trabajadores tienen menos de sesenta, es a donde van a morir.

– Estamos cuidando bien de él. – Por un momento estoy despejándome, tratando de averiguar si estoy oyendo bien. Barron está en la planta baja. No puedo entender por qué no me dijo que iba a venir. Mamá solía decir que él y Philip me escondían cosas porque era el más joven, pero sabía que era porque eran trabajadores y yo no. Incluso el abuelo no venía arriba para añadirme a su pequeña conferencia.

Puede ser que sea un miembro de la familia, pero siempre voy a ser un extraño.



Asesinar a alguien no ayudó, aunque, desde cierta perspectiva, se podría pensar que pudo hacerlo. Por lo menos demostré que era capaz de ser un criminal.

– El chico necesita a alguien para vigilarlo, – dice el abuelo–. Algo que mantenga sus manos ocupadas.

– Necesita un descanso, – dice Barron–. Además, aun no sabemos ni lo que pasó. ¿Qué pasa si alguien estaba detrás de él? ¿Qué pasa si Zacharov se enteró de lo que le sucedido a Lila? Él todavía está buscando a su hija.

El pensamiento hace que mi sangre se hiele.

Alguien resopla. Me imagino que es Philip, pero luego el abuelo dice–. Y se supone que debe estar a salvo con ustedes dos payasos?

– Sí, – dice Philip–. Lo hemos mantenido a salvo por largo tiempo.

Me acerco a las escaleras, en cuclillas sobre el balcón de la sala de estar. Todos deben estar en la cocina, ya que puedo oírlos muy claramente. Estoy listo para ir allí y decirles que los he escuchado claramente. Voy a forzarlos a involucrarme.

– Tal vez tu no tengas tiempo para preocuparte por tu hermano, teniendo en cuenta lo mucho que debes preocuparte por tu esposa. Crees que no lo sé? Y *no* deberías estarla trabajando.

Me detengo, el pie sobre el primer escalón alfombrado. La Trabaja a ella?

– Deja a Maura fuera de esto, – dice Philip–. Nunca te agradó.

– Muy bien – dice el abuelo–. De ningún modo me preocupa como controlas tu casa. Ya verás muy pronto. Creo que tienes las manos ocupadas.

– Él no quiere ir contigo, – dice Philip. Estoy sorprendido, Philip realmente odia que el abuelo le diga qué hacer o Barron le convenció de dejarme quedar después de todo.

– ¿Qué pasa si Cassel subió a esa azotea a causa de que realmente quería saltar? Piensen por lo que ha pasado, – dice el abuelo.

– Él no es así, – dice Barron–. Él ha mantenido la nariz limpia en esa escuela. El chico necesita un descanso, eso todo.

La puerta del dormitorio principal se abre y Maura sale al pasillo. Su camisón de franela se monta sobre su cadera. Puedo ver la esquina de su ropa interior.



Ella parpadea, pero no parece sorprendida de verme en el balcón-. Me pareció escuchar voces. ¿Hay alguien aquí?

Me encojo de hombros, el latido de mi corazón es fuerte. Me toma un momento darme cuenta que no he sido capturado haciendo gran cosa-. Escuché voces también.

Se ve demasiado delgada. Sus clavículas parecen cuchillos amenazando con cortar a través de su piel-. Esta noche la música es tan fuerte. Que temo no ser capaz de escuchar al bebé.

- No te preocupes - le digo en voz baja-. Él debe estar durmiendo como... bueno, un bebé. - Sonrío, aunque sé que la broma es floja. Ella me pone nervioso. Se ve como una extraña en la oscuridad.

Se sienta a mi lado en la alfombra, alisa su camisón y cuelga sus piernas entre los barrotes de la escalera. Puedo contar los huesos de su columna vertebral-. Voy a dejarlo, sabes. A Philip.

Me pregunto que le ha hecho. Estoy bastante seguro que no sabe que la ha trabajado, pero si es una maldición de amor, tal vez esto se quite. Ellos lo hacen, aunque esto pueda tomar seis o incluso ocho meses. Me pregunto si puedo preguntarle si ha visitado a mi madre en la cárcel. Mamá tiene que usar guantes, pero fácilmente podría haber quitado unos cuantos hilos para rozar su piel mientras decía adiós-. No sabía - le digo.

- Pronto. Es un secreto. Guardarás mi secreto, ¿verdad?

Asiento rápidamente.

- ¿Cómo es que no estás allí? ¿Con los demás?

Me encojo de hombros-. Los hermanos menores siempre se quedan fuera, ¿no? Todavía están hablando abajo. No puedo escuchar las palabras, pero tengo miedo de dejar de hablar, por miedo a que escuche lo que dicen de ella.

- No eres un buen mentiroso. Philip es bueno, pero tu no.

- Oye - le digo, sinceramente ofendido-. Soy un mentiroso excelente. Soy el mejor mentiroso en la historia de los mentirosos.



– Mentiroso, – dice, una sonrisa lenta se extiende por su cara–. ¿Por qué tus padres te llamaron Cassel?

Soy rechazado y divertido–. A mamá le gustaban los nombres extravagantes. Papá insistió en que su primer hijo se llamará igual que él, Philip, pero después de eso, consiguió llamar a Barron y a mí independientemente de la fantasía. Si ella hubiera podido, Philip se habría llamado Jasper.

Ella rueda sus ojos–. Vamos. ¿Estás seguro que no son de tu familia? ¿Los nombres tradicionales?

– ¿Quién sabe? Es todo un misterio. Papá era rubio, y apuesto a que encontró el nombre de Sharpe en una caja de maní acaramelado con documentos de identidad falsos. En cuanto a lado de la familia de mamá, el abuelo, dice que su padre, su abuelo, eran maharajás de la India. Vendían tónicos de Calcuta en la región central. Tiene sentido que pudiéramos ser indios. Su apellido, Singer, pudiera derivarse de Singh. Pero eso es sólo una de sus historias.

– Tu abuelo me dijo que alguien en tu familia descendía de un esclavo fugitivo, –dice. Me pregunto qué pensaba cuando se casó con Philip. La gente siempre viene a mí en los trenes y me habla en diferentes idiomas, como es obvio no voy a entender. Me molesta que nunca lo haga.

– Sí – le digo–. Me gusta más la historia del maharajá. Y ni siquiera me refiero a aquella en la que somos iroqueses. O italianos. Y no sólo italiano, sino *descendientes de Julio César*.

Eso hace la hacer reír lo suficientemente fuerte que me pregunto si la escucharon en el piso de abajo, pero el ritmo de sus voces no cambia–. Era un trabajador? – Pregunto, bajo de nuevo–. A Philip no le gusta hablar de ello.

– Bis-abuelo Singer? – Pregunto–. No lo sé. – Con trozos de los dedos ennegrecidos en su mano izquierda, estoy bastante seguro de que ella sabe que mi abuelo, es un trabajador de muerte. Cada tipo de maldición emite algún tipo de retroceso, pero las maldiciones de muerte matan una parte de ti. Si tienes suerte, se pudre algunos de tus



dedos. Si no, tal vez se pudran tus pulmones o el corazón. Cada maldición trabaja al trabajador, dice mi abuelo.

– ¿Siempre supiste que no podías hacerlo? ¿Podrías decirle a tu madre?

Sacudo la cabeza –. No. Cuando éramos pequeños, ella tenía miedo de que trabajáramos a alguien por accidente. Pensó que esto llegaría tarde o temprano, así que no nos animó. – Pienso en la rápida evaluación de mamá a un blanco y una serie de habilidades sombrías que nos animó a aprender. Casi me hace extrañarla.

– Aunque solía fingir que lo era. Un trabajador. Una vez pensé que había convertido una hormiga en un palo hasta que Barrón me dijo que las había cambiado para molestarme.

– Transformación, ¿eh? – La sonrisa de Maura es distante.

– ¿Cuál es el punto de pretender ser algo menos que el profesional con más talento de las maldiciones más raras? – Pregunto.

Ella se encoge de hombros–. Solía pensar que podía hacer que la gente se cayera. Cada vez que mi hermana raspaba su rodilla, estaba segura que era yo. Lloré cuando me di cuenta que no lo era.

Maura mira hacia la habitación de su hijo–. Philip no quiere poner a prueba al bebé, pero tengo miedo. ¿Qué pasa si nuestro hijo trabaja a alguien por accidente? ¿Y si él es uno de esos niños que nacen con retroceso paralizante? Por lo menos si da positivo, lo sabríamos.

– Sólo manténlo con guantes, – digo, sabiendo que Philip nunca estará de acuerdo con la prueba–. Hasta que tenga la suficiente edad para intentar un trabajo pequeño. – En la clase de salud nuestro maestro solía decir que si alguien viene hacia ti en la calle con las manos desnudas, ten en cuenta que esas manos son potencialmente mortales como cuchillos desenvainados.

– Todos los niños se desarrollan de manera diferente, nadie puede saber cuándo estará listo, – dice Maura–. Sin embargo los pequeños guantes de bebé son tan lindos.

En la planta baja, el abuelo advierte a Barron sobre algo. Su voz se eleva y capturo las palabras – En mis días nos temían. Ahora sólo tenemos miedo.



Bostezo y giro hacia Maura. Se pueden pasar toda la noche debatiendo lo que quieren hacer conmigo, pero eso no me va a detener de lograr meterme con artimañas de nuevo en la escuela-. ¿Estás segura de que escuchas música? ¿Como suena?

Su sonrisa se vuelve radiante, aunque su mirada se queda en la alfombra-. Como ángeles gritando mi nombre.

Mi pelo se eriza a lo largo de mis brazos.





*Capítulo 4*

*Traducido por Lilith*

EN CASA DE MIS PADRES, nada nunca fue tirado alguna vez. La ropa se amontonaba, formando montones que se convirtieron en montañas. A Philip, Barron, y a mi nos gustaba escalarlas y saltar de ellas. Montones de prendas de vestir llenaron el pasillo y expulsaron a mis padres de su propio dormitorio, por lo que al final dormían en la habitación que alguna vez fue la oficina de papá. Bolsos vacíos y cajas ocupaban el vacío en el desorden, cajas que, una vez contuvieron anillos, zapatillas de deporte y ropa. Una trompeta que mi madre quería convertir en una lámpara descansaba encima de una pila de revistas andrajosas llenas de artículos que papá planeaba leer, cerca había cabezas y pies y brazos de muñecas que mamá prometió unir para los niños de Carney, todo al lado de una pila interminable de botones de repuesto, algunos todavía en sus bolsas de plástico transparente individual. Una cafetera descansaba sobre una torre de platos, apoyada en un extremo para impedir que el café encharcara el mostrador.

Es extraño verlo todo, tal y como era cuando mis padres vivían aquí. Recojo un centavo de la encimera y lo tiro a lo largo de mis nudillos, justo como papá me enseñó. – Este lugar es una porquería, – dice el abuelo, saliendo del comedor, sujetando un tirante en sus pantalones.

Después de pasar meses viviendo en los ordenados dormitorios de Wallingford, donde te dan una detención en sábado si tu habitación no pasa las inspecciones semi-regulares, siento el viejo conflicto entre la sensación de familiaridad y repugnancia.

40





Aspiro el olor a moho, rancio, con algo amargo lo que podría ser sudor antiguo. Philip deja caer mi bolso en el suelo de linóleo agrietado.

– ¿Qué probabilidades tengo de tomar prestado el coche? – Pregunto al abuelo.

– Mañana, – dice –. Si conseguimos hacer lo suficiente. Hiciste una cita con el médico?

– Sí, – miento –, es por eso que necesito el coche. – Lo que necesito es tener tiempo suficiente a solas, de modo que pueda poner en marcha mi plan para volver a Wallingford. Esto implica a un médico, pero no uno que me este esperando.

Philip se quita sus gafas de sol–. ¿Cuándo es tu cita?

– Mañana – digo impulsivamente, desplazando mi mirada a Philip y rebuscando –. A las dos. Con el Dr. Churchill, especialista del sueño. En Princeton. Estás de acuerdo?

– Las mejores mentiras tienen tanta verdad en ellas como sea posible, así que les digo a donde estoy pensando en ir exactamente. Pero no por qué.

– Maura envió algunas cosas, – dice Philip –. Déjame traerlas antes que se me olvide. – Ninguno de ellos sugiere venir conmigo a la cita totalmente fabricada, lo cual me llena de un profundo e inmerecido alivio.

Alguien podría cortar el desorden en nuestra casa y verlo como se podría ver los anillos en un árbol o capas de sedimento. Encontrarían el pelo negro y blanco de un perro que tuvimos cuando tenía seis años, los pantalones vaqueros descoloridos que mi madre una vez llevó, las siete fundas de almohada empapadas de sangre del momento que raspé mi rodilla. Todos nuestros secretos de familia descansan en pilas interminables.

A veces la casa me parecía asquerosa, pero a veces me parecía mágica. Mamá podía llegar a algún rincón o bolso o armario y sacar algo que necesitaba. Sacó un collar de diamantes para llevar a una fiesta de Año Nuevo, junto con anillos de piedras preciosas de tamaño pequeño. Sacó la serie completa de libros de Narnia cuando tuve fiebre y estaba cansado de todos los libros dispersos al lado de mi cama. Y sacó un juego de ajedrez con piezas talladas a mano en blanco y negro cuando terminé de leer a Lewis.

– Hay gatos por ahí, – dice mi abuelo, mirando por la ventana mientras lava una taza de café en el fregadero –. En el granero.





Philip pone una bolsa de comida con cuidado. Su expresión es extraña.

– Salvajes, – dice el abuelo, con un tenedor que levanta un trozo antiguo de tostada de la tostadora vieja, y lo arroja en la bolsa de basura enganchada en el pomo de la puerta del sótano.

Me acerco a donde está de pie y miro por la ventana. Puedo verlos, pequeñas formas líquidas. Un gato atigrado salta encima de una oxidada lata de pintura, mientras que un gato blanco se sienta en un montón de mala hierba larga, solamente moviendo su cola –. ¿Piensas que han estado viviendo aquí por mucho tiempo?

Mi abuelo niega con la cabeza.

– Apuesto a que eran animales de compañía. Parecen animales domésticos.

El abuelo gruñe.

– Tal vez debería llevarles algo de comida, – digo.

– Ponla en una trampa, – dice Philip –. Mejor atraparlos antes que se reproduzcan fuera de control.

Después de que Philip se marcha, les saco alimento de todos modos, una lata de atún, no se acercarán mientras estoy allí, pero la lucha acaba cuando estoy en la parte inferior de la calzada. Cuento cinco gatos, el blanco, dos gatos atigrados que tengo dificultad para distinguir, un gato negro mullido y esponjoso con una mancha de color blanco bajo su barbilla, y uno pequeño caramelo.

El abuelo y yo pasamos el resto de la mañana sombría limpiando la cocina, cambio nuestros guantes regulares por de caucho. Tiramos un montón de tenedores oxidados, un colador, y algunas cacerolas. Levantamos un poco del linóleo y descubrimos un nido de cucarachas que se dispersaron con tanta rapidez, a pesar de pisarlas fuerte después de ello, la mayoría logró escapar. Llamé a Sam después del almuerzo, pero Johan respondió su celular. Sam, al parecer, está muy ocupado probando ver si su hipótesis de si los de último año controlan «el espacio aéreo sobre la hierba alta». Este experimento formula la forma de mantener un pie ligeramente por encima del suelo limitado hasta que alguien trata de darte un puñetazo en la cabeza. Digo que le volveré a llamar.





– ¿A quién estás llamando? – pregunta mi abuelo, limpiándose la cara con su camiseta.

– A nadie.

– Menos mal, – dice –, Ya que tenemos mucho trabajo por hacer.

Me siento a horcajadas en una de las sillas de la cocina y descanso mi barbilla en el marco trasero –. ¿Crees que hay algo mal en mí, o qué?

– Esto es lo que pienso: estoy limpiando la casa. No soy joven, por lo que se supone que me ayudas. No quieres ser una especie de chico lindo inútil.

Me río –. Puede ser que sea joven, pero no nací ayer. Esto no es una respuesta.

– Si eres tan inteligente, dime lo que está pasando. – Sonríe después de que dice esto, como si las disputas verbales fueran su idea de diversión. Estar con él me hace pensar en ser un niño, corriendo alrededor de su patio en Carney, seguro y libre por el verano. No nos necesitó para ayudarlo a entretener a un blanco o empujar algún artículo robado por debajo de los pantalones. Nos hizo cortar el césped en su lugar.

Decido que voy a intentar una táctica diferente para mostrarle que estoy prestando atención –. ¿Qué está pasando?

–No sé lo que me pasa, pero definitivamente hay algo mal con Maura.

Se detiene sonriente –. ¿Qué quieres decir?

– ¿La has visto? Se ve terrible. Y piensa que escucha música. Y te he oído decir que Philip la estaba trabajando.

El abuelo menea la cabeza y arroja su camisa sudada sobre la mesa –. Él no está...

– Oh, vamos, – digo –. La vi. ¿Sabes qué me dijo?

Abre la boca, pero hay un golpe antes de que pueda hablar, y ambos giramos. La cara de Audrey se enmarca en el vidrio sucio de la puerta de atrás. Ella frunce el ceño, como si estuviera segura de que está en el lugar equivocado, pero luego gira la perilla y empuja la puerta lo suficiente para abrirla.

– ¿Cómo me has encontrado? – Pregunto, la consternación me hace sonar tan frío como nunca esperé ser.

– Todas nuestras direcciones se imprimen en el directorio de estudiantes, – dice ella, sacudiendo su cabeza como si fuera un completo idiota.



– Bien – digo, porque soy un total idiota –. Lo siento. Entra. Gracias por...

– ¿Te echaron? – Se pone una mano enguantada de azul en la cadera. Está hablándome, pero mira los montones de papeles y ceniceros, manos de maniquí y coladores de té que ensucian los mostradores.

– Por ahora, – digo, ordenándole a mi voz no desquebrajarse. Pensé que estaba familiarizado con el sentimiento enfermizo de extrañar a alguien, extrañar a Audrey, pero ahora me doy cuenta de cuánto más voy a echarla de menos si no puedo verla todos los días en clase o sentada en la hierba en el patio. De pronto no me importa la cantidad adecuada de indiferencia –. Vamos a la sala de estar.

– Soy su abuelo. – El abuelo tiende su mano izquierda. El guante de goma se cuelga sin fuerzas en los dedos que faltan. Me alegro de que no pueda ver los muñones. Nada más que carne podrida de magia de muerte.

Audrey pálida, sosteniendo su mano enguantada en contra de su estómago como si simplemente se diera cuenta de quien es él.

– Lo siento – digo –. Abuelo, esta es Audrey. Audrey, mi abuelo.

– Una chica guapa como tu me puede llamar Desi, – dice, alisando hacia atrás su cabello y sonriendo como si fuera un bribón atreviéndose a ser reprendido.

Todavía sonrío abiertamente mientras caminamos juntos a la sala de estar.

Me siento sobre el cojín rasgado de nuestro sofá. Me pregunto qué piensa de la casa y si va a decir algo al respecto o sobre mi abuelo. Cuando era un niño y traía a mis amigos, estaba insolentemente orgulloso del caos. Me gustaba saber cómo saltar por encima de montículos y vidrios rotos mientras que ellos se tropezaban. Ahora esto solo parece un océano de locura que no tengo manera de explicar.

Ella busca en su bolso negro brillante y saca un puñado de impresiones.

– Ten, – dice, esparciendo los papeles en mi regazo y sentándose a mi lado. Su cabello rojo ligeramente húmedo, como si acabara venir de la ducha, y frío contra mi brazo.

El cabello de Lila era rubio, empapado de rojo con sangre la última vez que la vi.

Aprieto mis ojos con fuerza, presionando mis dedos sobre ellos hasta que no vea nada más que negro. Hasta apartar las imágenes. Cuando era novio de Audrey, pensé que al





hacerla que le agradara, haciéndola pensar que era como todos los demás, me volvería como todos los demás.

Pienso sobre reconquistarla, me preguntaba si podría hacerlo. Preguntándome cuánto tiempo tardare en equivocarme y me abandone otra vez. No soy lo suficientemente buen estafador para conservarla.

– Algunas píldoras para «ayudar a dormir» pueden causar sonambulismo, – dice Audrey, señalando los periódicos –. Extraoficialmente. He traído algunos artículos de la biblioteca. Un tipo incluso condujo dormido. Estaba pensando que podrías decir...

– Que me estaba auto medicando para el insomnio? – Pregunto, girando y presionando mi cara contra su hombro, respirando su olor, que se filtra a través de la tela del jersey.

Ella no me rechaza. Considero besarla allí mismo en el sucio sofá, pero un instinto de auto-conservación me detiene. Una vez que alguien te haga daño, es más difícil relajarse a su alrededor, es más difícil de pensar en ellos como seguros para el amor. Pero esto no te impide quererlos. A veces me parece que realmente hace el deseo peor.

– No tiene por qué ser cierto. Puedes *decir* que estabas tomando pastillas para dormir, – dice ella, como si no comprendiera la mentira, que es de una manera dulce y humillante.

No es un mal plan, de verdad. Si hubiera sido más inteligente y si hubiera pensado en ello por mí mismo antes, probablemente aún estaría en la escuela –. Ya les dije que tenía un historial de sonambulismo cuando niño.

– Mierda, – dice –. Es una lástima. Hay otra pastilla en Australia que ha hecho que la gente coma compulsivamente y pinte sus puertas durante el sueño. – Inclina la cabeza, y veo seis pequeños amuletos de protección a través de su clavícula. Suerte. Sueños. Emoción. Cuerpo, memoria, muerte. El séptimo, transformación, está atrapado en el borde de su suéter.

Me imagino aplastando su garganta con mis manos y me siento aliviado de estar horrorizado. Me siento culpable cuando pienso en matar chicas, pero es la única





manera que conozco para ponerme a prueba, para asegurarme de que todo lo terrible que está dentro de mí no está a punto de salir.

Extiendo la mano y desengancho la pequeña piedra del colgante, dejándola caer contra su cuello. Hematita. Probablemente una falsificación. No hay bastantes trabajadores en torno a la transformación para que haya muchos amuletos reales. Un trabajador de cada generación o dos. Ese encanto me hace preguntarme si el resto son falsos también –. Gracias. Por intentarlo. Fue una buena idea.

Se muerde el labio –. ¿Crees que esto tiene algo que ver con que tu padre muriera? Me muevo bruscamente, de modo que mi espalda da contra el apoyabrazos. Muy suavemente –. No creo que tenga que ver con él? Estuvo en un accidente de coche en medio del día.

– El sonambulismo puede ser desencadenado por el estrés. ¿Y tu mamá está en la cárcel? Eso tiene que ser estresante.

Mi voz se eleva –. Papá murió hace casi tres años y mamá ha estado encerrada casi todo el tiempo. No crees...

– No te enojas.

– ¡No estoy enojado! – Froto mi mano sobre mi cara –. Bueno, mira. Estuve a punto de caerme de una azotea, estoy expulsado de la escuela, y tú piensas que soy un gran caso. Tengo razones para estar enojado. – Tomo una respiración profunda y trato de darle mi sonrisa más ensalzadora –. Pero no contigo.

– Así es, – dice, empujándome –. No es conmigo.

Cojo su mano enguantada en la mía –. Puedo manejar a Northcutt. Volveré a Wallingford en un abrir y cerrar de ojos. – No me gusta tenerla aquí, en medio de mi casa desordenada, ya conoce más acerca de mí lo que es incómodo. Siento revuelto mi estómago, se abren partes de mi exponiéndose.

No quiero que tampoco, se vaya.

– Mira, – susurra con un vistazo en dirección a la cocina–. No quiero resaltarte esto de nuevo, pero ¿crees que podrías haber sido tocado? Ya sabes, ¿heebeegebies?

Tocado. Trabajado. Maldito –. ¿Para ser sonámbulo?





- Para tirarte de una azotea, – dice –. Habría parecido un suicidio.
- Ese es un trabajo muy costoso. – No quiero decirle que he pensado en ello, que toda mi familia lo pensó tanto que incluso tuvieron una reunión secreta para discutir la posibilidad –. Además, estoy vivo. Eso hace que sea menos probable.
- Deberías preguntarle a tu abuelo, – dice en voz baja.

*Si eres tan inteligente, me dirás lo que está pasando.*

Asiento, apenas me di cuenta de como pone los papeles en su cartera. Entonces me abraza a la ligera, y no puedo dejar de notarlo. Mis manos descansan en la parte baja de su espalda y puedo sentir su aliento cálido en mi cuello. Con ella, podría aprender a ser normal. Cada vez que me toca, siento la promesa embriagadora de convertirme en un individuo promedio.

– Es mejor que te vayas, – digo, antes de que pueda hacer algo estúpido.

En la puerta, mientras se va, giro para mirar la cara de mi abuelo. Esta torciendo un destornillador en la estufa para sacar las capas de un quemador, sin ninguna preocupación aparente de que toda la familia Zacharov podría estar detrás de mí. Ha trabajado para ellos, por lo que no es como que no sepa lo que son capaces de hacer— lo sabe mejor que yo.

Tal vez por eso está aquí.

Para protegerme.

El pensamiento hace necesario tener que apoyarme contra el fregadero; una combinación de horror, culpa, y gratitud.

\*\*\*\*\*

Esa noche, en mi antigua habitación con el andrajoso cartel de Magritte pegado en el techo y los estantes llenos con robots y novelas de Hardy Boys, sueño que estoy perdido en una tormenta.



A pesar de que es un sueño, y estoy bastante seguro que es un sueño, la lluvia se siente fría contra mi piel y apenas puedo ver con el agua en mis ojos. Me encorvo y corro hacia la única luz visible, protegiendo mi cara del sol con una mano.

Llegué a la puerta del establo detrás de la casa. Agachándome a travieso la puerta, sin embargo, decido que estaba equivocado acerca de que es nuestro granero. En lugar de las viejas herramientas y muebles desechados, sólo hay un largo pasillo, iluminado por antorchas. A medida que me acerco, me doy cuenta de que las antorchas están sostenidas por manos demasiado reales para ser de yeso. Una mano cambia su apretón del eje de metal, y salto hacia atrás. Luego, dando un paso más cerca, veo cómo la muñeca de cada uno han sido cortadas y pegadas en la pared. Puedo ver la división desigual de la piel.

– Hola. – Hago un llamado, como lo hice desde el techo. Esta vez, nadie responde.

Miro hacia atrás. La puerta del establo está todavía abierta, charcos de lluvia se forman en los tablones de madera. Porque es un sueño, no me molesto en volver y cerrar la puerta. Solamente sigo por el pasillo. Después de lo que parece un largo tiempo caminando de manera desproporcionada, llego a una puerta con un miserable mango hecho del pie de un ciervo. La piel gruesa cosquillea en la palma de mi mano cuando la tiro.

En el interior se encuentra un futón del dormitorio de Barron y un aparador que estoy seguro de recordar que mamá compró en eBay, con la intención de pintarlo de verde manzana para la habitación de invitados. Abro los cajones y encuentro varios pares de jeans viejos de Philip. Están secos, y el de más arriba me queda a la perfección cuando me lo pongo. Hay una camisa blanca colgada de mi padre en la parte posterior de la puerta, recuerdo la quemadura de cigarrillo por debajo del codo y el olor a loción de afeitar de mi padre.

Como sé que estoy soñando, no estoy asustado, solo desconcertado, cuando camino de vuelta a la sala y esta vez encuentro pasos acercándose a una puerta pintada de blanco con un colgante de cristal. El colgante se parece al tipo que convoca a los empleados en las casas grandes en los programas de PBS, pero éste está hecho de partes brillantes







de una lámpara vieja. Cuando lo tiro, una serie de campanas suenan fuerte, haciéndose eco a través del espacio. La puerta se abre.

Una vieja mesa de picnic y dos sillas de descanso en el centro de una habitación grande gris. Tal vez estoy todavía en el granero, después de todo, porque los espacios entre los tablones de las paredes son lo suficientemente anchos que puedo ver la lluvia contra un cielo tormentoso brillante.

La mesa está cubierta por una especie de tela bordada con seda y encima con candelabros de plata, dos caballos de plata, y platos con bordes dorados, el centro de cada cubierto por una cúpula de plata. Copas de cristal tallado están en cada lugar.

De la oscuridad, vienen gatos, atigrados y calicós, gatos mermelada y gatos mantequilla y gatos tan negros que apenas se les puede diferenciar de su sombra. Se arrastran hacia mí, cientos de ellos, un enjambre invadiéndose uno al otro para acercarse.

Salto en una de las sillas, arrebatando el candelabro, no estoy seguro de qué cosa enferma mi cerebro está a punto de producir inmediatamente, cuando una criatura pequeña, con velo entra en la habitación. Esto lleva un pequeño vestido, de la clase que llevan las muñecas caras. Lila tenía una fila entera de muñecas con vestidos así, su madre le gritaba si las tocaba. Jugábamos con las muñecas de todas formas cuando su madre no estaba mirando. Arrastramos una princesa por el patio trasero del abuelo fingiendo que estaba cautiva por uno de mis Power Rangers, con un Tamagotchi roto como un mapa interestelar, hasta que su vestido estaba manchado de hierba y desgarrado a lo largo del dobladillo. Este vestido también está desgarrado.

El velo resbala y cae. Por debajo está la cara de un gato. Un gato, de pie sobre sus dos piernas, la cabeza triangular inclinada hacia un lado, casi como si su cuello hubiera sido roto, su cuerpo cubierto con el vestido.

No puedo evitarlo, río.

– Necesito tu ayuda, – dice la figura diminuta. Su voz es suave y triste y suena como Lila, pero con un acento extraño que podría ser como los gatos suenan cuando hablan.

– Está bien – digo. ¿Qué más puedo decir?



– Una maldición fue puesta sobre mí, – La Lila Gato dice –. Una maldición que sólo tú puedes romper.

Los otros gatos nos miran, agitando las colas, los bigotes contrayéndose. Aún en silencio.

– ¿Quién te maldijo? – Pregunto, tratando de sofocar la risa.

– Tú lo hiciste, – dice el gato blanco.

Mi sonrisa se hace más una mueca. Lila está muerta y los gatos no deben pararse, no deben presionar sus patas juntas en actitud de súplica, no deben hablar.

– Sólo tú puedes deshacer la maldición, – dice ella, y trato de ver el movimiento de su boca, el destello de sus colmillos, para ver cómo se puede hablar sin labios –. Las pistas están en todas partes. No tenemos mucho tiempo.

*Esto es un sueño*, me recuerdo a mí mismo. Un muy mal sueño, pero un sueño del mismo modo. Incluso he soñado con un gato antes –. ¿Arrancaste mi lengua?

– Parece que la tienes de regreso, – dice el gato blanco, con sus ojos sombríos sin pestañear.

Abro la boca para hablar, pero siento garras en mi espalda, hundiendo las uñas en mi piel y grito en su lugar.

Grito y me siento. Despertándome.

Oigo el golpeteo constante de la lluvia contra la ventana y me doy cuenta de que estoy empapado, las mantas húmedas y pegajosas. Estoy de vuelta en mi habitación, en mi vieja cama, y me tiemblan las manos con tanta fuerza que tengo que presionarlas debajo de mi cuerpo para hacerlas parar.



## Capítulo 5

Traducido por Lilith

CUANDO BAJO TAMBALEÁNDOME a la cocina por la mañana, encuentro al abuelo con café caliente y huevos freídos en grasa de tocino. Tengo puestos pantalones vaqueros y una camiseta descolorida de Wallingford. No echo de menos mis guantes que picaban o la corbata que me estrangulaba, la comodidad es el premio de consolación por conseguir ser expulsado, supongo, pero no quiero estar demasiado acostumbrado a ello.

He encontrado una hoja pegada en mi pierna mientras me estaba vistiendo, y eso fue suficiente para hacerme recordar que desperté, empapado por la lluvia. He estado sonámbulo de nuevo, pero cuanto más pienso en el sueño, más confuso me pongo. Nada letal pasó, lo cual saca de la lista el argumento de la venganza de Zacharov. Así que tal vez es sólo la culpa lo que me hace soñar con Lila. La culpa te vuelve loco, ¿verdad? Se mete cada vez más dentro de ti.

Como de Poe, «Corazón revelador», que la Sra. Noyes nos hizo leer en voz alta, donde el narrador oye los latidos del corazón de su víctima por debajo de las tablas del suelo, cada vez más fuertes hasta que confiesa: «*¡Admito el hecho! ¡Aquí, aquí! ¡Es el horrible latir de su corazón!*»

– Necesito hablar contigo, – digo, sacando una taza y vertiendo leche en ella en primer lugar, a continuación, añadido el café. La leche ondula desde el fondo, junto con motas de polvo que probablemente debería haber comprobado –. Tuve un sueño raro.

– Déjame adivinar. Fuiste atado por damas ninjas. Con tetas grandes.



– Uh, no. – Tomo un sorbo de café y me estremezco. El abuelo lo hizo ridículamente fuerte.

Mi abuelo se mete una tira de tocino en la boca con una sonrisa –. Supongo que habría sido un poco raro si hubiéramos tenido el mismo sueño.

Hago rodar mis ojos –. Bueno, es mejor que no me digas nada más. No arruines la sorpresa en caso de que lo tenga esta noche.

El abuelo se ríe, pero se convierte en un jadeo.

Miro por la ventana. No hay gatos en el césped. Cuando veo al abuelo esta esparciendo salsa de tomate en sus huevos, el líquido rojo se separa, pienso, *hay demasiada sangre, y no recuerdo haberla apuñalado, pero un cuchillo mojado está en mi mano y la sangre baña las tablas del suelo como un esmalte grueso.*

– ¿Entonces vas a contarme el sueño que tuviste? – Mi abuelo se sienta en la mesa, relamiéndose los labios.

– Sí – digo, parpadeando como recordando dónde estoy. Mamá dijo que esos flashes repentinos, del repugnante asesinato mejorarían con el tiempo, pero solamente se hicieron menos frecuentes. Tal vez alguna pequeña parte decente de mí no quiere olvidar.

– ¿Esperas una invitación grabada? – pregunta el abuelo.

– El sueño empezó conmigo afuera en la lluvia. Salí al establo, y luego me desperté en mi cama, con barro en mis pies. El sonambulismo de nuevo, supongo.

– ¿Supones?, – Pregunta.

– Lila estaba en mi sueño. – Fuerzo las palabras. Nunca hablamos de Lila o la forma en que toda la familia me protegió, posteriormente. Cómo mi madre lloró sobre el cuello de piel de su suéter y me abrazó e incluso me dijo que si lo había hecho, estaba segura de que fue porque la perra Zacharov lo merecía, y no le importaba lo que dijeran, todavía era su bebé. ¿Cómo había algo oscuro debajo de mis uñas y no lograba sacarlo. Intenté con mis propias uñas y luego con un cuchillo de mantequilla, presionando hasta que empecé a sangrar. Hasta que mi sangre lavara la otra oscuridad. Así que mi conciencia finalmente está haciéndome entrar. Ya era hora.



El abuelo levanta una ceja -. Tal vez sería útil que hablaras de ella. Que hables acerca de su asesinato. Sacarlo de tu pecho. He hecho cosas malas, chico. No voy a juzgarte.

Mamá fue arrestada poco después del asesinato de Lila. No por mí, no exactamente, pero estaba fuera de su juego. Quería una gran puntuación y lo quería rápido.

- ¿Qué quieres que diga? Que la maté? Sé que lo hice, aunque no lo recuerdo. Siempre me he preguntado si mamá le pagó a alguien para hacerme olvidar los detalles. Tal vez pensó que si no recordaba cómo se sentía, no lo haría de nuevo.

Tiene que haber algo desconectado dentro de mí, porque la gente normal no se levanta sobre el cadáver de alguien a quien ama y siente nada más que una alegría distante y horrible -. Lila era un trabajador de sueño, así que supongo que el sonambulismo y las pesadillas parecen irónicos. No estoy diciendo que no los merezca, sólo quiero entender por qué están sucediendo.

- Tal vez deberías bajar a Carney. Consultar a tu tío Armen. Todavía puede hacer algún trabajo de memoria. Tal vez pueda ayudarte a recordar.

- El tío Armen tiene Alzheimer, - digo. Es un amigo del abuelo de cuando eran niños, y no es incluso realmente mi tío.

El abuelo resopla -. No. El retroceso. Pero ve a ver lo que piensa el médico de lujo en primer lugar.

Echo más café en mi taza. Una semana después que Lila murió, Y Barron y Philip habían escondido su cuerpo en cualquier parte donde los cuerpos son ocultados, fui a una cabina telefónica y llamé a la madre de Lila. Me prometí que no, había escuchado a mi abuelo explicar que si alguien descubría lo que había hecho, toda la familia lo pagaría. Sabía que era poco probable que los Zacharov olvidaran que habían cavado la tumba y enjuagado la sangre y que no me habían entregado, pero no podía dejar de pensar en la madre de Lila sola en esa casa.

Sola y esperando que su hija vuelva a casa.

El sonido parecía demasiado duro. Me sentía mareado. Cuando su madre respondió, colgué. Entonces entré a la parte trasera de la tienda de abarrotes y vomité.



El abuelo se pone de pie -. ¿Qué tal si comienzas con el baño de arriba? Voy a salir por provisiones.

- No te olvides de la leche, - digo.

- Tengo *buena* memoria, - dispara hacia mí cuando llega a su chaqueta.

Los azulejos del piso del cuarto de baño están agrietados y rotos en algunos lugares, y hay un armario blanco barato colgado contra una pared. Dentro hay docenas y docenas de toallas que no coinciden, algunas botellas de plástico llenas de agujeros, y de color ámbar con algunas píldoras en cada una. En el estante de abajo hay frascos con líquidos con costras oscuras y latas de polvo.

Mientras limpio bolas de seda llenas de arañas bebés de las esquinas de la ducha y tiro botellas pegajosas, de champú casi vacías, no puedo dejar de pensar en Lila.

Teníamos nueve años cuando nos conocimos. El matrimonio de sus padres estaba desmoronándose y ella y su madre fueron a vivir con su abuela en Pine Barrens. Tenía el pelo rubio rebelde, con un ojo marrón y otro verde, y todo lo que sabía de ella era que el abuelo dijo que su padre era alguien importante.

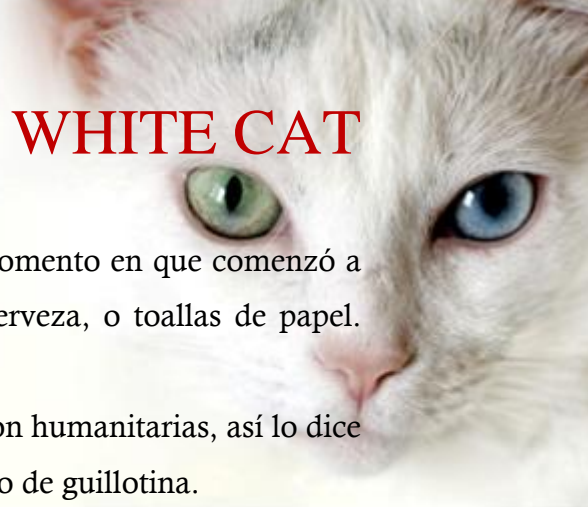
Lila era todo lo que cualquiera podría esperar de una chica que podría darte pesadillas con un toque con las manos desnudas, era hija de la cabeza de la familia Zacharov. Era la consentida.

A los nueve, me golpeaba sin piedad en los juegos de vídeo, corría por las colinas y los árboles tan rápido que siempre estaba a tres pasos detrás de sus largas piernas, y me mordía cuando intentaba robar sus muñecas y esconderlas. No podía saber si me odiaba la mitad del tiempo, incluso cuando pasábamos semanas escondidos debajo de las ramas de un sauce, dibujando civilizaciones en la tierra y luego aplastándolas, como dioses crueles. Pero estaba acostumbrado a mis hermanos que eran rápidos y crueles y la adoré.

Entonces sus padres se divorciaron. No la volví a ver hasta que tuvimos trece.

\*\*\*





El abuelo regresó con varias bolsas de compras cerca del momento en que comenzó a llover de nuevo, la mayoría de ellas llenas de Windex<sup>5</sup>, cerveza, o toallas de papel. También trajo trampas.

– Para los mapaches, solamente si la accionan, – dice –. Y son humanitarias, así lo dice en el paquete, así que no te enfades. No hay ningún accesorio de guillotina.

– Agradable, – digo, levantándolas de la cajuela.

Me deja solo para llevarlas al establo. Los gatos están allí, puedo ver sus ojos brillantes cuando coloco la primera jaula metálica con su puerta de vaivén. Hago estallar la pestaña de una lata de comida húmeda, deslizándola dentro de la trampa. Algo golpea suavemente en el suelo detrás de mí y doy la vuelta.

El gato blanco está a menos de tres metros de mí, su lengua rosa lamiendo sus dientes afilados. En la luz de la tarde puedo ver que su oreja está rasgada. Las costras carmesí, formándose costras frescas, a lo largo de la parte posterior de su cuello.

– Ven, gatito gatito, – digo, palabras sin sentido que vienen de forma automática a mi boca. Abro otra lata. El gato salta cuando la tapa está abierta, y me doy cuenta de lo tenso que he estado. Como si fuera a hablar. Pero es solo un gato. Sólo una vida callejera desnutrida en el granero y a punto de ser atrapada.

Extiendo mi mano enguantada, y se espanta. Animal inteligente.

– Ven, gatito gatito, – digo.

El gato se me acerca lentamente. Huele mis dedos, y mientras contengo la respiración, frota su mejilla en mi mano, su piel es suave y sus bigotes se contraen y el borde de sus dientes se clava en mi piel.

Dejé la lata de comida para gatos, mirando como la lame. Extiendo la mano para acariciarla de nuevo, pero sisea, la espalda arqueada y levanta su piel. Se parece a una serpiente.

– Esto te gusta más – digo, acariciándola de todos modos.

---

<sup>5</sup> Quitamanchas





Me sigue a casa. Sus hombros sobresalen de su espalda, y su abrigo blanco está manchado de barro. La dejé entrar en la cocina de todos modos y le doy agua en un vaso de Martini.

– No vas a traer ese sucio animal aquí, ¿verdad? – Dice mi abuelo.

– Es un gato, abuelo, no una cucaracha.

La mira con escepticismo. Su camiseta está cubierta de polvo y está sirviendo whisky en uno de los grandes vasos plásticos de refresco que vienen con su propia pajilla –. ¿Qué quieres con un gato?

– Nada. No lo sé. Se ve hambrienta.

– ¿Vas a dejarlos a todos ellos aquí? – pregunta el abuelo –. Apuesto a que todos están hambrientos.

Sonrío –. Prometo que no más de uno a la vez.

– Esto no es por lo que compré esas trampas.

– Ya lo sé – digo –. Compraste las trampas para poder capturar a todos los gatos, dejarlos en un campo a diez millas de aquí, y apostar cual regresa primero.

Niega con la cabeza –. Es mejor que vuelvas a la limpieza, sabihondo.

– Tengo cita con aquel médico...– digo.

– Lo recuerdo. Veamos cuánto puedes llegar a hacer antes de marcharte.

Encogiéndome de hombros, entro en la sala de estar con un montón de cajas planas y cinta de embalar. Armo las cajas y las arrastro al bote de basura de la parte de atrás. Luego comienzo con los montones.

El gato me mira con sus brillantes ojos.

Circulares que hacen publicidad de encantos y un viejo mango de piel que parece que tuviera sarna van al bote de basura. Libros de bolsillo vuelven a los estantes a menos que se vean como algo que no quiera leer o sus páginas se vean demasiado quebradizas. Una canasta de guantes de cuero, algunos de ellos pegados al estar demasiado cerca de una salida de aire caliente, van a la basura también.

No importa lo mucho que tire, siempre hay más. Los montones se deslizan entre sí y me confunden acerca de dónde estaba limpiando. Hay docenas de bolsas de plástico







arrugado, una con un par de pendientes y el recibo todavía encajado, otras contienen una muestra aleatoria de tela o la corteza de un sándwich.

Hay destornilladores, tornillos y tuercas, mi boleta de calificaciones de quinto grado, el último furgón de un tren de juguete, rollos de etiquetas adhesivas de PAGADO, imanes de Ohio, tres jarrones con flores secas en ellos y un florero a rebosar de flores de plástico, una caja de cartón con adornos rotos, una masa pegajosa de algo oscuro y fundido que cubre una radio antigua.

Cuando recojo un deshumidificador cubierto de polvo, una caja llena de fotografías se vuelca en el piso.

Son fotos en blanco y negro. La mujer en ellas usa guantes largos de verano hasta la muñeca, un corsé de época, y pantys de nylon. Su pelo peinado como Bettie Page y está de rodillas sobre un sofá, sonriendo a la persona que toma las fotos, un hombre cuyos dedos se muestran en una de las fotos llevaba un costoso anillo de bodas sobre sus guantes negros. Sé quien es la mujer en las fotos.

Mamá se ve muy bien.

La primera vez me di cuenta que tenía talento para el crimen fue después que mi mamá me llevó, solamente, por un helado de cereza. Fue un día de verano abrasador y el asiento de cuero en su coche estaba caliente por el sol, quemando ligeramente de forma desagradable la parte trasera de mis piernas. Mi boca se había vuelto de color rojo brillante cuando nos detuvimos en una gasolinera y luego cerca del respaldo, al igual que hacia mamá cuando iba a poner aire en los neumáticos.

– Ves esa casa? – Me preguntó. Estaba apuntando a un lugar estilo rancho con revestimiento de aluminio blanco y persianas de color negro.

– Quiero que vayas por esa ventana al fondo por las escaleras. Solamente te abanicas y agarras el sobre de manila del escritorio.

Debo haber mirado fijamente a mamá como si no le entendiera.

– Es un juego, Cassel. Hazlo tan rápido como puedas y te tomaré el tiempo.

–Oye, dame tu helado.



Supongo que sabía no era un juego, pero de todos modos corrí y me impulsé hacia arriba sobre el grifo del agua y me escabullí por la ventana con la gracia deshuesada de los niños pequeños. El sobre de manila estaba donde mamá dijo que estaría. Cerca, montones de papeles descansaban bajo tazas de café llenas de lápices y reglas y cucharas. Había un pequeño gato de cristal sobre el escritorio que parecía brillar como oro en su interior. El aire acondicionado secaba el sudor en mis brazos y espalda mientras sostenía la escultura a la luz. Metí el gato en mi bolsillo.

Cuando le devolví el sobre, ella estaba chupando mi helado.

– Ten – dije.

Ella sonrió. Tenía la boca de color rojo brillante también –. Buen trabajo, cariño. –Y me di cuenta que la razón por la que me había llevado en lugar de mis hermanos fue porque yo era el más pequeño, pero no me molestó, porque también me di cuenta que podía ser útil. Que no tenía qué ser un trabajador para ser útil. Que podía ser bueno para estas cuestiones, incluso mejor de lo que eran ellos.

Aquel conocimiento cantó por mis venas como la adrenalina.

Tal vez tenía siete años. No estoy seguro. Fue antes de Lila.

Nunca le conté a nadie sobre el gato.

Apilo las fotografías, algunas más son del abuelo y el padre de Lila en Atlantic City frente a un bar. Están de pie con un hombre mayor que no conozco, sus brazos están extendidos sobre los hombros de los otros.

Barro las capas de polvo de debajo de los sofás y sillas hasta que se hacen olas y me ahogo.

Cuando me echo para descansar, encuentro un cuaderno metido debajo de uno de los cojines, lleno con la escritura de mamá. No hay más fotos picantes, solo cosas aburridas. «Eliminación de aceite del tanque —enterrado» está garabateado sobre un lado de la página, mientras que en el otro dice: «conseguir zanahorias, pollo (entero), lejía, cerillas, aceite de motor». Dos páginas más adelante hay algunas direcciones, con un círculo. A continuación, un guión para llamar a un concesionario de coches y hablar acerca de un coche de alquiler durante una semana. Hay unos cuantos guiones



más para estafas diferentes, con notas a los lados. Los leí rápidamente, riendo a pesar de mí.

En un par de horas voy a dirigir mi propia estafa, así que mejor estudio alternativas. En nuestra familia, tal vez en todas las familias, hay esta idea de que los niños se parecerán a alguien de la otra generación. Como Philip que se supone debe parecerse a nuestro abuelo, padre de mi mamá. Philip es el que abandonó la escuela secundaria para unirse a los Zacharov y consiguió su collar de cicatrices unos años más tarde. Es fuerte en lealtad y estabilidad, incluso si paga su alquiler rompiendo rótulas. Me lo imagino en cuarenta años retirado en Carney, ahuyentando a una nueva generación de hijos de trabajadores de su césped.

La leyenda familiar dice que Barron es como mamá, a pesar que el trabaja la suerte y ella la emoción. Mamá puede hacer a cualquier persona su amigo, puede entablar una conversación en cualquier lugar porque realmente cree que la estafa es un juego. Y lo único que le importa es ganar cada vez.

Eso me deja ser como mi padre un trabajador de la suerte, salvo que no lo soy. Era la persona que mantenía las cosas juntas. Cuando estaba vivo, mamá actuaba normal la mayoría del tiempo. Sólo cuando se fue empezó a perseguir a todo millonario sin sus guantes. La segunda vez que un hombre se despertó al final de un crucero con unos cien mil dólares más ligero y perdidamente enamorado, su abogado llamó a la policía. Ella no puede evitarlo. Le encanta la estafa.

Me digo que no soy como ella, pero tengo que admitir que me encanta también. Hojeo el cuaderno, en busca de no sé qué, tal vez algo familiar, tal vez sólo un secreto que me haga reír. Mientras paso más páginas, encuentro un sobre con cinta dividiéndolo. Escrito junto a él están las palabras «¡Dar esto para recordar!» Lo rasgo y encuentro un amuleto de memoria, de plata, con la palabra «recordar» estampada en el y una piedra azul sin fisuras en el centro. Se ve antiguo, la plata está manchada de negro en los surcos y toda la pieza pesa en mi mano.

Amuletos para deshacerse de los trabajo de maldición, como los encantos que Audrey ha colgado alrededor de su cuello, son tan antiguos como las maldiciones mismas. Los



trabajadores los hacen maldiciendo la piedra, el único material que absorbe una maldición entera, incluido el retroceso. Entonces aquella piedra está preparada y absorberá una maldición del mismo tipo. Así que si un trabajador de suerte maldice una pieza de jade y la lleva en su piel, y luego alguien trata de maldecirlo con mala suerte, el jade se rompe y él no se verá afectado. Tienes que conseguir otro encanto cada vez que estás siendo trabajado, y tienes que tener uno para cada tipo de magia, pero estás a salvo. Sólo la roca es eficaz, no la plata o el oro, el cuero o madera. Algunas personas prefieren un tipo a otro, hay encantos hechos de todo, desde guijarros hasta granito. Si lo que estoy sosteniendo es un encanto, la piedra azul es lo que lo hace funcionar.

Me pregunto si mamá lo consiguió estafando alguna herencia ancestral o si realmente pertenece a ella. Es gracioso pensar en olvidar un encanto de memoria. Lo meto en mi bolsillo.

Al limpiar el cuarto de estar, me encuentro una máquina que hace botones, dos bolsas de plástico con plástico de burbujas, una espada con manchas de óxido en la hoja, tres muñecas rotas que no recuerdo fueran de alguien, una silla volcada que de niño me asustaba porque juraba que era idéntica a una que había visto en la televisión la noche anterior a que Barron y Philip la arrastraran a casa, un palo de hockey, y una colección de diferentes medallas por varios logros militares. Es casi mediodía, es momento de concluir, y mis manos y mangas de mis pantalones son de color negro mugre. Tiro montones de periódicos y catálogos, cuentas que probablemente no se pagaron durante años, bolsas de plástico de percheros y cables, y el palo de hockey.

La espada la apoyé en la pared.

El exterior de la casa ya está lleno de bolsas de basura del trabajo de la mañana. Hay bastantes cosas que vamos a tener que hacer un viaje al basurero antes de tiempo. Miro a las casas ordenadas de los vecinos, con sus jardines bien cuidados y puertas pintadas de colores vivos, y luego a la mía. Las persianas cuelgan desbaratadas a cada lado de una hilera de ventanas que dan al frente, y uno de los cristales está roto. La pintura





está tan gastada que las tejas de cedro se ven grises. La casa se está pudriendo por dentro.

Estoy en el proceso de arrastrar la silla al lado de la carretera cuando el abuelo baja y cuelga las llaves delante de mí.

– Vuelve a tiempo para la cena, – dice.

Tomo las llaves, agarrándolas con fuerza suficiente para que los dientes se claven en mi palma. Dejo la silla donde está, me dirijo hacia la calzada como si realmente tuviera una cita a la cual llegar tarde.





Capítulo 6

Traducido por Lilith

LA DIRECCIÓN QUE BAJÉ DE Internet de la oficina del Dr. Churchill está en la esquina de la avenida Vandeventer en el centro de Princeton. Parqueo junto a un restaurante de fondue y me compruebo en el espejo retrovisor, me peino con los dedos con la esperanza de hacerme ver más como un niño bueno y fiable. Aunque me lavé las manos tres veces en el baño de una tienda de abarrotes cuando me detuve para tomar un café, aún puedo sentir el polvo pegajoso de suciedad sobre mi piel. Trato de no frotar mis dedos en mis pantalones vaqueros mientras camino por la zona de recepción y hasta el escritorio.

La mujer que contesta el teléfono ha teñido sus rizos de rojo y sus gafas cuelgan de su cuello en una cadena de cuentas. Me pregunto si ella misma hizo la cadena; irracionalmente asocio la elaboración a mano con amabilidad. Se ve como de unos cincuenta años por las líneas en su cara y lo blanco en sus raíces -. Hola - digo -. Tengo una cita a las dos.

Me mira sin sonreír y da un toque al teclado delante de ella. Sé que no va haber nada en su pantalla sobre mí, pero eso está bien. Es parte de mi plan.

- ¿Cómo te llamas?, - Pregunta.

- Cassel Sharpe. - Trato de atenerme a la verdad tanto como sea posible, en caso que haya necesidad de una identificación con fotografía o explicación elaborada. Mientras tecleaba para averiguar quién había cometido un error, examino la oficina. Hay una mujer joven detrás del mostrador, usando una lámpara púrpura en el archivero, y creo que podría ser una enfermera, ya que sólo hay un nombre de médico, *Dr. Eric Churchill*,





MD, en la puerta. Los pocos archivos encima de los armarios de atrás se encuentran en carpetas verde oscuro, y una nota acerca de las horas de vacaciones pegadas en la parte delantera de la mesa. Sobre el papel. Llego a ello.

– No veo nada aquí, Sr. Sharpe, – dice.

– Oh – digo, mi mano se congela. No puedo extraer la cinta sin que ella se dé cuenta del movimiento –. Oh. – Trato de parecer preocupado y espero que tenga piedad de mí y haga un poco más de búsqueda infructuosa o, mejor aún, que vaya a preguntarle a alguien.

Parece notar mi falsa angustia y se ve, de hecho, más irritada que comprensiva.

– ¿Quién hizo la cita?

– Mi mamá. ¿Crees que pueda estar bajo su nombre? – La enfermera en los archiveros saca un archivo y lo deja sobre el mostrador, cerca de donde estoy parado.

– No hay Sharpe aquí, – dice la recepcionista, con la mirada fija–. Tal vez su madre ha cometido un error?

Respiro profundo y me concentro en minimizar lo que digo. Los mentirosos se tocan la cara, confundidos. Se ponen rígidos. Harán una docena de cosas no verbales, respirar rápidamente, hablar rápido, ruborizarse, podría delatarlos –. Su apellido es Singer. ¿Podrías chequear?

A medida que vuelve su rostro hacia la pantalla, deslizo el archivo del mostrador bajo mi abrigo.

– No. Ningún Singer, – dice, con profunda molestia –. ¿Quieres llamar a tu madre, tal vez?

– Sí, es lo mejor – digo arrepentidamente. Mientras doy vuelta, tiro del papel escrito en frente de la mesa. No tengo ni idea si ella me ve. Me obligo a no mirar hacia atrás, solamente sigo caminando con un brazo cruzado sobre mi abrigo para mantener el archivo en su lugar, y el otro deslizando la hoja de papel en el archivo, todo perfectamente natural.

Oigo una puerta cerrándose y a una mujer, tal vez el paciente que va con el archivo dice –, no entiendo. Si estoy maldita, entonces ¿de qué sirve este amuleto? Quiero



decir, mira, está cubierto de esmeraldas, me estás diciendo que no es mejor que una moneda de diez centavos en las tiendas...

No me detengo a escuchar el resto. Acabo de caminar hacia las puertas.

– Sr. Sharpe, – dice una voz masculina.

Las puertas están justo en frente mío. Solamente unos pasos me llevarían a través de ellas, pero me detengo. Después de todo, mi plan no funcionará si se acuerdan de mí, y se acordarán de un paciente que tuvieron que buscar –. Ah, sí?

El Dr. Churchill es un hombre bronceado, delgado, con anteojos gruesos y pelo corto rizado blanco como cáscara de huevo. Empuja sus gafas sobre el puente de su nariz distraídamente –. No sé lo que le sucedió a tu cita, pero tengo algo de tiempo ahora mismo. Vamos atrás.

– ¿Qué? – Digo, girándome hacia la recepcionista, mi mano todavía en el abrigo cerrado –. Pensé que habías dicho...

Ella frunce el ceño –. ¿Quieres ver al médico o no?

No puedo pensar en otra cosa más que seguir. Una enfermera me lleva a una habitación con una camilla cubierta de papel arrugado. Me da un portapapeles con un formulario que solicita una dirección y la información del seguro. Entonces me deja en paz para mirar un gráfico que muestra las diferentes etapas del sueño y sus formas de onda. Puedo desprender el forro de mi abrigo lo suficiente para colocar el archivo en su interior. Entonces me siento en el extremo de la camilla y escribo datos sobre mí mismo que son en su mayoría verdad.

Hay varios folletos sobre el mostrador: «Todo sobre la narcolepsia», «Los cuatro tipos de insomnio», «Los síntomas de Asalto por HBG », «Peligros de la apnea del sueño», «Todo sobre la Narcolepsia».

Recojo el de asalto por HBG. Ese es el término legal para lo que mi madre le hizo al hombre rico. Asalto. Hay puntos con una lista de síntomas, y la advertencia de que el diagnóstico diferencial (sea lo que sea) en cada uno es muy amplia:

- Vértigo





- Alucinaciones auditivas
- Alucinaciones visuales
- Dolores de cabeza
- Fatiga
- Aumento de la ansiedad.

Pienso en la música que escucha Maura y lo asombrosamente extrañas que pueden ponerse las alucinaciones.

Mi teléfono vibra y lo saco de mi bolsillo automáticamente, sin dejar de mirar el folleto. No estoy sorprendido por nada de la información, como, sé que sufren muchos dolores de cabeza porque mi madre me facilitó el trabajo emocional de la forma en que otros padres dan un tiempo fuera, pero aún así es extraño verlo impreso en blanco y negro.

Abro el teléfono y dejo caer el folleto al suelo. *Ven aquí*, dice el mensaje. *Tenemos un gran problema*. Este es el único mensaje de texto que tengo completamente bien escrito. Es de Sam.

Pulso los botones devolviendo la llamada de inmediato, pero la llamada va al correo de voz y me doy cuenta de que deben estar en clase. Puedo comprobar el tiempo en mi teléfono. Una media hora más hasta el almuerzo. Hago un texto rápidamente, *¿Qué hiciste?*, Podría no ser el mensaje más sensible, pero me imagino el desastre.

Me lo imagino cogiendo mis libros, delatándome. Me imagino siendo condenado a escudriñar en los desechos de mis padres hasta que el abuelo encuentre algún otro extraño trabajo para mí.

La respuesta llega rápidamente. *Pago*.

Respiro. Alguien tiene que haber ganado una apuesta y, por supuesto, él no tiene el dinero para cubrirlo. *Volveré pronto*, envío de nuevo cuando la puerta se abre y el médico entra.

El Dr. Churchill tiene el portapapeles y lo mira en vez de a mí -. Dolores ¿dice que hubo algún tipo de confusión?





Supongo que Dolores es la poco amistosa señora de la recepción –. Mamá me dijo que tenía una cita con usted hoy – La mentira sale fácilmente, incluso sueño un poco resentido. Hay un punto de inflexión con las mentiras, un punto en el que has dicho algo tantas veces que se siente más verdadero que la verdad.

Entonces me mira, y siento que ve más de lo que quiero. Pienso en el archivo escondido en mi abrigo, tan cerca que podría agacharse y agarrarlo antes de que pudiera detenerlo. Espero que no tenga un estetoscopio, porque mi corazón está tratando de salirse de mi pecho –. Entonces, ¿por qué le hizo una cita con un especialista del sueño? ¿Qué tipo de problemas tiene?, – Pregunta.

No me atrevo. Quiero hablarle de despertar en el techo, sobre mi sonambulismo y los sueños, pero si lo hago, tal vez me recuerde. Sé que no va a escribir la nota que necesito, ningún médico en su sano juicio lo haría, pero no puedo arriesgarme a que escriba a Wallingford cualquier otro tipo de carta.

– Déjame adivinar, – dice, sorprendiéndome, porque ¿cómo podría alguien adivinar por qué un paciente acudió a una clínica del sueño? – Estás aquí por la *prueba*. – No tengo idea de lo que está hablando.

– Correcto – digo –. La prueba.

– Por lo tanto, ¿quien canceló su cita? ¿Su padre?

Tengo demasiadas cosas en la cabeza, sin nada que hacer más que seguirle el juego.

– Probablemente mi padre.

Asiente con la cabeza como si tuviera sentido, hurga en un cajón hasta que su mano enguantada saca un puñado de electrodos. Comienza a pegarlos a mi frente, los lados pegajosos tiran de mi piel –. Ahora vamos a medir sus ondas gamma.

Enciende una máquina y salta a la vida, agujas se deslizan rozando a través del papel, el modelo se refleja en una pantalla a mi izquierda.

– Ondas Gamma, – repito. Ni siquiera estoy durmiendo, así que no veo el punto en medir mis ondas gamma –. ¿Esto va a doler?

– Rápido y sin dolor. – El doctor mira hacia abajo al papel –. ¿Alguna razón por la que crees que eres un hipergámico?





Hipergámico. Es un largo término médico para los trabajadores. HBG. Heebeegeebies.  
– ¿Qu-qué? – Tartamudeo.

Sus ojos se entrecierran –. Pensé...

Pienso en la mujer que escuché en la zona de recepción. Se quejaba acerca de ser trabajada, y sonaba como que habían hecho una prueba con ella para probarlo. Pero no me pregunta si creo que he sido trabajado. Me pregunta si creo que soy un *trabajador*.

Esta es la nueva prueba, de la que siguen hablando en las noticias, la que los políticos conservadores quieren hacer obligatoria. Teóricamente, las pruebas obligatorias impedirán a los niños HBG violar la ley por accidente al utilizar sus poderes por primera vez. En teoría, los resultados se supone que son privados, por lo que no hay daño, ¿verdad? Pero nadie piensa que los resultados se van a quedar en privado.

Van a terminar en el gobierno, que les encanta el proyecto de trabajadores para la lucha contra el terrorismo y otros trabajos extraños. Ilegal o no, los resultados terminan en manos de las autoridades locales. Si pasan las pruebas obligatorias, el resto va a ser un peso en sus talones. Sí, sé que el argumento resbala inclinándote es una mentira lógica, pero a veces la inclinación se siente especialmente engrasada.

Los partidarios de la propuesta han instado a los no trabajadores para ir a hacerse la prueba. La idea es simple. Incluso si los trabajadores no toman la prueba, serán los únicos que la rechacen. De esa manera, incluso si no pasan las pruebas obligatorias, todavía será más fácil averiguar quién es hipergámico.

Salto de la camilla, arrancando los electrodos de mi piel. Puedo no llevarme bien con mi familia, pero ser parte de alguna base de datos de no trabajadores como una red para atrapar a Philip y Barron y al abuelo es horrible –. Tengo que irme Lo siento.

– Recuéstese de nuevo. Vamos a hacerla en un momento, – dice, agarrando los cables –. ¡Sr. Sharpe!

Esta vez, cuando me dirijo a las puertas, no paro hasta que las paso. Mantengo la cabeza baja, no hago caso de la enfermera que me llama después y de la gente en la





sala de espera mirándome. Ignoro todo, excepto mi necesidad de estar en algún lugar que no sea aquí.

Sigo diciéndome que respire mientras conduzco. Mi pie empuja más y más fuerte el acelerador y mis dedos juegan con la radio sólo para tener un sonido que ahogue mi único pensamiento: *lo arruiné*.

Se suponía que debía ser discreto, pero me había vuelto memorable. Además, he usado mi propio nombre. Sé donde me equivoqué: cuando el doctor me dijo que sabía para que estaba ahí. Tengo este problema. A veces estoy demasiado enamorado de la estafa, incluso cuando las cosas van mal, le había dejado conectarme en vez de caminar. Debí haber detenido al doctor y corregirlo, pero estaba demasiado curioso, demasiado ansioso por manipular y ver lo que diría después.

Todavía tengo el papel escrito. Todavía puedo hacer que el plan funcione. Con las recriminaciones golpeando en mis oídos más fuerte que la música, me detengo en el estacionamiento del mercado. Adelante se muestra todas las cestas de pastel con huevos de chocolate en ellas, a pesar de que se ven como si fueran más viejos que la Pascua. Camino a electrónica y tomo un teléfono celular desechable. Mi segunda parada es un centro de copiado, donde puedo alquilar tiempo en la computadora. El zumbido constante de las copiadoras y el olor a tinta de la impresora me recuerdan a la escuela y la calma, pero cuando tomo el archivo de mi abrigo, mi corazón empieza a latir de nuevo.

Otro error que he cometido. Robé un archivo. Porque ahora soy lo bastante memorable que podrían pensar en mí cuando consideren todas las formas en que el archivo podría haber desaparecido.

Todo lo que necesito es el logo del centro de sueño, la resolución de la Internet es tan mala que no puedo utilizarla para cualquier cosa más que un fax. No necesito un archivo. Un archivo me podía meter en problemas reales. Pero cuando vi la carpeta sobre aquel mostrador, simplemente la agarré.

Y ahora, dejándolo abierto sobre este mostrador, me siento aún más estúpido. Es sólo el nombre de una mujer, su seguro medico, un montón de números y gráficos con



líneas irregulares. Nada de esto significa algo para mí. Lo único bueno es que el Dr. Churchill firmó una de las páginas, por lo menos puedo copiar su firma.

Doy vuelta, a algunas páginas más, hasta que veo un gráfico con la etiqueta de «ondas gamma» con círculos rojos alrededor de los picos en la línea dentada. Ondas Gamma. Un poco de google explicará lo que estoy viendo. Al parecer el trabajo de sueño pone a alguien en un estado de sueño que es como un sueño profundo, con excepción de las ondas gamma. Las ondas gamma de acuerdo con el artículo suelen estar presentes sólo durante la vigilia o el percibir del sueño REM. En el gráfico, las ondas gamma están presentes durante las etapas de sueño más profundo, cuando no hay movimiento de los ojos y cuando los terrores nocturnos y sonambulismo ocurren. Eso es lo que demuestra que el sueño se trabajó.

Al parecer, según el mismo sitio, las ondas gamma también son la clave para determinar si eres un trabajador. La ondas gammas de un trabajador son más altas que lo normal de la gente, dormidos o despiertos. Son mucho más altas.

Hipergámico.

Me quedo mirando la pantalla. Esta información ha estado siempre a mi disposición con sólo unos pocos clics del ratón, y sin embargo nunca me puse a pensar en ella. Sentado aquí, trato de averiguar por qué he manejado la situación en el consultorio del doctor tan mal. No fui astuto. Me entró el pánico. Mi madre me instruyó una y otra vez en no decir nada a nadie sobre la familia, no lo que sabía y no lo que he adivinado, por lo que es terrible darse cuenta de que nada hay que decir. Podrían saberlo por tu piel.

Y, sin embargo. Y, sin embargo hay una patética parte de mí que quiere llamar al médico y decirle: *Casi terminó la prueba. ¿Ha tenido un resultado?* Y él diría, *Cassel, todo está mal en ti. Eres el trabajador más asombroso de la calle Asombrosa. No sabemos por qué no lo entendiste. Enhorabuena. Bienvenido a la vida que se supone que tendrás.*

Tengo que empujar esos pensamientos de mi cabeza. No puedo darme el lujo que nada más me distraiga. Sam me está esperando en Wallingford, y si quiero hacer algo más que visitar el campus una y otra vez para resolver sus líos, tengo que arreglar una carta.





En primer lugar puedo escanear el diseño de fondo. Luego busco la fuente de la dirección, utilicé el programa de edición fotográfica para deshacerme de la información antigua, y tecleo el número de teléfono de mi celular nuevo de prepago. Puedo borrar todo el texto sobre las horas de vacaciones de la oficina y tecleo mis propias palabras en su lugar. «Cassel Sharpe ha sido mi paciente desde hace varios años. Contra la orden estricta de esta oficina, suspendió la medicación, lo que resultó en un episodio de sonambulismo».

No estoy seguro de qué escribir después.

Otra búsqueda rápida en Google resulta un poco probable para palabrerías de médicos. «El paciente indica un trastorno del sueño que dependiendo la estimulación induce a episodios de insomnio. Se le ha recetado medicación y duerme toda la noche sin más incidentes. Como el insomnio es a menudo causa para el sonambulismo, creo que no hay ninguna razón médica para que Cassel este limitado de las clases o sea supervisado por la noche».

Sonrío a la pantalla, deseando conseguir ser como uno de esos empresarios que tienen gráficos redondos impresos y mostrar lo inteligente que soy. Tengo ganas de jactarme. Me pregunto ¿qué otra cosa del falso Dr. Churchill podría convencer a Wallingford de creer.

«Además», escribo, «he eliminado cualquier ataque exterior como una causa para el sonambulismo del paciente».

No tiene sentido que se preocupen por algo que probablemente es sólo mi loca autoinmolación por la culpa. No tiene sentido que me preocupe por ello tampoco.

Imprimo mi carta sobre el papel falso e imprimo un sobre falso. Luego lo cierro y pago la cuenta en el centro de copiado. Cuando dejo caer la carta en el buzón, me doy cuenta que mi plan tiene un segundo mayor aspecto, si me voy a quedar sin suspensión.

Debe parar el sonambulismo.

Llego a Wallingford a alrededor de las cuatro, lo que significa que Sam está en la práctica de teatro. Es fácil llegar al Auditorio Carter Thompson Memorial y sentarse





en uno de los asientos en la parte posterior. Las luces son tenues allí, todas ellas inundan el escenario, donde el elenco bloquea a Pippin que asesina a su padre.

– Párate más cerca del otro, – dice la Sra. Stavrakis, profesora de teatro, claramente aburrida –. Y levanta el cuchillo, Pippin. Tiene que atrapar la luz para que podamos verlo”

Veo a Audrey de pie junto a Greg Harmsford. Ella está sonriendo. A pesar de que no puedo ver su rostro claramente, la memoria me dice que el jersey azul que lleva puesto es del color de sus ojos.

– Por favor, trata de permanecer muerto, – la Sra. Stavrakis le grita al chico que interpreta a Charles, James Page –. Sólo estarás algunos momentos acostado allí antes de que te traigamos de vuelta a la vida.

Sam sale al escenario y se aclara la garganta –. Um, perdón, pero antes de hacer esto de nuevo, podemos al menos probar el efecto? Se ve poco convincente sin el paquete de sangre y necesitamos practicar. Ah, ¿y no piensa que sería genial si Pippin *dispara* a Charles en lugar de apuñalarlo? Entonces podríamos usar cápsulas de revolver de juguete y realmente salpicaría.

– Estamos hablando del siglo VIII aquí, – dice la Sra. Stavrakis –. No hay armas de fuego.

– Pero al principio del musical están en diferentes trajes históricos de diferentes períodos de tiempo, – dice –. ¿Eso no involucra...

– No habrá armas, – dice la Sra. Stavrakis.

– Bueno, ¿usamos uno de los paquetes? O podría adherir una cápsula de sangre al final de la hoja retráctil.

– Tenemos que seguir con el resto de la escena, Sam. Ven a verme antes del ensayo de mañana y hablaremos de esto. ¿De acuerdo?

– Muy bien – dice, y camina entre los bastidores. Me levanto y lo sigo.

Lo encuentro de pie junto a una mesa. Botellas de líquido rojo descansan sobre ella junto a envolturas de condones dispersas. Puedo escuchar la voz de Audrey en alguna parte al otro lado, gritando algo acerca de una fiesta el sábado por la noche.





– ¿Qué diablos pasa aquí? – Pregunto –. Los papeles del Club de Drama son difíciles. Sam da la vuelta repentinamente. No creo que tuviera alguna idea que estaba allí. Luego mira lo que está delante de él y se ríe con nerviosismo.

– Son para la sangre, – dice, pero puedo ver el rojo deslizándose por su cuello–. Los llenas. Son muy resistentes, pero se revientan fáciles también.

Recogí uno –. Lo que tú digas, hombre.

– No, mira. – Me la quita –. Dispones una pequeña carga explosiva en una placa de metal cubierta de espuma, y luego la cubres con la bolsa de sangre. Es impulsado por una batería, por lo que sólo tienes que pegarla y el hilo que jala el gatillo esta abajo en un lugar en el cuerpo del actor fuera de la vista. Como, con cinta adhesiva. Si es para un video o algo, ver los cables no importa tanto. Simplemente lo puedes editar. Pero en el escenario tiene que verse limpio.

– De acuerdo – digo –. Es una pena que no te permitirán hacerlo.

– Tampoco se pusieron mis prótesis extensas. Quería darle a James una barba. Quiero decir, ha visto la Sra. Stavrakis pinturas de Carlomagno? Totalmente barbudo. – Me mira durante un buen rato –. ¿Estás bien?

– Claro. Por supuesto. Entonces, ¿quién ganó?

– Oh, sí, lo siento. – Vuelve a poner su equipo en su sitio –. Dos maestros fueron vistos echando un polvo, prácticamente no hay apuesta en ello, pero tres personas lo hicieron. Su pago es, como, seiscientos dólares. – Se corrige –. Nuestro pago.

– Creo que la casa no siempre gana. – Calculé mal mis probabilidades de una manera enorme, pero no quiero que sepa el gran acierto que voy a tomar. Confío en que la gente haga malas apuestas –. ¿Quién?

Él sonrío –. Ramírez y Carter.

Sacudo la cabeza. El maestro de música y la maestra de primer año de inglés. Ambos casados con otras personas –. ¿Evidencias? Es mejor que no repartas ninguna ganancia sin...

Abre su laptop y me muestra la imagen. Carter tiene la mano en la parte posterior del cuello de Ramírez y su boca en la parte frontal de la misma.







– ¿Doctora? – Pregunto con esperanza.

Niega con la cabeza –. Ya sabes, la gente ha estado actuando muy raro desde que asumí tu operación. Han preguntado a mis amigos por mí.

– La gente no quiere pensar en su corredor de apuestas como su amigo. Los pone nerviosos.

– No voy a renunciar a mis amigos.

– Por supuesto que no, – digo de forma automática –. Voy a buscar dinero en efectivo. Mira – digo, y suspiro –. Lo siento si parezco un duro de pelar o lo que sea, pidiéndote pruebas. – Me pica la piel con incomodidad. He estado tratando a Sam como un criminal.

– No estás siendo raro, – dice, mirándome perplejo –. No más raro de lo normal, de todos modos. Pareces bien, hombre.

Supongo que está acostumbrado a personas sospechosas con carácter de malos. O tal vez nunca parecía tan normal como pensaba. Caminando por el sendero a la biblioteca, mantengo mi cabeza abajo. Estoy bastante seguro que si Northcutt o cualquiera de sus lacayos me ven, van a considerar mi paseo alrededor del campus una violación de mi «baja médica». Me las arreglo para evitar mirar a alguien a los ojos o caminar con cualquier persona en el camino a la biblioteca.

La Biblioteca Lainhart es el edificio más feo del campus, construido con fondos donados de un músico en la década de los ochenta, cuando al parecer la gente pensaba que un edificio circular inclinado en un ángulo raro era simplemente la forma de actualizar todos los viejos edificios de ladrillo que lo rodean. Sin embargo, tan feo como lo es en el exterior, el interior está lleno de sofás y es cómodo. Los librereros se abren en abanico desde una sala central con una gran cantidad de asientos y un enorme globo terráqueo que los mayores tratan de robar año tras año (una apuesta popular).

La bibliotecaria se mueve de detrás de su enorme escritorio de roble. Ella acaba de salir de la biblioteca de la escuela y tiene lentes ojo de gato de todos los colores del arco iris.



Varios perdedores apuestan dinero para enrollarse con ella. Me sentí mal cuando les dije las probabilidades que había asignado.

– Es bueno tenerte de vuelta, Cassel, – dice.

– Es bueno estar de regreso, Señora Fiske. – Una vez visto, me imagino que lo mejor que puedo hacer es no ser visible. Esperemos que para el momento en que ella se de cuenta que no estoy de vuelta de verdad, lo estaré.

Mi dinero del trabajo, un total de tres mil dólares, oculto entre las páginas de un Onomástico grande encuadernado en cuero. Lo he mantenido allí durante los últimos dos años sin incidentes. Nadie lo ha tocado alguna vez excepto yo. Mi único temor es que el libro vaya a ser sacrificado, ya que nadie utiliza un Onomástico, pero creo que Wallingford lo mantiene porque parece caro y oscuro como para tranquilizar a los padres que visitan a sus hijos que están aprendiendo cosas de tipo genio.

Abro el libro y extraigo seiscientos dólares, hurgo por un par de minutos actuando como si estuviera considerando la lectura de algunos poemas del Renacimiento, y luego me escabullo de vuelta a la residencia, donde supuestamente me encontraré con Sam. Cuando bajo las escaleras y en el pasillo, Valerio sale de su habitación. Me echo a un lado esquivándolo, en el cuarto de baño, luego, me encierro en una casilla. Apoyado en la pared a la espera de que mi corazón comience a latir normalmente, trato de recordarme a mí mismo que siempre y cuando nadie me vea haciendo algo vergonzoso, no hay razón para ser humillado. Valerio no me sigue. Escribo un texto a Sam.

Él entra en el baño momentos más tarde, riendo –. Qué lugar tan clandestino para una reunión.

Abro la puerta de la casilla –. Ríete de eso. – No hay rencor en mi voz, sin embargo. Simplemente alivio.

– La costa está clara, – dice –. El águila ha volado de la jaula. La vaca se quedó sola.

No puedo evitar sonreír cuando saco el dinero de mi bolsillo –. Eres un maestro del engaño.

– Hey, – dice –. ¿Puedes enseñarme a calcular las probabilidades? como si hubiese





algo sobre lo que quiera tomar apuestas? ¿Y qué pasa con los puntos diferenciales en el juego? ¿Cómo calculas eso? No lo estás haciendo de la manera que dicen en línea.

– Es complicado, – digo, deteniéndome. Lo que quiero decir es: Está arreglado.

Se apoya en el fregadero –. Los asiáticos somos genios en las matemáticas.

– Bien, genio. ¿Tal vez en otra ocasión?

– Claro – dice, y me pregunto si ya está planeando sacarme de mi propio negocio. Me imagino que probablemente puedo joderlo de alguna manera si lo hace, pero la idea de necesitar un plan me cansa.

Sam cuenta el dinero con cuidado. Lo veo en el espejo –. ¿Sabes lo que deseo?, – Pregunta cuando acaba.

– ¿Qué?

– Que alguien convierta mi cama en un robot que luche contra otros robots cama a muerte por mí.

Esto arranca una risa de mí –. Eso sería bastante impresionante.

Una sonrisa lenta y tímida se extiende en su boca –. Y podríamos aceptar apuestas sobre ellos. Y ser inmensamente ricos.

Inclino mi cabeza contra el marco de la plaza, mirando a la pared de azulejos y el patrón de grietas amarillentas, y sonrío –. Me retracto de algo que podría haber implicado lo contrario. Sam, *eres* un genio.

No soy bueno teniendo amigos. Quiero decir, puedo hacerme útil a la gente. Puedo encajar, ser invitado a fiestas y puedo sentarme en cualquier mesa que quiera en la cafetería.

Pero en realidad confiar en alguien cuando no tiene nada que ganar de mí simplemente no tiene sentido.

Todas las amistades son negociaciones de poder.

Como, Philip tiene este mejor amigo, Antón. Antón es el primo de Lila; venía a Carney con ella en los veranos. Antón y Philip gastaron tres meses empapados por el calor bebiendo cualquier licor que podían sacar de los locales y meter en sus coches.





La madre de Antón es la hermana de Zacharov, Eva, haciéndolo el pariente masculino vivo más cercano a Zacharov. Antón se aseguró de que Philip supiera que si Philip quería trabajar para la familia, eso significaba que iba a estar trabajando para Antón. Su amistad fue, y está basada en que Philip reconoce que Antón está a cargo, que Philip está listo para seguir su ejemplo.

A Antón no le agrado porque mi amistad con Lila parecía venir sin el reconocimiento de su condición.

Una vez, cuando teníamos trece años, se dirigió a la cocina de la abuela de Lila. Lila y yo estábamos luchando por algo tonto, golpeando los armarios y riendo. Me alejé de ella y me tiró al suelo.

– Pídele disculpas, pequeño pervertido, – dijo.

Es cierto que todos los empujones eran una excusa para tocar a Lila, pero prefiero que me golpeará en todos lados que admitirlo.

– ¡Basta!, – Le gritó a Antón, agarrándole sus manos enguantadas.

– Tu padre me ha enviado aquí para mantener un ojo sobre ti, – dijo –. No querría que pases todo tu tiempo con este extravagante. Ni siquiera es aun uno de nosotros.

– No me digas qué hacer, – dijo Lila –. Nunca.

Miró de nuevo hacia mí –. ¿Qué tal si te digo *qué* hacer, Cassel? Ponte de rodillas. Así es como se supone que debe actuar frente a una princesa trabajadora.

– No lo escuches, – dijo Lila rígida –. Levántate

Estaba empezando a levantarme cuando me dio una patada en el hombro. Caí de nuevo de rodillas.

– ¡Basta!, – Gritó.

– Bien – dijo –. Ahora, ¿por qué no le besas el pie? Sabes que quieres hacerlo.

– Te dije que lo dejaras tranquilo, Antón, – dijo Lila –. ¿Por qué tienes que ser tan imbécil?

– Dale un beso en su pie, – dijo –, y te permitiré levantarte. – Él tenía diecinueve años y era enorme. Mi hombro estaba herido y mis mejillas ya estaban ardiendo. Me



incliné hacia adelante y apreté mi boca en la parte superior de las sandalias que calzaba Lila en sus pies. Habíamos estado nadando ese mismo día, su piel sabía a sal.

Ella sacudió la pierna hacia atrás. Antón se echó a reír.

– Tú piensas que estás a cargo ya, – dijo, con voz temblorosa –. ¿Crees que papá te va a hacer su heredero, pero soy su hija. Yo. Yo soy su heredera. Y cuando sea el jefe de la familia Zacharov, no voy a olvidar esto.

Me puse de pie lentamente y me dirigí a la casa del abuelo.

Ella no me hablaría durante semanas, probablemente porque había hecho lo que Antón me dijo en lugar de lo que ella me había dicho. Y Philip, continuó como si nada hubiera sucedido. Del mismo modo que había elegido que lo que le preocupaba más, ya había elegido el poder por sobre mí.

No puedo confiar en la gente a la que me preocupa hacerle daño. Y tampoco estoy seguro de que puedo confiar en mí mismo de no hacerles daño.

La amistad apesta.

Miro el reloj de mi teléfono mientras camino hacia el coche y calculo que mejor me dirijo a casa si quiero que mi abuelo no se de cuenta de cuánto tiempo he estado fuera. Pero tengo una parada más que hacer. En mi camino hacia el coche, llamo a Maura. Es el ingrediente final de mi plan: alguien debe contestar el teléfono prepago si este suena.

– ¿Hola?, – Dice en voz baja. Oigo el llanto del bebé en el fondo.

– Hey – digo, y dejo escapar el aliento. Me preocupaba que Philip respondiera–. Es Cassel. Estás Ocupada?

– Sólo tratando de limpiar un poco de melocotón de la pared. ¿Buscas a tu hermano? Está...

– No – digo, tal vez un poco muy rápido –. Tengo que pedirte un favor. A ti. Realmente me ayudaría.

– Está bien, – dice.



– Todo lo que tienes que hacer es responder un teléfono celular que voy a darte y fingir que eres recepcionista de un centro del sueño. Voy a escribir exactamente lo que tienes que decir.

– Déjame adivinar. Tengo que decir que puedes volver a la escuela.

– No es nada como eso. Sólo confirmar que la oficina envió una carta y que el médico está con un paciente, pero que va a devolver la llamada. Luego me llamas y me encargo del resto. No creo que incluso llegue a eso. Puede ser que deseen comprobar que la oficina realmente envió la carta, pero eso es probablemente lo mismo.

– ¿No eres demasiado joven para estar viviendo una vida de crimen?

Sonríó –. Entonces, ¿lo harás?

– Claro. Trae el teléfono. Philip no va a estar de regreso durante una hora. Supongo que no quieres que sepa sobre esto.

Sonríó. Suena tan normal que es difícil recordar los hundidos ojos de Maura sentada en la parte superior de la escalera, hablando de ángeles –. Maura, eres una diosa. Voy a tallar tu imagen en el puré de papas entonces todos podrán adorarte como yo lo hago.

Cuando abandones a Philip, ¿te casarías conmigo?

Se ríe –. Es mejor que Philip no te oiga decir eso.

– Sí – digo –. ¿Tu todavía? Quiero decir, ¿él lo sabe?

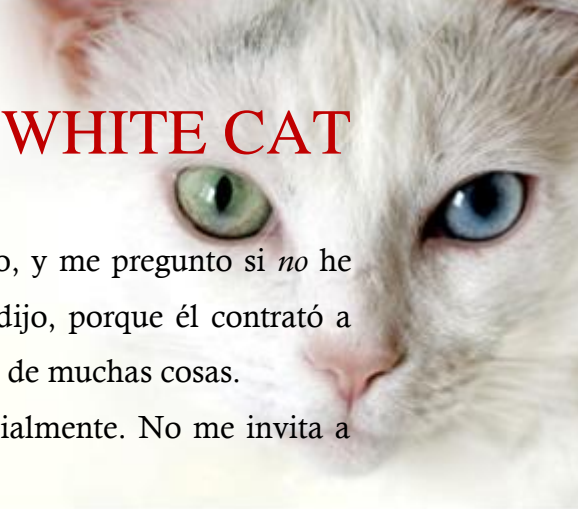
– Saber qué?

– Oh, – digo torpemente –. La otra noche. Hablaste de dejarlo... pero, bueno, supongo que arreglaron las cosas. Eso es genial.

– Nunca dije eso, – dice Maura, su voz es plana –. ¿Por qué iba a decir eso cuando Philip y yo somos tan felices?

– No lo sé. Probablemente entendí mal. Me tengo que ir. Voy colgar el teléfono. – Cuelgo, mis manos están resbaladizas por el sudor. No tengo ni idea de lo que acaba de suceder. Tal vez ella no quiere decir nada por teléfono, en caso de que la gente esté escuchando. O tal vez alguien está ahí, alguien con quien no puede hablar delante de él.





Pienso en el abuelo diciendo que Philip la estaba trabajando, y me pregunto si *no* he entendido bien. Tal vez ella realmente no recuerda lo que dijo, porque él contrató a alguien para borrar aquellos recuerdos. Tal vez no se acuerda de muchas cosas.

Maura abre la puerta cuando toco el timbre, pero sólo parcialmente. No me invita a entrar tampoco, la inquietud molesta mi estómago.

La miro a los ojos, tratando de leer *algo* en ellos, pero sólo se ve en blanco, agotada—. Gracias de nuevo por hacer esto. – Tengo el teléfono, envuelto en un trozo de papel con las instrucciones escritas en él.

– Está bien. – Sus guantes de cuero rozan los míos mientras toma el celular y me doy cuenta de que está a punto de cerrar la puerta. Meto mi pie en el hueco para detenerla.

– Espera, – digo –. Espera un segundo.

Ella frunce el ceño.

– ¿Te acuerdas de la música? – Pregunto.

Deja la puerta abrirse, mirándome –. ¿También la escuchas? Todo comenzó esta mañana y es tan hermosa. ¿No crees que sea hermosa?

– Nunca he oído nada igual, – digo con cautela. Honestamente no recuerda. Puedo pensar en una sola persona que podría beneficiarse de que olvidara abandonar a su marido.

Busco en mi bolsillo y saco el encanto de la memoria. *Dar esto para recordar*. Parece una herencia, algo que puede ser transmitida a una nuera para darle la bienvenida a la familia –. Mi madre quería que tuvieras esto, – miento.

Se encoge de nuevo, y recuerdo que no a todo el mundo le gusta mi madre –. A Philip no le gusta que me ponga encantos, – dice –. Dice que la esposa de un trabajador no debe verse asustada.

– Puedes ocultarlo, – digo rápidamente, pero la puerta de ya se cierra.

– Cuidate, – dice Maura a través del espacio que queda –. Adiós, Cassel.

Me detengo sobre las escaleras durante unos momentos con el encanto aún en la mano, tratando de pensar. Tratando de recordar.





La memoria es resbaladiza. Se dobla a nuestra comprensión del mundo, se tuerce para dar cabida a nuestros prejuicios. Es poco fiable. Los testigos rara vez recuerdan las mismas cosas. Identifican a las personas equivocadas. Nos dan detalles de los acontecimientos que nunca sucedieron. La memoria es resbaladiza, pero mis recuerdos de repente se sienten resbaladizos.

Después que los padres de Lila se divorciaron, La llevaron por un tiempo por toda Europa, luego pasó varios veranos en Nueva York con su padre. Sólo sabía dónde estaba, porque su abuela le decía a mi abuela, fue así que me sorprendí al entrar en la cocina un día y ver a Lila allí, sentada en la mesa y hablando con Barron como si nunca se hubiera ido.

– Hey, – dijo, estallando su chicle. Se había cortado el pelo hasta el mentón y lo tiñó de color rosa brillante. Eso y el grueso delineador de ojos la hacían parecer de más de trece años. Mayor que yo.

– Lárgate, – dijo Barron –. Estamos hablando de negocios.

Mi garganta se sentía apretada, como si tragar pudiese doler –. Lo que sea. – Recogí mi libro de Heinlein<sup>6</sup> y una manzana y regresé al sótano.

Me senté mirando la televisión por un tiempo mientras un chico de anime con una espada muy grande cortaba una cantidad considerable de monstruos. Pensé en lo mucho que no me importaba que Lila estuviera de vuelta. Después de un rato bajó las escaleras y se dejó caer en el sofá de cuero al lado mío. Sus pulgares fueron atrapados por agujeros en su suéter gris ratón, y me di cuenta de una curita a lo largo de la curva de su mejilla.

– ¿Qué quieres? – Pregunté.

– Verte. ¿Qué opinas? – Hizo un gesto a mi libro –. ¿Es bueno?

– Si te gustan los asesinos ardientes clonados. ¿Y a quién no?

– Sólo los locos, – dijo, y no pude evitar sonreír. Me contó un poco sobre París, sobre la oferta que había hecho su padre por un diamante en Sotheby's<sup>7</sup>, que debía haber

---

<sup>6</sup> Escritos estadounidense de ciencia ficción

<sup>7</sup> Casa de subastas







pertenecido a Rasputín y le daba vida eterna. Acerca de la forma en que había tomado su desayuno en un balcón, bebiendo una taza café con leche y comiendo pan untado con mantequilla dulce. No sonaba como si hubiese extrañado mucho el sur de Jersey, y no podía culparla.

– Entonces, ¿qué quería Barron? – Pregunté.

– Nada. – Muerde su labio mientras tiraba de todo ese pelo de color rosa en una cola de caballo elegante y firme.

– Cosas secretas de trabajador, – dije, moviendo las manos alrededor para mostrar cuan impresionado que estaba –. Ooooh. No me digas. Podría correr a la policía.

Ella estudió el hilo retorcido alrededor de su dedo pulgar –. Dice que es simple. Sólo un par de horas. Y me prometió devoción eterna.

– Eso marcha bien, – dije.

Cosas de trabajadores. Todavía no sé a dónde fueron o lo que ella hizo, pero cuando regresó, tenía el pelo desordenado y su lápiz de labios se había ido. No hablamos de eso, pero lo que hicimos fue ver un montón de películas de aventura en blanco y negro en el sótano, y me dejó fumar un poco de Gitanes<sup>8</sup> sin filtro que había tomado en París.

Venenosos celos vibraban por mis venas. Quería matar a Barron.

Supongo que me calmé con Lila.

---

<sup>8</sup> Marca de cigarrillos



## Capítulo 7

Traducido por Rihano

REGRESO A TIEMPO A LA VIEJA CASA para la cena, que resulta ser un goulash de algún tipo, con fideos gruesos y salpicados de rodajas de zanahoria y cebollas perladas. Como tres platos y los acompañé con café negro mientras la gata serpentea alrededor de mis tobillos. Le paso toda la carne que puedo elegir con indiferencia.

– ¿Cómo fue la visita al médico? – El abuelo está bebiendo demasiado café, y su mano tiembla un poco mientras se lleva la taza a los labios. Me pregunto qué otra cosa hay en la taza.

– Bien, – digo lentamente. No quiero hablarle de la prueba o de Maura y sus recuerdos perdidos, pero eso me deja con muy poco que decir–. Me conectaron a una máquina y querían que la probara y durmiera.

– ¿Allí mismo, en la oficina?

Eso sonaba bastante improbable, pero ahora no hay marcha atrás–. Me las arreglé para dormitar un poco. Sólo estaban tratando de conseguir algunos resultados básicos. Una línea base, dijo el medico.

– Hu-uh, – dice el abuelo, y se levanta para limpiar los platos–. Debe ser por eso que llegaste tan tarde.

Cojo mi plato y camino hasta el lavabo, sin decir nada.

Más tarde esa noche, cuando estoy todo cubierto de polvo, pero la mayor parte del piso de arriba está limpio, vemos la *Banda de los Prohibidos*. En ella, los trabajadores de hechicería que pertenecen a un equipo secreto del FBI usan sus poderes para detener a otros trabajadores, en su mayoría narcotraficantes y asesinos en serie.



– ¿Quieres saber cómo saber si una persona es un trabajador?, – pregunta el abuelo con un gruñido. Él está sentado en la silla que odio y su rostro se ilumina con el azul de la pantalla. El héroe de la serie, MacEldern, acaba de patear una puerta, mientras que un trabajador de emociones hace que los chicos malos lloren con remordimiento y comiencen una confesión incoherente. Es bastante malo, pero el abuelo no me deja cambiar de estación.

Miro las puntas ennegrecidas de los dedos de mi abuelo–. ¿Cómo?

– Él es el único que va a negar que tiene poderes. Todo el mundo piensa que tiene algo. Consiguieron alguna historia sobre la única vez que desearon que algo malo le pasara a alguien y pasó, o quisieron que algún imbécil los amara y lo consiguieron. Como que cada maldita coincidencia en el mundo es un trabajo.

– Tal vez ellos tienen un poco de poder, – digo–. Tal vez todo el mundo lo tiene.

El abuelo bufá–. No te vayas a creer esa mierda. Puede que no seas un trabajador, pero vienes de una orgullosa familia de trabajadores. Eres demasiado inteligente para sonar como, como-se-llame, que dijo que si los niños tomaban suficiente LSD, desbloquearían sus poderes.

Una de cada mil personas es un trabajador, y de todos ellos, el 60 por ciento son trabajadores de la suerte. La gente sólo quiere jugar a las probabilidades. El abuelo debería entender eso.

– Timothy Leary, – le digo.

– Sí, bueno, ve cómo terminó eso. Todos esos niños tratando de darse uno al otro el toque, medio divagando fuera de sus cabezas, imaginando que habían trabajado y habían sido trabajados, imaginando que estaban muriendo por el retroceso, arañándose los unos a los otros. Los años sesenta y setenta fueron décadas estúpidas, llenas de desinformación y estrellas de rock locas tratando de ser profetas, haciéndose pasar por trabajadores. ¿Sabes cuántos trabajadores fueron contratados sólo para hacer el trabajo que el Fabuloso Freddie dijo que haría solo?

No tiene sentido tratar de distraer al abuelo de sus diatribas una vez que ha comenzado. Las ama demasiado como para molestarse en darse cuenta que las he oído



cerca de un millón de veces antes. Lo mejor que puedo esperar es empujarlo hacia alguna nueva diatriba-. ¿Alguna vez fuiste contratado por uno de ellos? ¿Tendrías que haber tenido, que, veinte, treinta y pico en ese entonces?

- Hice lo que el viejo Zacharov dijo, ¿no? Nada independiente. Sin embargo, conozco a algunas personas que lo hicieron. - Se ríe-. Como un chico que estuvo de gira con la Banda Agujero Negro. Trabajador físico. Muy bueno. Alguien cabreaba a la banda, y alguien estaría en tracción.

- Hubiera pensado que el trabajo de emoción sería más popular. - A pesar de mí mismo estoy atrapado. Por lo general, cuando él hace este discurso, siento como si se lo estuviera dando al resto de la familia y yo sólo escucho. Esta vez estamos solos. Y desde entonces creo en todas las cosas de las que he visto fotos en Internet o en especiales de VH1. Intérpretes con cabezas de cabra, sirenas que bailaban en los tanques hasta que se ahogaron porque el transformador no había sabido lo que estaba haciendo cuando las había hechizado, gente en versión de dibujos animados con grandes cabezas y ojos enormes. Todo resultado de la sencilla transformación de un trabajador que murió de una sobredosis en su habitación de hotel, rodeado de animales trabajados que se paraban en dos patas y hablaban incoherencias.

No hay trabajadores de transformación para que las bandas lo contraten para hacer cualquier cosa de eso hoy en día, incluso si fuera legal. Puede haber uno en China, pero nadie ha oído hablar de él durante mucho tiempo.

- Bueno, nadie puede trabajar una multitud. Demasiadas personas. Había un chico que lo intentó. Pensó qué diablos; podría aguantar el retroceso. Había dejado a una multitud de gente que lo tocara, uno tras otro, y haciéndolos sentirse eufóricos. Como si él fuera una droga.

- Así que el retroceso sería demasiada euforia, ¿verdad? ¿Dónde está el daño en eso? - La gata blanca saltó sobre el sofá junto a mí y empezó a triturar los cojines con sus garras-.

Ves, ese es el problema con los chicos, así es como todos piensan. Como si fueran inmortales. Al igual que todas las cosas tontas que haces, nadie siquiera lo había





pensado antes. Él se volvió loco. Seguro, babeando, sonriendo, loco feliz, pero loco de todos modos. Él es el hijo de uno de los peces gordos en la familia Brennan, por lo que al menos pueden darse el lujo de cuidar de él.

Abuelo se apaga de nuevo de su perorata sobre la mudez de los chicos en general y de los chicos trabajadores en específico. Alcanzo al gato y calla bajo mi mano, no ronronea, sólo se queda como piedra.

Antes de irme a la cama esa noche, escarbo en el gabinete de la medicina. Tomo dos pastillas para dormir y caigo dormido con el gato en mi codo.

No sueño.

Alguien me está sacudiendo—. Eh, dormilón, levántate.

El abuelo me da una taza de café muy fuerte, pero esta mañana me siento agradecido por ello. Mi cabeza se siente como si estuviera llena de arena.

Alcanzo mis pantalones y tiro de ellos. Mis manos automáticamente se meten en los bolsillos, pero a medio camino del gesto me doy cuenta de que algo falta. El amuleto. El amuleto de Mamá. El que trataba de darle a Maura.

*Recuerda.*

Me pongo de rodillas y me meto debajo de la cama. Polvo, novelas de bolsillo que no he visto en años, y veintitrés centavos.

— ¿Qué estás buscando? — me pregunta el Abuelo.

— Nada, — le digo.

\*\*\*

Cuando éramos pequeños, mamá pondría a Phillip, Barron y a mi, uno junto al otro y nos decía que la familia lo era todo, que eran las únicas personas en las que realmente podíamos confiar. Luego tocaba nuestros hombros con sus manos desnudas, a cada uno a la vez, y estábamos inundados de amor el uno por el otro, sofocado por el amor.

— Prometan a sus hermanos que se amarán los unos a los otros por siempre y para siempre y que harán lo que tengan que hacer para protegerse el uno al otro. Nunca se



harán daño entre si. Nunca se robarán. La familia es lo más importante. No hay nadie que te ame como tu familia.

Nos abrazamos, lloramos y lo prometimos.

El trabajo de emoción se desvanece tras meses y meses, hasta que un año más tarde te sientes tonto acerca de las cosas que hiciste y dijiste cuando fuiste trabajado, pero no olvidas lo que era estar harto de esas emociones.

Esas fueron las únicas veces que me he sentido seguro.

Sin soltar el café, caminé al exterior para aclarar mi cabeza. Un pie delante del otro. El aire es frío y limpio, y lo aspiré a bocanadas como un hombre que se ahoga.

*Las cosas se caen de los bolsillos*, me digo, y me imagino que antes de derretirme por completo, debería verificar el auto. Si está allí, metido en el asiento o brillando en el tapete del piso, me voy a sentir bastante estúpido. Espero lograr sentirme estúpido.

Impulsivamente abrí mi celular. Hay un par de llamadas perdidas de mi madre, ella debe odiar no ser capaz de llamarme a un teléfono fijo, pero las ignoré y llamé a Barron. Necesito a alguien que responda preguntas, alguien en quien pueda confiar para que me proteja. La llamada fue directa al correo de voz. Me quedé ahí, golpeando el remarcar una y otra vez, escuchando el timbre. No sabía a quién más llamar. Por último se me ocurre que podría haber una manera de llamar directamente a su dormitorio.

Llamé por teléfono al número principal de Princeton. Ellos no parecían poder encontrar su habitación, pero recuerdo el nombre de su compañera de cuarto.

Una chica contesta, su voz ronca y suave, como si el teléfono la hubiera despertado.

– Oh, hola, – digo–. ¿Estoy buscando a mi hermano Barron?

– Barron ya no viene más a la escuela, – dice.

– ¿Qué?

– La abandonó hace un par de meses. – Sonaba impaciente, ya sin sueño–. ¿Eres su hermano? Dejó un montón de sus cosas, sabes.

– Es olvidadizo. – Barron siempre *ha* sido olvidadizo, pero en este momento el olvido parece de mal agüero–. Puedo recoger lo que sea que haya dejado.





– Ya lo envié. – Ella dejó de hablar repentinamente, y me pregunto qué pasó entre los dos. No me puedo imaginar a Barron abandonando la escuela debido a una chica, pero no puedo imaginar a Barron abandonando Princeton, por cualquier motivo–. Me cansé de su promesa de venir a recogerlas y nunca aparecer. Ni siquiera me dio dinero para los gastos de envío.

Mi mente corrió–. La dirección a la que enviaste todas esas cosas también, ¿aún la tienes?

– Sí. ¿Estás seguro de que eres su hermano?

– Es mi culpa no saber dónde está, – Mentí rápidamente–. Después de que papá murió fui un verdadero majadero. Tuvimos una pelea en el funeral y no tomé ninguna de sus llamadas. – Me quedé sorprendido cuando mi voz se quebró en el lugar correcto de forma automática.

– Oh, – dijo ella.

– Mira, sólo quiero decirle cuánto lo siento, – le digo, adornando más mi historia. No sé si sonaba arrepentido. Lo que siento es una especie de miedo frío.

Oigo el crujido de papeles al otro lado de la línea–. ¿Tienes una pluma?

Escribo la dirección en mi mano, le agradezco, y cuelgo mientras camino de regreso a la casa. Ahí encuentro a mi abuelo acumulando docenas de tarjetas para fiestas que está sacando de detrás de un aparador. La escarcha empolva sus guantes. Es curioso cuan vacías se ven las habitaciones despojadas de basura. Mis pasos hacen eco.

– Oye, – le digo–. Necesito el coche de nuevo.

– Aún tenemos el cuarto arriba por hacer, – dice–. Además de la terraza y la sala. E incluso las habitaciones que están hechas tenemos que ordenarlas.

Levanto el teléfono y lo ondeo ligeramente, como si fuera el culpable–. El médico necesita que regrese para más pruebas. – Miente hasta que te lo creas, ese es el verdadero secreto de la mentira. La única manera de no revelar absolutamente nada.

Lástima que aún no llego ahí.

– Pensé que podría ser algo como eso, – dijo con un suspiro profundo. Esperé que me llamara la atención, diciendo que él ya había hablado con el médico o que había sido



claro para él desde el comienzo que estoy metido de lleno en esto. No dijo ninguna de esas cosas, alcanzó el bolsillo de su chaqueta y me tiró las llaves.

Mi amuleto no está en el piso del Buick del abuelo o pegado en el pliegue del asiento del conductor, a pesar de que encontré una bolsa para llevar arrugada. Me detengo por combustible y para comprar más café y tres barras de chocolate. Mientras espero a que el hombre regrese con mi cambio, programo la nueva dirección de Barron en el GPS de mi teléfono. El lugar es en Trenton, en una calle en la que nunca había estado.

No tengo mucho más para arrancar que una corazonada de que todas las cosas extrañas, mi sonambulismo, los recuerdos contradictorios de Maura, el abandono de Barron de la escuela sin decirle a nadie, incluso la pérdida del amuleto, estén relacionadas.

Pero mientras mi pie presiona el acelerador y el coche acelera, siento que por primera vez en mucho tiempo estoy yendo en la dirección correcta.

\*\*\*

88

Lila tuvo su fiesta de cumpleaños número catorce en algún gran hotel de su padre en la ciudad. Era el tipo de cosas donde muchos trabajadores se juntaban, repartiendo sobres que sólo teóricamente tenían que ver con la fiesta, y hablando de cosas que mejor no eran escuchadas por gente como yo. Lila me llevó a su habitación del hotel una hora antes de lo que se suponía que debía empezar. Llevaba un montón de maquillaje brillante negro y una camisa de gran tamaño con una cara de gato de dibujos animados sobre la misma. Su cabello no era más rosa, sino que era blanco rubio y en punta.

– Odio esto, – dijo ella, sentándose en la cama. Sus manos estaban desnudas–. Odio las fiestas.

– Tal vez te podrías ahogar en un balde de champán,– le dije amablemente.

Ella me ignoró–. Vamos a perforarnos las orejas el uno al otro. Quiero perforar tus orejas.







Sus orejas ya estaban prendidas con pequeñas perlas. Apuesto a que si las rayaba en contra de mis dientes, serían verdaderas. Ella se tocó un pendiente medio conscientemente, como si pudiera oír mis pensamientos—. Me hicieron estos con una pistola de oreja cuando tenía siete años, – dijo—. Mi mamá me dijo que me daría helado si no lloraba, pero lloré de todos modos.

– ¿Y quieres más agujeros porque piensas que el dolor te distraerá de todas las molestas celebraciones? ¿O porque apuñalarme te hará sentir mejor?

– Algo como eso. – Sonrió enigmáticamente, fue al baño y salió con un montón de bolas de algodón y un pasador de seguridad. Después de colocarlas en la parte superior del mini-bar, sacó una de las pequeñas botellas de vodka—. Ve a buscar hielo de la máquina.

– ¿No tienes amigas... quiero decir, no que no seamos amigos, pero...?

– Es complicado, – dijo—. Jennifer me odia por algo que Lorraine y Margot le dijeron. Siempre están inventando cosas. No quiero hablar de ellas. Quiero hielo.

– Eres una especie de mandona, – le dije.

– Tengo que ser capaz algún día de mandar a la gente que está alrededor, – dijo ella, su mirada firme—. Como papá lo hace. Además, ya sabías que era una mandona. Tú me conoces.

– ¿Qué te hace pensar que quiero mis orejas perforadas?

– Las chicas creen que perforarse las orejas está a la moda. Además, *te* conozco, también. Te gusta ser intimidado.

– Tal vez me gustaba cuando tenía nueve años, – dije, pero llevé la pala hacia el vestíbulo y la traje de vuelta llena de hielo.

Se acercó a la cómoda, brincó, y empujó un montón de CDs, ropa interior, y notas dobladas en el suelo.

– Ven aquí, – dijo ella, su voz baja y dramática—. En primer lugar, prendes el fósforo, y luego llevas el pasador por la llama. ¿Ves? – Lila encendió el fósforo y giró el perno en su fuego. Sus ojos brillaban—. Se vuelve negro e iridiscente. Ahora está estéril.



Empujé la peluda mata negra de mi cabello e incliné la cabeza como un sacrificio voluntario. La presión del hielo me hizo estremecer. Sus piernas estaban ligeramente separadas y yo tenía que pararme entre sus rodillas para acercarme lo suficiente.

– No te muevas, – dijo, sus dedos fríos sobre mi piel. Observé al hielo derretirse corriendo por su muñeca goteando en el codo. Los dos esperamos, en silencio, como si se tratara de un rito ceremonial. Después de un minuto más o menos ella dejó caer el cubo y presionó el pasador contra la oreja, poco a poco atravesándola.

– ¡Ay! – Me distancié en el último momento.

Ella se echó a reír-. ¡Cassel! El pasador está pegado de la mitad de tu oreja.

– Me *dolió*, – dije, medio asombrado. Pero no era eso. Era demasiada sensación, la sensación de sus muslos sosteniéndome en el lugar, mezclado con el dolor agudo.

– Puedes lastimarme más si quieres, – dijo, y empujó el pasador con un impulso repentino y salvaje. Tomé una bocanada de aire.

Se separó de la cómoda para ir a buscar un hielo nuevo de la cubeta para su oreja. Tenía los ojos brillantes-. Haz el mío en lo alto. Vas a tener que presionar realmente para conseguir atravesar el cartílago.

Pasé un alfiler de gancho sobre la llama y lo puse en la fila de arriba de los agujeros de la oreja que ya tenía. Lila mordió su labio, pero no gritó, a pesar de que la vi llorar. Ella sólo clavó los dedos en las franjas de pana de mis pantalones mientras presionaba. El pasador de metal se dobló un poco, y me pregunté si iba a ser capaz de conseguir pasar al otro lado, cuando de pronto pasó con un sonoro ruido. Ella hizo un ruido ahogado, y cuidadosamente cerré el alfiler para que colgara como un elegante pendiente de fantasía en la parte superior de su oreja.

Entonces metió los bastoncillos de algodón en vodka para limpiar la sangre y nos servimos un trago. Le temblaban las manos.

– Feliz cumpleaños, – le dije.

Oí pasos fuera de la puerta, pero Lila no pareció darse cuenta. En cambio, se inclinó. Su lengua estaba tan caliente como el fósforo en mi oído, e hizo que mi cuerpo se



sacudiera por la sorpresa. Todavía estaba tratando de convencerme de lo que realmente había sucedido cuando ella sacó la lengua y me mostró mi propia sangre.

Fue entonces cuando se abrió la puerta y la madre de Lila entró. Se aclaró la garganta, pero Lila no retrocedió—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no estás lista para tu fiesta? – Voy a llegar elegantemente tarde, – dijo Lila, una sonrisa amenazando por salir en las comisuras de su boca.

– ¿Han estado bebiendo?, – la señora Zacharov me miró como si fuera un extraño—. Vete.

Pasé junto a la madre de Lila y salí por la puerta.

La fiesta estaba en su apogeo cuando llegué allí, llena de gente que no conocía. Me sentía fuera de lugar mientras me dirigía a mi asiento, y mi oído latía como un segundo corazón. Sobre compensado, traté de ser gracioso delante de los amigos de Lila y terminé siendo tan odioso que un chico con el que ella iba a la escuela me lanzó un puñetazo en el baño de hombres. Lo empujé, y se hizo un corte en la cabeza contra uno de los sumideros.

Al día siguiente, Barron me dijo que había invitado a salir a Lila. Habían comenzado a salir cerca de la hora en que yo estaba siendo escoltado fuera del hotel.

De acuerdo con mi GPS, el nuevo lugar de Barron es una casa adosada en una calle con aceras agrietadas y pocos edificios de apartamentos cercados. Una de sus ventanas de la fachada perdió la mayoría de sus vidrios y está parcialmente cubierta con cinta adhesiva. Abro la puerta de pantalla y llamo a la puerta hueca barata de más allá. La pintura se descascara en mis manos.

Llamo, espero, y llamo de nuevo. No hay respuesta y tampoco hay una motocicleta estacionada cerca. No veo ninguna luz atravesar el periódico que tapa con cinta adhesiva en lugar de las persianas.

Hay una cerradura básica y un cerrojo en la puerta. Fácil de quitarla. Mi licencia de conducir se deslizó a la primera por el hueco sin seguro. La palanca es más difícil, pero coloco un cable del maletero del coche, pasando el hilo a través del ojo de la cerradura,



y rastrillo lo largo de los pernos hasta que todos sobresalen a la altura correcta. Por suerte Barron no ha mejorado en nada su seguridad. Giré la perilla, recogí mi licencia, y caminé a la cocina.

Por un momento, mirando las encimeras laminadas, creo que he irrumpido en la casa equivocada. Cubriendo los muebles blancos hay notas adhesivas: «El cuaderno te dirá lo que se te olvidó», «Llaves en el gancho», «Paga tus facturas en efectivo», «Eres Barron Sharpe», «Teléfono en la chaqueta». Un cartón de leche se encuentra abierto sobre el mostrador, su contenido está cuajado y gris con ceniza de cigarrillo. Las colillas flotan en la superficie. Hay un montón de facturas, préstamos estudiantiles en su mayoría, todos ellos sin abrir.

«Eres Barron Sharpe» no deja mucho espacio para la duda.

Su computadora portátil y una pila de carpetas de manila cubrían la mesa en el centro de la cocina. Me dejé caer en una de las sillas y eché una mirada hacia los archivos, sumarios de la apelación de mi madre. Él había hecho notas en marcador rojo salsa de tomate, y finalmente se me ocurrió que esta podría ser la razón por la que abandonó la escuela. Él debe estar manejando el caso. Eso tiene algún sentido, pero no lo suficiente.

Hay un cuaderno colocado debajo de una de las carpetas, marcado de Febrero a Abril. Lo abro, esperando ver más notas sobre el caso, pero se parece mucho a un diario. En la parte superior de cada página está una fecha, y debajo de esta una lista obsesivamente detallada de lo que comió Barron, quien le habló, cómo se sentía, y luego en la parte inferior, una lista remarcada de las cosas para estar seguro de recordar. Hoy comenzó:

19 de Marzo

Desayuno: Batido de proteínas

Corrí una milla.

Al despertar, experimenté un ligero letargo y dolor en los músculos.

Llevaba: camisa verde claro abotonada, pantalón negro con bolsillos a los lados de las piernas, zapatos negros. (Prada)





Mamá sigue quejándose de los otros reclusos, lo mucho que está sufriendo sin nosotros, y su temor de que, básicamente, estemos fuera de su control. Tiene que darse cuenta de que hemos crecido, pero no sé si ella está lista para eso. A medida que nos acercamos más y más al juicio, me preocupo más por como va a ser la vida cuando llegue a casa.

Ella dice que ha seducido a algún millonario y ha depositado una gran cantidad de sus esperanzas en él. Le he enviado recortes de él. Estoy preocupado de que se meta en problemas otra vez y honestamente no puedo creer que este hombre no tenga idea de quién es ella, o que si no lo hace, que vaya a permanecer en la ignorancia. Cuando salga de la cárcel, ella va a tener que ser más prudente, algo que estoy seguro de que no va a estar dispuesta a hacer.

No puedo recordar las caras de la escuela secundaria. Me encontré con alguien en la calle que dijo que me conocía. Le dije que era gemelo de Barron y que fui a otra escuela. Tengo que estudiar el anuario.

Philip es tan aburrido como siempre. Actúa como si estuviera decidido a hacer lo necesario, pero no lo hace. No es sólo debilidad, sino una continua necesidad romántica de creerse manipulado contra su voluntad en lugar de admitir que quiere el poder y el privilegio. Me enferma cada día más, pero Antón confía en él de una manera en la que nunca confiará en mí. Pero Antón cree que puedo cumplir, y dudo que pueda decir lo mismo de Philip.

Tal vez el dinero que tenemos será suficiente para controlar a mamá por un tiempo. Pero en el momento en que se termine, Antón nos deberá todo.

Las notas de hoy se detienen allí, pero mirando hacia atrás en las últimas semanas, puedo ver que figuran detalles al azar, las conversaciones y sentimientos como si esperara olvidarlas. Abro el ordenador portátil con cautela, sin saber qué otras rarezas voy a descubrir, pero está colocado para hibernar, con la página que muestra mi debut en YouTube.

Las crudas imágenes fueron tomadas con un teléfono celular, por lo que la calidad es granulosa y no parecía mucho más que una mancha pálida, sin camisa, pero me





estremezco cuando veo que estoy perdiendo el equilibrio. Escucho a alguien gritar «salta» en el fondo, y los cambios de ángulo hacia la multitud. En ese momento la veo. Una figura blanca cerca de los matorrales. La gata, lamiendo su pata. La gata que estaba persiguiendo en mi sueño. Me quedo mirando el vídeo y la miro, tratando de darle algún sentido al hecho de cómo un gato de mi sueño, un gato que se parece mucho al gato que ha estado durmiendo al pie de mi cama, podría haber estado allí esa noche.

Tomo el cuaderno de la mesa y lo abro en el día en que el video fue subido.

15 de Marzo

Desayuno: Claras de huevo

Corrí una milla

Al despertar, me sentí bien. Recorté el pelo de la nariz.

Uso: pantalones vaqueros de color azul oscuro (Monarchy), abrigo, camisa de vestir azul (HUGO)

Registro en el correo electrónico de C y encuentro el vídeo. Muestra claramente a L, pero ninguna pista en cuanto a donde está ella ahora. C se encuentra en la vieja casa, pero G está allí y mantiene un ojo en todo. P dice que se va a hacer cargo. Todo esto es culpa suya.

Cuidado con las notas de marzo. Alguna broma. He encontrado su collar, pero ni idea de cómo ella lo sacó. P no lo engancho en forma correcta. Tengo que encontrar una manera de utilizar esto para mantener a P y A a mayor distancia.

Tengo que controlar la situación.

«Controlar» está subrayado dos veces, la segunda línea tan gruesa que rompió la página.

Miro a la entrada hasta que las palabras se emborronan frente a mí. C es Cassel, el video debe haber sido de mí en el techo. P debe ser Philip. A puede ser Antón, ya que Barron lo mencionó antes. Pestañeeé en G por un momento y luego me doy cuenta que es por nuestro abuelo. ¿Pero L? Inmediatamente pienso en Lila, a pesar de que no tiene sentido.





Agarro la computadora portátil y reproduzco otra vez el video, fotograma a fotograma. Apenas veo a cualquiera de la multitud, la cámara recorre las personas demasiado rápido para recoger otra cosa que no sean borrones. Los únicos rostros que puedo identificar pertenecen a los estudiantes. Nada de Lila. No hay chicas muertas. Nadie que no pertenezca. Nadie lleva un collar.

Lo único que en ese video podría estar usando un collar es el gato.

*Sólo tú puedes deshacer la maldición.*

La idea es tan absurda que realmente me hace sonreír.

Camino hacia el cuarto de baño a salpicar agua en mi cara, pero al pasar una puerta, el fuerte olor a amoníaco me detiene. Sale de una habitación vacía con excepción de una jaula de metal que se encuentra cerca de la ventana. La puerta de alambre con bisagras está abierta. El periódico se amontona en la jaula y el suelo de madera alrededor de ella está manchado con lo que, dado por el fuerte olor y color amarillento, es probablemente orín de gato. Gruesas costras cubren la misma, como si algo fue mantenido encerrado durante mucho tiempo y no limpiaran después.

Contengo la respiración y me acerco más. Atrapado en un conjunto de alambre están unos pocos pelos cortos blancos. Salgo de la habitación.

Barron está perdiendo sus recuerdos. Así como Maura, y tal vez yo también. No recuerdo los detalles del asesinato de Lila. No recuerdo cómo llegué a la azotea. No recuerdo lo que pasó con mi amuleto de la memoria.

Digamos que alguien está tomando esos recuerdos. No creo que eso sea estirar demasiado.

Digamos también que alguien me dio ese sueño, aquel en donde el gato estaba pidiendo ayuda. Si estuviera condenado a tenerlo, eso significaría que alguien tendría que tocarme, mano sobre piel. El gato, el que dormía en mi cama, el único cerca de mi dormitorio en el video, me tocó.

Así que tal vez el gato me dio el sueño.

Por supuesto, eso es ridículo. Los gatos son animales. Ellos no pueden realizar más trabajo de maldición que lo que pueden llevar a cabo una sonata o componer una



villanela<sup>9</sup>.

A menos que el gato fuera realmente una chica. Una chica que era un trabajador de sueño. Lila.

Lo cual significaría algo completamente diferente, no solo que los recuerdos de asesinarla fueron puestos en mí. Esto significaría que ella no está muerta.

---

<sup>9</sup> Poema corto, de origen francés.







Capítulo 8

Traducido por Lilith

EN EL CUARTO DE BAÑO DE BARRON las paredes de azulejos color beige parecen demasiado familiares, pero es como si los estuviera viendo desde el ángulo equivocado.

Es una locura, la idea de que Lila sea un gato. La idea de que Barron la tenía encerrada en su casa todo este tiempo es aún más loca. Y la idea de que puede ser que no haya matado a Lila me saca de balance que no sé enderezarme a mi mismo.

Me miro en el espejo fijamente mirando mi cara. Mirando mi cabello desaseado que se encrespa alrededor de mi mandíbula y mis ojos con manchas de tinta, mirándome para ver si hay que tener miedo. Si sigo siendo un asesino. Si me estoy derrumbando.

Hay una sensación vertiginosa de déjà vu mientras echo un vistazo al reflejo de la bañera detrás de mí. Tropiezo y apenas me cojo.

*Golpeé el agua y mis manos giran, mis brazos giraban como estrella de mar que se encrespa como serpiente. Todo estaba mal y me estaba desmoronando y el agua se cerró sobre mi cabeza y ...*

Más cosas que recuerdo a medias.

Me doy vuelta y me agacho en el suelo, tocando el azulejo, cerca del grifo de la bañera. Casi puedo recordar mis dedos alcanzando la misma manija, pero entonces los recuerdos se vuelven surrealistas y de ensueño y mis dedos se hacen garras negras que escarban.

Miedo animal, instintivo y horrible, me abruma. Tengo que salir de aquí, esto es lo único que puedo pensar. Me dirijo a la puerta de la calle, apenas lo suficientemente





inteligente como para girar las perillas de la puerta de modo que las cerraduras se cierren detrás de mí cuando salga. Me meto en el coche del abuelo y me siento por un momento, esperando sentirme como un niño tonto que corre de algún fantasma imaginario. Como una de las barras de chocolate mientras espero. El chocolate sabe a polvo, pero lo trago de todos modos.

Tengo que arreglar las cosas.

Mis recuerdos están llenos de sombras, y nada alcanza a conseguir que los recuerdos en mi cabeza parezcan más trascendentes.

Lo que necesito es un trabajador. Uno que me de respuestas, sin hacer muchas preguntas. Uno que me pueda ayudar a hacer encajar las piezas del rompecabezas y me muestre la imagen. Giro el encendido y me dirijo al sur.

El sucio centro comercial en la Ruta 9 es menos que un centro comercial y más un almacén grande con pasillos de tiendas individuales separados por mostradores o cortinas. Barron y yo conseguíamos que Philip o el abuelo nos llevara, y luego nos pasábamos el día comiendo hot dogs de cerdo y comprando cuchillos baratos para esconderlos en nuestras botas. Barron se quejaba de estar pegado a mí, pero tan pronto como llegábamos allí, desaparecía a charlar con las chicas que se dedicaban a la venta de conservas.

El lugar no parece muy diferente a como lo era entonces. Al frente una mujer está apoyada en un barril de cestas de colores pastel mientras que un hombre está tratando de vender de puerta en puerta un montón de pieles de conejo. Tres por cinco dólares.

En el interior, los olores de alimentos fritos hacen gruñir mi estómago. Me dirijo hacia la parte posterior, pasando por el puesto de billeteras de piel de anguila y el lugar con anillos de plata pesada y dragones de estaño, hacia las adivinas con sus faldas de terciopelo y cartas marcadas. Cobran cinco dólares por decir «A veces se siente solo, incluso en compañía de los demás» o «una vez ha experimentado una pérdida trágica que le ha dado una lucidez inusual» o incluso «Usted es por lo general tímido, pero en el futuro va a encontrarse en el centro de atención. »



Hay un montón de centros comerciales pequeños como estos en Jersey, pero éste está a sólo veinte minutos de Carney. El verdadero negocio de adivinos es la venta de encantos hechos por los residentes jubilados, algunos trabajadores incluso trabajan independientemente sus servicios en la parte posterior. Es el mejor sitio para ir por un pequeño trabajo de maldición barato que no esté directamente relacionado con las familias del crimen. Y los encantos son mucho más fiables y variados que la clase que consigues en una calle peatonal o la gasolinera.

Me acerco a una mesa cubierta por una bufanda –. Torcida Annie, – le digo, y la vieja sonríe. Uno de sus dientes es de color negro de putrefacción. Lleva anillos de plástico y de cristal sobre sus guantes de raso morado, y tiene varias capas de vestidos con campanas pequeñas a lo largo del dobladillo.

– Te conozco, Cassel Sharpe. ¿Cómo está tu madre?

Annie ha estado en la venta de magia durante más tiempo de lo que he vivido. Es de la vieja escuela. Discreta. Y con tan poco conocimiento como tengo, lo único de lo que estoy seguro es que no puedo permitirme el lujo de compartirlo.

– En la Cárcel. Quedo atrapada trabajando a un tipo rico.

Annie suspira. Está en la vida, por lo que no está sorprendida o avergonzada por mí, como lo estaría gente de la escuela. Desplaza su peso hacia adelante –. Saldrá pronto? Asiento con la cabeza, aunque no estoy seguro. Mamá sigue diciendo que ella no lo hizo (que no creo), que las pruebas en su contra son el prejuicio y la mano con la que saluda (que en cierto modo me lo creo), y que esto será anulado en la apelación que ha estado prolongando–. Echas de menos a tu madre, ¿no?

Asiento con la cabeza otra vez, aunque no estoy seguro de eso, tampoco. Es más fácil con ella ligeramente retirada, incapaz volcar nuestra vida hacia arriba en cualquier momento. Desde la cárcel es una matriarca benevolente, levemente loca. En casa volvería a ser una déspota.

– Tengo que comprar un par de encantos. Para la memoria. Buenos

– ¿Qué? ¿Crees que vendo de los que no son buenos?

Sonríó–. Sé que lo haces.





Su sonrisa se vuelve maliciosa. Acaricia mi cara con una mano cubierta de satén. Recuerdo que no me he afeitado y que mis mejillas son probablemente lo suficientemente ásperas para coger la tela, pero no parece importarle—. Justo como tus hermanos. ¿Sabes lo que solían decir acerca de chicos como tú? Inteligente como el diablo y el doble de guapo.

Es una especie de elogio ridículo, pero me avergüenza, miro al suelo—. Tengo algunas preguntas, también. Sobre la magia de memoria. Mira, sé que no soy un trabajador, pero realmente tengo que saber.

Annie aparta un paquete de cartas de tarot —. Siéntate, — dice, y hurga debajo de la mesa, sacando una caja de herramientas de plástico grande. En su interior hay una serie de rocas. Saca una pieza brillante de ónix con un agujero perforado en el medio, y un trozo de cristal opaco color rosa —. Lo primero es lo primero. Éste es el encanto por el que preguntas.

Muchos amuletos realmente buenos, se ven como chatarra. Este no se ve tan mal.

— Lamento preguntar, — digo, sentándome hacia atrás en la silla plegable de metal duro—. Pero...

— ¿Quieres algo más elaborado?

Sacudo la cabeza —. Sólo más pequeños.

Ella murmura en voz baja y vuelve a su surtido —. Aquí, tengo esto. — Levanta una piedra, tal vez un trozo de grava del camino.

— Tomaré estos, — le digo, apuntando a la piedra y al círculo de ónix —. De hecho, dame tres de los más pequeños si los tienes. Además, del ónice.

Annie levanta las cejas, pero sólo dice —. Cuarenta. Cada uno.

Normalmente regatearía con ella, pero imagino que está inflando el costo para que pueda justificar darme la información. Saco las cuentas y los deslizo.

Sonríe abiertamente con su sonrisa negra dentada —. Entonces, ¿qué quieres saber?

— ¿Cómo puedes saber si tus recuerdos han sido cambiados? ¿Hay solamente un agujero negro en tus pensamientos? Los recuerdos pueden ser reemplazados con otros recuerdos?





Ella enciende un cigarrillo liado a mano que huele a hojas de té verde -. No estoy admitiendo conocer a nadie cuando respondo a esto. Sólo estoy especulando, ¿entiendes? Todo lo que hago es hacer algunos de estos amuletos y vender unos pocos que hacen mis amigos, y el gobierno no ha logrado hacer que eso sea ilegal todavía.

- Claro, - digo, ofendido-. El hecho de que no soy...

- No te inmiscuyas en la estafa. No estoy explicándotelo. Voy a explicárselo a la edificación a cualquier persona que pase a estar escuchando esta conversación. Y lo hacen.

- ¿Quién lo hace?

Me da una mirada larga, como de que soy lento, y chupa su cigarrillo, soplando el humo a base de hierbas en el aire -. El gobierno.

- Oh, - digo. Aunque estoy bastante seguro de que está paranoica, posiblemente con un poco de demencia, siento una urgencia de mirar detrás de mí.

- Sobre tus preguntas. Cómo te sientas depende de quién hizo el trabajo. Los mejores trabajadores lo hacen sin problemas. QUITAN un recuerdo y lo sustituyen por uno nuevo. Los peores son patanes. Ellos podrían ser capaces de hacer que recuerdes que les debes dinero, pero si no hay dinero en el bolsillo y no te acuerdas de haberlo gastado, bien, vas a empezar a hacer preguntas.

- La mayoría de los trabajadores de memoria caen en algún punto intermedio en términos de habilidad. Olvidan pedazos, discusiones. Un cielo azul sin el resto del día. Dolor, tristeza sin causa.

- Pistas, - digo.

- Claro, si quieres llamarlos así. - Toma otra larga calada de su cigarrillo de té-. Hay cuatro tipos diferentes de maldiciones de memoria. Un trabajador de memoria puede extraer directamente los recuerdos de tu cabeza, dejando un gran agujero del que tú hablas, o te puede dar nuevos recuerdos de cosas que nunca ocurrieron. Pueden colarse a través de tus recuerdos y aprender cosas, o simplemente pueden bloquear el acceso a tus propios recuerdos.



– ¿Por qué harían eso último? Bloquear el acceso? – Toco el círculo negro liso de la piedra de memoria. Que se desliza en contra de la yema de mi dedo enguantado.

– Porque es más fácil bloquear el acceso a una memoria que eliminarla por completo, lo cual lo hace más barato. Justo como cambiar un pedazo de recuerdo es más fácil que crear uno completamente nuevo. Y si se elimina el bloqueo, la memoria se va recuperando, lo cual es bueno si es lo que quieres, ser capaz de revertir el proceso.

Asiento con la cabeza, aunque no estoy seguro de que la estoy siguiendo.

– Un trabajador de la memoria sombrío cobrará por la extracción de un recuerdo, pero sólo pondrá un bloqueo. Luego se irán y encargándose que la víctima tome el bloqueo de vuelta otra vez. Eso es un mal negocio, pero ¿qué saben estos niños? No tienen ningún respeto. – Me mira fijamente–. Tu familia nunca te dijo nada de esto?

– No soy un trabajador, – le recuerdo, pero la vergüenza se calienta en mi cara. Debería saber, que mi familia debió haber confiado lo suficiente en mí. Que no hablan en voz alta lo que piensan sobre mí.

– Pero tú hermano..., – dice.

– ¿Puede ser revertido?. – Pregunto, interrumpiéndola. Realmente no quiero hablar de mi familia en este momento.

Me mira con tanta atención que bajo la mirada. Luego se aclara la garganta y empieza a hablar como si no hubiera sido increíblemente grosero–. La magia de memoria es permanente. Pero eso no significa que la gente no pueda cambiar de opinión. Puedes hacer que alguien recuerde que eres la cosa más apuesta allí, pero pueden darte una buena mirada y decidir lo contrario.

Fuerzo una sonrisa, pero mi estómago se siente como si hubiera ingerido plomo–. ¿Qué pasa con el trabajo de transformación?

Se encoge de hombros. Las campanas de la falda tintinean–. ¿Qué pasa con ello?

– ¿También es permanente?

– Otro trabajador de transformación lo puede deshacer, siempre y cuando la persona se convirtiera en un ser vivo. Un cambiador se puede transformar en un niño y en un



barco y luego de nuevo a un niño, pero el niño no vivirá la transformación. Una vez que un ser vivo se convierte en una cosa no viviente, eso es todo.

Eso es todo. Quiero preguntarle acerca de una chica convertida en un gato, pero no puedo arriesgarme a ser tan específico. He arriesgado bastante.

– Gracias, – digo, levantándome. No estoy seguro de lo que he aprendido, a excepción de que las respuestas que necesito no van a ser fáciles de conseguir.

Guiña un ojo–. Le dirás a tu abuelo que Torcida Annie estaba preguntando por él.

– Lo haré – le digo, aunque sé que no lo haré. Si le dijera que estaba abajo, cerca de Carney, querría saber por qué.

Comienzo a bajar por el pasillo cuando me acuerdo de algo y vuelvo atrás–. Hey, la Sra. Z sigue viviendo en la ciudad?

La madre de Lila. Pienso en el sonido de su voz cuando le colgué el teléfono público, en la forma en que me miró cuando me encontró en la habitación del hotel en la fiesta de cumpleaños de Lila.

Cómo hace años creyó ver alguna secreta oscuridad en mí que ni siquiera yo había visto.

– Seguro, – dice Annie–. No puede dejar Carney, o su marido vendrá tras ella.

– Vendrá tras ella?

– Él piensa que ella sabe dónde esta la hija de ellos y no se lo dice. Le dije que no se preocupara. Ella va a durar más que él. Incluso el diamante de Resurrección no puede funcionar para siempre.

– Aquella piedra que consiguió en París con Lila?, – Recuerdo que el diamante tiene algo que ver con Rasputín, pero no me acordaba que tenía un nombre.

– Se supone que tienen una maldición para que el portador nunca muera. Suena como un montón de mierda, ¿no? Eso significaría que una piedra podría hacer más que desviar maldiciones. Pero parece que funciona. Nadie lo ha matado aun, y sin embargo, muchas personas lo han intentado. Me encantaría echarle una mirada. – Ella inclina la cabeza hacia un lado–. Estabas enamorado de esta chica Lila, ¿eh? Ahora que lo pienso, recuerdo que estabas loco por ella. Tú y tu hermano.





– Eso fue hace mucho tiempo.

Ella se inclina para besar mi mejilla, lo que me sorprende estremeciéndome-. Dos hermanos enamorados de la misma mujer nunca ira bien.

\*\*\*

Barron salió con muchas otras chicas mientras salía con Lila. Chicas de su edad, chicas que iban a su escuela y tenían sus propios autos. Lila llamaba y preguntaba por Barron, y le decía alguna mentira obviamente descuidada que esperaba que ella notara, pero siempre creyó. Luego hablábamos hasta que Barron llegaba a casa a tiempo para decirle buenas noches o se quedaba dormida.

Los peores momentos, sin embargo, fueron cuando estaba en casa y hablaba con ella en un tono aburrido mientras veía la televisión.

– Es sólo una niña, – me dijo cuando le pregunté por ella-. No es mi verdadera novia. Además, vive, como, a dos horas de distancia.

– ¿Por qué no te deshaces de ella, entonces? – Pensé en el sonido de su respiración en el teléfono, calmándola hasta dormirse. No entendía cómo podía querer a alguien más que ella.

Sonrió-. No quiero herir sus sentimientos.

Azoté mi mano sobre la mesa del desayuno. Los montones de platos y chatarra se estremecieron-. No estas más que saliendo con ella porque es la hija de Zacharov.

Su sonrisa se amplió-. No lo sé. Tal vez estoy saliendo con ella sólo para meterme contigo.

Quería decirle la verdad sobre él, pero dejaría de llamar.

\*\*\*

Los yakuza ponen perlas en sus penes, uno por cada año que pasan en la cárcel. Un hombre corta la piel de su pene con una tira de bambú y empuja las perlas al interior.







Debe ser espectacularmente doloroso. Pensé que no podía ser tan malo empujar tres piedras pequeñas debajo de la piel de mi pierna.

En el asiento trasero del coche del abuelo doblo la pierna izquierda de mis jeans a la rodilla. He comprado lo que pensé eran los suministros necesarios en el mercado cercano, y ahora, en el estacionamiento, los saco de la bolsa de plástico al asiento. En primer lugar afeito tres pulgadas en mi pantorrilla con una navaja de afeitar desechable y la salpico en agua limpia embotellada. Es un proceso lento. Con la navaja de afeitar barata, y por el momento he terminado, mi piel es de color rojo y está sangrado en los pequeños cortes.

Me doy cuenta que no tengo nada con que limpiarme, lo que probablemente es más sangre de lo que esperaba. Me quito la camisa y la presiono sobre la piel, haciendo caso omiso de las punzadas. Tengo una botella de peróxido de hidrógeno para esterilizar, pero no lo hago. Tal vez tenga las pelotas para usarlo al final, pero ahora mismo mi pierna duele bastante.

Saco una hoja de afeitar de una caja de ellas, miro con aire de culpabilidad por la ventana del coche. Las familias están caminando por el aparcamiento, los niños empujan las cestas de carros, hombres que portan bandejas de café. *No miren*, les digo en silencio, y deslizo el filo sobre mi pierna.

Esto entra tan fácilmente y con tan poco dolor que me da miedo. Sólo siento un pinchazo agudo y un extraño movimiento frío a través de mis miembros. Parece incluso engañar a mi piel, porque por un momento sólo hay una línea en la pierna donde las partes carne se separaron. Entonces la sangre florece a lo largo del corte, primero en manchas, luego, brota en una larga franja de color rojo.

Meter las piedras es la parte dolorosa. Se siente como si estuviera arrancando mi propia piel mientras deslizo las tres piedras, una por cada año que pensé que era un asesino. Cada una duele tanto que tengo que tragar náuseas mientras enhebro la aguja, lo doblo, y me doy dos puntadas descuidadas, terribles y agonizantes.





Voy a ir a casa e iré por Lila y nos iremos tan lejos como nos sea posible. Tal vez iremos a China y encontremos a alguien que pueda convertirla de nuevo en una chica, a lo mejor la llevo a su padre y trato de explicarle. Pero nos vamos esta noche.

No tengo ninguna remota idea de quién es el trabajador de memoria de lo que tenía antes de visitar a Torcida Annie, pero estoy más seguro que nunca que he sido trabajado. Supongo que es Antón, ya que, obviamente, él y Philip y Barron están conspirando juntos. Pensé que Anton trabajaba la suerte, pero podría haber confundido mi cabeza para que pensara eso. Si él es el trabajador de memoria, seguro que Barron está enredado.

Y Philip simplemente lo dejo pasar.

Mientras miro la espuma del peróxido de hidrógeno, me digo que está bien que me desmaye ahora, está bien que mis manos tiemblen, porque está hecho. Es más. Nadie va a ser capaz de hacerme olvidar una sola cosa. Nunca más.

Cuando salgo del coche hacia la cochera de la casa, me doy cuenta que las puertas del granero están abiertas. Me acerco y miro dentro. No hay trampas. No hay gatos. Ningunos ojos brillantes en las sombras.

Me quedo ahí, buscando un buen rato, tratando de entender lo que pasó. Entonces corro a la casa y de un tirón abro la puerta.

– ¿Dónde están los gatos? – Grito.

– Tu hermano llamó al refugio de animales, – dice el abuelo, alzando la vista de una pila de ropa comida por polillas–. Llegaron esta tarde.

– ¿Qué pasa con el gato blanco? ¿Mi gato?

– Sabes que no podías quedártela, – dice–. Déjala ir con personas que puedan cuidar de ella.

– ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Cómo pudiste dejar que se la llevaran?

Extiende su mano, pero me distancio un paso atrás.

– ¿Qué hermano? ¿Quién llamó al refugio? – Mi voz está temblando de rabia.

– No lo puedes culpar, – dice–. Sólo estaba tratando de hacer lo correcto por este lugar. Estaban haciendo un lío de la granja.



– ¿Quién fue? – Le pregunto.

– Philip, – dice con un encogimiento derrotado de hombros. Todavía estaba hablando, explicando algo acerca de que los gatos se hayan ido es una buena cosa, pero no estoy escuchando.

Estoy pensando en Barron y Maura y mis recuerdos robados y el gato que falta y cómo voy a hacer que Philip pague por ello. Por todo esto. Con intereses.





Capítulo 9

Traducido por Lilith

ODIO ENTRAR EN los refugios. Odio el olor a orina, heces, comida y papel periódico mojado todos enredados entre sí. Odio el sonido desesperado del llanto de los animales, los infinitos gritos de las jaulas, y la culpa por no poder hacer nada por ellos. Ya me estoy sintiendo un poco loco cuando entro en el primer refugio, y me toma hasta el tercero poder encontrarla. El gato blanco.

Ella me mira desde el fondo de la jaula. No está aullando o frotando su cara contra los barrotes, como algunos de los otros animales. Se parece a una serpiente, lista para atacar.

Pero no se parece a nada que alguna vez fue humano.

– ¿Qué eres? – Pregunto–. Lila?

Esto la hace levantarse y venir al frente de las barras. Maulló una vez, lastimeramente.

Un escalofrío me recorre en parte es el terror y en parte repulsión.

Una chica no puede ser un gato.

Espontáneamente recuerdo la última vez que vi a Lila. Puedo oler la sangre. Puedo sentir la sonrisa tirando de mi boca cuando miro hacia abajo a su cuerpo. Incluso si ese recuerdo es falso, se siente real. Esto, la idea que está viva, que todavía puedo salvarla, se siente como jugar a fingir. Como mentirme a mí mismo. Como perder la mente.

Sin embargo, sus desiguales ojos verde y azul son muy parecidos a los de Lila. Y está mirándome. Y a pesar de que podría pasar por chiflado, aunque parezca imposible, estoy seguro de que es ella.





Doy vuelta, y ella maúlla una y otra vez, pero no le hago caso y salgo de la zona de alojamiento de los animales. Me acerco al mostrador, donde una mujer corpulenta con una sudadera que dice Schnauzer está diciéndole a un tipo donde colgar los folletos que prometen una recompensa por la pitón que perdió.

– Me gustaría adoptar al gato blanco, – le digo.

Desliza hacia mí un formulario. Este me pregunta el nombre y la dirección de mi veterinario, ¿cuánto tiempo he vivido en mi dirección actual?, y si me aprueban. Puse las respuestas que creo que quieren escuchar y les dejo la parte del veterinario en blanco. Me tiemblan las manos y me siento como lo hice después del accidente de coche de mi padre, cuando el tiempo parecía moverse de manera diferente para mí que para las otras personas. Es demasiado rápido y demasiado lento, y todo lo que puedo pensar es que si salgo de aquí con el gato, entonces voy a ser capaz de sentarme y esperar que el tiempo se ponga al día por sí solo de nuevo.

– Este es tu cumpleaños?, – me pregunta, tocando el papel.

Asiento con la cabeza.

– Tienes sólo diecisiete años. – Ella apunta a donde dice en negrita en la parte superior de la página: *Debe tener 18 años para adoptar*. Acabo de mirar las palabras. Normalmente presto atención a cosas así. Me preparo. Para planear las variables. Pero en vez de eso estoy aspirando aire como un pez.

– No lo entiendes – digo, y la veo fruncir el ceño–. Eso no salió bien. Ese es mi gato, quiero decir, el que quería adoptar. Alguien debe haberla traído aquí, pero es realmente mío.

– Ella no llegó con un collar, – dice–. O bien con una etiqueta.

Me río con inquietud, atrapado–. Siempre se enganchaba en algo.

– Chico, aquel gato vagaba en un granero. Llegó hace un par de horas, y si alguien lo alimentaba, no lo alimentaban mucho o por mucho tiempo.

– Vivía en un granero– digo–. Pero ahora ella vive conmigo.





La mujer niega con la cabeza—. No sé lo que pasó, pero creo que puedo adivinar. No le dieron permiso para tener ese gato en casa y sus padres lo enviaron a un refugio. Irresponsable...

— Eso no es lo que pasó. — Me pregunto qué haría si le dijera lo que pensaba que *había* pasado. Estuve a punto de reír.

La campana del frente tintineó mientras una pareja con un niño caminaban por la puerta. La mujer de camisa Schnauzer da vuelta hacia ellos con una sonrisa.

— Estamos aquí para conseguir un cachorro!, — Grita la niña. Todo alrededor de su boca se ve pegajoso. Sus guantes están manchados de marrón.

— Espera — digo con desesperación—. Por favor.

La mujer me da una rápida mirada, compasiva—. ¡Regresa cuando hayas convencido a uno de tus padres de darte permiso. Como a este niño.

Tomo una profunda respiración—. ¿Está usted trabajando aquí mañana? — Le pregunto. Pone una mano en la cadera, molesta ahora, probablemente, más enojada porque ella brevemente sintió pena por mí, pero no me importa—. No, pero el tipo de mañana va a decir la misma cosa. Consiga a uno de sus padres.

Asiento con la cabeza, pero no estoy realmente escuchando más, porque mi cabeza está llena del sonido de Lila gritando desde la cárcel. Llorando y llorando sin que nadie venga.

Mi papá me enseñó este truco para calmarme. Como, antes de que entrara en una casa a robar algo o si la policía me estaba cuestionando. Dijo que imaginar que estaba en una playa y concentrarme en los sonidos del agua azul que lame mis pies. La sensación de la arena bajo mis pies. Respirando profundamente el aire del mar.

No funciona.

Sam contesta al segundo toque—. Estoy en la práctica del juego, — dice casi en un susurro—. Stavrakis tiene sus apuestos ojos sobre mí. Habla rápido.

Tengo muy poco que ofrecer a Sam. A pesar de todo confío en él a pesar de mí mismo, y sé que la confianza no vale mucho. Ni siquiera sé si él lo desea—. Realmente necesito tu ayuda.





– ¿Estás bien? Suenas serio.

Me hago reír–. Tengo que sacar un gato del refugio de animales Rumelt. Piensa en ello como una fuga de prisión.

Esto es un truco. Se ríe –. ¿De quién es el gato?

– Mi gato. ¿Qué piensas? Que saco a los gatos de extraños?

– Déjame adivinar, ella fue incriminada. Ella es inocente.

– Justo como todos en prisión. – Pienso en mamá. La risa brota de mi garganta totalmente incorrecta: sarcástica, áspera–. Bueno, así que mañana? – Digo, una vez que logré detenerme.

– Sí, es él, – escucho decir a Sam, pero su voz es ahogada, como si su mano estuviera sobre el teléfono–. ¿Quieres venir? – le dice a alguien más, también, pero no lo puedo escuchar.

– Sam – digo, golpeando mi mano sobre tablero de mandos.

– Hey, Cassel. – Es Daneca, hablando en voz baja. Daneca con sus plantas y sus causas y nunca ha notando que la evito–. ¿Qué es eso de un gato? Sam me dice que necesitas ayuda.

– Sólo necesito a una persona, – le digo. Lo último que quiero es tener que sacar esto adelante con Daneca mirando sobre mi hombro.

– Sam dice que podrías necesitar un aventón.

– ¿Qué ocurre con su coche? – Sam conduce un coche fúnebre, que al parecer son grandes consumidores de gas, por lo que es ambientalmente responsable, convertirlo para que funcione con grasa. El interior del mismo siempre huele agradablemente a alimentos fritos.

– No estoy segura, – dice ella.

Supongo que no tengo un montón de opciones. Me muerdo el interior de la mejilla y rayo las palabras–. Eso sería genial, entonces. Eres una verdadera camarada, Daneca.

Cuelgo el teléfono antes de que pueda ser más desagradable, mi mente está ocupada en imaginar cómo me será posible pagar la deuda que voy a deberles. Si todas las amistades son negociaciones de poder, he perdido totalmente esta negociación.





El abuelo está furioso cuando llego a casa. Empieza a gritarme cuando camino por la puerta. La estúpida mierda acerca de tomar el coche sin permiso y cómo esta es mi casa y que yo debería ser quien cuide de ella. Tiene mucho que decir acerca de la edad y lo enfermo que está, que me hace reír, y mi risa lo hace gritar más fuerte.

"Solo *cállate!*" Grito, y subo a mi habitación.

Él no dice nada.

Dejémonos llevar que el gato es Lila. Sólo por un minuto, incluso si piensas que lo he perdido. Sólo para tratar de descifrar algunas cosas.

Alguien la hizo de esa manera.

Y es alguien que está trabajando con mis hermanos.

Y ese alguien debe ser un trabajador de transformación, que lo hace (o a ella) uno de los trabajadores más poderosos en Estados Unidos.

Lo que significa que estoy jodido. No puedo luchar contra eso.

El cartel de Magritte pegado encima de mí muestra la espalda de un hombre bien arreglado del siglo XIX que examina el espejo sobre su ropa, pero el reflejo en el espejo es la bien cuidada parte posterior de su cabeza. Cuando lo compré, me gustó que nunca pudiera ver el rostro del hombre, pero ahora cuando lo miro, me pregunto si lo tiene.

Mi teléfono suena a eso de las diez de la noche. Es Sam, y cuando lo recojo, puedo oír que está borracho.

– Sal, – dice, maniáticamente y arrastrando las palabras–. Estoy en una fiesta.

– Estoy cansado, – digo. He estado mirando fijamente el mismo parche roto de yeso durante horas. No tengo ganas de levantarme.

– Vamos, – dice–. Ni siquiera estaría aquí si no fuera por ti.

Ruedo hacia mi lado–. ¿Qué quieres decir?

– Estos tipos me aman ahora que soy su corredor de apuestas. – Se ríe–. Gavin Perry simplemente me ofreció una cerveza! hiciste esto por mí, hombre, y no voy a olvidarlo.

Mañana vamos a recuperar a tu gato, y luego...







– Está bien. ¿Dónde estás?. – Es un poco gracioso que crea que me debe algo cuando ha estado haciendo cosas por mí a diestra y siniestra. Me empujó fuera de la cama.

Después de todo, no hay razón para permanecer aquí. Todo lo que estoy haciendo es pensando en Lila como gato, atrapada en una jaula y llorando hasta que su garganta este a carne viva, o usando mis propios recuerdos para un ligero escrutinio.

Me da la dirección. Es la casa de Zoe Papadopoulos. He estado allí antes. Sus padres viajan por sus empleos, es decir, que ofrece una gran cantidad de fiestas.

El abuelo está dormido frente al televisor. En las noticias veo al Gobernador Patton, que ha sido un gran defensor de la segunda propuesta, lo que supone que todos a la fuerza deben hacerse la prueba para determinar quién es un trabajador y quién no. Patton continua sobre como cree que los trabajadores deben apoyar su propuesta para que el mundo pueda saber que ellos son buenos ciudadanos y respetuosos de la ley como dicen ser. Dice que nadie tiene que saber lo que está en el papel, a excepción de la persona. En este momento no tiene intención de proponer una legislación que le de acceso al gobierno a los registros médicos privados. Correcto.

El abuelo ronca.

Recojo las llaves y me voy.

La casa de Zoe está en una de las nuevas urbanizaciones en Neshanic Station, en un tramo de varias hectáreas de bosques conectados. Es enorme, y cuando llegue allí, el camino estaba obstruido por coches. Las enormes puertas dobles están abiertas de par en par, y hay una chica que no deja de reír histéricamente en el porche delantero, apoyada en una ancha columna corintia con una botella de vino tinto en la mano.

– ¿Qué estás celebrando? – Pregunto.

– Celebrando, – repite, como si no entendiera las palabras. Luego una lenta sonrisa se eleva en las comisuras de su boca–. La vida!

Ni siquiera puedo forzar una sonrisa a cambio. Mi piel me pica por estar en otra parte. Por estar en el refugio en el refugio de animales. Por *hacer algo*. La espera es la peor parte de la estafa, la larga prolongación de las horas antes de que las cosas comiencen a suceder. Es entonces cuando los nervios consiguen lo mejor de las personas.



Camino al interior, mis nervios no están dispuestos a obtener lo mejor de mí.

La sala está iluminada con velas que se han derretido, por lo que la cera derretida está en la piscina y en los muebles. Sólo unos cuantos chicos están allí, sentados en el suelo y bebiendo cerveza. Un estudiante de segundo año dice algo, y todos me miran.

Me tomó dos años y medio que la gente olvidara lo que era diferente en mí, y sólo quince minutos para que llegaran a recordarlo. Mi débil y patética vida social está a punto de empeorar.

Les doy un saludo y me pregunto si Sam está al menos tomando apuestas sobre los rumores acerca de mí. A lo mejor.

En la cocina un montón de personas mayores se reúnen en torno a Harvey Silverman, que está derribando una pirámide de copas. En el exterior, junto a la piscina, veo a la mayoría del resto de los asistentes a la fiesta. Hace demasiado frío para nadar, pero de todos modos está un par de personas con la ropa puesta, sus labios azules hacen juego con las luces del patio.

– Cassel Sharpe, – dice Audrey, enlazando su brazo con el mío–. Mira lo que ha traído el gato.

Los ojos de Audrey están vidriosos, su sonrisa vaga. Aun se ve hermosa. Mira hacia Greg Harmsford apoyado en una estantería, hablando con dos chicas del equipo de hockey sobre césped. Me pregunto si llegaron juntos a la fiesta.

– Como siempre, – dice, mirando atrás hacia mí–. Mirando desde las sombras. Observando a todo el mundo. Juzgándonos.

– Eso no es lo que estoy haciendo, – digo. No sé cómo explicar lo asustado que estoy de ser juzgado.

– Me gustaba cuando eras mi novio, – dice, e inclina la cabeza en mi hombro, tal vez por costumbre, tal vez porque está borracha. Es suficiente sensibilidad como para que pretenda –. Me gustaba que me miraras.

Me resisto al impulso de prometerle que si ella me dice todas las cosas que hice bien, voy a hacerlas de nuevo.



– ¿Te gustaba cuando era tu novia?, – Pregunta, su voz ha ido tan suave que es sobre todo un suspiro.

– Tú fuiste la que lo terminó, – digo, pero mi voz ha caído bajo, y las palabras salen como una caricia. No me importa lo que estoy diciendo. Sólo me interesa mantenerla aquí, hablando conmigo. Me hace sentir que es posible que salga de mi antigua vida y entre en la de ella, donde todo es fácil y honesto.

– No te he olvidado, – dice–. No lo creo.

– Oh, – digo, y entonces me inclino y la beso. *No pienses. No pienses.* Acabo de triturar mi boca contra la de ella. Sabe a tequila. Es un beso terrible, demasiado lleno de dolor y frustración y el conocimiento que estoy jodiendo todo y no se cómo hacer para no meter más la pata.

Ella levanta sus manos y toca mis hombros con suavidad. No me aparta. Sus dedos se enroscan contra la nuca de mi cuello, que cosquillea un poco y me hace reír contra sus labios. Reduzco la velocidad. Mejor. Suspira en mi boca.

Dejo que mis dedos tracen su clavícula, sumergiéndose en el hueco de su cuello. Quiero besarla allí. Quiero que mi boca y lengua sigan la ruta de pecas en su piel lechosa.

– Oye, – dice Greg–. Aléjate de ella.

Audrey tropieza hacia atrás, casi sobre Greg. Siento como si me hubiera sumergido en aguas tan profundas que tengo que agacharme. Olvidé que estábamos en una fiesta.

– Estás borracha, – le dice Greg, y agarra su brazo. Audrey se balancea un poco inestable.

Mis dedos se doblan en puños. Quiero empujarlo contra la pared. Quiero romperle mis nudillos en su cara. Miro hacia Audrey por una señal. Me digo a mí mismo que si ella se ve asustada o incluso enojada, voy a hacerle daño.

Sin embargo, ella mira hacia abajo, su cara se apartó de mí. Todo lo que la rabia cristaliza es el auto-odio.

– ¿Qué estás haciendo aquí?, – Dice Greg–. Pensé que el decano finalmente se había dado cuenta de que eres un criminal y te echó de una patada.



– No pensé que se tratara de un evento oficial patrocinado por la escuela, – digo.  
– Nadie te quiere cerca, trabajando a sus novias. – Su sonrisa es petulante–.  
Tu y yo sabemos que es la única manera que consigas una cita.

Pienso en Maura, y mi vista se estrecha. Es como si estuviera buscando a Greg a través de un túnel oscuro. Aprieto los puños con tanta fuerza que puedo sentir mis uñas a través de la piel de mis guantes. Lo golpeé tan duro, que lo envié al suelo de madera. Mi pie cava en sus costillas antes de que Rahul Pathak me agarrara por la cintura y me alejara de él.

– Cálmate, Sharpe, – dice Rahul, pero lucho contra su asimiento. Todo lo que quiero hacer es patear a Greg de nuevo. Alguien que no puedo ver me agarra la muñeca y la gira detrás de mí.

Audrey se ha ido.

Greg se pone de pie, limpiándose la boca–. Vi el juicio de tu madre en el periódico, Sharpe. Sé que eres igual que ella.

– Si lo fuera, haría que me suplicas que te golpeé, – me mofo.

– Sáquenlo, – dice alguien, y Rahul me dirige hacia la puerta. Los nadadores miran hacia arriba cuando los pasamos. Varias personas se sentaron en el lugar, como si estuvieran esperando una pelea.

Trato de soltarme del agarre de los chicos, y cuando me dejaron ir, no me lo esperaba. Me dejaron caer sobre la hierba.

– ¿Qué te pasa? – dice Rahul. Está respirando con dificultad.

Miro a las estrellas–. Lo siento – le digo.

La otra persona que me sostenía resultó ser Kevin Ford. Es bajo, pero bien constituido. Un luchador. Me mira como si esperara a que intentara algo.

– Calmado, – dice Rahul–. Así no eres tú, hombre.

– Supongo que lo olvidé, – le digo. Olvidé que no pertenezco, que nunca pertenecería. Que soy a mi manera encantador como su corredor de apuestas, pero que nunca fui su amigo. Me olvidé del delicado fundamento que he construido como mi excusa para una vida social.



Kevin y Rahul caminan de regreso a la casa. Kevin dice algo riendo, demasiado bajo para que lo pueda escuchar, y Rahul se ríe disimuladamente.

Miro a las estrellas otra vez. Nadie me enseñó las constelaciones, por lo que para mí son todos simplemente puntos brillantes. Caos. No hay ningún patrón en absoluto. Cuando era niño, me inventé una constelación, pero no pude encontrarla una segunda vez.

Alguien camina por la hierba cerniéndose sobre mí, borrando las caóticas estrellas. Por un momento creo que puede ser Audrey. Es Sam –. Ahí estás, – dice.

Me levanto lentamente mientras Sam gira, tropieza, y vomita en el arbusto de hortensias, cerca de la ventana de la cocina. Algunas chicas en las sillas de salón comienzan a reír –.Me alegro que estés aquí, – dice Sam cuando ha terminado–, pero creo que será mejor que me lleves a casa.

\*\*\*

117

Le conseguí un café en un lugar de comidas rápidas y mezclo en él una gran cantidad de azúcar. Me imagino que le ayudará a recuperar la sobriedad, pero vomita la mayor parte sobre el asfalto del estacionamiento. Se lava la boca con lo que sobra.

Enciendo la radio y nos sentamos allí escuchando mientras gorjea su estómago. Otra canción sobre ser trabajado por el amor. Como si fuera romántico que te laven el cerebro.

- Solía fingir que era un trabajador cuando era un niño, – dice.
- Todo el mundo lo hace, – le digo.
- Incluso tu?
- Especialmente yo. – Le ofrezco la otra taza de café. Es mío y lo he dejado negro, pero podría haber más paquetes de azúcar en alguna parte. Niega con la cabeza.
- ¿Cómo puede alguien saber que es un trabajador? ¿Cuándo supiste que no lo eras?



– Estoy seguro de que fue lo mismo contigo. Nuestros padres nos dijeron que no perdiéramos el tiempo con el trabajo. Mi mamá fue tan lejos como para decirnos que los niños que hacían trabajo antes de ser adulto podrían morir con el retroceso

– ¿Eso no es cierto?

Me encojo de hombros—. La única manera de que mueras es si eres un trabajador de muerte y tienes un desafortunado retroceso, e incluso entonces no importa la edad que tengas. Pero mis hermanos lo sabían desde que eran muy jóvenes. Barron ganó cosas porque otras personas perdieron, ¿ya sabes? Y Philip siempre lo hacía muy bien en una pelea. – Recuerdo a mamá recibir una llamada de la secundaria cuando Philip rompió las piernas de tres chicos mucho más grandes que él. El retroceso lo enfermó durante un mes, pero nadie se metió con él de nuevo. No sé cómo lo logró, pero nadie lo denunció a la ley, tampoco. Trato de pensar en un ejemplo con Barron en ello, pero nada me viene a la mente—. Una vez que te enteras de que eres un trabajador, aprendes cosas secretas de los demás trabajadores. No puedo decirte esa parte porque no la sé.

– ¿Se supone que no debes decirme *nada* de esto?

– No – digo, dando vuelta en el coche—. Pero estás tan borracho que estoy bastante seguro de que no te acordarás de todos modos.

En algún momento entre las disculpas a la Señora Yu por traer a Sam a casa tan tarde, acostarlo en su cama, y regresar a su enorme entrada de ladrillo colonial, me doy cuenta de algo.

Si Lila es un gato, entonces hay un trabajador de transformación en los Estados Unidos. Lo sabía antes, pero no había pensado en lo que realmente esto significaba. El gobierno caería por todos lados para contratarlo. Las familias del crimen estarían desesperadas por contratarlo. Esto es sobre lo que están conspirando. Si Philip sabe quién es esa persona, el trabajo de memoria tiene sentido.

Tienen un verdadero trabajador de transformación.

Eso es algo que vale la pena hacer que olvide.





Capítulo 10

Traducido por Lilith

SAM Y DANECA ME ENCUENTRAN fuera de la cafetería. Están sentados en el capó de su coche fúnebre antiguo, un Cadillac Superior 1978, en el estacionamiento lateral, y Sam se ve horrible, tomando pequeños sorbos de su enorme taza, mientras lo hace se estremece. El coche está perfectamente pulido, su pintura negra metálica encerada es estropeada sólo por la etiqueta que dice IMPULSADO POR ACEITE 100% VEGETAL pegada justo encima del parachoques cromado. Sam lleva una chaqueta sobre una camisa blanca con una corbata, pero la chaqueta es demasiado corta en los brazos, como si tal vez hubiera estado en la parte posterior de su armario durante mucho tiempo.

Daneca se ve extraña sin uniforme. Lleva sus vaqueros largos en la parte inferior, por encima de sus sandalias finas, pero su blusa blanca está perfectamente planchada.

– Veo que tu coche está fuera de la tienda, – le digo a Sam.

Se ve confundido –. Mi coche.

Daneca le discute –. Pensé en venir de todos modos, ya que dije que lo haría.

Tomo una respiración profunda y limpio mis manos húmedas en mi pantalón. Estoy muy nervioso para preocuparme en que ellos me mintieran –. Realmente aprecio chicos que renuncien a su sábado para ayudarme, – digo, dando vuelta a una nueva página de conducta caballerosa.

– Entonces, ¿cuál es el problema con este gato? – pregunta Daneca.

– Es de un amigo de la familia, – digo, esperando que se rían.



Sam mira sobre su taza. Puedo ver el brillo de sudor en su rostro. Se ve con una enorme resaca –. Pensé que habías dicho que el gato era tuyo.

– Bueno, lo es. Lo era. Era mío. – Me estoy confundiendo solo. Estoy olvidando los fundamentos de la mentira. Debe ser sencilla. La verdad es complicada, por lo que nadie cree en una mentira decente hasta la mitad –. Esto es lo que necesito que hagan... Supongo que ¿no recibiste mi texto?"

– ¿Acaso no estoy lo suficientemente bien vestido? – Pregunta Sam, inclinándose hacia atrás de modo que podamos apreciar el esplendor de su traje –. No he bebido Haterade<sup>10</sup>.

– Pareces loco – digo, sacudiendo la cabeza –. Como un criado loco. O un camarero. Él mira a Daneca, y ella se echa a reír –. ¿Es por eso que estás vestida así? – Sam se arroja de nuevo en el coche –. Esto no es tan bueno para mi ego.

– Daneca puede hacerlo, – digo –. Daneca representa más el papel.

– Humillación sobre humillación, – se queja Sam –. Daneca parece rica porque es rica.

– Tú también lo eres – le dice, lo que hace que se ponga sus gafas de sol sobre los ojos y se queje de nuevo. Los padres de Sam son dueños de una cadena de concesionarios de automóviles, por lo que es irónico que conduzca un coche fúnebre y se oponga a las grandes petroleras.

– No va a ser difícil, – digo, tratando de empujar fuera de mi cabeza todas las veces que la ignoré –. Vas a ser una chica acomodada agradable que se suponía tenías a tu cuidado el gato blanco de pelo largo de tu abuela. Su nombre es Coco, pero tiene un nombre más largo que no sabes. El gato también tenía un collar de cristal Swarovski valorado en miles.

Sam se sienta –. Tu gato es persa? Me encantan sus pequeñas caras hundidas. Siempre se ven tan enojados.

– No – le digo con toda la calma que puedo, aunque quiero golpear a Sam en la cabeza –. No es mi gato. Es su gato. Sólo déjame terminar.

– Pero ella no tiene un gato. – Levanta sus manos ante mi mirada –. Bien.

<sup>10</sup> Bebida energizante.





– En primer lugar, irás en busca de Coco, pero luego le preguntarás si tienen gatos blancos suaves. Estás desesperada. Tu abuela regresará a casa el lunes y te va a matar. Tendrás que pagarle quinientos dólares a la persona detrás del mostrador por cualquier gato completamente blanco y esponjoso... sin hacer preguntas. – Ellos están mirándome de manera extraña –. No hay ningún monitor en el escritorio, lo he comprobado.

– Así que, ¿me dan el gato y les doy el dinero? – pregunta Daneca.

Sacudo la cabeza –. No. No tienen un gato blanco, suave y esponjoso. Nuestro gato es un gato de pelo corto.

– Tío, creo que tu plan tiene una falla, – dice Sam lentamente.

– Confíen en mí, – les digo, y saco mi sonrisa más grande y encantadora.

Daneca va hacia el Refugio de Animales Rumelt y vuelve, viéndose un poco agitada.

– ¿Cómo te fue? – Le pregunto.

– No sé, – dice, y por un momento, estoy furioso de no poder haber jugado su parte también. Estoy furioso de que sus padres no le hayan enseñado a mentir y a engañar adecuadamente, de modo que ahora soy traicionado por su inexperiencia.

– ¿Había una mujer allí? – pregunto, mordiendo el interior de mi boca.

– No, estaba un tipo flaco. En sus veinte años, supongo.

– ¿Qué te dijo cuando hablaste sobre el dinero? O el collar?

– Nada, – dijo –. Que no tenía ningún gato blanco suave. No sé si lo hice bien. Estaba tan asustada.

– Está bien. – Le tomo la mano –. Estar asustada es bueno. Acabas de perder al Coco de tu abuela. Cualquier persona se asustaría. Solo dime, ¿Le diste tu número?.

– Esa fue la única vez que parecía interesado en lo que estaba diciendo. – Ella se ríe –. ¿Y ahora qué?

Me encojo de hombros –. Ahora esperamos. La siguiente parte no podrá suceder durante una hora, por lo menos. – Miro a Daneca, y me da la misma mirada que me dio cuando me negué a inscribir para cualquiera de sus causas. La mirada que decía





que había traicionado a quien ella pensaba que debería ser. Pero no quita su mano enguantada de la mía.

– ¿Cuando es que tengo que hacer mi parte? – pregunta Sam. Estoy enfermo de nervios. Esta parte es delicada y si no funciona, mi único plan de respaldo es reclutar tipos sin hogar para tratar de adoptar el gato.

– Puedo manejarlo, – digo.

Me da una mirada herida –. Quiero ir a verte trabajar tu magia.

Me siento mal por arrastrarlo aquí un sábado por ninguna razón –. Está bien – digo finalmente –. Sólo tienes que seguir mi ejemplo.

Esperamos una hora y media, bebiendo café y chocolate caliente hasta que mi piel se siente nerviosa. Por último tomo una pulsera de una bolsa de Claire, la pongo en mi bolsillo y saco un montón de folletos de mi bolsa. Daneca está comiendo un paquete de granos de café cubiertos de chocolate y me mira de manera extraña. Me pregunto si alguna vez podré volver a Wallingford, o si ya he revelado demasiado de mí mismo.

Me pregunto si debo decirle que su parte ha terminado y que se puede ir a casa, pero si se lo digo, debería habérselo dicho hace más de una hora, así que decido que es mejor no hacerlo ahora.

– ¿Para que son aquellos? – pregunta Sam, señalando los volantes.

– Ya verás, – digo. Cruzamos la carretera, lo que implica encontrarnos atravesando dos carriles de tráfico cuando la luz cambia, y luego caminar por una calle lateral hasta llegar al refugio. Hay un montón de gente allí para un sábado, la mayoría de ellos en una sala llena de gatos, donde se refugian en la alfombra cubiertas por docenas y docenas de gatos siseando, dormitando, y arañando. Siento que mi corazón cae cuando veo que Lila no está ahí. La posibilidad de que haya sido llevada a casa con una familia ya titubeaba en mi corazón.

Lila.

No estoy fingiendo o considerándolo más cuando lo pienso.

El gato blanco es Lila.





Sam me mira como si se acabara de dar cuenta de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Me aclaro la garganta. El hombre en el mostrador de mira. Su cara es un lío de granos.

– Hey, ¿puedo colgar esto aquí? – le digo, y sostengo un volante.

Es un papel blanco brillante, y hay una fotografía que he descargado de Internet del lindo esponjoso gato persa blanco que pude encontrar sin collar. Una viva imagen de nuestra descripción de Coco. Por encima está la palabra «ENCONTRADO» y después un número de teléfono. Puse el volante sobre la mesa delante de ese tipo.

– Claro, – dice.

Es una señal perfecta. Lo suficientemente joven como para querer el dinero y la gloria de ayudar a una chica bonita. De repente estoy muy contento de que Daneca decidiera ser parte del plan.

Empiezo a clavar otra copia en el tablero, orando para que en el caos el tipo vea el folleto que dejé en el escritorio para él. Una mujer mayor le comienza a preguntar por una mezcla de pit bull, distrayéndolo. Sam está inquieto a mi lado como si no tuviera idea de lo que está pasando. Se me cae el folleto como si fuera un accidente y lo recojo de nuevo.

Finalmente la mujer se va.

– Gracias por dejarme publicar esto, – digo llamando la atención del hombre, y finalmente mira hacia abajo al volante. Puedo ver los engranajes moverse detrás de sus ojos.

– Oye, ¿has encontrado este gato?, – Dice.

– Sí – digo –. Espero quedármela. – A la gente le encanta ayudar. Les hace sentir bien. La avaricia es la guinda del pastel –. Mi hermanita esta súper emocionada. Ha estado queriendo un gato por mucho tiempo.

Sam me mira cuando digo «súper». Tal vez tenga razón; tengo que atenuarlo.

Deslizo mi mano a mi bolsillo y saco la pulsera. Brilla con las luces fluorescentes –. Mira este vistoso collar. – Me río –. ¿Quién pone en un gato algo como esto?





– Creo que conozco al propietario, – dice el hombre lentamente. Sus ojos brillan como las piedras.

En cuanto a persuasión, vaya, he visto cosas peores.

– Hombre, mi hermana va estar decepcionada. – Tomo un respiro, lo dejo escapar de nuevo –. Bueno, dile a tu amigo que me llame.

Este es el momento de la verdad, y cuando miro al rostro del blanco en el mostrador, puedo decir que lo tengo. Probablemente él no sea un mal tipo, pero quinientos dólares es bastante atractivo. Además del collar.

Además, él tendría una excusa para llamar a Daneca.

– Espera – dice él –. Quizás puedas traer el gato aquí, estoy seguro que conozco a su dueño. El nombre del gato es Coco.

Me volteo hacia la puerta y luego hacia él –. Fui estúpido al decírselo a mi hermana, pero ahora está toda emocionada y... bueno, supongo que ¿no tendrán algún gato blanco aquí? Todo lo que le dije a ella fue sobre el color.

Él se ve ansioso –. Tenemos. Seguro.

Dejé salir mi respiración. No estoy fingiendo el alivio que se ve en mi rostro –. Oh, genial. Me encantaría tener un gato blanco para llevarle a casa.

Él sonríe. Como dije, a la gente le encanta ayudar, especialmente cuando pueden ayudarse a ellos mismos cuando lo hacen.

– Genial. – digo –. Déjame llenar los papeles y nos llevaremos el gato. El gato afelpado de tu amigo está en la casa de este chico. Así que iremos por ella y te la traeremos. – Indiqué hacia Sam.

– La cosa probablemente esté llenando de pulgas el sofá de mi mamá, – dijo Sam, lo que es perfecto. Desearía poder decirle eso, pero todo lo que puedo hacer es darle una mirada agradecida.

El blanco me entrega el formulario, y esta vez sé que hacer. Escribo mi edad como diecinueve, especificando un veterinario, e invento un nombre que ni siquiera está cerca del mío.

– ¿Tienes alguna identificación?, – pregunta.



– Claro – le digo, alcanzando en mi bolsillo trasero mi cartera. La abro y toco el lugar donde las licencias de conducir van. La mía no está ahí.

– Oh, *hombre*, – digo –. Este no es mi día.

– ¿Dónde la dejaste? – pregunta el hombre.

Sacudo la cabeza –. No tengo idea. Mira, entiendo totalmente si eso rompe las reglas o lo que sea. Buscaré otro lugar para colgar los volantes, después iré a buscar mi licencia. Tal vez tu amigo me pueda llamar y simplemente entregarle el gato. Mi hermana entenderá.

El tipo me da una mirada larga evaluándome –.¿Tienes los honorarios de adopción?, – Pregunta.

Miro hacia abajo al papel, pero ya sé lo que dice –. Cincuenta dólares, seguro.

La puerta de entrada suena, y algunas personas la atraviesan, pero el hombre detrás del escritorio mantiene sus ojos en mí. Se lame los labios.

Saco el dinero y lo pongo sobre el mostrador delante de él. He gastado un trozo de mis ahorros en los últimos días, entre las malas apuestas y los gastos. Voy a tener que ser cuidadoso si Lila y yo terminamos viviendo del resto.

– Está bien, voy ayudarte, – dice, tomando el dinero.

– Oh, – digo –. Cool. Gracias. – Sé que es mejor exagerar.

– Por lo tanto, este gato de pelo largo, – dice Sam, y me congelo, deseando que no meta la pata en ello. Ve al hombre detrás del mostrador –. ¿Necesitas llamar a su amigo o algo?

– Lo haré – dice, y puedo ver el rojo deslizándose por su cuello –. Quiero darle una sorpresa.

Una mujer se acerca al escritorio, aprieta un formulario lleno en su mano. Parece impaciente. Tengo que pujar.

– ¿Podemos llevar el gato ahora? – Pregunto. Puse el brazalete sobre el mostrador –. Oh, tu amigo probablemente va a querer su collar de vuelta también.





Mira a la mujer y luego a mí. Entonces su mano se cierra sobre el brazalete y se dirige a la parte posterior y vuelve unos minutos más tarde blandiendo un portador de cartón para mascotas.

Mi mano tiembla cuando lo tomo. Sam me sonrío con asombro, pero todo lo que puedo pensar es que la tengo. Lo hice. Está aquí en mis manos. Miro a través de los agujeros de aire y puedo verla, merodeando de un lado a otro. Lila. Una sacudida fría de terror me traspasa en lo incorrecto que es, que esté presa en ese pequeño cuerpo.

– Estaré de vuelta en una hora, – digo al hombre, con la esperanza de nunca volverlo a ver.

No me gusta esta parte.

Siempre he odiado la parte en que sé, que van a estar esperando, su esperanza se agria con la vergüenza de su propia credulidad.

Pero aprieto la mandíbula, tomo el porta gatos con Lila en él, y salgo por la puerta. Cuando lo abro en el estacionamiento de la cafetería, lo primero que hace es morderme duro en la palma de mi mano. Lo siguiente que hace es ronronear.

Mamá dice que debido a que puede hacer que la gente sienta lo que ella quiere, sabe cómo piensan. Dice que si yo fuera como ella, tendría el instinto también. Tal vez ser un trabajador le tienta a ser toda mística, pero creo que mamá conoce a la gente porque mira sus caras muy de cerca. Hay aquellas miradas de la gente que duran menos de un segundo, micro expresiones, las llaman, pistas fugaces que revelan mucho más de lo que deseamos. Creo que mi madre ve eso incluso sin ni siquiera darse cuenta. Los veo también.

Mientras, caminamos hacia la cafetería con el gato en mis brazos, puedo decir que Sam se asustó por la estafa, por su parte en ella, por mi planificación. Qué puedo decir. No importa lo mucho que le sonrío.

Sin embargo, no soy mi madre. No soy un trabajador de emociones. Saber que se asustó no me ayuda. No puedo hacer que se sienta diferente.





Pongo al gato en una de las mesas de café y cojo unas servilletas para limpiar la sangre de mi muñeca. Mi mano palpita. Daneca sonríe al gato como si fuera un conjunto completo de plata Gorham recientemente caída de un camión.

Lila maúlla, y el barman mira desde detrás de la máquina de expreso. El gato llora de nuevo, luego toma una pizca de espuma del borde del vaso de papel de Daneca.

Solamente miro fijamente a Lila-gato, totalmente incapaz de hacer algo más que sofocar el extraño sonido de lamento que se arrastra hasta el fondo de mi garganta.

– No, – dice Daneca, moviendo al gato. El gato maúlla y luego se desploma hacia abajo sobre la mesa. Comienza a lamer su pierna.

– No vas a creer cómo lo hizo, – dice Sam a Daneca, inclinándose hacia adelante con entusiasmo.

Miro al barman, a otros clientes, y luego a él. Todo el mundo nos presta demasiada atención. El gato empieza a masticar el extremo de una garra.

– Sam, – digo, advirtiéndole.

– Lo sabes, Sharpe, – dice, mirándome y luego alrededor –. Tienes algunas habilidades interesantes. Y algo de interesante paranoia.

Sonrío en reconocimiento de sus palabras, pero duele. He sido tan cuidadoso de no dejar a nadie en la escuela ver el otro lado mío, ver lo que soy, y ahora he estropeado esto en media hora.

Daneca inclina la cabeza –. Es dulce. Todo este problema por un gatito. – Acaricia la parte superior de la cabeza del gato, frotando detrás de sus orejas.

Mi celular suena en mi bolsillo, vibrando. Me pongo de pie, dejando caer las servilletas con sangre en el bote de basura, y contesto el teléfono –. Hola.

– Será mejor traigas mi coche, – dice el abuelo –. Antes que llame a la policía y les diga que lo robaste.

– Lo siento – digo arrepentidamente. Luego, el resto de lo que dijo se hunde y me río –. Espera, ¿me acabas de amenazar con llamar a la policía? Como me gustaría verlo.



El abuelo gruñe, y creo que tal vez se está riendo también -. Dirígete a donde Philip, que quiere tener alguna especie de cena con nosotros. Dice que Maura va a cocinar. ¿Crees que es una buena cocinera?

- ¿Qué te parece comprar una pizza? - digo, mirando al gato. Se está frotando contra la mano de Daneca -. Déjame tranquilizarme fuera de casa. - No creo que este listo para ver a Philip y no escupirle en la cara.

- Demasiado tarde, pequeño flojo. Ya me pasó a buscar y tú eres mi viaje a casa, así que trae tu culo al apartamento de tu hermano.

Empiezo a decir algo, pero la línea se murió.

- ¿Estás en problemas? - pregunta Sam. La forma en que lo dice, me hace preguntarme si está pensando en cómo salir de aquí si lo estoy.

Sacudo la cabeza -. Una cena familiar. Llego tarde. - Quiero decirles lo agradecido que estoy, de cómo siento tener que arrastrarlos a mi desorden, pero nada de eso es cierto. Sólo lo lamento por mí mismo. Lamento que ahora sepan algo que yo no quiero. Me gustaría poder hacerles olvidar. Por un momento, entiendo el impulso de trabajar la memoria hasta mis huesos.

- Ah - digo -. ¿Puede uno de ustedes cuidar a la gata por unas horas?

Sam gime -. Vamos, Sharpe. ¿Qué es lo que realmente está pasando aquí?

- La cuidaré, - se ofrece, Daneca -. Con una condición.

- Tal vez pueda dejarla en el coche, - digo. Sobre todo quiero mirar fijamente sus extraños ojos de gato y sus patitas y preguntarle si ella es Lila. A pesar de que ya he decidido. Quiero volver a decidir.

- No se puede mantener a un *gato* en un *coche*, - dice ella -. Se calentará demasiado.

- Por supuesto. Tienes razón. - Sonrío, pero se siente más como una mueca. Entonces sacudo mi cabeza, como si estuviera tratando de deshacerme de mi expresión. Estoy muy lejos de mi camino. Me confundo -. ¿Podrías cuidarla durante la noche?

El gato gruñe desde fondo de su garganta.

- Confía en mí, - le digo al gato-. Tengo un plan. - Daneca y Sam me miran como si hubiera perdido la cabeza.





No quiero estar lejos de ella, pero voy a necesitar un poco de tiempo para sacar el resto de mi dinero de la biblioteca y conseguir un coche. Luego podemos salir de la ciudad. Esa es la única forma en que va a estar a salvo.

Daneca se encoge de hombros—. Supongo, pero me voy esta noche a la residencia de estudiantes. Mis padres tienen alguna conferencia, por lo que después de la cena conducirán a Vermont. Mi compañera de cuarto no es alérgica ni nada, sin embargo, y estoy bastante segura de que seré capaz de ocultarla. Creo que va a estar bien.

Lila maúlla, pero me levanto todos modos, imaginándolas teniendo una fiesta pasando la noche juntas. Me pregunto qué clase de sueños va a tener Daneca.

– Gracias – digo mecánicamente. Mi mente está corriendo con planes.

– Espera, – dice ella –. Dije que había una condición.

– Oh, – digo –. Claro.

– Quiero que me lleves a casa.

– Yo puedo..., – Sam comienza.

Daneca lo interrumpe –. No, necesito que me lleve Cassel. Y que esté de acuerdo en entrar en mi casa un minuto.

Suspiro. Sé que su madre quiere hablar conmigo, probablemente porque piensa que soy un trabajador negándose a unirse a la causa –. No tengo tiempo. Tengo que llegar a casa de mi hermano.

– Hay tiempo, – dice Daneca –. Dije que sólo un minuto.

Suspiro de nuevo –. Bueno, está bien.

La casa de Daneca está justo al lado de la calle principal de Princeton, un elegante ladrillo antiguo colonial con hortensias verdes y ámbar que enmarcan la acera. Apesta a dinero antiguo, a la clase de educación que le permite a la elite mantenerse de esa manera, y al privilegio intimidante. Ni siquiera he entrado en una casa así.

Daneca, por supuesto, va al interior como si nada. Deja caer su mochila en la entrada, baja el porta gatos al piso de madera pulida, y se dirige por un pasillo lleno de grabados antiguos del cerebro humano.

El gato maúlla en voz baja de su jaula.





– Mamá, – llama Daneca –. *Mamá.*

Me detengo en el comedor, un florero azul y blanco, lleno de flores ligeramente marchitas descansa sobre una mesa pulida, entre candelabros de plata.

Mis dedos pican por empujar aquellos candelabros en mi bolsa.

Miro de nuevo hacia la sala, por instinto, y veo a un niño rubio que parece alrededor de los doce años de pie en las escaleras. Me está mirando como si supiera que soy un ladrón.

– Uh, hola, – digo –. Debes ser el hermano de Daneca.

– Que te jodan, – dice el niño, y vuelve a subir las escaleras.

– Aquí, – grita la mamá de Daneca, y camina en esa dirección. Daneca me está esperando cerca de una puerta entreabierta a una habitación llena de altos techos con libros. La señora Wasserman se sienta en un sofá cerca de una pequeña mesa.

– ¿Perdido? – me pregunta Daneca.

– Es una casa grande, – digo.

– Bueno, tráelo, – dice la señora Wasserman, y Daneca me introduce al interior. Se sienta en la silla del escritorio de madera de su madre y la hace girar un poco con uno de sus dedos de los pies.

Soy dejado para sentarme en el borde de un otomano de cuero marrón.

– Es un placer conocerle, – digo.

– ¿En serio? – La señora Wasserman tiene un lío total de pelo castaño y rizado que no parece molestarle. Sus pies descalzos son arropados por una avena de aspecto suave – .Me alegro. He oído que eres un poco cauteloso de nosotros.

– No quiero decepcionarla, pero no soy un trabajador, – digo –. Pienso que tal vez hubo un malentendido.

– ¿Sabes de dónde proviene el termino «trabajador»? – Pregunta, inclinándose hacia adelante, haciendo caso omiso de mi desconcierto.

– *¿Trabajar magia?* – Pregunto.

– Es mucho más moderno que eso, – dice –. Hace mucho tiempo, fuimos llamados magos. Pero desde el siglo XVII hasta la década de 1930, fuimos llamados manos que



tocan. El término «Trabajador» proviene de los campos de trabajo. Cuando la prohibición fue aprobada, nadie sabía realmente cómo hacerla cumplir, entonces la gente esperaba el enjuiciamiento en los campos de trabajo. El gobierno tardó mucho en encontrar la manera de llevar a cabo un juicio. Algunas personas esperaron años. Ahí es donde las familias del crimen comenzaron... en aquellos campamentos. Empezaron a reclutar. La prohibición creó el crimen organizado tal como lo conocemos.

– En Australia, por ejemplo, donde el trabajo nunca ha sido ilegal, no hay ningún grupo real con el tipo de poder que nuestras familias del crimen tienen. Y en Europa las familias están tan arraigadas que son prácticamente los segundos gobernantes.

– Algunas personas piensan que los trabajadores no tienen derechos, – digo, pensando en mi madre –. Y Australia nunca hizo ilegal el trabajo de maldición, ya que fue fundada por los trabajadores de maldición o magos o manos que tocan o lo que sea, quienes habían sido enviados a una colonia penal.

– Realmente conoces cuál es su historia, pero quiero que veas algo. – La señora Wasserman coloca una pila grande de fotos en blanco y negro frente a mí. Hombres y mujeres con las manos cortadas, balanceando cuencos sobre sus cabezas –. Esto es lo que le solía ocurrir a los trabajadores de todo el mundo y aún lo hacen en algunos lugares. La gente habla de cómo los trabajadores abusaban de su poder, sobre cómo eran el poder real detrás de los tronos, designadores de reyes, pero tienes que entender que la mayoría de los trabajadores estaban en pequeñas aldeas. Muchos todavía lo están. Y la violencia contra ellos no se toma en serio.

Tiene razón en eso. Es difícil tomar en serio la violencia cuando los trabajadores son los que tienen todas las ventajas. Miro las fotos de nuevo. Mis ojos siguen parando sobre la carne brutalmente, cortada, oscura y probablemente quemada.

Me ve mirar fijamente.

– Lo sorprendente, – dice –. Algunos de ellos han aprendido a trabajar con los pies.

– ¿En serio? – Miro hacia ella.

Sonríe –. Si más gente supiera esto, no sé si los guantes serían tan populares. El uso de guantes se remonta hasta el imperio bizantino. En aquel entonces la gente los llevaba



para protegerse de lo que llamaron *el toque*. Ellos creían que los demonios caminaban entre la gente y su toque traía caos y terror. En ese entonces se pensaba que los trabajadores eran demonios que podían ser negociados con grandes recompensas. Si tenías un bebé trabajador, era porque había entrado un demonio dentro de él. Justiniano, el primer emperador, tomó todos los bebés y crió en una enorme torre a un ejército imparable de demonio.

– ¿Por qué me dice esto? Sé que los trabajadores se han utilizado en un montón de diferentes maneras estúpidas.

– Porque Zacharov y los otros jefes de las familias del crimen están haciendo lo mismo. Su gente da vueltas por las estaciones de autobuses en las grandes ciudades a la espera de fugitivos. Les dan un lugar para quedarse y un pequeño empleo, y antes de que lo sepan, son como los niños-demonios bizantinos, en tanto adquieren una deuda que los hace ser también tratados como presos o prostitutas.

– Tenemos un niño que se queda con nosotros, – dice Daneca –. Chris. Sus padres lo echaron.

Pienso en el chico rubio en la escalera.

La señora Wasserman da a Daneca una mirada severa –. Esa es la historia de Chris.

– Tengo que irme, – digo, levantándome. Me siento incómodo, siento como si mi piel estuviera muy apretada. Tengo que salir de esta conversación.

– Quiero que sepas que cuando estés listo, te puedo ayudar, – dice –. Podrías salvar a muchos chicos de las torres.

– No soy quien tú crees que soy, – digo –. No soy un trabajador.

– No tienes que serlo, – dice la señora Wasserman –. Sabes cosas, Cassel. Cosas que podrían ayudar a gente como Chris.

– Te acompañaré afuera, – dice Daneca.

Me dirijo hacia la puerta con rapidez. Tengo que salir. Siento como si no pudiera respirar.

– Está bien. Te veré mañana, – murmuro.





Capítulo 11

Traducido por Lilith

EL OLOR RICO AL cordero al ajillo me pega cuando abro la puerta del apartamento de Philip y Maura. A pesar de todo me digo a mi mismo otra vez esa basura de hacer lo correcto, el abuelo está dormido en un sillón reclinable con un vaso de vino tinto reposando en su estómago, acunándose flojo en su mano izquierda e inclinándose ligeramente hacia su pecho. En la televisión frente a él algún predicador está hablando sobre trabajadores denunciados y los que voluntariamente se hacen la prueba, para que la gente pueda tocar sus manos en amistad, sin guantes. Él dice que todas las personas son pecadores y el poder es demasiado tentador. Los trabajadores con el tiempo lo harán si no se mantienen bajo control.

No estoy seguro de si está mal, excepto que todo lo sea tocar la mano de extraños, suena peligroso.

Oigo el tintineo de los platos cuando Philip sale de la cocina. Me estremezco al verlo. Es como tener una especie de doble visión surrealista. Philip mi hermano. Philip, quien probablemente está robando los recuerdos de Barron y los míos.

– Llegas tarde, – dice.

– ¿Cuál es la ocasión? – pregunto –. Maura lo está dando todo.

Barron sale detrás de Philip, sosteniendo dos copas de vino. Se ve más delgado que la última vez que lo vi. Sus ojos están inyectados en sangre y el pelo corto de abogado se ve crecido, desgredado, rizado –. Está volviéndose loca. Sigue diciendo que nunca ha dado una cena antes. Será mejor que vuelvas allí, Philip.



Quiero sentir pena por él, pensando en todos esos locos apuntes de sí mismo, pero todo lo que puedo ver es la jaula de acero pequeña en el piso pegajoso con capas de orina. Todo lo que puedo imaginar es a él subiendo la música para ahogar el llanto de Lila.

Philip levanta las manos -. Maura siempre hace un gran lio de nada. - Se dirige de nuevo hacia la cocina.

- ¿Por qué estamos haciendo esto? - Le pregunto a Barron.

Él sonríe -. La apelación de mamá está casi terminada. Estamos a la espera de un veredicto. Está sucediendo.

- ¿Mamá saldrá? - Tomo el vaso de su mano y bebo el vino de un trago. No está bien que la primera sensación que tenga sea de pánico. Que Mamá salga de la cárcel significa que volverá a nuestras vidas, entrometiéndose. Eso significa caos.

Entonces recuerdo que no voy a estar aquí. Camino aquí abandoné la idea de conseguir un coche. Mañana voy a utilizar una de las computadoras de la escuela para reservar un tren hacia el sur.

Barron mira a abuelo y luego a mí -. Depende del veredicto, pero soy bastante optimista. Le pregunté a un par de mis profesores, y pensaron que no habría manera de que no ganara. Dijeron que tenía uno de los mejores casos que ellos alguna vez hayan visto. He estado haciendo un trabajo sobre el caso como un estudio independiente, por lo que mis profesores han participado también.

- Grandioso, - digo, escuchaba a medias. Me pregunto si puedo pagar un coche-cama.

El abuelo abre los ojos, y me doy cuenta que no estaba inconsciente después de todo -. Detén toda esa basura, Barron. Cassel es demasiado inteligente para creerte. De todos modos, si tu madre sale y Dios quiere, deberá estar feliz de volver a casa a un lugar limpio. El chico ha estado haciendo un buen trabajo.

Maura asoma la cabeza fuera de la habitación -. Oh, estás aquí, - dice ella. Tiene un chándal de color rosa. Puedo ver su clavícula sobresaliendo por encima de la cremallera de su sudadera -. Bien. Siéntense. Creo que estamos listos para comer.





Barron se dirige a la cocina, y cuando empiezo a seguirlo, el abuelo me agarra del brazo –. ¿Qué está pasando?

– ¿Qué quieres decir? – Le pregunto.

– Sé que algo está pasando con ustedes, muchachos, y quiero saber lo que es.

Puedo oler el vino en su aliento, pero se ve perfectamente lúcido. Quiero decirle, pero no puedo. Es un tipo leal, y es difícil para mí imaginarlo con una mano metida en el secuestro de la hija de su jefe, pero mi falta de imaginación no es una razón suficiente para confiar.

– Nada, – le digo, pongo los ojos en blanco, y voy a sentarme a cenar.

Maura extendió un mantel blanco sobre la mesa de la cocina y agregó un par de sillas plegables. En ella están los candelabros de plata que un tipo parecido al tío de Monopoly le dio a Philip en su boda, que estoy bastante seguro fueron robados. Las velas encendidas hacen que todo parezca mejor, sobre todo porque deja el resto de la cocina en las sombras. Un cordero asado, con astillas de ajo que salen de la carne como trozos de hueso, descansa en un plato junto a un tazón de zanahorias asadas y chirivía. El abuelo bebe parte del vino de una copa que Barron sigue rellenando, pero hay suficiente para que me sienta agradablemente borracho. Incluso el bebé parece estar feliz de golpear un sonajero de plata contra su bandeja y frotándose la cara con el puré de papas.

Reconozco los platos en los que estamos comiendo también. Ayudé a mamá robarlos.

Mirando en el espejo de la sala, es como mirarnos a todos en un espejo de la casa de la risa, una parodia de una reunión familiar. Mirarnos celebrando nuestras iniciativas criminales. Mírenos reír. Mírenos mentir.

Maura está sólo trayendo el café cuando suena el teléfono. Philip se levanta y regresa unos minutos después, sosteniéndolo hacia mí –. Mamá, – dice.

Lo tomo de él y camino de regreso a la sala –. Felicitaciones, – digo en el receptor.

– Has estado evitando mis llamadas. – Mamá suena más divertida que molesta –. Tu abuelo dijo que te sentías mejor. Dice que los chicos que se sienten mejor no llaman a sus madres. ¿Eso es cierto?





- Estoy muy bien, – digo –. Al máximo de mi salud.
- Mmm-hmm. ¿Y has estado durmiendo bien?
- En mi propia cama, incluso, – le digo con alegría.
- Gracioso – dice ella. Puedo oír la larga exhalación que me dice que está fumando –. Eso es bueno, supongo, que todavía puedas ser divertido.
- Lo siento – digo otra vez –. Tengo muchas cosas en mi mente.
- Tu abuelo dijo eso, también. Dijo que estabas pensando mucho en cierta persona. El pensar conlleva a hablar, Cassel. Otras personas estaban allí por ti en ese entonces. Tienes que estar ahí para ellos y olvídate de ella.
- ¿Qué pasa si no puedo? – Pregunto. No sé lo que ella sabe o de qué lado está, pero una parte infantil de mi quiere creer que me ayudaría si pudiera.
- Hay un momento de vacilación –. Está muerta, bebé. Tienes que dejar de permitir que tenga poder sobre...
- Mamá, – digo, interrumpiéndola. Me alejo de la cocina, hasta que estoy de pie cerca de la ventana de la sala de estar, cerca de la puerta principal –. ¿Qué tipo de trabajador es Antón?
- Su voz disminuye –. Anton es el sobrino de Zacharov, su heredero. Mantente alejado de él y deja que tus hermanos lo busquen por ti.
- ¿Es un trabajador de memoria? Sólo dime esto. Dime sí o no.
- Pásame a Philip otra vez.
- Mamá, – vuelvo a decir –, Por favor. Dime. Puede que no sea un trabajador, pero sigo siendo tu hijo. Por favor.
- Pon a tu hermano de nuevo al teléfono, Cassel. *Ahora mismo.*
- Durante un momento pienso en colgar. Entonces considero arrojar el teléfono contra el suelo hasta romperlo. Ninguna de las opciones me dará satisfacción.
- Camino por la casa y pongo el teléfono junto al plato de pastel de Philip.
- En mis días, – dice el abuelo. Está en el medio de uno de sus discursos –. En mis días los trabajadores todavía eran respetados. Manteníamos la paz en los barrios. Era





ilegal, seguro, pero la policía miraba para otro lado si sabían lo que era bueno para ellos.

Es evidente que estaba borracho.

Barron y el abuelo se van a la sala para ver televisión, mientras que Philip conversa con mamá desde la extensión en el desván. Maura se encuentra en el fregadero, raspando comida en el triturador de basura que zumba. Friega una olla, y sus labios se retuercen en las encías como un perro antes de morder.

Quiero hablarle de los recuerdos perdidos, pero no sé cómo hacerlo sin echarlo a perder.

– La cena estuvo buena, – digo finalmente.

Ella se da vuelta, descansa en su rostro una expresión agradable y vaga –. Quemé las zanahorias.

Puse mis manos en los bolsillos, inquieto –. Sabroso.

Ella frunce el ceño –. ¿Necesitas algo, Cassel?

– Quería darte las gracias. Por ayudarme el otro día.

– ¿Mintiendo a tu escuela?, – pregunta con una sonrisa socarrona, secando la olla –. Ellos no han llamado todavía.

– Lo harán. – Recojo otro paño de cocina y empiezo a secar el agua de un cuchillo –. ¿No tienes un lavaplatos?

– Daña el filo, – dice ella, tomándolo de mí y deslizándolo en un cajón –. Y la olla tenía demasiada suciedad pegada en la parte inferior. Algunas cosas todavía tienes que hacerlas a mano.

Puse el trapo sobre el mostrador con la decisión repentina –. Tengo algo para ti. – Camino hacia donde está colgada mi chaqueta y alcanzo el bolsillo interior.

– Oye, ven a sentarte, – llama Barron.

– En un segundo, – digo, camino rápidamente a la cocina.

– Mira, – digo a Maura, extendiendo la mano para mostrarle el encanto de ónix –. Sé lo que dices acerca de la esposa de un trabajador y ser...



– Muy amable de tu parte, – dice. La piedra brilla bajo las luces empotradas como una gota derramada de alquitrán –. Al igual que tu hermano. No entiendes de favores, simplemente de intercambios.

– Consigue una aguja y cóselo en tu sostén, – digo –. Lo prometes?

– Encantador. – Ella inclina la cabeza –. Te pareces a él, ya sabes. Mi marido.

– Supongo – digo –. Somos hermanos.

– Tú eres guapo con todo ese pelo negro desordenado. Y tu sonrisa torcida. – Son halagos, pero no suena como tal –. ¿Practicas sonreír de esa manera?

A veces, en situaciones intensas no puedo dejar de sonreír un poco –. Mi sonrisa es naturalmente torcida.

– No eres tan encantador como piensas que eres, – dice ella, caminando hacia mí, tan cerca que su aliento es cálido y amargo en mi cara. Doy un paso atrás, y mis piernas chocan contra el borde de su mostrador –. No eres tan encantador como él.

– Está bien – digo –. Sólo prométeme que lo vas a llevar.

– ¿Por qué?, – pregunta –. ¿Qué tipo de amuleto es tan importante?

Echo un vistazo a la puerta. Puedo escuchar la televisión en la otra habitación, algún programa concurso que al abuelo le gusta.

– Un encanto de memoria, – digo en voz baja –. Es mejor de lo que parece. Di que lo llevarás.

– Está bien.

Intento una sonrisa, tan poco torcida como pueda hacerla –. Nosotros los no trabajadores tenemos que permanecer juntos.

– ¿Qué quieres decir? – dice entrecerrando sus ojos –. ¿Crees que soy estúpida? Tú eres uno de ellos. Me acuerdo de *eso*.

Sacudo mi cabeza, pero no se qué decir. Tal vez es mejor que espere a que el encanto funcione para mostrarle la verdad antes de tratar de discutir con ella sobre cosas que no importan de todos modos.

– El abuelo se desmayó, – dice Barron cuando entró en la sala de estar –. Parece que vas a tener que quedarte. Yo no pienso ir a ninguna parte. – Bosteza.





– Puedo llevarlo, – digo. Me siento sofocado por todas las cosas que no puedo decir, sobre todas las cosas que sospecho que mis hermanos hacen. Quiero llegar a casa y comenzar a empacar.

– ¿Qué le dijiste a mamá?, – pregunta. Bebiendo café negro de una de las tazas buenas de Maura, del tipo con un platillo –. Tomó un tiempo calmarla.

– Sólo que ella sabe algo que no me está diciendo, – digo.

– Vamos, si tuviéramos un dólar por todo lo que mamá nunca nos dijo tendríamos un millón de dólares.

– Tendría mucho más dinero que tu. – Me siento en el sofá. No puedo marcharme sin por lo menos tratar de advertirle –. ¿Te puedo preguntar algo?

Barron se vuelve hacia mí –. Claro. Dispara.

– ¿Te acuerdas de cuando éramos niños y nos fuimos a la playa abajo de Carney? Había sapos en el cepillo de fregar. Cogiste a uno muy pequeño que saltó de tus manos. Apreté el mío hasta que vomitó sus entrañas. Pensé que estaba muerto, pero luego, cuando lo dejamos solo por un momento, desapareció. Como si hubiera aspirado sus entrañas y saltado lejos. ¿Te acuerdas de eso?

– Sí, – dice Barron, encogiendo sus hombros –. ¿Por qué?

– ¿Como cuando Tu y Philip encontraron todas estas revistas *Playboy* fuera del contenedor de basura y recortaste todos los pechos y cubriste la pantalla de una lámpara con ellos. Y luego se prendió fuego y me diste cinco dólares para mentir a papá y mamá al respecto?

Se ríe –. ¿Quién podría olvidar eso?

– Está bien. ¿Qué hay de cuando fumaste toda esa mala hierba que creías estaba mezclada con algo? Caíste en la bañera, pero te negabas a salir porque estabas convencido de que la parte de atrás de tu cabeza se iba a caer. Lo único que te calmaba era leerle en voz alta, así que te leí el único libro en el cuarto de baño, uno de romance de mamá, llamado *Anémona*, de principio a fin.

– ¿Por qué me preguntas acerca de esto?

– ¿Lo recuerdas?



– Claro, sí, lo recuerdo. Leíste todo el libro. Fue fácil limpiar la sangre una vez que salí. Ahora, ¿qué pasa con el interrogatorio?

– Ninguna de aquellas cosas sucedieron, – le digo –. No a ti. No estabas allí para lo del sapo. Mi compañero de piso me contó la historia sobre el fuego de la lámpara de pechos. Le pagó a *su* hermana pequeña para que mintiera. La tercera historia le ocurrió a un chico Jace de mi dormitorio. Lamentablemente, nadie tenía *Anémona* a la mano. Yo, Sam y otro chico de nuestro salón nos turnábamos para leer *El paraíso Perdido* por la puerta cerrada. Sin embargo, creo que en realidad lo puso más paranoico.

– Eso no es cierto, – dice.

– Bueno, *parecía* más paranoico, – le digo –. Y todavía se pone un poco extraño ante la mención de los ángeles.

– Te crees muy gracioso. – Barron se sienta más recto –. Yo simplemente te manipulaba, tratando de averiguar cual era tu juego. Tú no puedes jugar conmigo, Cassel.

– Realmente jugué contigo, – le digo –. Estás perdiendo tus recuerdos y estás tratando de encubrirlo. He perdido demasiados recuerdos.

Él me da una mirada extraña –. ¿Quieres decir acerca de Lila?

– Eso es historia antigua, – digo.

Él mira al abuelo de nuevo –. Recuerdo que estabas, obviamente, celoso de que yo fuera su pareja. Tuviste un flechazo o algo así y siempre estabas tratando de quitarme para llegar a ella. Un día entré al sótano del abuelo y ella estaba tendida en el suelo. Tú estabas de pie junto a ella con esa expresión aturdida en tu cara. – Sospecho que está contando esta historia sólo para fastidiarme, simplemente debo recuperarme para avergonzarlo.

– Y un cuchillo – digo. Me molesta que lo que más recuerdo, mi horrible sonrisa, está ausente de su narración.

– Así es. Un cuchillo. Dijiste que no recordabas nada, pero era obvio lo que pasó. – Sacude la cabeza –. Philip estaba aterrado de que Zacharov se enterara, pero la sangre es más espesa que el agua. Te encubrimos, escondimos su cuerpo. Mentimos.





Hay algo malo en la forma en que describe el recuerdo. Es como si estuviera recordando las líneas de un libro de texto sobre una batalla en lugar de recordar en realidad una batalla. En realidad, nadie diría que la sangre es más espesa que el agua cuando su memoria debe estar llena de manchas de sangre, coagulada.

– La querías, ¿verdad? – pregunto.

Hace un gesto con la mano, que no puedo interpretar –.Ella era realmente especial. –

Una sonrisa se levanta a un lado de su boca –. Por supuesto que lo creías también.

Debe de haber sabido que estaba en la jaula en su habitación de huéspedes, que lloraba y comía lo que le daba y la suciedad de su piso –. Supongo que es verdad lo que dicen.

He amado demasiado para no odiar.

Barron inclina la cabeza –. ¿Qué quieres decir?

– Es una cita. De Racine. Además, debes haber oído, hay una línea delgada entre el amor y el odio.

– ¿Así que la mataste porque la amabas demasiado? ¿O ya no estamos hablando de ella y tú?

– No sé – digo –. Sólo estoy hablando. Quiero que tengas cuidado...

Me detengo cuando Philip entra.

– Acabo de hablar por teléfono con mi mamá, – dice –. Necesito hablar con Cassel. A solas.

Barron mira a Philip y luego a mí –. Entonces, ¿qué es lo que sospechas que está pasando? Ya sabes, para que tenga cuidado.

Me encojo de hombros –. Sería el último en enterarme.

Philip me lleva de nuevo a la cocina y se sienta a la mesa, cruzando las manos sobre la tela blanca manchada. A su alrededor hay unos platos restantes y varias copas de vino casi vacías. Coge una botella de Maker's Mark y llena una de las tazas de café usadas con el licor ámbar –. Siéntate.

Me siento, y me observa en silencio.

– ¿Qué pasa con toda crudeza? – digo, pero mis dedos llegan abajo inconscientemente, para frotar el lugar donde los guijarros descansan debajo de mi piel. El dolor es





reconfortante y tan adictivo como tocar con la punta de la lengua el espacio de un diente perdido recientemente –. Debo haber molestado mucho a mamá.

– No tengo ni idea de lo que crees que sabes, – dice Philip –. Pero tienes que entender todo lo que he estado tratando de hacer... todo lo que he tratado de hacer es protegerte. Quiero que estés a salvo.

Linda frase. Sacudo mi cabeza, pero no lo contradigo –. Muy bien, entonces. ¿De qué me estás protegiendo?

– De ti mismo, – dice y ahora me mira a los ojos. Por un momento veo al matón que la gente teme, de mandíbula apretada, pelo que sombrea su rostro. Pero después de todos estos años, al menos por fin me mira.

– Deja de fanfarronear – digo –. Soy un chico grande.

– Las cosas son difíciles, sin papá, – dice –. La escuela de leyes no es barata. Wallingford no es barato. Las cuentas legales de mamá simplemente son asombrosas. El abuelo tenía algunos ahorros, pero los utilizamos para eso. He tenido que crecer. Y estoy haciendo lo mejor que puedo. Quiero que tengamos cosas, Cassel. Quiero que mi hijo tenga cosas. – Toma otro trago de la copa y luego se ríe de sí mismo. Sus ojos brillan cuando me mira, y me pregunto cuánto licor ya ha tomado. Suficiente como para hacerlo bastante desenvuelto.

– Está bien – digo.

– Eso significa tomar algunos riesgos. ¿Y si te dijera que necesito que hagas algo por mi?, – dice Philip –. Algo en lo que Barron y yo necesitamos tu ayuda. – Pienso en Lila en mi sueño, pidiendo ayuda. La superposición de recuerdos es vertiginosa.

– ¿Necesitas mi ayuda? – Pregunto.

– Necesito que confíes en nosotros, – dice Philip, inclinando su cabeza hacia un lado y dándome la sonrisa superior de hermano mayor. Cree que me está enseñando una lección.

– Debería ser capaz de confiar en mis propios hermanos, ¿no? – Pregunto. Creo que me las arreglo para decirlo sin sarcasmo.



– Bueno, – dice. Hay algo triste y cansado en el hundimiento de sus hombros, algo que se parece menos a la crueldad y más parecido a la resignación. Esto me hace dudar de mis conclusiones. Pienso en nosotros siendo niños todos juntos y lo mucho que me encantaba cuando Philip me hacía caso, incluso el tipo de atención que viene en la forma de una orden. Me encantaba luchar para obtener una cerveza de la nevera para él y hacer reventar la parte superior como un camarero, luego, sonreírle, esperando el visto bueno improvisado de reconocimiento.

Y aquí estoy, tratando de encontrar una manera en la que él no sea el villano. Buscando el visto bueno. Todo porque finalmente me miró a los ojos.

– Las cosas van a ser diferentes para nosotros muy pronto. Muy diferentes. No vamos a tener que luchar. – Hace un amplio gesto que atropella una de las copas de vino que Maura no limpió. Sólo hay un poquito de líquido en su interior, pero este se precipita sobre la tela blanca en una ola humedad de color rosa. No parece darse cuenta.

– ¿Qué va a ser diferente? – pregunto.

– No puedo decirte los detalles, – dice, y mira hacia la sala de estar. Entonces se levanta tambaleándose –. Por ahora, simplemente no hagas olas. Y no te metas con mamá. Dame tu palabra.

Suspiro. La conversación es circular, sin sentido. Quiere que confíe en él, pero él no confía en mí. Quiere que le obedezca –. Sí, – miento –. Tienes mi palabra. Familia cuida a la familia. Lo entiendo.

Mientras me levanto, me doy cuenta que la copa que volcó no estaba tan vacía como pensaba. Algún tipo de sedimento queda en el fondo. Me inclino más y arrastro el dedo a través del lodo de gránulos como el azúcar, tratando de recordar quien estaba sentado allí.

Por encima de las protestas de Maura y la insistencia molesta de Barron, llevo apenas al abuelo al coche. Mi corazón late como si estuviera en una pelea mientras rechazo la oferta de dormir en el estudio o en el sofá. Digo que no estoy cansado. Invento que el





abuelo tiene una cita con una viuda para jugar bingo en la mañana. El abuelo está pesado y tan drogado y borracho que apenas responde.

Philip lo drogó. La razón se me escapa, pero pienso en los gránulos y sé que Philip debe haberlo hecho.

– Debes quedarte, – dice Barron por enésima vez.

– Vas a dejarlo caer, – dice Philip –. Cuidado.

– Entonces ayúdame, – digo, gruñendo.

Philip pone su cigarrillo en el cenicero de aluminio y desliza su hombro debajo del brazo del abuelo para levantarlo.

– Sólo tráelo de vuelta a la casa, – dice Barron, y una mirada pasa entre ellos. El ceño de Barron se hace más profundo –. Cassel, ¿cómo vas a conseguir entrarlo en la casa al otro extremo, si necesitas la ayuda de Philip para llevarlo al coche?

– Estará algo sobrio entonces– digo.

– ¿Qué pasa si no lo hace? – grita Barron, pero Philip camina hacia la puerta del coche.

Por un momento creo que va a bloquear mi camino, y no tengo ni idea de lo que voy a hacer si lo hace. Sin embargo, abre la puerta, y la sostiene mientras empujo al abuelo al interior y le pongo el cinturón.

Mientras salgo del camino de entrada, miro hacia atrás a Philip, Barron, y Maura. El alivio me inunda. Soy libre. Casi me he marchado.

Mi teléfono suena, me asusto. El abuelo no se mueve, aunque es fuerte, el sonido está puesto completamente al máximo. Debo estar pendiente de la subida y caída de su pecho para asegurarme de que todavía respira.

– ¿Hola? – Digo, sin ni siquiera molestarme en ver quién llama. Me pregunto qué tan lejos está el hospital y si debo ir.

Philip y Barron no matarían al abuelo. Y si estaban planeando matarlo, Philip no lo envenenaría en su propia cocina. Y si lo hizo, estaba seguro de que él no pondría un cadáver en la cama de huéspedes.

Repito esto a mí mismo una y otra vez.





– ¿Puedes oírme? Es Daneca, – dice, susurrando –. Y Sam.

No sé cuánto tiempo ha estado hablando.

Miro el reloj en el salpicadero –. ¿Qué ocurre? Son, como, las tres de la mañana.

Ella me dice pero apenas escucho su respuesta. Mi mente está examinando todas las cosas posibles que puede hacer alguien para matar. Las pastillas para dormir son las más obvias. Van muy bien con la bebida también.

Me doy cuenta que al otro extremo de la línea hay un silencio expectante –. ¿Qué? – Pregunto –. ¿Puedes decir eso otra vez?

– Dije que *tu gato es asqueroso*, – dice lentamente, claramente molesta.

– ¿Está bien? ¿El gato está bien?

Sam empieza a reírse –. El gato está bien, pero hay un pequeño ratón marrón en el piso de Daneca con la cabeza arrancada. Tu gato mató a nuestro ratón.

– Su cola se parece a un pedazo de cuerda, – dice Daneca.

– ¿El ratón? – Pregunto –. ¿El ratón de leyenda? ¿Con el cual todos han estado apostando desde hace seis meses?

– ¿Qué pasa si todo el mundo pierde una apuesta? – pregunta Sam –. Nadie lo hizo bien. ¿A quién diablos le pagamos?

– ¿A quién le importa eso? ¿Qué *debo* hacer? – dice Daneca –. El gato está simplemente mirándome, y creo que hay sangre en su boca. La miro y veo la muerte de cientos de ratones y pájaros. Los veo sólo haciendo fila para marchar a la boca a lo largo de una alfombra que es su lengua desplegada como en una vieja historietta. Creo que ella quiere comerme después.

– Domestica al gato, socio, – dice Sam –. Ella te trajo un regalo. Quiere que le digas cómo de puta madre es.

– Eres una pequeña y diminuta máquina de matar – susurró Daneca.

– ¿Qué está haciendo? – Pregunto.

– Ronronea – dice Daneca. Parece encantada –. Gatito bueno. ¿Quién es una increíble máquina de matar? ¡Eso es! ¡Tú lo eres! Eres un león brutal, brutal pequeña! Sí, lo eres.

Sam se ríe tan fuerte que se ahoga –. ¿Qué te pasa? En serio.



- A ella le gusta, – dice Daneca.
- No me gusta ser el que tiene que señalarte esto, – dice –, pero ella no entiende lo que estás diciendo.
- Tal vez lo hace, – digo -. Quién sabe, ¿verdad? Ella está ronroneando.
- Como sea, amigo. Por lo tanto, podemos mantener el dinero?
- Es eso o liberar otro ratón en las paredes.
- Bien, entonces, – dice Sam -. Nos quedamos con el dinero.

Manejo el resto del camino a casa, desabrocho el cinturón de seguridad del abuelo, y lo sacudo. Cuando eso no funciona, lo golpeo en la cara con tanta fuerza que gruñe y abre los ojos un poco.

– ¿María?, – dice, me asusta porque es el nombre de mi abuela y ella ha estado muerta por mucho tiempo.

– Agárrate a mí, – digo, pero sus piernas son de goma y no es de mucha ayuda. Vamos poco a poco. Lo traigo derecho al cuarto de baño y dejo que se acueste en las baldosas, mientras que mezclo un cóctel de peróxido de hidrógeno y agua.

Cuando empieza a vomitar, calculo que la clase de química avanzada de Wallingford era buena para algo. Me pregunto si este sería un buen argumento para darle a Dean Wharton en favor de dejarme volver.



## Capítulo 12

Traducido por Lilith

– HEY, LEVANTATE, – dice alguien. Parpadeo confuso. Estoy tumbado en el sofá de la planta baja y Philip está sobre mí –. Duermes como muerto.

– Si los muertos roncaran, – dice Barron –. Oye, que buen trabajo has hecho aquí. El salón se ve muy bien. Es lo más limpio que alguna vez lo vi.

El temor se enrolla alrededor de mi garganta, ahogándome.

Miro al abuelo. Él todavía está desmayado en el sillón reclinable con un cubo a su lado. El abuelo estuvo enfermo durante horas, pero parecía estar bien para cuando se quedó dormido. Coherente. Pensé que con todo este ruido le habrían despertado –. ¿Qué le diste? – Pregunte, sacando una pierna de debajo de la manta.

– Está bien, – dice Philip –. Te lo prometo. Desaparecerá en la mañana.

Me tranquiliza la subida y caída del pecho del abuelo. Mientras lo veo dormir por un momento me parece verlo parpadear.

– Siempre te preocupas, – masculla Barron –. Y siempre te decimos que él está bien. Siempre están bien. ¿Por qué te preocupas tanto?

Philip le dispara una mirada –. Deja a Cassel Tranquilo. La familia vela por la familia.

Barron ríe –. Es por eso que no debe preocuparse. Estamos aquí para cuidar de los dos.

– Se vuelve hacia mí –. Aunque, mejor arréglate rápidamente, preocupón. Sabes cuánto odia esperar Anton.

No sé qué más hacer, así que me pongo mis pantalones vaqueros y una sudadera con cremallera sobre la camiseta con la que dormí.



Ellos parecen totalmente cómodos esperándome, tan cómodos que, pienso en lo que Barron dijo, llego a la tonta conclusión de que todo esto ha sucedido antes. Me han sacado de esta casa, tal vez de mi dormitorio, y no me acuerdo de nada. ¿Alguna vez he sentido pánico? Estoy entrando en pánico ahora.

Agarro mis guantes y me deslizo en un par de botas de trabajo. Mis manos tiemblan con la adrenalina y temo lo suficiente como para que apenas pueda ponerme los guantes.

– Déjame ver tus bolsillos, – dice Philip.

– ¿Qué? – dejo de atar mis cordones para alzar la vista hacia él.

Él suspira –. Vuévelos al revés.

Pienso, en el corte punzante en mi pantorrilla, con los encantos de memoria dentro de mi piel. Frota la tela del bolsillo, comprobando que no haya nada oculto en el, a continuación, da unas palmadas abajo de mi ropa. Mis manos se hacen puños y quiero golpear a Philip tanto que me duelen los brazos de la tensión de no golpearlo –. ¿Buscas una menta?

– Necesitamos saber lo que traes, es todo, – dice Philip suavemente.

La adrenalina ha hecho retroceder el agotamiento. Estoy bien despierto y he empezado a enojarme.

Él mira a Barron, que trata de alcanzar mi brazo. No lleva guante. Me retiro –. ¡No me toques!

Es curioso cómo es el instinto, mantengo mi voz baja cuando lo digo. Porque en alguna parte ridícula de mi cabeza todavía esto es el negocio familiar. Ni siquiera se me ocurrió pedir ayuda a gritos.

Barron levanta las dos manos –. Oye, está bien. Pero esto es importante. Toma unos minutos para que los viejos recuerdos se calmen. Piensa de nuevo. Estamos en esto juntos. Estamos del mismo lado.

Ahí es cuando me doy cuenta de que ya han trabajado conmigo. Antes de que me despertaran. Mi piel se llena de horror y tengo que tomar respiraciones rápidas y poco



profundas para no huir de ellos, de la casa. Asiento con la cabeza, comprando el tiempo que pueda. No tengo idea de los recuerdos que ellos esperan que tenga.

Estoy viendo a Barron ponerse su guante de nuevo y flexionar la mano, estirando la piel.

Me doy cuenta de lo que significa una mano desnuda.

Philip no es el que está detrás de los recuerdos robados. Antón no es el trabajador de la memoria.

Barron es, debe ser él. No perdió sus recuerdos porque fue trabajado, no está distraído. Cada vez que toma un recuerdo de mí o Maura o de todas las otras personas a las que debe haber robado, pierde uno de los suyos. El retroceso. Busco en mis recuerdos alguna ocasión, que haya trabajado la suerte, pero no hay nada, sólo un débil sentido de que sé que es un trabajador de la suerte. Ni siquiera puedo recordar cuando empecé a “saberlo”.

Ahora que me concentro en él, la memoria ni siquiera parece real. Se escapa de mí, como la borrosa copia de una copia.

– ¿Estás listo? – pregunta Philip.

Me levanto, pero mis piernas son inestables. Una cosa es sospechar que mi hermano me trabajaba, otra es estar de pie junto a él una vez que sé que lo ha hecho. *Soy el mejor estafador de esta familia, me tranquilizo. Puedo mentir. Puedo aparentar estar tranquilo hasta que me sienta tranquilo en verdad.*

Pero otra parte de mi mente está aullando, repiqueteando alrededor y raspando por los otros recuerdos falsos. Sé que es imposible buscar lo que no está allí, y sin embargo, atravieso corriendo los últimos días, semanas, años en mi mente, como si tropezara con huecos.

¿Qué parte de mi vida ha sido reinventada por Barron? El pánico enfría mi piel como una enfermedad.

Bajamos por las escaleras de la casa en silencio, a un Mercedes aparcado en la calle con las luces bajas y el zumbido del motor. Anton está en el asiento del conductor. Se





ve más viejo que la última vez que lo vi, y hay una cicatriz que corre por el borde de su labio superior. Coincide con la cicatriz que se extiende por su cuello.

– ¿Qué les tomó tanto tiempo?, – Dice Antón, encendiendo un cigarrillo y tirando el fósforo por la ventana.

Barron se desliza en el asiento trasero junto a mí –. ¿Cuál es la prisa? Tenemos toda la noche. Este de aquí no tiene escuela en la mañana. – Revuelve mi pelo.

Empujo su mano enguantada. La molestia se siente surrealísticamente familiar. Es como si Barron pensara que estamos en un viaje familiar en auto.

Philip se mete en el asiento del pasajero, nos mira y sonrío.

Tengo que averiguar lo que ellos piensan que sé. Tengo que ser inteligente. Parecer como si estuviera desorientado pero no totalmente despistado –. ¿Qué vamos a hacer esta noche?

– Vamos a ensayar para este miércoles, – dice Antón –. Para el asesinato.

Estoy seguro de que me estremezco. Mi corazón golpea fuertemente. ¿Asesinato?

– Y luego bloquearán mi memoria, – digo, luchando por mantener la voz firme. Recuerdo lo que dijo Torcida Annie acerca de bloquear el acceso a los recuerdos para que el bloqueo se pueda quitar más tarde y revertir la pérdida de memoria. Me pregunto si hemos ensayado antes. Si es así, estoy jodido –. ¿Por qué tienes que seguir haciendo que me olvide?

– Te estamos protegiendo, – dice Philip automáticamente.

Seguro.

Me inclino hacia delante en el asiento –. ¿Así que mi trabajo es el mismo? – digo, parece lo suficientemente vago como para no mostrar mi ignorancia, pero anima a una respuesta.

Barron asiente con la cabeza –. Todo lo que tienes que hacer es caminar hasta Zacharov y poner tu mano desnuda en su muñeca. Luego cambiar su corazón a piedra. Trago, concentrándome en mantener mi respiración. Ellos no pueden estar diciendo lo que dicen –. ¿No sería más fácil dispararle? – Pregunto, porque todo esto es ridículo.



Anton me mira con ojos duros –. ¿Estás seguro de que él puede hacer esto? Con todo este trabajo de memoria, él es inestable. Es mi futuro del que estamos hablando.

*Mi futuro.* Seguro. Es el sobrino de Zacharov. Si algo le sucede al hombre a cargo, el mando se declina sobre sus hombros.

– No tires mierda sobre nosotros, – Philip me dice con su voz de soy “paciente” –. Va a ser un pedazo de pastel. Hemos estado planeando esto durante mucho tiempo.

– ¿Qué sabes acerca del diamante de resurrección? – pregunta Barron.

– Dio inmortalidad a Rasputín o algo así – digo, deliberadamente vago –. Zacharov lo ganó en una subasta en París.

Barron frunce el ceño, como si esperara que no supiera tanto –. El diamante de la Resurrección es de treinta y siete quilates — el tamaño de la uña del pulgar de un hombre adulto, – dice –. Es de un color rojo tenue, como si una gota de sangre cayera en un charco de agua.

Me pregunto si él está citando a alguien. Algo del catálogo de Christie's.

Si sólo me concentro en los detalles como si fuera un rompecabezas, entonces tal vez no estaré completamente asustado.

– No sólo protegió a Rasputín de múltiples intentos de asesinato, después fue de otras personas. Se han notificado casos de armas de fuego del asesino que no fueron cargadas en el momento crítico, o el veneno que de alguna manera encuentra su camino en la copa del envenenador. Zacharov recibió disparos en tres ocasiones y las balas no lo golpearon. El que tiene el diamante de Resurrección no puede ser asesinado.

– Creía que era un mito o algo así – digo –. Una leyenda.

– Oh, así que ahora él es un experto en trabajadores, – dice Antón.

Pero los ojos de Barron brillan –. He estado investigando el diamante de resurrección durante mucho tiempo.

Me pregunto cuánto de aquella investigación aun recuerda o si ha arrojado simplemente unas pocas frases. Tal vez no estaba citando un catálogo de subasta, tal vez estaba citando uno de sus cuadernos.





– ¿Cuánto tiempo has estado investigando? – Pregunto.

Ahora realmente está enojado –. Siete años.

En el asiento delantero Philip resopla –. ¿Así que comenzaste *antes* de que Zacharov tuviera el diamante?

– Yo fui quien le habló de él. – La expresión de Barron es firme, segura, pero creo que puedo ver el miedo en su rostro. Está mintiendo, pero él nunca admitirá que está mintiendo. No hay ninguna evidencia en el mundo que lo haga retroceder una mentira, una vez que lo ha hecho. Si lo hiciera, tendría que admitir que una parte de su memoria se ha ido.

Philip y Anton ríen el uno al otro. Ellos saben que es mentira también. Es como ir al cine con ellos en los veranos cuando nos quedamos todos en Carney con nuestros abuelos. La familiaridad me hace relajarme a pesar de mí mismo.

– ¿Así que realmente estuve de acuerdo en hacer esto? – Digo.

Ellos se ríen más.

Tengo que proceder con mucho cuidado –. Si el diamante de Resurrección se supone que evita ser asesinado, ¿están seguros de que voy a ser capaz de conseguir traspasarlo? Parece estar dentro de los límites de la ignorancia creíble o vacilación. Antón me sonrío en el espejo retrovisor –. No harás un trabajo de muerte. Independientemente de lo que es aquella piedra, no impedirá tu tipo de magia.

Mi tipo de magia.

*Corazón de piedra.*

¿Yo? ¿Soy un trabajador de transformación?

*¿Quién te maldijo?* Le pregunté al gato en mi sueño.

*Tú lo hiciste.*

Creo que me voy a enfermar. No, realmente me voy a enfermar. Cierro mis ojos presionándolos, a su vez giro mi cabeza contra la ventana fría, y me concentro en dominar mi respiración.

Está mintiendo. Tiene que estar mintiendo.

– Soy...,– comienzo.







Soy un trabajador. Soy un trabajador. Soy un trabajador.

La idea se repite en mi cabeza como una de esas pelotas de goma pequeñas que rebotan, que no deja de golpear en todo. No puedo pensar más allá de ello.

Pensé que daría cualquier cosa por ser un trabajador, pero de alguna manera esto se siente como una horrible violación de mi fantasía infantil.

*¿Cuál es el punto de pretender ser algo menos que el profesional con más talento de las maldiciones más raras?* Excepto, supongo que no estoy fingiendo más.

– ¿Estás bien ahí? – pregunta Barron.

– Claro – digo lentamente –. Estoy bien. Sólo cansado. Es muy tarde. Y mi cabeza me está matando.

– Pararemos por un café, – dice Antón.

Lo hacemos. Me las arreglo para derramar la mitad del mío en mi camisa, y el líquido hirviendo es la primera cosa que me hace sentir medio normal.

La entrada al restaurante — Koshchey's— está tan adornada que parece algo de otro tiempo. La puerta principal es un metal tan brillante que parece oro. Aves de fuego en piedra la flanquean, sus plumas están pintadas de color azul pálido, naranja y rojo.

– ¡Oh, que buen gusto, – dice Barron.

– Hey, – dice Antón –, pertenece a la familia. Respeto.

Barron se encoge de hombros. Philip niega con la cabeza.

La acera tiene el tipo de silencio que sólo llega muy temprano en la mañana, y en esa quietud creo que el restaurante se ve extrañamente majestuoso. Tal vez tengo mal gusto.

Anton retuerce una llave en la cerradura y abre la puerta. Entramos en el cuarto oscuro.

– ¿Estás seguro de que nadie está aquí? – pregunta Philip.

– Es medianoche, – dice Antón –. ¿Quién va a estar aquí? Esta llave no fue fácil de conseguir.

– Está bien, – dice Barron –, entonces este lugar va a estar lleno de mesas y políticos. Gente rica aburrida que no le importa patear gánsteres. Tal vez algunos trabajadores





de las familias Volpe y Nonomura, estamos actualmente aliados con ellos. – Camina por la habitación para apuntar a un lugar debajo de una lámpara de araña enorme colgada con unos pocos cristales de gran azul entre las claras. Emite destellos, incluso en la penumbra. – Habrá un podio y ruidosos discursos, aburridos.

Miro a mí alrededor –. ¿Qué es esto?

Recaudo de fondos – Vote no, a la Proposición Dos. Zacharov los patrocina. – Barron me mira de una manera extraña. Me pregunto si debería haber sabido esto.

– Y simplemente voy a caminar hacia él? – Pregunto –. Delante de todos?

– Chiss, – dice Philip –. Por enésima vez, tenemos un plan. Hemos estado esperando demasiado tiempo por esto para ser idiotas, ¿de acuerdo?

– Mi tío tiene algunos hábitos muy específicos, – dice Antón –. No va a tener sus guardaespaldas cerca, porque no puede tener a la gente de la sociedad o de las otras familias pensando que tiene miedo. Así que en lugar de los guardias consigue trabajadores de categoría que se turnan a su alrededor. Philip y yo estamos programados por dos horas para cuidar su culo, a partir de las 10:30.

Asiento con la cabeza, pero mi mirada se desvía a las paredes, con pinturas al óleo de casas con patas de pollo corriendo al lado de mujeres que montan calderas a través de los cielos, todo se refleja en los grandes espejos. Todos nuestros movimientos brillan en ellos también, así que sigo pensando que veo a alguien más en movimiento cuando soy solo yo.

– Tu trabajo es mantener un ojo en nosotros después de eso y esperar a que Zacharov se dirija al cuarto de baño. Él quiere que sea despejado cuando lo usa, así que vamos a estar solos. Ahí es donde vas a darle el toque.

– ¿Dónde está? – Pregunto.

– Hay dos cuartos de baño de hombres, – dice Antón, señalando –. Uno tiene una ventana. Él va a elegir el otro. Voy a mostrártelo.

Barron y Philip se dirigen hacia una puerta de color negro brillante pintado en oro con la imagen de un hombre a caballo. Lo sigo.





– Nosotros entraremos con Zacharov, – dice Philip –. Tú esperarás unos minutos y luego entrarás.

– Yo no voy a estar en el cuarto, – dice Barron –. Voy a estar fuera contigo para asegurarme de que todo va bien.

Empujo la puerta y entro en un gran cuarto de baño. Un mural de azulejos ocupa toda la medida de la pared, un enorme pájaro de color rojo, naranja y oro vuela delante de un árbol cubierto de lo que parecen repollos, pero supongo que las hojas son muy estilizadas. El secador de manos está pegado en aquella pared, pero alguien lo ha pintado casi del mismo oro, que los azulejos. Los puestos están a lo largo de un lado, los urinarios, por el otro, y un tramo de la encimera de mármol llena de brillantes fregaderos de bronce.

– Voy a simular ser Zacharov, – dice Antón, y va hasta el fregadero. Entonces me mira, y creo que se da cuenta de que está a punto de fingir ser asesinado –. No, espera. Voy a simular ser yo. Barron, vas a ser mi tío. – Cambian los lugares.

– Muy bien, adelante, – me dice Anton.

– ¿Qué digo? – Pregunto.

– Imagina que estás borracho, – dice Barron –. Demasiado borracho para que no notes que se supone que no deberías estar allí.

Me tambaleo cerca de la puerta hasta Barron.

– Sácalo de aquí, – dice Barron en un falso acento que creo que se supone que es ruso. Extiendo mi mano enguantada y trato pronunciar mal mi voz –. Es un verdadero honor, señor.

Barron sólo me mira –. No sé si le estrechará la mano.

– Claro que lo hará, – dice Anton –. Aquí Philip le dirá que es su hermano pequeño Cassel. Inténtalo de nuevo, Cassel.

– Señor, es un verdadero honor estar aquí. Realmente aprecio la forma en que usted está haciendo su parte para hacer que los trabajadores estemos a salvo para que podamos aprovecharnos de todas las pequeñas personas. – Le extiendo mi mano de nuevo.



– Deja de ser cómico, – dice Philip, pero no como realmente lo quiere decir –. Concéntrate en el dinero y en como vas a conseguir poner tus dedos en su piel.

– Voy a meter mi mano bajo el puño de su manga. Recorto un agujero en mi guante. Sólo necesito que mi dedo sea más largo para tocar su piel.

Barron se ríe –. El viejo truco de mamá. La forma en que se lo hizo ese tipo en el hipódromo. Lo recuerdas.

Envió atrás un comentario sobre el recuerdo y solo muevo mi cabeza, mirando hacia abajo.

– Adelante, – dice Antón –. Muéstrame.

Extiendo mi mano derecha, y cuando Barron la toma, abrigo con mi mano izquierda su muñeca y la sacudo. Mi mano izquierda sujeta el brazo de Barron en el lugar de modo que incluso si hay una lucha le va a tomar un momento escapar. Los ojos de Anton se ensanchan un poco. Tiene miedo. Soy capaz de leer su rostro. Al igual que estoy seguro de que me odia. Odia tener miedo y me odia por hacerlo sentir de esa manera.

– Un verdadero honor, señor – digo.

Anton asiente con la cabeza –. Por lo tanto, luego, vuelves su corazón piedra. Que debe ser similar.

– Muy poético – le digo.

– ¿Qué?

– Muy poético, convertir su corazón en piedra. ¿Fue tu idea?

– Se verá como un ataque al corazón, al menos hasta la autopsia, – dice Antón, haciendo caso omiso a mí pregunta –. Y eso es lo que vamos a dejar que crean que fue. Vas a sobrellevar el retroceso aquí y, a continuación vamos a llamar a un médico.

– No parecías lo suficientemente borracho, – dice Barron.

– Voy a parecer borracho – digo.

Barron se mira en el espejo. Se suaviza una de sus cejas, luego, gira su cabeza para admirar su perfil. Su afeitado está tan cerca que podría haber venido de una navaja de afeitar. Hermoso. Un verdadero vendedor de aceite de serpiente –. Deberías vomitar.





– ¿Qué? ¿Quieres que me meta el dedo en la garganta?

– ¿Por qué no?

– ¿Por qué? – Me apoyo contra la pared, estudiando a Philip y a Barron. Sus rostros son los dos que mejor conozco en todo el mundo, y ahora mismo están indefensos. Philip se desplaza ida y vuelta, con el rostro sombrío. Cruza y descruza los brazos sobre su pecho. Él es un trabajador leal y tiene que estar un poco incómodo ante la idea de sacar al jefe de la familia, incluso si eso significa llegar a ser rico y poderoso de la noche a la mañana. Incluso si esto significa poner a su amigo de la infancia a cargo y hacerse indispensable.

Barron, sin embargo, parece estar divirtiéndose. No sé lo que sacará de esto, salvo que le gusta tener el control. Y es obvio que se las ha arreglado para hacer que Anton y Philip le necesiten. Él podría haber borrado sus propios recuerdos para hacerlo, pero tiene el poder sobre todos nosotros.

Desde luego, tal vez está en esto por el dinero también. Estamos hablando de mucho dinero, siendo el jefe de una familia del crimen.

– ¿Temes que no serás capaz de hacerlo? – pregunta Barron, y recuerdo que estábamos hablando de vómito –. Pero piensa, la cosa más difícil es entrar por la puerta. De esta manera puedes entrar por la puerta con la mano sobre tu boca, hacia un retrete, cerrando la puerta tras de ti, y vomitando. Él estará riéndose de ti cuando salgas. Blanco fácil.

– No es una mala idea, – dice Philip, asintiendo con la cabeza.

– Nunca antes me he provocado el vómito, – digo –. No tengo idea de cuánto tiempo me tome.

– ¿Qué hay de esto?, – dijo Barron –. Vas a la cocina. Vomitas en un tazón. Embotellamos el vómito y lo pegamos detrás de la taza del baño en el primer puesto. Si alguien lo encuentra, entonces estás por tu cuenta, pero por lo demás puedes tomarte el tiempo necesario ahora y sin preocuparte por eso después.

– Eso es asqueroso – digo.

– Solamente hazlo, – dice Antón.



– No – le digo –. Puedo actuar mi culo como borracho. Puedo llevarlo a cabo. – No tengo intención de hacer nada de esto el miércoles, aunque no sé muy bien lo que voy a hacer en su lugar. Pero puedo tener una idea en la mañana, ahora tengo que observar.

– Vomita, o voy a hacerte lamentar que no lo hagas, – dice Antón.

Giro mi cuello hacia el lado, por lo que puede ver la longitud de mi piel sin marcas –. No hay cicatrices, – digo –. No soy de tu familia, y no eres mi jefe.

– Es mejor creas que soy tu jefe, – dice Antón, caminando hacia mí y agarrando el cuello de mi camisa, estirándolo hacia él.

– Basta. – Philip se interpone entre nosotros, y Antón me deja ir –. Tú, ve a la cocina y mete tu dedo en la garganta, – me dice –. No seas tan delicado. – Girando hacia a Anton –. Deja tranquilo a mi hermano. Estamos poniendo suficiente presión sobre él.

No se escapa a mi conocimiento que, mientras Anton da vuelta y golpea la puerta de un puesto, Barron está sonriendo. Cuanto más luchemos, Barron tiene más control.

Empujo a Anton pasándolo y sigo adelante por las puertas dobles grandes donde calculo que está la cocina, negra como boca de lobo y llena de los olores de pimentón dulce y canela.

Alcanzo la pared y activo el interruptor. Ollas inoxidables y de cobre maltratadas reflejan las luces fluorescentes. Podría continuar hacia la puerta trasera, pero no tiene sentido. Tengo que seguir fingiendo que no tengo ni idea. No necesito que me persigan por las calles y luego me requisen hasta que encuentren los amuletos en mi pierna, incluso si permanecer significa que debo hacer algo degradante y desagradable como vomitar en un tazón. Abro uno de los refrigeradores industriales y bebo unos tragos de leche directo del cartón. Espero que cubra mi estómago.

Los revestimientos de mis guantes están húmedos de sudor cuando me los quito. Mis manos se ven pálidas a luz.

Pienso en el peróxido de hidrógeno con el que alimenté al abuelo y me pregunto si esto es algún tipo de castigo kármico. Meto mi dedo en mi lengua, probando lo malo que esto va ser. Mi piel se pone como la sal.





– Oye, – dice alguien.

Cuando giro, veo que no es Anton o Philip o Barron. Es un tipo que no conozco con un abrigo largo y una pistola que apunta hacia mí.

La leche se desliza de mis manos y cae al suelo, saliéndose del cartón.

– ¿Qué estás haciendo aquí? – Dice el hombre.

– Ah – digo, pensando rápido –. Mi amigo tiene una llave. Él trabaja para uno de los propietarios.

– ¿Estás hablando con alguien? – Llega una voz desde atrás, y otro hombre con la cabeza rapada entra en la habitación. Su camiseta tiene una "V" profunda, revelando su collar de cicatrices. Él me mira –. ¿Quién es ese?

– Hey, hombre – digo, levantando mis manos. Haciendo una historia en mi cabeza acerca de quién soy, metiéndome en el papel. Soy un chico trabajador, acabo de bajar del autobús, en busca de un trabajo y un lugar donde dormir, alguien me habló de este lugar debido a su conexión con Zacharov –. Estaba robando comida. Lo siento. Voy a lavar los platos o lo que sea que haya que hacer para pagar por ello.

Entonces la puerta del otro lado se abre y Anton y Philip entran.

– ¿Qué demonios? – dice el hombre con la cabeza rapada.

– Aléjate de él, – dice Philip.

El tipo del abrigo largo balancea su arma hacia mi hermano.

Extiendo mi mano instintivamente y toco el barril, alejándolo de Philip. El metal es más cálido de lo que pensé que sería. Entonces algo me llega tan instintivamente como extendí mi mano y la pistola *cambia*.

Es como si pudiera ver el metal hasta el fondo de sus partículas, pero en vez de ser sólida, es líquida, fluyendo en formas infinitas. Todo lo que tengo que hacer es elegir una.

Alzo mi mirada, y el hombre está sosteniendo lo que imaginé, una serpiente enroscada alrededor de sus dedos, sus escamas verdes son tan brillantes como las alas del ave fénix que se encuentra en la entrada.

El hombre grita, agitando el brazo como si estuviera en llamas.





La serpiente ondula, apretando sus anillos, su boca se abre y cierra como si se estuviera ahogando. Un momento después, una bala cae de su boca, rebotando contra el laminado mostrador de acero inoxidable.

Dos tiros resuenan.

Algo está mal conmigo, con mi cuerpo.

Mi pecho se contrae dolorosamente y mis hombros se sacuden. Por un momento creo que me han disparado, hasta que miro hacia abajo y veo a mis dedos convirtiéndose en ásperas raíces. Doy un paso hacia adelante, y mis piernas se doblan. Una de ellas está cubierta de pelo y se inclina hacia atrás. Parpadeo, y veo todo desde decenas de ojos. Incluso puedo ver detrás de mí, como si tuviera los ojos allí, también, pero todo lo que hay para ver es el agrietado suelo de baldosas. Giro mi cabeza y veo a los dos hombres tendidos en el suelo. La sangre se mezcla con la leche, y el arma se desliza hacia mí, chasqueando con la lengua fuera para probar el aire.

Estoy alucinando. Me estoy muriendo. El terror se levanta en mi garganta, pero no puedo gritar.

– ¿Qué demonios estaban haciendo aquí? Matar a nuestra gente no es parte del plan, – Anton está gritando –. ¡Esto no tenía que suceder!

Mis brazos son el tronco de un árbol, los brazos de un sofá, se están torciendo como rollos de cuerda.

*Alguien que me ayude. Por favor, ayúdenme. Ayúdenme.*

Anton apunta hacia mí –. ¡Todo esto es su culpa!

Trato de estar de pie, pero mi mitad inferior es como la de un pez. Mis ojos se mueven en mi cabeza. Trato de hablar, pero los sonidos de gorgoteo proceden de lo que tengo en lugar de labios.

– Hay que deshacerse de los cuerpos, – dice Barron.

Luego hay otros sonidos, de huesos rompiéndose y de un golpe seco. Trato de girar mi cabeza para poder ver, pero ya no sé cómo hacerlo.

– Manténgalo callado – grita Anton.

¿Estaba haciendo algún sonido? Ni siquiera puedo escucharme.





Siento manos cerrándose sobre mí y levantándome, me transportan por el restaurante. Mi cabeza cae hacia atrás y me doy cuenta de que el techo está pintado con un mural de un hombre viejo desnudo, su espada en alto, montado sobre un caballo marrón por una colina. La crin del caballo y el pelo largo del hombre están volando al viento. Me río, la risa sale como un silbido de tetera.

– Es sólo el retroceso, – dice Philip en voz baja –. Pronto vas a estar bien.

Me pone en el maletero del coche de Anton y cierra la tapa. Esto apesta a aceite y algo más, pero estoy tan fuera de sí que apenas lo noto. Me transformo en la oscuridad mientras el motor arranca, mi cuerpo ya no es el mío.

Estamos en una carretera cuando vuelvo en sí. Faros de coches fluyen irregularmente a través del contorno del maletero. Mi cabeza está golpeando incómodamente contra el neumático y la alfombra y con cada bache del camino, puedo sentir sacudirse la estructura debajo de mí. Me empujo en una posición diferente y toco un plástico lleno de algo suave y todavía caliente.

Por un momento pienso en poner mi cabeza contra ello, hasta que toqué una mancha de humedad pegajosa y me doy cuenta de lo que estoy tocando. Bolsas de basura.

Hago arcadas en la oscuridad y trato arrastrarme tan lejos como pueda de ello. Me presiono contra la parte trasera del coche hasta que no puedo ir más lejos. El metal presiona mi espalda y sólo puedo apoyar mi cuello torpemente con mi brazo, pero me quedo así durante todo el viaje.

Cuando el coche se detiene de una sacudida, estoy adolorido y mareado. Oigo las puertas abrirse, la grava crujir, y después se abre el maletero. Anton está de pie sobre mí. Estamos en el camino de entrada de mi casa.

– ¿Por qué tuviste que ir y hacer esto?, – Grita.

Sacudo la cabeza. No sé por qué transformé la pistola, o incluso cómo lo hice. Miro mi mano y veo que está untada con un opaco rojo oscuro.

Mi mano desnuda.





– Se supone que esto es un secreto. Se supone que eres un secreto. – Entonces nota mis manos también. Deben haber dejado mis guantes en el restaurante. Aprieta su mandíbula.

– Lo siento – digo, levantándome confuso. Lo siento.

– ¿Cómo te sientes? – me pregunta Barron.

– Mareado – digo, pero no es el reciente viaje en coche lo que me dan ganas de vomitar. Sé que estoy temblando, y no hay nada que pueda hacer para controlarlo.

– Maté a esos hombres por ti, – dice Antón –. Sus muertes están sobre tus manos. Todo lo que quiero hacer es regresar a los viejos tiempos, cuando significaba algo ser un trabajador. Cuando era bueno, cuando no era algo de qué avergonzarse. Cuando teníamos a todos los políticos, todos los policías de nuestro lado. Éramos como príncipes en esta ciudad en aquel entonces, y podemos serlo otra vez. Toque de manos, así nos llamaban, – dice –. Toque de manos. Expertos. *Calificados*. Cuando esté a cargo, voy a traer de vuelta los viejos tiempos y hacer temblar a esta ciudad. Esa es una buena meta, una meta digna.

– ¿Y cómo vas a hacer eso? – Le pregunto –. ¿Crees que el gobierno va a darse vuelta porque has asesinado a tu manera al jefe de una familia del crimen? ¿Crees que Zacharov tiene al mundo por las pelotas, que el es todo ‘No, gracias?’

Antón me golpea en la mandíbula. El dolor estalla en mi cabeza y me tropiezo hacia atrás, apenas mantengo el equilibrio.

– Oye, – dice Philip, empujando a Antón hacia atrás –. Es sólo un chico hablador.

Tomo dos pasos hacia Antón, y Barron me agarra del brazo –. No seas estúpido, – dice, y tira de mis mangas hacia abajo sobre mis manos.

– Sostenlo, – le dice Anton a Barron. Me mira –. No he terminado contigo, muchacho.

El agarre de Barron sobre mi se aprieta.

– ¿Qué estás haciendo, Antón? – Philip le pregunta, tratando de sonar razonable –. No tenemos tiempo para esto. Además, se va a despertar con golpes. Piensa.



Antón niega con la cabeza -. ¡Fuera de mi camino, Philip. No debería tener que recordarte que soy tu jefe. "

Philip mira atrás y adelante entre Antón y yo, sopesando la rabia de Anton y mi estupidez.

- Hey - digo, luchando contra el agarre de Barron. Estoy agotado, y no lucho con fuerza, pero esto no para mi boca -. ¿Qué vas a hacer? ¿Asesinarme mí también? ¿Al igual que aquellos hombres? ¿Al igual que a Lila? Vamos, ¿qué te hizo realmente? ¿Acaso estaba en tu camino? ¿Te insultó? ¿No se arrastró ante ti?

A veces me siento muy estúpido. Creo que merezco el golpe para el cual Barron me mantiene en su lugar. El que me pilla justo debajo del mentón y hace que mi visión quede en blanco. Puedo sentir el golpe hasta el final de mis dientes.

- ¡Cállate! - grita Anton.

Mi boca se inunda con el sabor de monedas antiguas. Mis mejillas y lengua se sienten como si estuvieran hechas de carne molida cruda, y riegan sangre sobre mis labios.

- Basta ya, - dice Philip -. Es suficiente.

- Yo decido cuándo es suficiente, - dice Antón.

- Bueno, lo siento, - digo, escupiendo una bocanada de sangre en el suelo -. Lección aprendida. No puedes seguir golpeándome como mierda. No lo decía en serio.

Miro hacia arriba a tiempo para ver a Philip encender un cigarrillo y se alejarse, soplando el humo al aire. Y para ver Anton golpearme en el estómago.

Trato de apartarme del camino, pero estoy demasiado herido para ser rápido, y no hay ningún lugar para ir con las manos de Barron fijas en mí. El dolor vivo me hace ceder hacia adelante, gimiendo. Me siento agradecido cuando siento mis brazos sueltos, así que puedo deslizarme hasta el suelo y doblar mi cuerpo sobre sí mismo. No quiero moverme. Quiero quedarme inmóvil hasta que todo deje de doler.

- Patéenlo, - dice Antón. Su voz tiembla -. Quiero saber que son leales a mí. Háganlo o todo esto se cancela.



Me obligo a sentarme y trato de ponerme derecho. Los tres me miraban como si fuera algo que encontraron en la suela de sus zapatos. La palabra "por favor" se repite en mi mente –. No en la cara, – digo en su lugar.

La patada de Barron me tira al suelo. Sólo toma unas patadas más perder la conciencia.



## Capítulo 13

*Traducido por Rihano*

NO QUIERO MOVERME porque aún me duelen las costillas para respirar. Los moretones duelen más por la mañana de lo que dolieron la noche anterior. Tendido en la cama en mi antigua habitación, pongo a prueba mi memoria por espacios en blanco. Esto me recuerda a cuando era un niño, mi lengua pegándose a mis encías después de que un diente se caía. Pero recuerdo con toda claridad la noche anterior: mis hermanos encima de mí, Barron pateando mi estómago una y otra vez. Recuerdo la pistola cambiando, enrollada alrededor de la muñeca del hombre. Lo único que no recuerdo es cómo llegué a la cama, pero creo que es porque me desmayé.

– Oh, Dios, – digo, frotando mi mano sobre la cara, luego la miro para asegurarme de que sigue siendo mía. Asegurándome de que no se ha torcido en alguna otra forma.

Bajo mi brazo lentamente y con cuidado toco la herida en mi pierna donde están las piedras trabajadas. Siento la dureza de una entera bajo mis dedos y el contorno de los fragmentos en que se rompieron las otras dos. Mi piel salta, encendida con dolor, a la presión. Yo no estaba loco. Una piedra se agrietó ayer por la noche, debajo de mi piel, cada vez que Barron trató de trabajarme.

Barron.

Él es el trabajador de memoria. Él es el que cambió los recuerdos de Maura. Y míos. Mi estómago se aprieta y ruedo con cautela a un lado, temeroso de que vaya a vomitar y luego ahogarme en este. Mareado veo al gato blanco, sentado sobre una pila de ropa sucia, sus ojos entrecerrados.



– ¿Qué estás haciendo aquí? – Susurro. Mi voz suena como si fragmentos de vidrio estuvieran pegados en mi garganta.

Ella se levanta, estirando sus patas amasando el suéter sobre el que estaba acostada. Sus uñas se hunden en la tela como pequeñas agujas. Entonces su espalda se arquea.

– ¿Los viste traerme de regreso aquí? – le pregunto con voz ronca.

Su lengua rosa pasa por su nariz.

– Deja de joderme, – le digo.

Ella se acuclilla y luego salta sobre la cama, sorprendiéndome. Gimo por el reciente dolor –. Sé lo que eres, – le digo –. Sé lo que te hice.

*Sólo tú puedes deshacer la maldición. Por supuesto.*

Su piel es suave en mi brazo, y estiro una mano hacia ella. Me permite acariciar su espalda. Estoy mintiendo. No sé lo que es. Creo que sé quién era, pero ya no estoy seguro de lo que es.

– No sé cómo regresarte, – le digo –. Me di cuenta que fui yo quien te cambió. Noté esa parte. Pero no sé cómo hacerlo.

Ella se puso rígida, y volví a enterrar mi cara en su pelaje. Siento las ásperas almohadillas de sus patas. Sus pequeñas garras son afiladas contra mi piel.

– No tengo un amuleto de sueño, – le digo –. No tengo nada que te impida trabajarme. Puedes hacerme soñar, ¿no? Como la lluvia y el techo. Al igual que antes de que fueras un gato.

Su ronroneo es un retumbe, como un trueno lejano.

Cierro los ojos.

Me despierto todavía sufriendo. Estoy tendido en un charco de sangre, deslizándome mientras trato de levantarme. Inclutados sobre mí están Philip, Barron, Antón, y Lila.

– Él no recuerda nada, – dice Lila la chica. Cuando sonrío, sus dientes caninos se vuelven puntiagudos en sus extremos. Ella parece de más de catorce años. Se ve hermosa y terrible. Me alejo de ella.

Se ríe.

– ¿Quién salió lastimado? – pregunto.





– Yo, – dice ella –. ¿No te acuerdas? Morí.

Me levanté y me encontré en el escenario del teatro en Wallingford. Solo. El pesado telón azul está cerrándose frente a mí, y creo que puedo escuchar los sonidos de una multitud más allá de este. Cuando miro hacia abajo, la sangre ya no está allí, pero una trampilla se abre. Me levanto rápidamente y me tambaleo, deslizándome, y casi caigo en la fosa.

– Necesitas maquillaje, – dice alguien. Vuelvo la cabeza. Es Daneca, en una brillante armadura, acercándose a mí con una borla. Ella golpea mi cara con esta. Hay una nube de polvo.

– Estoy soñando, – digo en voz alta, lo cual no ayuda tanto como debería. Abro los ojos y ya no me encuentro en el escenario del Wallingford, sino en el pasillo de un teatro majestuoso. Las paredes con paneles de madera están surcadas con polvo por encima de una alfombra roja. Las luces cayendo como cristales, y los techos de yeso están pintados en frescos de oro. En las filas de asientos en las gradas frente al escenario, gatos vestidos abanicándose los unos a los otros, los programas ondeando, y maullando. Giro y giro, unos pocos de ellos miran en mi dirección, sus ojos brillando con la luz reflejada.

Tropiezo en una de las filas vacías y tomo asiento mientras un telón de color rojo oscuro se abre.

Lila entra en el escenario, usando un largo vestido blanco victoriano con botones de perla. Es seguida por Anton, luego Philip y Barron. Cada uno de los chicos está vestido de un período distinto. Anton tiene un traje pachuco púrpura con un enorme sombrero de plumas, Philip está vestido como un señor isabelino con un jubón y gorguera, y Barron está usando una toga negra larga. No puedo decidir si se supone que es un sacerdote o un juez.

– He aquí, – dice Lila, presionando la parte posterior de la muñeca contra su frente –. Soy una chica joven y muy dada a la diversión.

Barron se inclina profundamente –. Da la casualidad que puedo ser divertido.



– Lo que pasa, – dice Antón –, es que Philip y yo tenemos un pequeño asunto donde me deshago de la gente por dinero. No puedo dejar que su padre sepa. Me voy a encargar de los negocios algún día.

– ¡Ay, Ay!, – dice Lila –. Ay.

Barron sonrío y se frota las manos –. Da la casualidad que me gusta el dinero.

Philip mira justo hacia mí, como si yo fuera el que estuviera hablando –. Anton va a ser nuestro boleto de salida de momento. Y creo que mi novia está embarazada. Tú entiendes, ¿verdad? Estoy haciendo esto por todos nosotros.

Sacudo la cabeza. No entiendo.

En el escenario Lila da un pequeño grito y empieza a encogerse, cambiando de forma hasta que tiene el tamaño de un ratón. Entonces el gato blanco brinca de uno de los balcones, su vestido rasgándose por las astillas irregulares de las tablas del suelo y dejando libre su cuerpo peludo. Abalanzándose, atrapa a la Lila ratón entre sus dientes y muerde la pequeña cabeza. La sangre salpica por el escenario.

– Lila, – digo –. Basta. Déjate de juegos.

El gato se traga los restos y me mira. Y entonces las luces del escenario se vuelven hacia mí, el brillo me hace parpadear confuso. Me pongo de pie. El gato blanco se mueve sigilosamente hacia mí. Sus ojos, aquellos ojos azules y verdes, son tan claramente los de Lila que tropiezo de regreso al pasillo.

– Tienes que cortar mi cabeza, – dice ella.

– No, – le digo.

– ¿Me amas? – Pregunta ella.

Sus dientes son como cuchillos de marfil –. No sé, – le digo.

– Si me quieres, tendrás que cortar mi cabeza.

De alguna manera tengo una espada en la mano y estoy balanceándola. El gato está cambiando como Lila lo hizo, pero está volviéndose cada vez más grande, creciendo en algo monstruoso. El aplauso del público es ensordecedor.







Mis costillas están latiendo, pero me obligo a mi mismo a balancear mis piernas fuera de la cama. Entro en el cuarto de baño, orino, y luego mastico un puñado de aspirinas. Mirándome en el espejo, tengo los ojos inyectados en sangre y un grupo de contusiones cerca de mis costillas, pienso sobre el sueño, acerca del gato cerniéndose sobre mí.

Es ridículo, pero no me estoy riendo.

– ¿Eres tú? – La voz del abuelo viene de abajo de las escaleras.

– Sí, – le contesto.

– Dormiste hasta tarde, – dijo, y pude oírlo murmurando, probablemente acerca de cuan perezoso soy.

– No me siento bien, – le digo desde el hueco de la escalera –. No creo que pueda limpiar hoy.

– Tampoco estoy bien, – dice –. Mala noche la noche pasada, ¿eh? Bebí tanto que no me acuerdo de nada.

Bajo las escaleras, sosteniendo mis costillas medio inconscientemente. Tropezco. Nada se siente bien. Mi piel no se adapta. Estoy lleno de protuberancias. Todos los caballos del rey y todos los hombres del rey no han logrado que vuelva a poner todo en su sitio de nuevo.

– ¿Sucedió algo que quieras decirme? – preguntó el Abuelo. Pienso en que sus ojos parecían parpadear en lo oscuro la noche anterior. Me pregunto qué escuchó. Lo que sospecha.

– Nada, – le digo, y me sirvo una taza de café. Lo bebo negro, y el calor en mi vientre es la primera cosa reconfortante que recuerdo sentir en un tiempo.

El Abuelo inclina la cabeza en mi dirección –. Te ves como una mierda.

– Te dije que no me sentía bien.

El teléfono suena en la otra habitación, un sonido estridente que altera mis nervios –.

Me dices un montón de cosas, – dice el abuelo, y se va a contestar.

Veo a la gata en la escalera, su cuerpo blanco fantasmal en un haz de luz del sol. Se difumina en mi visión. Mis hermanos se sentían incómodos, pero no por las razones





que yo pensaba. No porque yo era un asesino o un extraño. Era tal vez un iniciado que ni siquiera lo sabía. Estaba dentro de los infiltrados. Estaba escondido dentro de mi interior. Por un momento, quiero arrojar toda la vajilla al suelo. Quiero gritar y gritar. Quiero aprovechar este nuevo poder y cambiar todo lo que puedo tocar.

El plomo en oro.

La carne en piedra.

Ramas en serpientes.

Levanto la taza de café, y pienso en la boca del cañón de la pistola y el cambio en mi mano, pero no importa cuanto intente invocar ese momento, la taza se mantiene. La consigna que se sigue leyendo es TRANSPORTE AMHERT: NOSOTROS LEVANTAMOS COSAS sobre un fondo marrón brillante.

– ¿Qué estás haciendo? – me pregunta el Abuelo, y mi mano salta, salpicando café en mi camisa. Él sostiene el teléfono –. Philip. Para ti. Dice que dejaste algo allá.

Niego con la cabeza.

– Tómalo, – dice el abuelo, que suena exasperado, y no puedo pensar en una excusa para no hacerlo, por lo que lo hago.

– ¿Sí? – digo.

– ¿Qué le hiciste? – Su voz suena marcada por la rabia y algo más. Pánico.

– ¿A quién? – pregunto.

– A Maura. Se ha ido, y se llevó a mi hijo. Tienes que decirme dónde está, Cassel.

– ¿Yo? – Le pregunto. Anoche miraba a Barron pateándome en el estómago hasta que me desmayé, y ¿hoy me acusa de dirigir el escape de Maura? La ira hace mi visión borrosa. Agarro el teléfono con tanta fuerza que me temo que la caja de plástico se vaya a romper.

Debería estar pidiéndome disculpas. Rogándome.

– Sé que has estado hablando con ella. ¿Qué le dijiste? ¿Qué hiciste con ella?

– Oh, lo siento, – digo de forma automática, con furia en cada palabra –. *No me acuerdo.* – Hago clic en el botón de apagado en el teléfono, sintiéndome tan





vengativamente complacido que toma un momento darme cuenta de lo increíblemente estúpido que he sido.

Luego recuerdo que ya no soy Cassel Sharpe, hermano menor y la decepción general. Soy uno de los practicantes más poderosos de una de las maldiciones más raras.

No voy a agarrar a Lila y salir de la ciudad. No voy a ninguna parte.

Ellos deberían tenerme miedo.

El Abuelo salió alrededor de una hora más tarde, preguntándome si necesito algo de la tienda. Le digo que no. Él me dice que ponga un poco de mi ropa en una bolsa.

– ¿Qué está pasando? – pregunté.

– Vamos a viajar por carretera hasta Carney, – dijo.

Asiento, acunando mis costillas, y lo veo irse.

Lila me mira desde el centro de los montones de papeles, ropa y platos en la mesa del comedor. Está comiendo algo. Me acerco y veo un trozo de tocino, la grasa empapo una bufanda.

– ¿El abuelo te dio eso? – pregunto.

Ella se sienta sobre sus patas traseras y lame su boca.

Mi teléfono celular está sonando. El identificador de llamadas dice Daneca –. Te escapaste, – dije –. ¿De verdad caminaste todo el trayecto hasta aquí?

Lila bostezó, mostrando sus colmillos.

Sé que tengo que cambiarla, antes de que regrese el Abuelo. Antes de que mis costillas comiencen a doler de nuevo y no pueda concentrarme.

Si tan sólo supiera cómo.

Sus ojos están brillando mientras camino hacia ella.

*Una maldición fue puesta en mí. Una maldición que sólo tú puedes romper.*

Extiendo mi mano y toco su piel. Sus huesos se sienten ligeros y frágiles, como los huesos de un pájaro. Pienso en el momento en que el cañón de la pistola comenzó a cambiar de tamaño, trato de invocar el impulso que la hizo transformar.

Nada.

Me imagino a Lila, imagino al gato alargándose, convirtiéndose en una chica.





Mientras lo imagino, soy consciente de que no sé como se vería ahora Lila. Saco eso de mi cabeza y me permito hacer alguna combinación de la chica que conocía y la chica de mi sueño. Suficientemente cerca está lo suficientemente cerca. Me imagino su cambio, lo imagino hasta que estoy temblando de concentración, pero todavía no cambia.

El gato gruñe desde el fondo de su garganta.

Empujo una de las sillas del comedor y me echó sobre ella, apoyando la frente contra la madera de la espalda.

Cuando cambié la pistola, no estaba pensando en ello. El instinto se hizo cargo. Era como una especie de memoria muscular o una parte de mi cerebro a la que podía acceder sólo cuando alguien que me importaba estaba en peligro.

He estado un montón de veces enojado. Nunca convertí accidentalmente mis guantes a hojas o cambié a nadie en nada. Así que no es la emoción.

Pienso en Barrón diciéndome que la hormiga nunca se convirtió en un palo. No puedo recordar lo que hice.

Miro alrededor de la habitación. La espada que encontré, cuando estaba limpiando la sala de estar, está justo donde la dejé, apoyada en la pared. La recojo, siento el peso, como si estuviera lejos de mi cuerpo. Tomo nota del moho corriendo por la hoja. La espada se siente pesada en mis manos, no como los ligeros floretes de esgrima en la escuela.

*Si me amas, cortarme la cabeza.*

– Lila, – le dije –. No sé cómo cambiarte.

Ella anduvo con suavidad hasta el borde de la mesa y saltó al suelo. Surrealista. Todo es surrealista. Nada de esto está sucediendo.

– Estoy pensando en hacer algo para obligarme. Algo loco. Para forzar la magia.

Esto es estúpido. Alguien me tiene que detener. Ella me tiene que detener.

Ella frota la mejilla contra la hoja, cerrando los ojos, y luego frota todo su cuerpo. De ida y vuelta. De ida y vuelta.

– ¿Realmente crees que esto es una buena idea?





Ella maulló y brincó de regreso sobre la mesa. Entonces se sienta, esperando.

Extiendo y coloco una mano sobre la piel de su espalda –. Voy a oscilar esta espada en tu cabeza, ¿de acuerdo? Pero no voy a golpearte.

*Detenme.*

– Quédate quieta.

Ella sólo me miraba, esperando. No se mueve, a excepción de las contracciones de su cola.

Aleje la espada y la balanceé hacia su pequeño cuerpo. La mecí con todo mi peso detrás de esta. Oh, Dios, voy a matarla de nuevo.

Y entonces lo veo. Todo va fluido. Sé que puedo cambiar la espada en mi mano en un rollo de cuerda, una lámina de agua, polvo de tierra. Y el gato ya no es una colección de frágiles huesos de ave y piel. Puedo ver la maldición mal tejida sobre ella, ocultando a la niña debajo. Un simple tirón mental y se abre.

De pronto estoy bajando la espada sobre el cuerpo desnudo de una niña agachada. La alejo, pero mi peso está fuera de equilibrio.

Me desplomó en el suelo y la espada se sale de mis manos. Se estrella contra un Chesté<sup>11</sup> veneciano con marca de agua en el otro extremo del comedor.

Ella es una maraña de rizos deslizándose de color del heno y la piel quemada por el sol. Trata de ponerse de pie y no puede. Tal vez ha olvidado cómo.

Esta vez, cuando me golpea el retroceso, es como si mi cuerpo estuviera tratando de rasgarse a si mismo.

– Cassel, – dice ella. Incliniéndose sobre mí, con una camisa demasiado grande. Puedo ver casi toda la longitud de sus piernas desnudas cuando volteo mi cabeza –. Cassel, alguien viene. Despierta.

Mis costillas están sufriendo de nuevo. No sé si eso es algo bueno o malo. Sólo necesito dormir. Si duermo lo suficiente, cuando me levante, estaré de regreso en Wallingford y Sam estará rociándose con demasiada agua de colonia y todo va a volver a la forma en que las cosas se suponen son para mí.

---

<sup>11</sup> Tipo de cofre o arcón.





Ella me golpea, con fuerza.

Tomo una respiración profunda y abro los ojos. Mi mejilla está punzando. Cuando vuelvo la cabeza, puedo ver la empuñadura de la espada y un jarrón roto que debe haber caído del cofre. Todo el piso está sembrado de libros y papeles.

– Alguien viene, – dice. Su voz suena diferente a como la recuerdo. Rasposa. Ronca.

– Mi abuelo, – le digo –. Fue a la tienda.

– Hay dos personas ahí fuera. – Su rostro es familiar y extraño. Mirarla hace que me duela el estómago. Estiro una mano.

Ella se estremece. Por supuesto, no quiere que la toque. Viendo lo que puedo hacer.

– Rápido, – dice.

Tropiezo levantándome –. Oh, – digo en voz alta, porque recuerdo la cosa estúpida que le dije a Philip. No puedo creer que alguna vez pensé que era bueno engañando.

– El armario, – le digo.

El armario de los abrigos está lleno con piel y lana apolillada. Echamos las cajas en el fondo y no metimos apretados en el interior. La única manera de encajar sin presionar contra la puerta es agacharse debajo de la barra donde cuelgan las perchas y dejar que me introduzca. La vara golpea mi brazo, y Lila entra después de mí, cerrando la puerta. Luego se presiona contra mis costillas adoloridas, haciéndome respirar entrecortado y rápido. Su aliento huele a hierba y algo más, algo más rico y más oscuro. Es cálido contra mi garganta.

No puedo verla, sólo cintas de luces a lo largo del contorno de la puerta. Uno de los cuellos de piel de visión de mi madre roza mi barbilla, y hay un leve rastro de perfume.

Oigo la puerta abrirse la puerta del frente y luego la voz de Philip llamando –, ¿Cassel? ¿Abuelo?

Automáticamente hago un movimiento brusco. Es sólo un reflejo, no mucho pero hace que Lila agarre mis brazos y clave sus dedos en mi bíceps–. Shhhhh, – dice.

– Tú cállate, – le susurro de vuelta. Me he agarrado de sus hombros inconscientemente, un espejo de su gesto. En la oscuridad, ella es un fantasma. No es real. Sus hombros están temblando ligeramente, vibrando en mis manos.





Nuestras manos están desnudas. Es chocante.

Ella se inclina hacia adelante.

Entonces, su boca se desliza contra la mía. Sus labios entreabiertos, suaves y flexibles. Nuestros dientes encajan, y ella sabe a cada pensamiento oscuro que he tenido. Este es el beso que me imaginaba cuando tenía catorce años, e incluso antes de eso, ni siquiera cuando sabía que era enfermizo pensar en ella, el beso que quería y nunca llegó, y ahora que estaba pasando no puedo detenerlo. Mis hombros presionaron contra la pared. Me afirmo con una mano para no perder el equilibrio, agarrándome al hombro de un abrigo de lana tan fuerte que se puede sentir la tela antigua rasgarse.

Ella muerde mi lengua.

– No está aquí, – dice Barron –. El coche no está.

Lila se aleja de mí bruscamente, inclinando el cuello entonces su cabello está en mi cara.

– ¿Qué crees que le dijo al abuelo? – pregunta Philip.

– Nada, – dice Barron –. Estás exagerando.

– No lo oíste en el teléfono, – dice Philip –. Recordó... no sé qué. Lo suficiente para saber que alguien lo había estado trabajando.

Algo cruje bajo uno de sus pies. Considerando todas las cosas esparcidas por el suelo, podría ser cualquier cosa –. Es un sabelotodo. Solo estás siendo paranoico.

El aliento de Lila es cálido en mi cuello.

Las pisadas en la escalera me dicen que van a buscarme en el segundo piso.

Nosotros estamos tan cerca que es imposible no tocarla. Y eso me hace recordar que ella debe haber estado tocándome para hacerme soñar.

– Esa noche, en Wallingford... ¿estabas en la habitación conmigo? – Susurro.

– Ellos me necesitaban para atraparte, – dice ella –. Hacerte sonámbulo para ellos. Hice a mucha gente sonámbula justo para colocarla en sus manos.

Me imagino una forma blanca en las escaleras, el perro de la sala principal está empezando a ladrar antes de que ella me hiciera soñar con el perro también.

– ¿Por qué me besaste? – Le pregunto, manteniendo mi voz baja.



– Para que te callaras, – dice –. "¿Por qué crees tú?"

Nos quedamos en silencio por un momento. Por encima de nosotros puedo escuchar a mis hermanos caminando por las tablas crujientes. Me pregunto si están en sus antiguas habitaciones. Si están en mi dormitorio, revisando mis cosas como hice con el de Barron.

– Gracias, – digo, por último, con sarcasmo. Mi corazón está latiendo como un sonajero.

– No recuerdas nada de esto, ¿cierto? Adiviné esa parte. Barrón me dijo que te reíste cuando te dijo que yo estaba en una jaula, pero no lo hiciste, ¿verdad?

– Por supuesto que no, – le digo –. Nadie me dijo que estabas viva.

Ella soltó una risa gorjeante, extraña y corta –. ¿Cómo crees que morí? – Pienso en la jaula y ella estando ahí por los últimos tres años. Cómo eso podría volver loco a cualquiera. No es que parezca más loca que alguien más. Yo, por ejemplo.

– Te apuñalé. – Mi voz se quiebra en las palabras, aunque sé que el recuerdo no es cierto.

Ella está tranquila. Todo lo que puedo oír es el martilleo de mi propio corazón.

– Lo recuerdo, – le digo –. La sangre. Resbalando en la sangre. Y sentirme alegre, como si me hubiera salido con la mía. Mirando tu cuerpo y sintiendo la manera en que lo hice, el recuerdo aún parece tan real. Como algo que nadie podría compensar, porque era tan horrible. Y cómo estaba... Es peor no sentir nada, como si solo fueras un psicópata. Es mucho peor pensar que lo disfrutaste. – Me alegro de que estemos en la oscuridad. Es imposible imaginarme diciendo todo esto en su cara.

– Se suponía que iban a matarme, – dice Lila –. Barron y yo estábamos en la casa de tu abuelo en el sótano, y él me agarró de los brazos. Al principio pensé que estaba bromeando, que quería luchar, hasta que tú y Philip entraron. Philip te estaba diciendo algo, y tú sólo seguías sacudiendo la cabeza.

Quiero decir que no es verdad, que esto no pasó, pero por supuesto realmente no tengo ni idea.





– Yo seguía pidiéndole a Barron que me dejara levantar, pero ni siquiera me miraba. Philip sacó un cuchillo, y ahí fue cuando pareciste cambiar de opinión. Te acercaste a mí y me observaste, pero era como si realmente no estuvieras mirándome. Como si ni siquiera supieras quién era. Barron comenzó a levantarse, y me sentí aliviada, hasta que tomaste mis muñecas y las presionaste hacia abajo sobre la alfombra de peluche. Las presionabas más fuerte de lo que él lo hizo.

Trago duro y cierro los ojos, temiendo lo que va a decir a continuación.

Pasos en la escalera la hacen callarse.

– Dime, – le susurro. Mi voz sale más fuerte de lo que planeo. Probablemente no lo suficientemente alto como para llamar su atención –. Cuéntame el resto.

Ella presiona su mano desnuda en mi boca –. Cállate. – Está susurrando, pero suena feroz.

Si forcejeo, verdaderamente voy a hacer ruido.

– No quiero que le digas a Antón, – dice Philip. Suena cerca, y el cuerpo de Lila se sacude.

Trato de deslizar mi mano en la parte superior de sus brazos para tranquilizarla, pero eso sólo parece hacerla sacudirse más.

– ¿Decirle qué? – Pregunta Barron –. ¿Que piensas que Cassel va a arrepentirse? ¿Qué quieres que todo esto se termine?

– No quiero que explote en nuestras caras. Y Anton se está comportando más inestable.

– Nos ocuparemos de Anton cuando esto se termine. Cassel está bien. Lo malcriaste demasiado.

– Solo que creo que es arriesgado. Es un plan arriesgado y Cassel tiene que estar a bordo. Creo que olvidaste hacerle olvidar.

– ¿Sabes lo que pienso? – Dice Barron –. Creo que la puta de tu esposa es el problema. Te dije que la dejaras.

– Cállate. – Oigo el gruñido bajo la aparente calma de Philip.





– Muy bien, pero él estaba rondándola anoche después de la cena. Ella, obviamente, descubrió lo suficiente como para marcharse.

– Pero Cassel...

– Cassel nada. Ella le dijo lo que sospechaba. Y él lanzó un pequeño anzuelo para averiguar si era cierto. Para ver cómo reaccionarías. Él aún no sabe nada, a no ser que te asustes. Sencillo. Caso cerrado. Ahora vámonos.

– ¿Qué hay con Lila?

– La encontraremos, – dice –. Es un gato. ¿Qué puede hacer?

Oigo golpear la puerta de entrada. Esperamos lo que serían como diez minutos y luego nos deslizamos por debajo del tubo para abrir la puerta del armario. Miro alrededor de la habitación. Está revuelta, pero no más de lo que estaba antes.

Lila camina detrás de mí, y cuando miro hacia ella, su boca se curva hacia arriba en una esquina. Se vuelve hacia el cuarto de baño.

Atrapo su muñeca –. ¿Por qué haces esto? Dime. Cómo escapaste de Barron. ¿Por qué me llevaste hasta el techo de Smythe Hall con ese sueño loco?

– Quería matarte, – dice, con esa leve sonrisa ampliándose.

Solté su muñeca como si me quemara –. ¿Tú qué?

– No pude hacerlo, – dice –. Te odiaba incluso más que a ellos, pero aún así no pude hacerlo. Eso es algo, ¿verdad?

Siento como si me hubiera sacado el aire de mis pulmones.

– No, – le digo –. No es nada. Menos que nada.

La puerta de la cocina se abre con un crujido. Lila se presiona contra la pared, dándome una mirada de advertencia. No hay tiempo de meterse al armario, así que paso a la cocina para recibir al que sea que venga. Para darle a Lila unos minutos para esconderse.

Philip sonrío desde la puerta –. Sabía que estarías aquí.

– Acabo de entrar, – digo, a pesar de que sabe que estoy mintiendo.

Él da un paso hacia mí, y yo doy un paso atrás. Me pregunto si va a tratar de matarme.

Levanto mis manos, todavía desnudas. Él no parece darse cuenta.



– Necesito que le digas, – dice Philip, y por un momento no sé de quién está hablando

–. Dile a Maura que fui débil. Que lo siento. Que no sabía cómo parar.

– Te dije que no sé dónde está Maura.

– Bien, – dice con firmeza –. Te veo el miércoles en la noche. Y, Cassel, tal vez estás enojado o tienes preguntas, pero al final valdrá la pena. Confía en nosotros solo un poco más y vas a tener todo lo que siempre quisiste.

Él sale y baja la colina hacia el coche estacionado de Barron. Lila entra en la habitación y pone su mano sobre mi hombro. No le presto atención.

– Tenemos que salir de aquí, – dice ella –. Necesitas descansar.

Me volteo para concordar, pero ella ya está sacando los guantes y un abrigo del armario.



## Capítulo 14

Traducido por Lilith

EL ULTIMO RAYO DE SOL se filtra por la ventana, y me despierto con la cabeza recostada contra sus rizos rubios y su piel cálida. Al principio estoy tan desorientado que no puedo entender quien podría estar a mi lado y por qué ella no tiene mucha ropa puesta.

Sam cierra la puerta de la habitación –. Qué tal, amigo, – dice en un susurro.

Lila hace un pequeño gesto de queja y rueda contra la pared, deslizando su cuerpo en el mío, arrugando su camisa. Aplastando la almohada sobre su cabeza.

Recuerdo vagamente caminar hasta la tienda de veinticuatro horas a tres cuadras de mi casa, llamar a un taxi, y luego sentarnos en la acera a esperar, con Lila apoyándose en mí. Pensé que mi dormitorio iba a estar vacío por un par de horas. No había otro lugar al que se me ocurriera ir.

– No te preocupes, – dice Sam –. No he visto a Valerio. Pero la próxima vez podrías poner un calcetín en la puerta.

– ¿Un calcetín?

– Mi hermano dice que es la señal universal para conseguir, alertar a tu compañero de cuarto, de modo que este pueda hacer otros planes para la noche. A diferencia de dejar que tu compañero de piso entre y te encuentre.

– Ah, sí – digo, bostezando –. Lo siento. Calcetín. Voy a recordarlo.

– ¿Quién es ella? – Susurra, señalándola con la barbilla –. ¿Ella asiste a esta escuela? – Baja aún más su voz –. Y ¿estás loco?

180



Lila se da la vuelta otra vez y sonrío somnolienta a Sam -. El uniforme es lindo, - dice ella en su nueva voz, áspera.

Sam se ruboriza.

- Soy Lila, y sí, está loco. Pero lo debes de haber notado antes. Estaba loco cuando lo conocí, y, obviamente, se ha vuelto más loco con el tiempo. - Sus dedos enguantados alborotaron mi pelo.

Hago una mueca -. Es una vieja amiga. Una amiga de la familia.

- Todo el mundo regresará pronto, - dice Sam, enarcando las cejas -. Tu y tu amiga será mejor que se marchen.

Lila se apoya en sus codos -. ¿Te sientes mejor? - No parecía incómoda de estar a medio vestir, con su pierna apretada contra mí. Tal vez se acostumbró a estar desnuda cuando era un gato, pero yo no estoy completamente acostumbrado a ello.

- Sí - digo. Mis costillas aun están adoloridas, pero el dolor es más débil.

Ella bosteza y estira sus brazos, ladeando su cuerpo hacia un lado y haciendo que su columna vertebral suene audiblemente.

Se siente como si el mundo entero se hubiera vuelto al revés. No hay más reglas.

- Oye- le digo a Sam, porque si el mundo se ha vuelto loco, entonces creo que puedo hacer lo que quiera -. ¿Sabes qué? Soy un trabajador.

Me mira fijamente, con la boca abierta. Lila me golpea con sus pies.

- No puedes decirle eso, - dice ella.

- ¿Por qué no? - Pregunto, entonces me dirijo a él -. No tenía ni idea, hasta ayer. ¿Loco? ¿Verdad?

- ¿De qué tipo? - él se las arregla para sacar en forma de chillido.

- Si le dices *eso*, - dice Lila -, voy a matarte, pero primero lo mataré a él.

- Me retracto de la pregunta, - dice Sam, levantando sus manos en una ofrenda de paz.

Algo de mi ropa todavía está en los cajones y en el armario. Cogemos lo que necesitamos, luego nos dirigimos a la biblioteca a sacar un préstamo de mi negocio.





Caminamos hasta la tienda de la esquina donde todos los estudiantes de Wallingford van a robar goma. Lila escoge una botella de champú, un poco de jabón, una taza enorme de café, y tres barras de chocolate. Pago.

El propietario, el Sr. Gazonas, me sonrío -. Es un buen chico, - le dice a Lila -. Cortés. No roba. No como los otros chicos que vienen aquí. No lo dejes ir.

Eso me hace reír.

Me apoyo en la parte exterior de la pared -. ¿Quieres llamar a tu madre?

Lila niega con la cabeza -. ¿Con todos los rumores en Carney? De ninguna manera.

No quiero que nadie más que mi padre que sepa que estoy de vuelta.

Asiento lentamente -. Así que entonces, le llamamos.

- Tomaré una ducha primero - dice Lila, enrollando el mango de la bolsa de plástico alrededor de su muñeca. Se ha puesto un par de mis pantalones y se ve como vagabunda en ellos, una camisa holgada y unas botas con cordones que encontré en la parte de atrás de mi armario.

Marco a la misma compañía de taxis que nos trajo aquí -. Pero no tenemos ningún lugar donde limpiarnos, - le digo.

- Un hotel, - me dice.

Hay un hotel que no queda muy lejos de aquí caminando, un lugar agradable donde los padres van a veces, pero no va a funcionar -. Créeme, no nos van a permitir obtener una habitación. Los chicos lo intentan todo el tiempo.

Ella se encoge de hombros.

Cuelgo el teléfono -. Muy bien - digo -. Estoy pensando en que cuando se limpian las habitaciones, las puertas están abiertas. Nunca vamos a ser capaces de conseguir una habitación, pero podríamos ser capaces de robar una para tomar una ducha si tenemos suerte.

Mientras atravesamos por el estacionamiento, veo a Audrey con dos de sus amigas, Stacey y Jenna. Stacey me señala. Y Jenna le da codazos a Audrey. Sé que debo mirar hacia otro lado, pero no lo hago. Audrey levanta la cabeza. Sus ojos son oscuros.

- ¿La conoces? - me pregunta Lila.



– Sí – digo, y, finalmente, giro hacia el hotel.

– Es bonita, – dice Lila.

– Sí – digo otra vez, y meto mis manos en los bolsillos, tan profundo que mis dedos enguantados dan contra el pliegue.

Lila sigue mirando hacia atrás –. Apuesto a que tiene una ducha.

Aquí hay otra cosa que mamá me dijo una y otra vez sobre las estafas. Lo primero que tiene que conseguir es ganar la confianza del blanco, pero siempre es más convincente cuando alguien que no seas tú sugiere tantear al blanco. Es por eso que la mayoría de los esquemas de confianza exigen un socio.

– Cassel me ha dicho todo sobre ti, – le dice Lila a Audrey. Su sonrisa cambia entre la de un vagabundo sin hogar a la de una chica normal, incluso con el pelo enmarañado. Audrey mira de mí a Lila y luego a mí, como si estuviera tratando de decidir si esto es parte de un juego.

– ¿Qué te dijo? – Pregunta Jenna, tomando un largo trago de su Coca-Cola Light.

– Mi prima acaba de regresar de la India, – digo, y señalo en dirección a Lila –. Sus padres vivían en un ashram<sup>12</sup>. Le estaba contando acerca de Wallingford.

Las manos de Audrey van a sus caderas –. ¿Ella es tu prima?

Lila arruga las cejas por un momento, entonces una amplia sonrisa le divide la cara –. ¡Oh! Porque soy tan pálida, ¿no?

Stacey se estremece. Audrey me mira como si estuviera tratando de ver si estoy ofendido. La idea de Wallingford de lo políticamente correcto es no mencionar nada sobre la raza. Nunca. Piel bronceada y pelo oscuro se supone que son tan invisibles como el pelo rojo o rubio, o la piel tan blanca como mármol con venas azules.

– No, está todo bien, – dice Lila –. Somos primastros. Mi madre se casó con el hermano de su madre.

Mi madre ni siquiera tiene un hermano.

---

<sup>12</sup> Lugar de meditación, enseñanza espiritual y de enseñanza, tanto religiosa como cultural, en el que los alumnos conviven bajo el mismo techo que sus maestros.





No levanto las cejas.

No sonrío.

No me admito a mí mismo estafar a la chica de la que aún podría estar enamorado, hace que mi pulso corra.

– Audrey, – digo, porque conozco este guión bastante bien–, ¿podemos hablar un momento?

– *Cassel*, – dice Lila –. Tengo que cortarme el cabello y tengo que tomar una ducha. Vamos, – sonrío a Audrey y me agarra del brazo –. Fue un placer conocerte.

Mantengo mi mirada en Audrey, a la espera de su respuesta.

– Creo que podrán hablar mientras regresamos a la escuela, – dice Jenna.

– Ella podría usar la ducha del dormitorio, – dice Audrey vacilante.

Soy una persona muy mala.

– ¿Así que podemos hablar? – le pregunto –. Eso sería genial.

– Claro, – dice ella, sin mirarme.

Mientras todos caminamos de regreso a Wallingford, Lila me dirige una sonrisa –. Tranquilo, – articula con su boca.

Audrey y yo nos sentamos en los escalones de cemento frente al edificio de artes. Su cuello está ruborizado, del modo que se pone cuando está nerviosa. Sigue quitando el cabello rojo de su rostro, y lo engancha en su oreja, pero cae suelto con cada brisa.

– Siento lo que pasó en la fiesta – digo. Quiero tocar su cabello. Alisarlo hacia atrás, pero no lo hago.

– Soy una mujer independiente. Tomo mis propias decisiones, – dice. Sus manos enguantadas tiran de la tela de sus medias grises.

– Solamente quería decirte que yo...

– Sé lo que quieres decir, – dice –. Que estabas borracho, y no debes besar a chicas borrachas, sin duda no delante de sus novios. No es caballeroso.

– ¿Greg es tu novio? – Eso sin duda explica su reacción.

Ella se muerde el labio inferior y se encoge de hombros.





– ¡Y entonces lo golpeé! – Digo rápidamente, para hacerla reír –. No hay duelos al amanecer. Debes estar muy decepcionada. La caballerosidad está verdaderamente muerta.

Ella sonríe, claramente aliviada de que no le haga preguntas –. *Estoy decepcionada.*

– Soy más divertido que Greg, – digo. Es fácil hablar con ella hoy, sabiendo que no maté a la última chica de la que estaba enamorado. No tenía idea de lo pesada que era la carga hasta que la dejé.

– Pero le gusto más de lo que nunca te gusté a ti, – dice ella.

– Entonces te debe gustar un montón. – Miro a sus ojos mientras lo digo, y me siento recompensado por las manchas de rubor que se extienden por sus mejillas.

Me da un puñetazo en el brazo –. Oooh. Eres gracioso.

– ¿Eso significa que no te has olvidado completamente de mi?

Ella se inclina hacia atrás y se estira –. No estoy segura. ¿Vas a volver a la escuela?

Asiento – Volveré.

– Tic tac, – dice –. Puede ser que me olvide de ti.

Sonrío –. La ausencia aminora las pequeñas pasiones y agranda las grandes.

– Tienes una buena memoria, – dice ella, pero su mirada se centra en alguna parte detrás de mí.

– ¿Te he dicho que también soy más inteligente que Greg? – Cuando no reacciona, me doy vuelta para ver lo que está mirando.

Lila se dirige por el patio hacia nosotros en una falda larga y un jersey que, obviamente, tomó de alguien más. Cortó tanto su cabello que está más corto que el mío: con un gorro color plateado pálido sobre su cabeza. Tiene todavía las botas, y sus labios brillan con un brillo de color rosa. Por un momento no respiro.

– La diferencia es grande, – dice Audrey.

La sonrisa de Lila se hace más grande. Se acerca y enlaza su brazo con el mío –. Muchas gracias por dejarme usar la ducha.

– No hay problema, – dice Audrey. Nos está mirando, como si de repente pensara que está ocurriendo algo más. Tal vez es lo diferente que se ve Lila.





– Tenemos que tomar un tren, Cassel, – dice Lila.

– Sí – digo –. Te llamo.

Audrey asiente sin dejar de mirarnos desconcertada.

Lila y yo nos dirigimos hacia la acera, y sé lo que es esto. Escape y huida. Apuestas altas o bajas, los pasos siempre son los mismos.

Resulta que no me parezco en absoluto a mi papá. Realmente soy justo como mi madre.

La estación de trenes está prácticamente vacía, sin el tráfico de las personas que viven fuera de la ciudad y trabajan durante la semana. Un chico de mi edad se sienta en uno de los bancos de madera pintada, discutiendo con una chica cuyos ojos están rojos e hinchados. Una anciana se inclina sobre un carro de la tienda de comestibles. Paradas en la esquina están dos chicas delgadas con mohawks teñidos de un rosa intenso riendo sobre un juego de video.

– Debemos llamar a tu padre. – Tomo mi móvil de mi bolsillo –. Asegúrate de que esté en su oficina cuando lleguemos allí.

Lila mira fijamente al cristal de una máquina expendedora, su expresión es indecifrable. Su reflexión vacila un poco, como si temblara –. No iremos a Nueva York. Tenemos que conseguir otro lugar para el encuentro.

– ¿Por qué?

– Porque no quiero que nadie más sepa que estoy de regreso. Ninguna persona. No tenemos idea de quién trabaja con Antón.

– Está bien – digo, asintiendo. Después de todo lo que ha pasado, un poco de paranoia probablemente no está fuera de lugar.

– Escuché mucho por casualidad, – dice –. Conozco su plan.

– Está bien – digo otra vez. Nunca pensé que no lo supiera.

– Prométeme que no le dirás lo que me pasó, – dice y baja la voz –. No quiero que sepa fui un gato.





– Está bien – digo otra vez –. No voy a decir algo que no quieras, pero va a esperar que diga *algo*. – Estoy avergonzado de mi propio alivio. No estaba seguro de lo que sucedería luego. Tan enojado como estoy con Barron y Philip, tanto como los odio ahora mismo, si Zacharov supiera lo que ellos hicieron, los mataría. No estoy seguro de que quiera que mueran.

Lila extiende su mano para alcanzar mi teléfono –. No vas a estar allí. Iré sola.

Abro la boca, y me da una mirada de advertencia que me permite saber que es mejor pensar con cuidado antes de hablar –. Mira, déjame ir contigo en el tren. Me iré una vez que estés donde sea. Segura.

– Puedo cuidar de mí misma, – dice, y hay un ronroneo en su voz que suena como un gruñido.

– Ya lo sé. – Le doy el teléfono.

– Bueno, – dice, volteándolo para abrirlo.

Frunzo el ceño mientras marca los números. No decirle nada a Zacharov, aunque esto retrase mi necesidad de tomar decisiones, no es una solución. Su vida está en peligro. Necesitamos una estrategia –. ¿No puedes pensar que tu padre te va a culpar? Eso es una locura.

– Creo que mi padre va a sentir lástima por mí, – dice. Puedo escuchar el sonido al otro extremo.

– Pensaré que fuiste valiente.

– Tal vez, – dice –, pero pensaré que no me puedo cuidar sola.

Oigo la voz de una mujer, y Lila pone el teléfono en su oído –. Me gustaría hablar con el Sr. Ivan Zacharov.

Hay una larga pausa. Sus labios se cierran juntos en una línea delgada –. No, esto no es una broma. Él querrá hablar conmigo.

Patea la pared con una bota demasiado grande –. ¡Ponlo en la línea!

Levanto mis cejas. Cubre el receptor con la mano –. Lo están buscando, – gesticula con su boca.

– Hola, papi, – dice, cerrando sus ojos.





Unos momentos más tarde, dice –, No, no puedo probar que soy yo. ¿Cómo podría probar eso? – Puedo escuchar su voz como un zumbido lejano, cada vez más fuerte.

– No lo sé. No me acuerdo, – dice con firmeza –. No me llames mentirosa. ¡Soy Lillian!

Se muerde el labio y, después de unos momentos más, empuja el teléfono en mi dirección –. Habla con él.

– ¿Qué quieres que diga? – Puedo mantener mi voz baja, pero la perspectiva de hablar con el Sr. Zacharov hace que palmas mis manos suden.

Alcanza un folleto de una bandeja de folletos y empuja uno hacia mí –. Dile que nos encontraremos allí.

Miro hacia abajo.

– Él tiene una habitación en el Taj Mahal, – sisea Lila.

Tomo el teléfono –. Eh, hola, señor – digo en el receptor, pero él está gritando todavía. Por último, parece darse cuenta que ella ya no está en la línea.

Su voz es la de alguien que no está acostumbrado a ser desobedecido –. ¿Dónde está ella? ¿Dónde están ahora? Sólo dígame esto.

– Ella quiere que nos encontremos en Atlantic City. Dice que usted tiene una habitación allí. En el Taj Mahal.

El teléfono queda en tal silencio que por un momento creo que me colgó.

– ¿En qué tipo de trampa me estoy metiendo?, – Dice lentamente.

– Ella sólo quiere que se encuentren. A solas. Este allí a las nueve de esta noche. Y no le diga a nadie. – No sé de qué otra manera impedirle discutir, así que cierro el teléfono.

Miro a Lila –. ¿En realidad podremos llegar a las nueve?

Extiende el horario –. Sí, un montón de tiempo. Ha sido perfecto.

Con mucho cuidado meto un billete de veinte en la máquina y marco nuestro destino.

El cambio viene en monedas, dólares de plata sonando como campanas en la bandeja.

No se puede tomar un tren desde el centro de Jersey directamente a Atlantic City.

Tienes que ir hasta Filadelfia y cambiar de tren en la estación de la calle treinta para



Atlantic City. Tan pronto como nos instalamos en nuestros asientos, Lila abre la bolsa rasgándola y se come las tres barras de chocolate en mordiscos rápidos, ávidos. Luego se limpia la cara con su puño, los nudillos hacia abajo sobre la mejilla y la nariz. No es un gesto humano, o al menos no es como los seres humanos hacen el mismo gesto. Incómodo, miro por el sucio cristal roto al mar de casas borrosas que pasan. Cada una de ellas, llena de secretos.

– Dime lo que pasó esa noche, – digo –. El resto de ello. Cuando te cambié.

– Está bien, – dice –. Pero primero quiero que entiendas por qué mi padre no puede saber lo que me pasó. Soy su única hija y soy una chica. Familias como la mía, son muy tradicionales. Las mujeres podrían ser trabajadores muy poderosos, pero pocas veces son líderes. ¿Lo entiendes?

Asiento.

– Si papá se entera de lo sucedido, su venganza recaería sobre Antón y tus hermanos, tal vez incluso sobre ti. Pero después sería la hija que necesita ser protegida. Nunca podría ser la cabeza de la familia. Voy a conseguir mi propia venganza y voy a salvar a mi padre de Antón. Entonces verá que merezco ser su heredera. – Cruza las piernas, apoyando sus pies junto a mí. Mis botas son enormes en ella, y uno de los cordones se ha desamarrado.

Es difícil imaginarla como la cabeza de la familia Zacharov.

Asiento otra vez. Pienso en Barron pateándome en las costillas. Pienso en Philip mirando como me retorció. La ira surge en mí, blanca, caliente y peligrosa –. Me vas a necesitar para hacer eso.

Sus ojos se estrechan –. ¿Es eso un problema?

Los detesto, pero son mi familia –. Quiero que saques a mis hermanos de tus planes.

Puedo verla apretar su mandíbula mientras junta sus dientes abruptamente –. Merezco vengarme, – dice.

– Quieres tratar con tu familia a tu manera. Bueno. Permíteme tratar con mi familia a *mi* manera.

– Ni siquiera sabes lo que te hicieron.



Me estremezco con la oleada de terror que siento. Trago –. Está bien, dímelo.

Se lame los labios –. ¿Quieres saber lo que pasó esa noche? Te dije que estaban discutiendo. Anton le dijo a Barron que se deshiciera de mí. Se suponía que tu me convertirías en. . . en algo. Algo de cristal entonces podrían romperme. Algo muerto, así que estaría muerta. Eso es lo que decían mientras me sujetabas en el suelo. Philip dijo que si no lo hacías, iban a tener que hacerme daño y que sería un desastre. Barron seguía diciendo algo acerca de que recordaras lo que te hice y yo seguía gritando que no hice nada. – Su mirada cae por un momento.

Cuenta. Lo de todos ellos –. ¿Por qué Anton te quiso matar?

– Él quiere ser la cabeza de mi familia. Tenía miedo de que papá nunca lo tomara como su heredero conmigo alrededor. Así que siempre me quiso muerta. Sólo necesitaba una manera de hacer que sucediera sin verse implicado. La excusa para deshacerse de mí consistía en que Barron me había pedido que hiciera a algunas personas sonámbulas en sus casas. Rozaba contra ellos durante el día, y luego aquella noche soñarían y se levantarían e irían caminando al césped. A veces se despertaban en la salida y la maldición se desvanecía, a veces no. No sabía para qué lo hacía. Barron me dijo que era gente que le debía a mi padre dinero y que Barron era incapaz de hablar con ellos, sin lastimarlos. Antón descubrió que Barron había utilizado mi ayuda y le dijo que tenía que morir o sino...

– O si no ¿qué? ¿Cuál era el problema de hacer sonámbula a la gente? – Me inclino hacia atrás. Haciendo chirriar el asiento de vinilo.

– Um, ¿tus hermanos? Hacen que la gente desaparezca. Eso es lo que hacen.

– ¿Ellos matan a la gente? – Mi voz sale demasiado alto. No sé por qué estoy en shock. Sé que los criminales hacen cosas malas, y mis hermanos son criminales. Acabo de darme cuenta que todo lo que Philip hace por Antón es de poca monta. Cosas como romper una pierna.

Lila me mira con el ceño fruncido y mira alrededor del tren, pero incluso después de mi arrebato nadie parece interesado en nosotros. Su voz baja, a prácticamente un susurro, como si ella pudiera compensar mi error –. *Ellos no matan a nadie. Hacen que*





su hermano pequeño lo haga por ellos. Convirtiendo a las personas en objetos. Luego rompen los objetos.

– ¿Qué? – Le oí, sólo que no puedo creer que haya oído correctamente.

– Te han estado usando como triturador de basura humana. – Hace un marco con sus manos y me mira a través de él –. Retrato de un asesino adolescente.

Me pongo de pie, a pesar de que estamos en un tren y no hay ninguna parte a donde ir.

– ¿Cassel? – Extiende su mano hacia mí, y me aparto.

Hay un rugido en mis oídos. Estoy muy agradecido. No pienso que pueda escuchar mucho más.

– Lo siento. Pero tuviste que haber sospechado...

Creo que voy a vomitar.

Avanzo por las pesadas puertas y en la plataforma entre los coches. La unión entre los dos coches se balancea adelante y atrás bajo mis pies. Estoy de pie directamente por encima de los ganchos y las cadenas que conectan el tren en forma serpenteante. El aire frío hace volar mi cabello, entonces el aire caliente del motor golpea mi cara.

Me quedo ahí, con las manos contra el metal resbaladizo, hasta que comienzo a calmarme.

Creo que entiendo por qué todos los trabajadores son detenidos y asesinados. Creo que ahora entiendo ese tipo de miedo.

Somos, en gran medida, quien recordamos ser. Es por eso que los hábitos son tan difíciles de romper. Si nos conocemos a nosotros mismos como mentirosos, esperamos no decir la verdad. Si pensamos de nosotros mismos como honestos, nos esforzamos más.

Durante tres días enteros no fui un asesino. Lila había regresado de entre los muertos, y con ella, se redujo mi auto-odio. Pero ahora el montón de cadáveres se tambalea por encima de mí, amenazando con desplomarse y sofocarme con la culpa.

Toda mi vida he querido que mis hermanos confiaran en mí. Para que me dejaran entrar en sus secretos. Quería, sobre todo que Philip, pensara en mí como un cómplice digno.



Incluso después de que me patearon como a una mierda, mi instinto era tratar de salvarlos.

Ahora sólo quiero venganza.

Después de todo, ya soy un asesino. En realidad, nadie espera que un asesino deje de matar. Agarro la barra de metal del tren en movimiento, mis dedos se aprietan alrededor de ella como si fuera la garganta de Philip. No quiero ser un monstruo, pero tal vez es demasiado tarde para ser algo más.

La puerta se abre y el conductor camina por la plataforma –. No puedes andar por aquí, – dice, mirando hacia atrás.

– Está bien – digo, y abre la puerta del siguiente coche, listo para recoger más boletos.

Realmente no le importa. Probablemente podría quedarme donde estoy por un largo tiempo antes de que regrese nuevamente.

Aspiro un par de veces el aire fétido y luego vuelvo con Lila.

– Muy dramático, – dice cuando me siento –. La rabieta y todo. – Sus ojos parecen moretones alrededor de los bordes. Había encontrado un bolígrafo en algún lugar y empezó a hacerse dibujos con tinta en su pierna, debajo de la rodilla.

Me siento muy mal, pero no me disculpo.

– Sí – digo –, Soy un tipo dramático. Muy nervioso.

Eso la hace sonreír, pero que se desvanece rápidamente –. Te odiaba, acostado en tu cómoda cama en la escuela, preocupado por tus calificaciones y chicas y no por lo que me hiciste.

Aprieto los dientes –. Dormiste en mi cama. ¿Realmente crees que sea tan cómoda?

Ella se ríe, pero suena más como un sollozo.

Miro por la ventana. Estamos ahora en los bosques –. No debería haber dicho eso. Dormías en una jaula. No soy una buena persona, Lila. – Vacilo –. Pero lo hice, me importaba lo que hice contigo. Pensé en ti todos los días. Y lo siento. Estoy patéticamente arrepentido.

– No quiero tu compasión, – dice, pero su voz suena más suave.

– Es una lástima – digo.





Me da una sonrisa de medio lado irónica y me pateo con mis propias botas.

– Me gustaría que me digas el resto de lo sucedido. ¿Cómo te transformé? ¿Cómo te escapaste? Ya no voy a enloquecer. Voy a escuchar lo que me quieras decir.

Ella asiente y vuelve a dibujarse en la pierna. Remolinos en espiral que salen de un centro de tinta azul –. Correcto. Así que. Ahí estabas, presionándome hacia abajo sobre la alfombra. Parecías loco, enojado. Pero entonces haces esa sonrisa extraña en tu cara. Me da miedo, mucho miedo, porque pienso que lo vas a hacer. Te inclinas hacia abajo y susurras en mi oído. «Corre». Eso es lo que dices.

– ¿Corre? – pregunto.

– Ya lo sé. Loco, ¿no? Todavía estabas encima mío, ¿cómo se supone que iba a hacerlo? Pero entonces comienzo a cambiar. – La pluma se aprieta contra su piel, con fuerza. Esto rasguña su pierna –. Sentí como si mi piel se estuviera apretando y picara. Mis huesos se retorcían y me encorvé, me hice pequeña. Mi visión borrosa, y luego pude escabullirme de ti. No sabía cómo correr en cuatro patas, pero corrí de todos modos. Oí tus gritos, pero no miré hacia atrás. Había un montón de gritos. Me atraparon bajo unos arbustos. Salí de la casa, pero simplemente no pude correr lo suficientemente rápido. – Deja de dibujar líneas y empieza a golpear la punta del lápiz contra su pierna.

– Oye – digo, poniendo mi mano enguantada en la parte superior de la suya.

Ella parpadea rápidamente, como si hubiera olvidado dónde estaba –. Barron me puso en una jaula y puso un collar electrónico alrededor de mi cuello, del tipo que utilizan en pequeños perros. Dijo que era mejor si estaba muerta. Estaría fuera del camino, pero aún así me podría utilizar. Me hizo hacer a la gente sonámbula llevándola directamente hacia ustedes, es fácil para un gato a entrar en una casa y tocar a alguien. Incluso te hice sonámbulo en los dormitorios llevándote hacia donde tus hermanos te estaban esperando. Me mirabas como si yo no fuera nada más que un animal. – Sus fosas nasales llamean –. Pensé que habías estado tratando de salvarme. Pero nunca trataste de salvarme de nuevo.



No sé qué decir. Siento un profundo dolor, un dolor que duele más de lo que sé cómo expresar. No tengo las palabras. Quiero tocarla, pero no lo merezco.

Ella niega con la cabeza -. Sé que Barron te ha trabajado. Estoy aquí por ti. No debería decirte esto.

- Está bien. - Tomo una respiración profunda -. Tengo mucho que lamentar.

- Debí haber adivinado que habían cambiado tus recuerdos. Barron está tan ocupado tratando de hacer que la gente recuerde lo que él quiera y hacerles olvidar todo lo demás que no se da cuenta que está estropeando su propio cerebro. No puede tirar de las cuerdas, porque ha olvidado dónde están. Es que simplemente va tan locamente solo de esta manera. A veces se olvidaba de mi agua o comida y yo lloraba y lloraba y lloraba. - Deja de hablar y mira por la ventana -. Trataba de contarme historias para pasar el tiempo. Cuentos de hadas. Partes de libros. Pero se me empezaron a agotar. Al principio traté de escapar, pero creo que después de un rato se me acabó la esperanza como se me acabaron las historias. - Lila bajó la voz y se apoyó en mí, tan cerca que el cabello al dorso de mi cuello se elevó con su aliento.

- Cuando me enteré de que iban a lastimar a mi papá, cuando los escuché, me di cuenta que de escapar no importaba. Sabía que tenía que matarte.

- Me alegro que no lo hicieras - digo. Pienso en mis pies descalzos resbalando sobre la cornisa.

Ella sonrío -. Resultó que Barron no me vigilaba tan estrechamente como lo hacía antes. Desgasté la mayor parte del collar de mi cuello. Aún era difícil quitar el resto, pero lo hice.

Pienso en la costra de sangre sobre su piel cuando la vi la primera vez.

- ¿Todavía me odias? - Pregunto.

- No sé, - dice -. Un poco.

Duelen mis costillas. Quiero cerrar mis ojos. En algún lugar en el tren un bebé empieza a llorar. El empresario a dos asientos delante de nosotros está en el teléfono -. No quiero sorbete, - dice -. No me gusta el sorbete. Sólo dame un poco de maldito helado. Creo que tal vez merezco que las costillas me duelan mucho más.



## Capítulo 15

Traducido por Lilith

LAS LUCES DE ATLÁNTIC CITY brillan a lo largo del camino marítimo, tan brillantes como el día. Finalmente salimos del taxi frente al hotel Taj Mahal, cansados del largo viaje.

Miro mi reloj. Es aproximadamente quince minutos después de las nueve. Está atrasada.

– Creo que puedo seguir sola desde aquí, – dice Lila.

Bostezando, saco un bolígrafo, su pluma. Con la que se estaba escribiendo en la pierna. Escribo mi número en su brazo, justo encima de la parte superior de su guante. Ella está mirando con sus ojos a medio abrir mientras la tinta marca su piel. Me pregunto cómo sería besarla ahora, bajo la farola, con mis ojos abiertos.

– Déjame saber si estás bien – digo en voz baja.

Ella mira el número –. ¿Vas a regresarte?

Niego con mi cabeza –. Voy a estirar mis piernas y comer algo. No iré a ninguna parte hasta que me llames. "

Asiente –. Deséame suerte.

– Suerte – digo.

La veo alejarse, caminando con arrogancia, hacia la entrada del hotel. Espero un par de minutos, entonces atravieso las puertas del casino.





En el interior inhalo el familiar olor de cigarrillos y whisky. Se escuchan en la distancia el zumbido de las máquinas y el seco sonido de monedas. La gente se atrinchera sobre las ranuras, con grandes vasos de plástico en una mano y fichas en la otra. Algunos de ellos parecen haber estado allí por mucho tiempo.

Dos guardias de seguridad se despegan de la pared y empiezan a caminar en mi dirección.

– Oye, chico, – grita uno de ellos –. Espera un segundo. – Probablemente calculan que soy menor de edad.

– Simplemente saldré, – digo, saliendo por la puerta de atrás. El aire marítimo pica en mi cara.

Sigo bajando por las tablas grises desgastadas, con las manos en los bolsillos, pensando en Lila arriba con su padre. Cuando era un niño, Zacharov era una sombra, una leyenda, el coco. Lo vi tal vez tres veces, y una de esas veces fue cuando estaba siendo expulsado de la fiesta de cumpleaños de su hija.

Se echó a reír, me acuerdo de eso.

En la parte trasera del Taj Mahal unas mujeres mayores se inclinan sobre la barandilla, lanzando algo en la arena. Algún tipo de chandal y fumando cerca de la entrada, llamando a las mujeres que pasaban. Un hombre con abrigo de cachemir y cabello largo de color blanco plateado mira hacia el mar.

Toco mi bolsillo con mi teléfono en él. Debería llamar al abuelo, pero no estoy listo para darle una excusa.

El hombre de cabello blanco se vuelve hacia mí. Echando un vistazo alrededor, me doy cuenta de que dos tipos enormes tratan de parecer discretos cerca de una ventana de la tienda de caramelos.

– Cassel Sharpe, – dice el Sr. Zacharov, el leve acento hace sonar exótico mi nombre. A pesar de que ya es de noche, gafas de sol cubren sus ojos. Una lujosa, piedra pálida roja en el alfiler de su corbata –. Creo que una llamada telefónica me fue hecha desde tu teléfono móvil.

Resulta que mamá tenía razón acerca de la líneas fijas, después de todo.





– Bien – digo, tratando de actuar casual.

Mira al alrededor como si fuera capaz de reconocerla entre la multitud –. ¿Dónde está ella?

– Arriba en la habitación, – digo –. Donde dijo que iba a estar.

Hay un profundo aullido en mi garganta, y de pronto giro, mi cuerpo esta siendo sacudido. Mis músculos duelen. Me olvidé de cómo ya estaban doliendo.

El Sr. Zacharov ríe –. Gatos, – dice –. Docenas de gatos callejeros en el camino marítimo. Lila siempre ha amado los gatos. ¿Te acuerdas?

No digo nada.

– Si ella estuviera en la habitación, mi gente habría llamado. – Inclina la cabeza y desliza una mano enguantada en su bolsillo –. Creo que estás jugando un juego. ¿Quién se hizo pasar por mi hija en el teléfono? ¿Ibas a pedirme dinero? Esto parece un juego muy estúpido. "

– Ella dijo que se encontraría con usted a *solas*. – Me inclino hacia él, y tiene fuera una mano enguantada para detenerme si me acerco demasiado. Uno de sus secuaces se dirige hacia nosotros. Bajo mi voz –. Probablemente vio alguna de *tu gente* y se escondió.

Él se ríe –. Eres un bandido patético, Cassel Sharpe. Una verdadera decepción.

– No – digo –. Realmente ella está... – El tipo grande tira mis brazos hacia atrás y hacia arriba, con fuerza.

– Por favor – Jadeo –. Mis costillas.

– Gracias por decirme dónde golpear, – dice el tipo. Su nariz está permanentemente doblada hacia un lado. El es un estereotipo vivo.

El Sr. Zacharov da palmaditas en mi mejilla. Puedo oler el cuero de su guante –. Pensé que podrías resultar más como tu abuelo, pero tu madre te malcrió completamente.

Eso me hace reír.

El tipo tira de mis brazos de nuevo. Estos hacen un sonido como si se estuvieran saliendo de sus órbitas, y hago otro tipo de sonido.





– *Papi*. – La voz de Lila, suena baja y curiosamente amenazante, a través del ruido del camino marítimo –. Deja a Cassel tranquilo.

Lila camina saliendo de la playa. Por un momento la veo como debe verla él, mitad fantasma y mitad desconocida. Es una mujer, no la chica que había perdido, pero su boca cruel es idéntica a la suya.

Además, no puede haber muchas personas con un solo ojo azul y otro verde.

Él parpadea. Luego, se quita sus gafas de sol lentamente –. ¿Lila? – Suena tan frágil como el cristal.

El tipo relaja su agarre, y me empuja lejos. Trato de frotar un poco mis brazos para recuperar la sensación de nuevo.

– Espero que confíes en tus hombres, – dice ella. Su voz se quiebra –. Debido a que esto es un secreto. Soy un secreto.

– Lo siento, – dice el Sr. Zacharov –. No pensé que fuera verdad, – extiende sus manos enguantadas hacia ella.

Ella simplemente se queda allí, erizada, como si estuviera luchando con algo salvaje en su interior. No va con él.

– Salgamos de aquí, – le digo, tocándole el brazo –. Consigamos privacidad.

Zacharov me mira como si no pudiera recordar quién soy.

– Adentro – digo.

Los dos hombres grandes con abrigos largos parecen aliviados de tener algo que hacer.

– La gente está mirando, – dice uno de ellos, poniendo su mano en la espalda el Sr. Zacharov y dirigiéndolo hacia el casino.

El otro me mira con cautela. Lila toma mi mano enguantada y le da una fría mirada por la cual estoy agradecido. Él retrocede, caminando detrás de nosotros mientras nos dirigimos al Taj Mahal.

Alzo mis cejas a Lila.

– Tienes un verdadero talento para conseguir que te pateen el culo, – dice.

Nadie nos cuestiona mientras andamos por el casino y nos metemos en el ascensor.

La cruda emoción en el rostro de Zacharov es algo privado, algo que sé que no querría





que viera. Me pregunto si debería tratar de marcharme, pero la mano enguantada de Lila está agarrando la mía lo suficiente fuerte para hacerla doler. Trato de mantener mi mirada fija por encima de las puertas del ascensor, mirando los números subir y subir y subir.

En la habitación hay una pared con paneles de madera con una sola pantalla plana, un diván de cuero, y un tazón de hortensias frescas sobre una mesa baja. El lugar es enorme, cavernoso, con las ventanas abiertas de par en par para mostrar la extensión del océano que se tiñe de negro más allá. Uno de los grandes hombres lanza su abrigo sobre una silla y me permite ver las armas atadas por debajo de sus brazos y en su espalda. Más armas, además de sus manos.

Zacharov vierte un líquido claro en un vaso de cristal tallado y lo bebe -. ¿Quieren un trago? - Nos dice -. El mini-bar está lleno de Coca-Cola.

Me levanto.

- No, - dice -. Soy tu anfitrión. - Asiente a uno de sus hombres. El hombre gruñe y se mueve hacia la nevera.

- Sólo agua, - dice Lila.

- Y algunas aspirina, - digo.

- Oh, vamos, - dice el tipo mientras saca los vasos y las píldoras -. No te lastimé tanto.

- No - digo -. No lo hiciste. - Mastico tres aspirinas y trato de inclinarme hacia atrás sobre las almohadas de manera que no me den ganas de gritar.

- Bajen al casino, - Zacharov les dice a los hombres -. Ganen algo de dinero.

- Claro que sí, - dice uno de los hombres. Poniéndose el abrigo de nuevo y se dirigen lentamente hacia la puerta. Zacharov me mira como si quisiera que me les uniera.

- Cassel, - dice -, ¿hace cuánto tiempo conoces la ubicación de mi hija?

- Alrededor de tres días, - digo.

Lila entrecierra sus ojos, pero imagino que no tiene sentido ocultar esto.

Se sirve otra copa -. ¿Por qué no me llamaste antes?

- Lila acaba de aparecer de la nada, - le digo, que es básicamente cierto -. Pensé que estaba muerta. No la he visto desde que teníamos catorce. Estaba siguiendo su pista.





Zacharov toma un sorbo de su vaso y se estremece -. Lila, ¿vas a decirme dónde has estado?

Ella se encoge sus delgados hombros y evita su mirada.

- Estás protegiendo a alguien. ¿Tu madre? Siempre pensé que te había alejado de mí. Dime que te hartaste de la vieja

- ¡No! - dice Lila.

Él todavía está perdido en sus pensamientos -. Ella prácticamente me acusó de haberte asesinado. Le dijo al FBI que le había dicho que estabas mejor muerta que con ella. ¡Al FBI!

- No estaba con mi mamá, - dice Lila -. Papá, mamá no tuvo nada que ver con esto. Se detiene y la mira fijamente -. Entonces, ¿quién? ¿Alguien lo hizo... - Deja la frase sin terminar y se vuelve hacia mí -. ¿Tú fuiste? ¿Has herido a mi hija?

Vacilo.

- Él no me hizo nada, - dice Lila.

Zacharov toca con su mano enguantada mi hombro -. La apelación de tu madre se acerca, ¿no es así, Cassel?

- Sí, señor - digo.

- Lamentaría ver que algo anda mal con eso. Si averiguo...

- Déjalo en paz, - dice Lila -. Escúchame, papá. Sólo escucha por un minuto. No estoy dispuesta a hablar sobre lo que pasó. Deja de tratar de encontrar a alguien a quien culpar. Para con el interrogatorio. Estoy en casa ahora. ¿No estás contento de que esté en casa?

- Por supuesto que estoy contento, - dice, claramente afectado.

Toco mis costillas doloridas. Quiero otra aspirina, pero no sé dónde el tipo puso el frasco.

- Tengo confiar en ti por ella, - me dice, y luego su voz se suaviza -. Mi hija y yo tenemos que hablar. Tenemos que estar solos entiendes, ¿verdad?

Asiento. Lila está mirando hacia la negra agua. No gira.







Zacharov toma su cartera del interior de su chaqueta y saca quinientos dólares –  
.Toma, – dice.

– No puedo tomarlo, – le digo.

– Me sentiría mejor si lo hicieras, – dice.

Me pongo de pie y trato de no hacer una mueca de dolor mientras lo hago. Sacudo la cabeza –. Espero que no tenga su corazón puesto en sentirse mejor.

Él resopla –. Uno de los chicos te llevará a casa.

– ¿Puedo irme? ¿En serio?

– No te engañes a ti mismo. Puedo cogerte como una moneda de diez centavos de la acera en cualquier momento que quiera.

Quiero decir algo a Lila, pero sigue dándome la espalda. No puedo adivinar sus pensamientos.

– Tengo una pequeña fiesta el miércoles en un lugar llamado Koshchey. Para recaudar fondos. Deberías venir, – dice Zacharov –. ¿Sabes por qué me gusta Koshchey?

Niego con la cabeza.

– ¿Sabes quién es Koshchey el inmortal?

– No – digo, pensando en el extraño mural en el techo del restaurante.

– En el folclore ruso Koshchey es un brujo que puede convertirse en un torbellino y destruir a sus enemigos. – Zacharov toca el pasador de brillantes en su pecho –. Él esconde su alma en un huevo de pato para que no lo puedan matar. No te cruces en mi camino, Cassel. No soy un hombre inofensivo para que me hagas tu enemigo.

– Lo entiendo – digo, y abro la puerta. Lo que entiendo es que Lila y yo estamos por nuestra cuenta y ni siquiera tenemos un plan.

– Y, ¿Cassel?

Me volteo.

– Gracias por traer a mi hija de vuelta.

Salgo por la puerta. Mientras espero el ascensor por venir, suena mi teléfono. Estoy tan cansado que me parece un gran esfuerzo sacarlo de mi bolsillo –. ¿Hola? – Digo.



– ¿Cassel?, – Dice el decano Wharton. No parece feliz –. Siento llamar tan tarde, pero acabamos de recibir la llamada de uno de nuestros miembros de la junta en la Costa Oeste. Bienvenido de nuevo a Wallingford. Tenemos el informe de tu médico y la votación total de la junta. Nos gustaría que siguiera siendo un estudiante diario en período de prueba, pero siempre y cuando no se meta en más problemas, podemos considerar permitirle volver a los dormitorios para tu último año.

Sofoco una risa irónica que amenaza con subir por mi garganta. Mi estafa funcionó. Puedo volver a la escuela. Pero no puedo volver a ser la persona que pensaba que era – . Gracias, señor, – me las arreglo para decir.

– Esperamos verte mañana por la mañana, Sr. Sharpe. Puesto que pagaste hasta final del año, por favor no dude en tomar desayuno y cena en la cafetería.

– ¿Lunes por la mañana? – hago eco.

– Sí, mañana por la mañana. A menos que tengas otros planes, – dice secamente.

– No – digo –. Por supuesto que no. Hasta mañana, Decano. Gracias, Decano.

Uno de los hombres de Zacharov me lleva a casa. Su nombre resulta ser Stanley. Es de Iowa y no sabe prácticamente nada de ruso. Dice, que no es bueno con los idiomas.

Me cuenta todo eso cuando me deja frente a mi casa. A pesar de que me hizo sentar en la parte trasera del coche con el divisor de privacidad tintado, me imagino que podrá ver más de lo que pienso. Supongo que vio cuando me desabroché la camisa y pasé mis dedos sobre los moretones color púrpura en la piel sobre las costillas, comprobando cada hueso. No imagino por qué más fue tan amable cuando llegamos a casa, también me dio todo su frasco de aspirina.





Capítulo 16

Traducido por Lilith

MI ABUELO NO estaba en casa cuando llegué, pero hay una nota escrita con pluma en la parte posterior de un recibo y pegada a la nevera con un imán De Amo ♥ a los Chihuahuas.

***Me he ido a Carney por unos días.***

***Lláamame cuando llegues a casa.***

203

Me quedo mirando la nota, tratando de descifrar lo que significa, pero no puedo pensar más allá del hecho de que no habrá un coche que pueda tomar prestado mañana. Tropezó subiendo al segundo piso, pongo la alarma de mi teléfono, empujo una silla contra la puerta, y mastico otro puñado de aspirinas. Ni siquiera me molesto en quitarme mis zapatos o meterlos bajo las sábanas, solamente ahogo mi cara en la almohada y caigo dormido como un muerto que finalmente regresa a su tumba.

Por un momento, después de que suena la alarma y me despierto, no sé dónde estoy. Miro alrededor de la habitación en la que dormía cuando era un niño y se ve como si hubiese pertenecido a otra persona.

Me inclino y apago mi teléfono, parpadeo varias veces.

Mi cabeza se siente más clara, más de lo que ha estado días.



El dolor ha disminuido algo, tal vez porque finalmente conseguí dormir un poco, pero la realidad de lo que ha pasado y de lo que está a punto de suceder parece que finalmente se hunde en mí, no tengo mucho tiempo, tres días, para planificar.

Y tengo que mantenerme alejado de mis hermanos el tiempo suficiente para hacerlo. Wallingford estará bien para esto. No saben que he regresado, e incluso si se dan cuenta, por lo menos estar en la escuela no es, obviamente, ocultarse. Al menos puedo seguir actuando como lo que soy un robot asesino que espera a que pronuncien una palabra de mando.

Busco a tientas en el armario mi camisa y el pantalón rayado del uniforme. No he traído mi chaqueta o zapatos conmigo cuando empaqué las cosas de mi dormitorio, pero tengo un problema más grande que eso. No tengo como viajar a la escuela.

Me puse unas zapatillas de deporte y llamé a Sam.

– ¿Tienes alguna idea de qué hora es?, – Dice atontado.

– Necesito que me recojas, – digo.

– Hombre, ¿dónde estás?

Le doy la dirección y cuelga. Espero que no se limite a darse la vuelta y volver a dormir.

En el cuarto de baño, mientras me lavo los dientes, veo que mi mejilla está púrpura con moretones por encima de la delgada barba que esta creciéndome. Mi cabello ha estado enmarañado mucho tiempo y aún lo está, pero lo humedezco y trato de peinarlo para darle forma.

No me afeito, aun cuando va en contra de las reglas, ya que no puedo estar tan liso, como la piel de un bebé, porque simplemente puedo imaginar lo mal que se vería la magulladura si pudieran ver el resto de ella.

Abajo, mientras preparo el café y veo el líquido negro caer goteando, pienso en Lila mirando el mar. Pienso en ella con su espalda hacia mí, mientras salía por la puerta.

Mamá dice que cuando se está estafando a alguien, tiene que haber algo en juego, algo tan grande que no se van alejar, incluso si las cosas son vagas. Tienen que entrar completamente. Una vez que entren completamente, tú ganas.





Lila está en juego. Ella no se aleja, lo que significa que no puedo alejarme tampoco. Estoy completamente adentro. Ellos ganan.

\*\*\*

Todos los profesores son muy amables conmigo. En su mayoría, con excepción del Dr. Stewart, que me ha puesto un montón de ceros, enunciando los números con cuidado mientras pone cada uno en la libreta correspondiente haciéndome entender que no realicé las tareas, a pesar de que las enviaba a mi correo electrónico diariamente. Me dicen que están felices de que esté de vuelta. La Sra. Noyes hasta me abrazó. Mis compañeros me miran como si fuera un loco peligroso con dos cabezas y una enfermedad desagradable. Puedo mantener mi cabeza agachada, como Tater Tots<sup>13</sup> en el almuerzo, y trato de parecer interesado en mis clases.

Todo el rato sueño despierto planes.

Daneca se sienta a mi lado en el comedor y empuja su cuaderno de educación cívica en mi dirección –. ¿Deseas copiar mis apuntes?

– ¿Copiar tus apuntes? – Digo lentamente, mirando el cuaderno.

Ella hace rodar sus ojos. Su cabello se divide en dos trenzas, cada una atada con una cinta –. No tienes que hacerlo si no quieres.

– No – digo –. Quiero. Definitivamente quiero. – Miro al cuaderno delante de mí, volteo sus páginas, viendo su letra rizarse. Perfiló las letras con mi dedo enguantado, una idea se está formando en mi mente.

Empiezo a sonreír.

Sam pone una bandeja al otro lado. Está llena de una masa pegajosa que huele delicioso a macarrones con queso.

– Hey, – dice –. Prepárate para ser muy feliz.

---

<sup>13</sup> Marca de frituras.



Eso es la última cosa que esperaba que dijera -. ¿Qué? - Pregunto. Mis dedos remontan nuevas palabras en el margen del cuaderno de Daneca. Planes. Estoy escribiendo en un estilo familiar, pero no el mío.

- Nadie pensó que regresarías. Nadie. Naaaaaadie.

- Gracias. Sí, puedo ver cómo pudiste pensar que iba a encontrar esto emocionante.

- Hombre, - dice -. Mucha gente acaba de perder un montón de dinero. Compensamos aquella mala apuesta. ¡Somos los reyes de las finanzas!

Sacudo la cabeza con asombro -. Siempre dije que eras un genio.

Nos golpeamos entre sí en los hombros, pegándonos puños y simplemente seguíamos sonriendo como idiotas.

Daneca arruga su frente, y se detiene en Sam -. Uh, - dice Sam -. Hay algunas otras cosas sobre las que queremos hablar contigo.

- Cosas menos divertidas, supongo - digo.

- Lamento haber perdido tu gato, - ella me dice después de unos momentos.

- Oh, - digo, mirando hacia arriba -. No. El gato está bien. El gato está de vuelta a donde pertenece.

- ¿Qué quieres decir?

Sacudo la cabeza -. Demasiado complicado.

- ¿Estás en algún tipo de problema? - pregunta Sam -. Porque si estás en algún tipo de problema, tal vez podrías decírnoslo. Amigo, no te ofendas, pero parece como si estuvieras perdiendo.

Daneca se aclara la garganta -. Él me dijo lo que le dijiste cuando te encontró en la cama con esa chica. Acerca de ser un...

Miro alrededor de la cafetería, pero nadie parece lo suficientemente cerca como para escuchar.

- ¿Le dijiste que era un trabajador?

Sam mira hacia abajo rápidamente -. Hemos estado saliendo mucho, con la simulación y todo. Lo siento. Lo sentimos. Sé que no fue prudente.



Por supuesto. La gente normal chismea. La gente normal dice cosas unos a otros, sobre todo cuando está tratando de impresionar a los demás. Supongo que debería sentirme traicionado, pero todo lo que siento es alivio.

Estoy cansado de fingir.

– ¿Ustedes tienen una especie de asunto? – Pregunto –. ¿Un asunto como de novia-novia?

– Sí, – dice Daneca, su expresión es alguna combinación de placer y vergüenza.

Sam parece que va a desmayarse.

– Eso está muy bien – digo –. No tenía intención de mentirle a tu madre, Daneca. No lo sabía. – Pero sé que no le habría dicho. Habría mentido, simplemente no tuve la oportunidad.

– ¿Sales con aquella chica?, – Pregunto –. ¿Con la que dormiste?

Esto saca una risa de mí –. No.

– Entonces, ¿qué, solo estaban...?

– No, – digo rápidamente –. Créanme, no hacíamos nada. Por un lado, probablemente está loca. Y por el otro, me odia.

– Está bien, ¿quién es? – pregunta Daneca.

– Pensé que te gustaría saber qué soy.

– Quiero que entiendas que puedes confiar en mí. Y en Sam. Puedes confiar en nosotros. – Hace una pausa –. Tienes que confiar en alguien.

Inclino mi cabeza. Tiene razón que si quiero que cualquier plan tenga éxito, voy a necesitar ayuda –. Su nombre es Lila Zacharov.

Daneca mira boquiabierta hacia mí –. ¿La chica que desapareció, más o menos, cuando estábamos en secundaria?

– ¿Ya has oído de ella?

– Claro – dice Daneca, cogiendo una de mis Tater Tots. El aceite empapa su guante –. Todo el mundo se enteró. La princesa de una familia del crimen. Su caso salió mucho en noticias. Mi mamá se puso extraña en dejarme ir a cualquier lugar sola después de



lo que sucedió. – Pone el tot en su boca –. Entonces, ¿qué fue lo que realmente pasó con ella?

Vacilo, pero es todo o nada ahora –. Se convirtió en un gato, – digo. Puedo sentir mi cara torcerse en una extraña mueca. Se siente tan poco natural decir la verdad.

Daneca se ahoga, escupiendo la comida sobre su mano –. ¿Un trabajador de transformación? – dice. Entonces, después de un momento, susurra –. ¿El gato?

– Esto es una locura, – dice Sam.

– Sé que piensan que estoy inventándome esto, – digo, frotándome la cara.

– No lo hacemos – dice ella, y se mueve un poco.

Sam se estremece. Creo que le dio una patada por debajo de la mesa –. No quise decir loco como 'Estás loco', – dice –. Lo dije en serio como 'Whoa'.

– Claro. Bien. – No estoy seguro de si me creen, pero me siento mareado de esperanza.

Se me ocurre que he hecho exactamente lo que necesito a fin de poner a Daneca y a Sam para una estafa. Ya están entrenados. Confían en mí. Me han visto hacer una estafa antes. Es más grande lo que está en juego, sólo tengo que prometerles mayores resultados.

Mi teléfono vibra y miro hacia abajo. Es un número que no conozco. Lo abro y lo llevo a mi oído.

– ¿Hola?

– Esto es lo que quiero que hagas, – dice Lila –. Vas a ir a la fiesta el miércoles y fingir trabajar a mi padre, del mismo modo que se suponía que harías. Confío en ti para fingirlo. Pienso que papá es lo suficientemente inteligente para seguirte el juego.

– ¿Ese es el plan?

– Esa es tu parte. No puedo hablar por mucho tiempo, así que escucha. Unos minutos más tarde voy a entrar por la puerta con una pistola, dispararé a Anton y salvare a mi papá. Mi parte. Simple.

Hay tantas cosas que pueden salir mal con ese plan que no sé ni por dónde empezar –. Lila...







– Incluso conseguí que tu hermano Philip estuviera fuera de esto, como lo querías, – dice.

– ¿Cómo? – Pregunto sorprendido.

– Le dije a mi guardaespaldas que él estaba curioseando en el ático y que me vio. Lo dejaron encerrado arriba. Eso significa que sólo tenemos que preocuparnos por Barron y Antón.

*Sólo Barron y Anton.* Froto el puente de mi nariz –. Dijiste que ibas a mantener a mis *dos* hermanos fuera de esto.

– Nuestro arreglo ha cambiado, – dice –. Sólo hay un problema.

– ¿Cuál es?

– Se supone que nadie llevará armas en la fiesta. No me dejarán tener una.

– No tengo un...– me detengo. Realmente no es una buena idea hablar sobre mí y armas de fuego en la escuela, sobre todo, no en la misma frase –. No tengo una.

– Van a haber detectores de metales, – dice –. Consigue una y piensa en una manera de entrarla.

– Eso es imposible – digo.

– Me lo debes, – dice Lila. Su voz es tan suave como la ceniza.

– Ya lo sé – digo, derrotado –. Ya lo sé.

La línea se muere.

Me quedo mirando a la pared de la cafetería, tratando de convencerme de que no me está manipulando.

– ¿Ha pasado algo? – pregunta Sam.

– Me tengo que ir – digo –. La clase va a comenzar.

– Vamos a faltar a clases, – dice Daneca.

Niego con la cabeza –. No en mi primer día de haber regresado.

– Nos encontraremos en el período de actividades, – dice Sam –. Fuera del teatro. Y entonces nos vas a decir lo que está pasando.

En el camino a clase, devuelvo la llamada al número del que llamó Lila.

Un hombre responde, no es Zacharov –. ¿Está allí? – Pregunto.





- No sé de quién está hablando, – dice con brusquedad.
- Solamente dígame que necesito dos boletos más para el miércoles.
- No hay nadie aquí.
- Solamente dígame – digo.

Tengo que creer que él lo hará.

Apoiado en la pared de ladrillo del edificio, empiezo a hablar. Contarle a Sam y a Daneca se siente como raspar mi propia piel para exponer todo por debajo. Duele.

No juego con ellos. Ni siquiera lo intento. Solamente comienzo por el principio y les cuento sobre ser el único no trabajador en una familia de trabajadores. Les hablo de Lila y que pensé que la había matado, de encontrarme solo en la azotea.

– ¿Cómo pueden ser todos trabajadores de maldiciones? – pregunta Sam.

– Trabajar es como los ojos verdes, – dice Daneca –. A veces sólo aparece en algunas familias, pero si los padres son trabajadores, los niños de trabajadores son más propensos. Mira casi un uno por ciento de los australianos son trabajadores, porque el país fue fundado como una colonia penal para trabajadores, pero sólo, como, una centésima parte de uno por ciento de las personas en los EE.UU. son trabajadores.

– Oh, – dice Sam. No creo que esperara una respuesta tan completa. Sé que yo no lo esperaba.

Daneca se encoge de hombros.

Sam Gira hacia mí –. Entonces, ¿Qué tipo de trabajador eres?

– Es probablemente un trabajador de suerte, – dice Daneca –. Todo el mundo es un trabajador de suerte.

– No lo es, – dice Sam –. Nos lo habría dicho.

– Lo que sea... no importa. El punto es que mis hermanos quieren que mate a este tipo y no quiero hacerlo.

– Entonces eres un trabajador de muerte, – dice Sam.

Daneca lo golpea en el brazo, y a pesar de ser enorme, se estremece –. Ay.

Me quejo –. Mira, realmente no importa porque no voy a trabajar a nadie, ¿de acuerdo?



– ¿Puedes liberarte? – pregunta Sam –. ¿Salir de la ciudad?

Niego por un momento, luego, muevo mi cabeza –. No saldré.

– Voy a tratar de entender, – dice Sam –. Piensas que potencialmente tus hermanos harán que mates a alguien, pero te vas a quedar y dejar que ellos lo intenten. ¿Qué demonios?

– *Creo* – digo –, que soy un joven muy inteligente con dos amigos increíblemente inteligentes. Y creo además que uno de los amigos ha estado buscando una oportunidad para mostrar su experiencia en disparos falsos.

En ese momento, los ojos de Sam adquieren un brillo adquisitivo –. ¿En serio? El tipo que recibe el disparo tendría que poner los cables a través de sus pantalones, poner el gatillo en su bolsillo o algo así. Y esto tendría que medirse en el tiempo exacto para que suceda en el momento del disparo. A menos que estés hablando de fingir un trabajo de muerte. Eso es mucho más fácil, la verdad.

– Disparos solamente – digo.

– Espera, – dice Daneca –. ¿Que es, precisamente lo que estás planeando hacer?

– Tengo un par de ideas, – digo, tan inocentemente como sea posible –. Sobre todo algunas malas.

Hablamos sobre el plan una docena de veces por lo menos. Lo refinamos desde lo ridículo hasta lo poco probable de algo que podría pasar. Entonces, en vez de ir a cenar a la cafetería, los llevé a la casa de Barron y les mostré cómo abrir a cerradura.

\*\*\*

Sin el abuelo en casa se siente vacía y enorme. Echo de menos las pilas tambaleantes de latas de café. Esta casa se siente desconocida e inquietantemente llena de posibilidades. Extendí los nuevos cuadernos en forma de abanico frente a mí, hago sonar mis nudillos, y me preparo para una larga noche.





Cuando me despierto por la mañana con saliva oscureciendo el puño de mi camisa y Sam tocando la bocina sobre la calzada, apenas logro cepillarme los dientes antes de tropezar saliendo por la puerta.

Me da una taza de café –. ¿Has dormido con esa ropa?, – Pregunto.

Casi no puedo soportar la idea de beber más café, pero lo hago –. ¿Dormir? – Pregunto.

– Tienes tinta azul en la mejilla, – dice.

Le doy la vuelta a la visera y me miro en el pequeño espejo. Mi cara se ve desaliñada y mis ojos están inyectados de sangre. Me veo terrible. La mancha de tinta por la línea de mi mandíbula es el menor de mis problemas.

En la escuela estoy tan ausente que la Sra. Noyes me lleva a un lado y me pregunta si todo está bien en casa. Luego comprueba si mis pupilas están dilatadas. El Dr. Stewart me dice que me afeite.

Me quedo dormido en la parte de atrás de la reunión del equipo de debate. Me despierto en medio de un debate sobre si deberían despertarme o no. Entonces me arrastro hacia el departamento de drama para las instrucciones de Sam sobre armas.

Devoro la cena y luego me dirijo hacia el estacionamiento con Sam.

– Sr. Sharpe, – grita Valerio, caminando hacia nosotros –. Sr. Yu. Espero que no estuvieran pensando en ir fuera de la escuela.

– Voy a llevar a Cassel casa, – dice Sam.

– Tiene una media hora para volver antes de que las clases se inicien, – dice, señalando su reloj.

Vuelvo a la mesa y a los cuadernos y termino durmiendo en el sofá de abajo con todas las luces encendidas. Hay mucho trabajo por hacer. No recuerdo la mitad de lo que escribo y cuando miro las palabras en la mañana, no se parecen en absoluto a las que escribí.

Sam llega justo a tiempo.

– ¿Me prestas tu auto? – digo –. No creo que vaya hoy a la escuela. Tengo una gran noche.



Él me entrega sus llaves -. Querrás un coche fúnebre propio cuando sientas cómo abraza el camino.

Lo llevé a la escuela, luego regresé a la casa de Barron. Soy el mejor tipo de ladrón, de esos que dejan tras de sí elementos de igual valor a los que ha robado.

Entonces me voy a casa y me afeito hasta que mi piel está tan lisa como la de cualquier intelectual.

\*\*\*

Estoy tan cansado que me duermo a las cuatro y no despierto hasta que Barron sacude mi brazo.

- Eh, dormilón, - dice Barron, sentado en la silla que nunca me ha gustado, con los brazos cruzados. Se balancea hacia atrás, empujando las patas delanteras del suelo con su peso.

Antón se apoya en el marco de la puerta que conduce al comedor. Un palillo se acomoda en la base de su labio inferior -. Es mejor que te vistas, chico.

- ¿Qué estás haciendo aquí? - Le pregunto, tratando de parecer sincero. Camino junto a ellos en la cocina y me sirvo un poco de café de un día. Tiene un poco de sabor como a ácido de batería, pero en el buen sentido.

- Vamos a una fiesta, - dice Barron, haciendo una mueca al ver lo que estoy haciendo -. En la ciudad. Va a ser muy ostentoso. Muchos matones.

- Philip está atascado, - dice Antón -. Zacharov le envió un recado en último minuto.

- Sé que no es cierto, pero no puedo decir si Anton está preocupado. Me imagino a Lila enviando un mensaje desde el teléfono de Philip.

Froto mi mano sobre mis ojos -. ¿Quieren que vaya?

Anton y Barron cambian miradas -. Sí, - dice Barron -. Pensé te había hablado al respecto.

- No, miren, adelántense. Tengo mucha tarea.



Anton me quita el vaso de mi mano y escupe su palillo en él -. No seas estúpido. Ningún chico de tu edad quiere sentarse en casa a hacer tareas en lugar de ir a una fiesta. Ahora ve arriba y entra en la ducha.

Voy. La ducha se siente como agujas calientes en mi espalda, relajo los músculos. Hay una araña, encorvada en una esquina del techo, tendiendo un nudo de huevos. Lavo con champú mi cabello y veo las gotas de agua que captura en su red.

Cuando salgo del baño lleno de vapor, la puerta está abierta y Barrón está ahí para darme una toalla. Me da un vistazo rápido antes de que la envuelva alrededor de mí. Trato de darme vuelta hacia un lado, pero no soy lo suficientemente rápido.

- ¿Qué es eso en tu pierna?

Me doy cuenta de que estando medio desnudo es fácil verificar si hay amuletos.

- Oye - digo -, hay esta cosa llamada vida privada. Es posible que hayas oído hablar de eso.

Agarra mi hombro -. Déjame ver tu pierna.

Agarro la toalla más fuerte -. Es sólo un corte.

Lo empujo saliendo por delante de él al pasillo, pero Anton está esperando en mi habitación.

- Agárralo, - dice Barron, y Anton pateo mi pierna, haciéndome perder el equilibrio. Caigo sobre la cama, que no está mal, salvo que Barron cierra su brazo bajo mi mandíbula y me tira para arriba sobre el colchón.

- ¡Suéltame! - grito. La toalla se ha ido y lucho, avergonzado y asustado, mientras que Anton busca en su bolsillo trasero.

La hoja del cuchillo brota de la empuñadura de ébano en sus manos -. ¿Qué tenemos aquí?, - Dice Antón, golpeando mi pantorrilla, donde las piedras se cosen en mi piel.

Late toda la zona cuando presiona sobre ella. Infectado.

Cuando me corta, no puedo evitarlo. Grito.



## Capítulo 17

Traducido por Lilith

– ASTUTO, – DICE BARRON, mirando mi pierna ensangrentada. Coloca los restos de tres piedras húmedas, de color rojo en su bolsillo –. ¿Cuánto tiempo has estado usando este truco?

Incluso los mejores planes salen mal. Al universo no le gusta que nadie piense que lo puede controlar. Todos los planes requieren un cierto grado de improvisación, pero por lo general no van mal de *inmediato*.

– Métetelo por el culo – le digo, lo que es bastante infantil, pero es mi hermano y las saco de mí –. Vamos, golpéame tan fuerte que el golpe tumbe un par de mis dientes. Ese será un gran look para la fiesta.

– Recuerda, – dice Antón, sacudiendo la cabeza –. Estamos contra la pared, Barron. Buen trabajo.

Barron maldice en voz baja –. ¿Quién te dijo?

Giro hacia él –. Sé que soy un trabajador. Un *trabajador de transformación*. Ve al principio *diciéndome* por qué me hiciste pensar que no lo era.

Ellos intercambian miradas, enfureciéndome, como si de alguna manera fueran a pedir tiempo, para ir a otra habitación, y hablar de lo que me van a decir.

Barron se sienta en el extremo de mi cama y se recompone –. Mamá quería que te mintiéramos. Lo que eres, es peligroso. Pensó que sería mejor si no lo sabías hasta que fueras mayor. Cuando lo supiste siendo un niño pequeño, ella me pidió que te hiciera olvidar. Así es como empezó.

215



Miro hacia abajo a las sábanas ensangrentadas y al agujero en mi pierna que sangra lentamente –. ¿Así que ella sabe? ¿Acerca de todo esto?

Barron niega con la cabeza, haciendo caso omiso de la oscura mirada que Anton envía en su dirección –. No. No queríamos que se preocupara. La cárcel ha sido difícil para ella y el retroceso de su trabajo hace que sus emociones sean inestables. Sin embargo el dinero ha sido escaso, incluso antes de que entrara a la cárcel. Tú lo sabes.

Asiento lentamente.

– A Philip se le ocurrió un plan. Asesinar es lo que consigue más dinero, el dinero más rápido de conseguir. Y el dinero va disparado a los asesinos que son fiables, que puedan deshacerse de los cuerpos de forma permanente. Contigo nosotros, podríamos hacer eso. – Dice todo esto como si me fuera a emocionar con lo inteligente que es mi hermano –. Anton se aseguró que nadie supiera quién era realmente el responsable de los asesinatos.

– ¿Y no puedo opinar? ¿Sobre ser un asesino?

Él se encoge de hombros –. Tú eras sólo un niño. No parecía justo que pasaras por un montón de traumas. Por lo que se te hacía olvidar todo lo que hacías. Estábamos tratando de protegerte...

– ¿Cómo por ejemplo pateándome en el estómago? ¿Fue la cantidad correcta de trauma? ¿O qué tal esto? – Señalo hacia mi pierna –. ¿Aún me proteges, Barron?

Barron abre su boca, pero ninguna mentira inteligente sale.

– Philip trató de protegerte, – dice Antón –. No cerrarías la boca. Las has tenido fácil. Es hora de madurar. – Vacila, su tono de voz se hace cada vez menos seguro –. Cuando tenía tu edad, sabía que no debía hablar con la realeza de los trabajadores. Mi madre cortó estas marcas en mi garganta cuando cumplí trece años y volvía a abrirlas llenándolas con ceniza todos los años hasta que cumplí los veinte años. Para recordarme quién era yo. – Se toca las cicatrices perladas en su cuello –. Recordar mi dolor es el mejor maestro.

– Sólo tienes que decirnos si hablaste con alguien, – dijo Barron.







No puedes estafar a un hombre honrado. Sólo los codiciosos o los desesperados están dispuestos a dejar de lado sus reservas para conseguir algo que no se merecen. He oído a mucha gente, mi padre incluido, justificar el uso de una estafa.

– Quiero mi parte del dinero, – le digo a Anton –. Si lo estoy ganando, decido cómo gastarlo.

– Hecho, – dice Antón.

– Le dije a mi compañero de habitación Sam, que soy un trabajador. No sabe de qué tipo, sólo que soy uno.

Antón deja escapar un largo suspiro –. ¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que hiciste? – Él empieza a reír.

Barron se une. Pronto nos estamos riendo como si alguien hubiera dicho, la mejor broma que hayamos escuchado.

Una broma de la que están codiciosos y desesperados por creen.

– Bien, bien, – dice Antón –. Ponte un traje bonito, ¿de acuerdo? Esto no es un baile de la escuela al que vamos.

Cojeo hacia mi armario. Me agacho, revisando mi bolso por algo apropiado. Haciendo a un lado mi uniforme y algunos pares de pantalones vaqueros, veo una camisa de vestir y me enderezo.

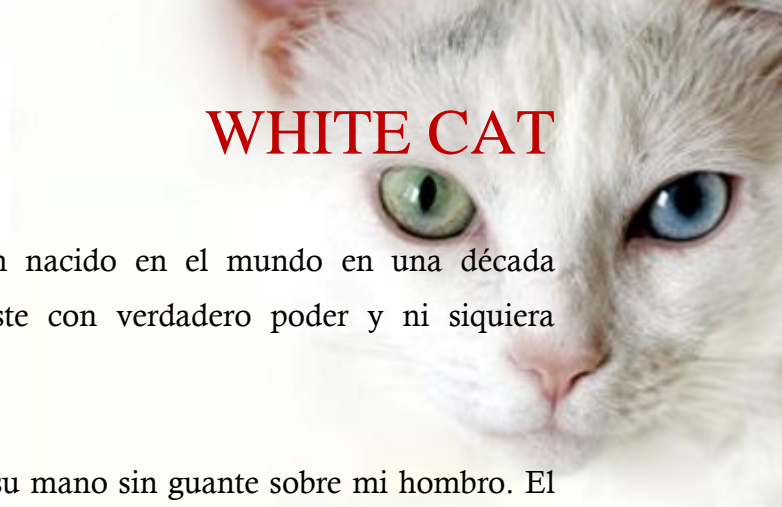
– ¿Así que Philip tuvo una idea y te uniste a él? Eso no suena a ti, – digo, caminando torpemente de nuevo hacia la puerta. Algo atrapa mi pie accidentalmente, con intensidad, tropiezo sobre Barron. Mis dedos son rápidos y ágiles –. Whoa, lo siento.

– Cuidado, – dice.

Me apoyo contra el marco de la puerta y luego bostezo, cubriendo mi boca con la mano –.Vamos. Dime por qué en realidad no dijiste nada.

Una sonrisa medio extraña crece en el rostro de Barron –. Es tan injusto. Tú, de todas las personas, obtienes el santo grial del trabajo de maldición. Y yo pegado al trabajo de memoria como si fuera algún tipo de equipo de limpieza. Claro que es útil cuando deseas hacer alguna cosa frívola más fácilmente. Podía hacer trampa en la escuela o podía hacer olvidar a alguien lo que le hice, pero ¿qué significa eso? No mucho. ¿Sabes





cuántos trabajadores de transformación han nacido en el mundo en una década determinada? Tal vez uno. Tal vez. Naciste con verdadero poder y ni siquiera agradeces eso.

– No lo *sabía* – digo.

– Es un desperdicio en ti, – dice, poniendo su mano sin guante sobre mi hombro. El pelo en la parte posterior de mi cuello se eriza.

Trato de reaccionar como si no se hubiera deshecho de la última piedra intacta que sacó de mí y luego se la guardara. Tal vez el trabajo de transformación se desperdicie en mí, pero el juego de manos no.

Acabo tomando uno de los trajes viejos de mi padre sacándolo de la habitación de mis padres. Mamá, como era previsible, no tiró ninguna de las pertenencias de mi padre, por lo que todos los trajes todavía cuelgan en la parte posterior de su armario, un poco fuera de época y con olor a naftalina, como si estuvieran esperando a que regrese de unas largas vacaciones. Una chaqueta cruzada me queda sorprendentemente bien, y cuando meto mis manos en los bolsillos de los pantalones a rayas, encuentro un pañuelo de papel arrugado que todavía huele a su colonia.

Hago un puño a su alrededor mientras sigo a Anton y a mi hermano afuera hacia el Mercedes de Anton.

En el coche Anton fuma cigarrillo tras cigarrillo nervioso, me mira en el espejo retrovisor –. ¿Te acuerdas de lo que se supone debes hacer?, – Pregunta mientras nos dirigimos hacia el túnel de Manhattan.

– Sí – le digo.

– Vas a estar bien. Después de esto, si quieres, te cortamos un collar. A Barron, también.

– Sí – digo otra vez. En el traje de papá me siento extrañamente peligroso.

\*\*\*



La puerta principal de bronce de Koshchey está abierta cuando nos detenemos enfrente, y hay dos hombres enormes con gafas de sol y abrigos largos de lana comprobando una lista. Una mujer en un vestido oro brillante hace mala cara en el brazo de un hombre de cabello blanco, ya que esperan detrás de un trío de hombres fumando cigarrillos. Dos criados vienen y abren las puertas del Mercedes. Uno de ellos se ve como de mi edad, y le sonrío, pero este no me devuelve la sonrisa.

Nos movemos directamente hacia allí. No hay una lista para nosotros. Sólo una rápida verificación de armas de fuego.

El interior está lleno de gente. Muchos de ellos en la barra, pasando bebidas atrás a la gente que las lleva a las mesas. Un grupo de chicos jóvenes están sirviéndose copas de vodka.

– ¡Por Zacharov! – Un brindis.

– ¡Por abrir los corazones y el bar! – Grita otro.

– Y por las piernas abiertas, – dice Antón.

– Anton – Un joven delgado se inclina con una sonrisa, sosteniendo un vaso de cristal –. Llegas tarde. Mejor ponte al día.

Antón me da una larga mirada, y él y el otro hombre se alejan de Barron y de mí. Sigo adelante al gran salón de baile, más allá hay trabajadores riendo de quién sabe cuántas familias. Me pregunto cuántos de ellos son fugitivos, cuántos de ellos salieron de una vida normal en Kansas o de alguna de las Carolinas para llegar a la gran ciudad y ser contratados por Zacharov. Barron me sigue, con su mano presionando contra mis omóplatos. Se siente como una amenaza.

Sobre el pequeño escenario al otro lado del salón de baile, una mujer con un traje rosa pálido está hablando por el micrófono del podio –. Se podrán estar preguntando por qué estamos aquí en Nueva York para recaudar fondos para detener una propuesta que va a afectar a Nueva Jersey. ¿No debemos guardar nuestro dinero en caso que tengamos que luchar por eso mismo aquí, en nuestro propio estado? Permítanme decirles, señoras y señores, si la proposición dos pasa en un solo lugar, especialmente en un lugar donde muchos de nosotros tenemos parientes y familiares, luego, se





extenderá. Tenemos que defender los derechos de nuestros vecinos a la intimidad, de modo que haya alguien que nos defienda.

Una chica con vestido negro, rizados castaños cogidos hacia atrás con ganchos de imitación diamante y una sonrisa un poco demasiado ancha, rosa contra mi. Se ve muy bien, y tengo que parar para decírselo.

– Hola – dice Daneca lánguidamente –. ¿Me recuerdas?

De algún modo logro no hacer rodar mis ojos en su más importante actuación –. Este es mi hermano Barron. Barron, esta es Dani.

Barron mira entre nosotros –. Hola Dani.

– Le gané en ajedrez cuando su escuela vino a jugar a mi escuela, – dice, embellecimos la historia con el tema más simple que se nos ocurrió ayer.

– ¿Ah, sí? – Él se relaja un poco y sonrío –. Entonces eres una chica muy inteligente.

Ella palidece. Barron se ve fuerte en su traje, con sus ojos fríos y rizados angelicales. No creo que Daneca esté lista para que un sociópata como él, coqueteé con ella, que tropieza con sus palabras –. Lo suficientemente inteligente... suficientemente inteligente.

– ¿Puedo hablar con ella por un minuto? – Le pregunto –. A solas.

Asiente con la cabeza –. Voy a conseguir algo de comida. Sólo mira el tiempo, para actuar.

– De acuerdo – digo.

Él me agarra del hombro. Sus dedos presionan mis músculos anudados en una forma que se siente bien. Fraterna –. Ya estás listo, ¿verdad?

– Voy a estarlo – digo, pero tengo que mirar hacia otro lado. No quiero que él sepa lo mucho que me duele actuar con él ahora, cuando nada de esto es cierto.

– Tipo duro, – dice, y se va hacia los samovares<sup>14</sup> de té, y las bandejas colmadas con arenque eneldo, con peces brillantes en el rubí glaseado de la salsa de granada, y con cerca de un millón de diferentes tipos de piroshki.

---

<sup>14</sup> Recipientes de metal.





Daneca se apoya en mí, aprieta un paquete envuelto con cables de sangre debajo de mi chaqueta, y susurra – Le llevamos las cosas a Lila.

Miro hacia arriba involuntariamente. Los nudos en mi estómago tiran más fuerte –. ¿Hablaste con ella?

Daneca niega con la cabeza –. Sam está con ella. No está realmente feliz de que todo lo que pudimos conseguir entrar es un arma de fuego de mentiras que Sam sigue pegando.

Imagino la sonrisa afilada de Lila –. ¿Sabe lo que tiene que hacer?

Daneca asiente –. Conoces a Sam, es muy explícito. Quería que me asegurara de que estabas de acuerdo con volver a conectar los cables al mecanismo de activación.

– Creo que sí. Yo...

– Cassel Sharpe, – dice alguien, y doy vuelta. El abuelo lleva un traje marrón y un sombrero de vuelta en un ángulo libertino, un alfiler de plumas atraviesa la cinta –. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? Es mejor tengas alguna explicación.

Ayer cuando ensayamos el plan una y otra vez, nunca pensé que el abuelo aparecería. Porque soy un idiota, básicamente, un idiota con pobres habilidades de planificación. Por supuesto, él está aquí. ¿Dónde más podría estar?

En serio, ¿qué otra cosa podría ir mal?

– Barron me trajo – digo –. ¿No tengo permitido salir en una noche de escuela? Vamos, esto es prácticamente un evento familiar.

Él mira a su alrededor, como si estuviera en busca de su propia sombra –. Deberías irte a casa. Ahora mismo.

– Está bien – digo, aplacándolo, levanto mis manos –. Sólo déjame buscar algo de comer y me voy.

Daneca se aleja de nosotros, dirigiéndose a la barra. Me da un guiño que parece indicar la suposición vergonzosa de que tengo las cosas bajo control.

– No, – dice –. Vas a poner tu culo en la calle, y voy a llevarte a casa.

– ¿Qué ocurre? No estoy en ningún problema.



– Deberías haberme llamado después de que te dejé el mensaje, eso es lo que está mal. Esto no es un buen lugar para ti, ¿entiendes?

Un hombre con un traje oscuro con un diente de oro mira hacia nosotros con una sonrisa sobre la conocida historia que estamos jugando. Chico malcriado contra el viejo.

Sólo que el abuelo está actuando como un loco.

– Está bien – digo, mirando el reloj. Diez minutos después de las diez –. Sólo dime lo que está pasando.

– Te lo diré en el camino, – dice, envolviendo su mano alrededor de mi brazo. Quiero separarme de él, pero mi brazo ha sido arrancado de su alvéolo demasiadas veces en los últimos días. Dejé que me condujera hacia la puerta hasta estar lo suficientemente cerca de la barra para poder llamar la atención de Anton.

– Mira a quien me he encontrado – digo –. Conoces a mi abuelo.

Por la forma en que estrecha los ojos Anton. Supongo que el abuelo no es su persona favorita. La tapa de la barra de zinc está llena de vasos de cristal y al menos una botella vacía de Pshenichnaya<sup>15</sup>.

– Solamente me detuve para ver algunos viejos amigos, – dice el abuelo –. Vamos.

– No, Cassel, – dice Antón –. No ha tomado todavía una bebida. – Sirve una para mí, atrayendo la atención de algunos de los otros trabajadores jóvenes. Ellos a su vez me miran evaluándome.

Hay una intensidad que arde en la cara de Anton, desmentida por su media sonrisa y la forma lánguida en que está apoyado sobre la barra. Si él quiere llevar la familia, va a tener que llevarse con gente como el abuelo. No puede permitirse el lujo de ser puesto en manifiesto por un anciano. Tiene algo que probar, y está feliz de utilizarme para probarlo.

– Toma la bebida, – dice Antón.

– Es menor de edad, – dice el abuelo.

---

<sup>15</sup> Marca de Vodka.





Eso hace que los chicos de la barra se rían. Me tomo el vodka de un solo trago. El calor inunda mi estómago y chamusca mi garganta. Toso. Todo el mundo se ríe más fuerte.

– Es como todo, – dice uno de los chicos –. El primero es el peor.

Anton me sirve otra –. Estás equivocado, – dice –. El segundo es el peor porque sabes lo que viene.

– Adelante, – me dice el abuelo –. Toma tu bebida, y luego nos vamos.

Miro el reloj. Diez y veinte.

El segundo me golpea quemándome hasta el fondo.

Uno de los chicos me da una palmada en la espalda –. Vamos, – le dice a mi abuelo –. Deja que el chico se quede. Vamos a cuidar bien de él.

– Cassel, – el abuelo dice con firmeza, haciendo mí nombre una reprimenda –. No querrás estar cansado para ir a aquella escuela lujosa a la que vas.

– Vine con Barron, – digo. Alcanzo la botella a través de la barra y me sirvo una tercera copa. A los chicos les gusta.

– Te vas conmigo, – dice el abuelo en voz baja.

Esta vez el vodka baja por mi garganta como agua. Me alejo de la barra y hago que me tropiezo un poco. Me siento fuerte, con confianza. *Soy Cassel Sharpe*. Mi boca quiere formar las palabras. *Soy más listo que todos los demás y he pensado en todo*.

– ¿Estás bien? – pregunta Anton, mirándome como si estuviera tratando de entender si estoy borracho. Sus planes dependen de mí. Espero verme tan en blanco como sea posible y espero asustarlo. No tiene sentido ser el único miserable.

El abuelo me empuja hacia las puertas dobles, contra la marea de gente –. Va a dormir la borrachera en el coche.

– Déjame ir al baño, – le digo al abuelo –. Ya vuelvo.

Él me mira furioso.

– Vamos– digo –. Es un viaje largo. – En la pared, en el reloj se lee las 10:30. Anton se dirige a su posición de guardaespaldas de Zacharov. Barron probablemente ya está



buscándome. Pero ¿cuánto tiempo tardará Zacharov en exponerse?, es una incógnita. Su vejiga puede ser de hierro.

– Iré contigo, – dice el abuelo.

– Creo que puedes confiar en mí para que orine sin que haya ningún problema.

– Sí, – dice –, pero no lo hago.

Nos dirigimos hacia los baños, que están cerca de la cocina, nos dirigimos al área oscura, sin ventanas, detrás de la barra. Reviso y veo a Zacharov con una hermosa mujer con el pelo largo de color miel colgando de su brazo. La gema de color rojo pálido de su corbata es superada por los rubies colgando de sus orejas. La gente está declarando su apoyo y le dan la mano, guante de cuero contra guante de cuero.

Allí, en la multitud creo que la veo. Lila. Su pelo blanco bajo las luces. Tenía la boca pintada de rojo sangre brillante.

No debería estar aquí todavía. Va a arruinarlo todo.

Me desvío hacia el buffet. Hacia ella. En el momento en que llegué, se había ido.

– ¿Y ahora qué? – me pregunta el abuelo.

Hago estallar una syrniki<sup>16</sup> condimentada con rosas en mi boca.

– Estoy tratando de comer, – digo –, ya que estás tan loco que no me dejas comer.

– Sé lo que estás tratando de hacer, – dice –, Veo que miras el reloj. No más juegos, Cassel. Vas hacer pipi o no.

– Está bien – digo, y entro en el cuarto de baño. Diez y cuarenta. No sé cuánto tiempo más pueda arrastrar mis pies.

Hay algunos otros tipos aquí, peinándose en los espejos. Uno flaco rubio con los ojos hinchados está haciendo una raya de coca en el mostrador. Ni siquiera levantó la vista cuando la puerta se abrió.

Entro en el primer puesto y me siento en la tapa del inodoro, tratando de calmarme. Mi reloj dice diez cuarenta y tres.

Me pregunto si Lila quiere que todo se arruine. Me pregunto si realmente la vi en la multitud o si solamente la evoqué de mis miedos.

---

<sup>16</sup> Croquetas de queso.







Me quito la chaqueta, desabrochando mi camisa, pego el paquete de sangre falsa directamente sobre mi piel, resignándome a eliminar el vello pegado más tarde, cuando la arranque. Tiro del cable por el interior del bolsillo de mi pantalón, rasgando la costura y añadiendo más cinta al gatillo para agarrarlo fácilmente.

Diez cuarenta y siete.

Compruebo la botella de vómito pegada detrás de la taza del inodoro. Está ahí, pero no tengo ni idea de quien de ellos finalmente cedió y vomitó. Sonrío al pensarlo.

Diez cuarenta y ocho. Uno el cable sobre el gatillo.

– ¿Estás bien ahí dentro? – grita el abuelo. Alguien ríe.

– Sólo un segundo, – digo.

Hago un ruido de asfixia y vierto la mitad del contenido de la botella de vómito. El cubículo se llena con el olor avinagrado del vómito añejado de tres días. Hago arcadas de nuevo pero esta vez es de verdad.

Doy rienda suelta a la otra mitad y con cuidado devuelvo la botella vacía a la cinta. Al inclinarme es peor. Hago arcadas de nuevo.

– ¿Estás bien? – el abuelo suena más impaciente –. ¿Cassel?

– Estoy bien – le digo, y escupo.

Tiro de la cadena y abotono mi camisa con cuidado, luego, me pongo la chaqueta del traje, pero no la abotono.

La puerta se abre y oigo la voz de Anton –. Todo el mundo fuera. Necesitamos el baño libre.

Mis piernas se sienten inestables con el alivio. Abro la puerta de la cabina y me apoyo en el marco. Casi todo el mundo ya ha sido expulsado por mi vómito falso, pero los rezagados y el cocainómano están pasando delante de Antón. Zacharov se sitúa en los lavabos.

– Desi Singer, – dice, frotándose el lado de su boca –. Ha sido un largo tiempo.

– Esta es una fiesta muy agradable, – dice mi abuelo gravemente, asintiendo con la cabeza hacia Zacharov, su gesto es casi una reverencia –. No te habría figurado en la política.





– Nosotros, los que violamos las leyes debemos cuidar más de ellas. Nos ocupamos de ellas más que de otras personas, después de todo.

– Dicen que todo delincuente realmente grande al final entra en la política, – dice el abuelo.

Zacharov sonrío, pero cuando me ve, su sonrisa se desvanece –. Se supone que nadie debería estar aquí, – le dice a Antón.

– Lo siento – digo, sacando mi mano –. Estoy un poco borracho. Esta es una gran fiesta, señor.

El abuelo me agarra por el brazo para sacarme, pero Anton se lo impide.

– Este es el hermano pequeño de Philip. – Anton sonrío, como si todo esto fuera una broma divertida –. Dele al chico una emoción.

Zacharov extiende su mano lentamente, mirándome a los ojos –. Cassel, ¿verdad?

Nuestros ojos se encuentran –. Está bien, señor. Si no quiere estrecharme la mano.

Él sostiene la mirada –. Adelante.

Tomo su mano en la mía y le cubro la muñeca con la otra mano, empujando mis dedos enguantados en su manga, sacando mi dedo a través de la pequeña abertura en el cuero así que puedo rozar la piel de su muñeca. Sus ojos se abrieron cuando lo toqué, como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Intentó quitar su mano.

Lo empujo con fuerza hacia mí –. Tienes que fingir que mueres, – le susurro en la oreja –. Tu corazón simplemente se convertirá en piedra.

Zacharov aleja tambaleando, afligido. Mira hacia Anton, y por un momento creo que va a pedir algo que me condenaría. Luego se tambalea abruptamente contra la bisagra de uno de los puestos y, tropezando de nuevo, golpea su cabeza contra el secador de manos. Jadea silenciosamente y se desliza por la pared, su mano ligada a su camisa como si estuviera tratando de agarrar su pecho.

Vemos como sus ojos se cierran. Su boca se abre, una vez más, como si estuviera tratando de tomar una última bocanada de aire.

Zacharov no es un mal estafador.





– ¿Qué hiciste? – grita el abuelo –. Reviértelo, Cassel. Independientemente de lo que hayas hecho – el abuelo me mira como si no me conociera.

– Cállate, anciano, – dice Anton, golpeando con la puerta la cabeza del abuelo.

Quiero romperle la cara a Anton, pero no hay tiempo. La falta del retroceso me va a delatar.

Me concentro en transformarme a mí mismo. Imagino que un cuchillo viene hacia mi cabeza, trato de sentir el impulso de trabajar alimentado del peligro.

Tengo sacar el monstruo que soy. Pienso en Lila, y en mí con un cuchillo de pie sobre ella. Me imagino levantando el cuchillo y siento todo el peso del horror y el auto desprecio. El falso recuerdo aún tiene el poder de aterrorizarme.

De hecho, empujo mi mano un poco en respuesta, y luego siento que mi cuerpo se pone maleable. Imagino la mano de mi padre, en lugar de la mía. Me imagino sus dedos chatos y ásperos de callos.

La mano de mi padre para que vaya con su traje.

Una pequeña transformación. Un pequeño cambio. Espero tener un retroceso mínimo. Una onda pasa por mi piel. Me concentro en dar un paso hacia la pared, pero mi pie se siente como si estuviera pegado, fusionado.

Anton mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca un cuchillo de mariposa. Lo hace girar entre sus dedos, tan brillante como las escamas de un pez. Se inclina sobre Zacharov y cuidadosamente corta el alfiler de la corbata –. Todo va a ser diferente ahora, – dice, deslizando el diamante de Resurrección en su bolsillo.

Anton se vuelve hacia mí, todavía con el cuchillo, y de repente esto parece un plan terrible, terrible.

– Estoy seguro de que no te acuerdas, – dice Anton, en voz baja –. Pero me hiciste un amuleto. Ni siquiera pienses en tratar de *trabajarme*.

Como si pudiera hacer otra cosa que caer de rodillas con mi cuerpo retorciéndose y contorsionándose.

Borrosa, mi visión cambia, veo a mi abuelo agachándose cerca de Zacharov.





Mis extremidades cambian, las aletas se levantan en mi piel, y los brazos quinto y sexto golpean en la pared. Mi cabeza se golpea atrás y adelante. Mi lengua se bifurca. Tengo calambres como si todos mis huesos se salieran de sus propias órbitas. Mis ojos se convierten en un millar de ojos, parpadean juntos hacia el techo pintado. Me digo que esto va a acabar pronto, pero sigue y sigue sin cesar.

Anton camina hacia el abuelo –. Eres un trabajador leal, por lo que me entristece tener que hacerlo.

– Alto ahí, – dice el abuelo.

Anton niega con la cabeza –. Me alegro de que Philip no tenga que ver esto. No lo entendería, pero creo que tu sí, anciano. Un líder tiene que tener cuidado acerca de quién contará historias sobre él.

Trato de girar, pero mis piernas son cascos y hacen ruido contra las baldosas. No sé cómo manejarlos. Trato de gritar, pero mi voz no es la mía, hay un silbido de pájaro en su lugar, probablemente del pico que se endurece en mi cara.

– Adiós, – le dice Anton a mi abuelo –. Estoy a punto de convertirme en una leyenda.

Alguien golpea la puerta. El cuchillo se detiene, flotando frente a la garganta del abuelo.

– Soy yo, – dice Barron desde el otro lado –. Abre.

– Déjame abrir la puerta, – dice el abuelo –. Guarda el cuchillo. Si soy leal a alguien, es a este chico aquí. Y si quieres que te sea leal, serás cuidadoso.

– Anton, – digo desde el suelo. Es difícil formar las palabras con la lengua partida –. ¡La puerta!

Anton me mira, mete el cuchillo en su vaina, y abre la puerta.

Me concentro en mover mi mano transformada en el bolsillo de mis pantalones.

Barron camina unos pocos pasos tiesos en la habitación, luego se tambalea hacia adelante, como si fuera empujado por la espalda.

– Mantén tus manos donde pueda verlas, – grita la voz de una chica. Lila lleva un vestido rojo tan apretado como corto. Su único accesorio es la enorme arma de plata



que brilla en las luces fluorescentes. La puerta se cierra de un golpe detrás de ella. El arma parece real. Y está apuntando directamente a Anton.

Los labios de Anton se separan, como si fuera a decir su nombre, pero las palabras no salen.

– Me escuchaste, – dice.

– Mató a tu padre, – dice Anton, señalándome con el cuchillo –. No fui yo. Fue él.

Su mirada se desplaza hacia donde el cuerpo de Zacharov está en reposo, y el cañón de la pistola vacila.

Alcanzo mi chaqueta, con la esperanza de que mis dedos se queden en lo más parecido a un dedo como para ser útil. Mi lengua está trabajando de nuevo –. No lo entiendes. Nunca quise...

– Estoy cansada de tus excusas, – dice ella, nivelando la pistola hacia mí. Su mano tiembla –. No sabías lo que estabas haciendo. No recuerdas. No fue tu intención lastimar a alguien.

No suena como si estuviera fingiendo.

Trato de levantarme –. Lila...

– Cállate, Cassel, – dice, y me dispara.

La sangre salpica la cubierta de mi camisa.

Jadeo como un pez.

Cuando mis ojos se cierran, escucho al abuelo sofocándose con mi nombre. No hay nada como un arma de fuego para ser el alma de la fiesta.





Capítulo 18

Traducido por Lilith

ESTO DUELE. ESPERABA QUE NO, pero me quitó el aliento. La humedad se filtra a través de mi camisa, haciendo que se pegue a mi piel.

Intento calmar mi respiración tanto como sea posible. El cambio en mi cuerpo se ha desacelerado, el retroceso se está disipando. Quiero abrir mis ojos, pero necesito que Anton crea que realmente me disparó, por lo que escucho en lugar de mirar.

– Ustedes dos, contra de los fregaderos, – dice Lila –. Pongan sus manos donde pueda verlas.

Las personas se están moviendo a mí alrededor. Escucho un gruñido de la dirección de mi abuelo, pero no puedo permitirme el lujo de mirar.

– ¿Cómo puedes estar aquí? – pregunta Anton.

– Oh, vamos, – dice Lila, bajo y peligroso –. Ya sabes cómo llegué aquí. Anduve desde Wallingford. Sobre mis patitas.

Intento moverme, solamente un poco, entonces será mas fácil levantarme más tarde. Como un mago, el estafador desvía las sospechas. Aunque todo el mundo está mirando para que saque un conejo del sombrero, en realidad está cortando a una chica por la mitad. Crees que está haciendo un truco, cuando en realidad esta haciendo otro. Piensas que me estoy muriendo, pero me estoy riendo de ti.

Me molesta que me encante esto. No me gusta la adrenalina bombeando por las raíces de mi cuerpo llenándome de vertiginosa alegría. No soy una buena persona.

Pero engañar a Anton y Barron se siente fantástico.

230



Puedo escuchar pasos haciendo eco a mí alrededor, moviéndose hacia ella -. Lo siento, Lila, - dice Antón -. Yo sé que...

- Debiste haberme matado cuando tuviste la oportunidad, - dice ella.

Alguien toca mi hombro, y estuve a punto de flaquear. Dedos ásperos tocan mi cuello, buscando pulso. La única cosa que no puedo fingir. Abre mi chaqueta. Si desabrocha mi camisa, verá los cables.

- Eres un diablillo, Cassel Sharpe, - dice el abuelo en voz baja.

*Inteligente como el diablo y el doble de guapo.* Me fuerzo a no reír.

- Dame la pistola, - dice Anton, y esta vez se abren un poco mis ojos. Tiene el cuchillo en una mano.

- Sabes que no quieres hacer esto.

- Ponte contra los fregaderos, - dice.

Él deja caer el cuchillo y la golpea con su mano, tirando el arma fuera de su agarre. Pasa rozando por el suelo.

Ella se lanza sobre el arma al mismo tiempo que él lo hace, pero él llega primero. Trato de levantarme, pero mi abuelo me presiona hacia abajo.

Anton levanta la pistola, disparándole tres veces en el pecho.

Ella se tambalea hacia atrás, pero no está conectada de modo que no hay explosiones, no hay sangre. Las balas la golpean sin causar daños, rebotando en el suelo.

Estamos jodidos.

Antón se le queda mirando, luego, a la pistola en su mano. Entonces me mira. Tengo los ojos bien abiertos.

- Te voy a matar, - gruñe, arrojando a un lado la pistola falsa. Que golpea los azulejos, tan fuerte que un pedazo se desportilla.

Esto es malo.

Mi abuelo se interpone entre nosotros, y trato de empujarlo fuera del camino, cuando una voz viene desde el otro lado de la habitación.

- Basta ya, - dice Zacharov, en un repentino silencio sepulcral. Se levanta tambaleándose y estira su cuello, como si estuviera tieso.



Anton tropieza hacia atrás, como si Zacharov fuera un fantasma. Todos estamos congelados.

Barrón señala con su dedo acusador en mi dirección -. Nos estafaste. - Suena inestable.

- Todos lo han sido, - Zacharov dice con su acento -. Fueron así cuando eran niños con pistolas de agua. Agitándolas a su alrededor y empapando todo.

- ¿Por qué lo hiciste?, ¿qué sabías? - pregunta Antón -. ¿Por qué fingiste?

Zacharov hace una mueca -. Nunca hubiera creído que tú, Antón, traicionarías a nuestra familia. Nunca hubiera creído que harías un complot para matarme. Tú, de todas las personas, a quien habría hecho mi heredero. - Zacharov mira a mi abuelo -. La familia ya no significa nada, ¿verdad?

El abuelo mira de Barron hacia mí, como si no estuviera seguro de cómo responder.

Antón da dos pasos hacia Zacharov, torciendo su boca de una manera fea. Barron toma el cuchillo que Anton dejó caer y lo empuja a su mano. Lo voltea cerrando su mano en él, luego, abriéndola de nuevo.

Me doy vuelta y me levanto, deslizándome por el suelo de sangre falsa. Me las arreglo para ponerme de rodillas.

- Tú nunca vas a salir de aquí con vida, - dice Anton a Zacharov, señalando a Barron y al cuchillo.

Sólo tengo una carta para jugar, pero es una buena idea. Estoy de pie. Esto es como estar en el techo del Smythe Hall de nuevo, si me resbalo, muero.

- No tengo miedo, - dice Zacharov, todavía mirando a Anton -. Hace falta valor para matar a un hombre con sus propias manos. No tienes las pelotas.

- Cállate, - dice Antón. Se vuelve a Barron -. Dame el cuchillo. Le mostraré lo asustado que estoy.

Lila se apresura sobre Antón, pero su padre la toma de sus brazos y la empuja de nuevo detrás de él.

Sus labios se rizan. Sus ojos arden con el fuego mientras se queda mirando a su primo -. Te voy a matar, - dice.







Barron no entrega el cuchillo, solamente comienza a reír. Levanta la punta a la garganta de Anton.

– No me apuntes con esa cosa, – dice Antón, empujando la mano de Barron.

– ¿Qué estás esperando? Dámelo.

– Estoy señalando en la dirección correcta, – dice Barron –. Lo siento.

Tomo una profunda respiración y pongo a funcionar mi trampa –. Nos hemos estado reuniendo con Zacharov durante meses, Barron y yo. ¿Cierto, señor?

Zacharov me da una mirada dura. Me imagino que está harto de mis travesuras, pero tiene que darse cuenta que mantener el cuchillo en el cuello de Anton es lo más importante. Zacharov apreta sus dedos en los brazos de Lila –. Eso es correcto.

Barron asiente con la cabeza.

– No, no es así, – Anton le dice a Barron –. ¿Por qué? Incluso si eres capaz de joderme, no hay manera de que jodas a Philip.

– Está en esto también, – dice Barron. Retorciendo el cuchillo en su mano, dejando que las luces fluorescentes se reflejen en la hoja.

– Philip nunca me traicionaría. Eso es imposible. Planificamos esto juntos. Lo planeamos por años.

Barron se encoge de hombros –. Si eso es cierto, entonces ¿dónde está? Si fuera tan leal, ¿no estaría aquí?

Luego, Antón me mira –. Esto no tiene ningún sentido.

– ¿Qué no tiene sentido? – pregunta Lila. Reduciendo sus ojos hacia mí por un momento –. ¿Crees que eres el único que puede traicionar a la gente, Antón? ¿Crees que eres el único mentiroso?

Puedo ver el conflicto en la cara de Anton. Todavía trata de entender su próximo movimiento.

– Teníamos que estar seguros de que en serio matarías al jefe de nuestra familia, – dice Barron. No parece confuso, ni siquiera se inmuta.



– Pero va a matarte, idiota, – dice Antón. Suena confundido –. Votaste todo a cambio de nada. Secuestraste a su hija. Eres hombre muerto. Va a ejecutarnos a todos nosotros.

– Nos perdonó, – dijo Barron –. Hizo un trato con Philip y conmigo para dejar ese plan. Era más importante probar que planeabas matarlo. No somos nadie. Tú eres su sobrino.

Zacharov resopla con suavidad, moviendo la cabeza. Luego extiende su mano hacia Barron, quien gentilmente deja caer el cuchillo en la mano de Zacharov.

Dejé escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo.

– Anton, – dice Zacharov, soltando a Lila como si de pronto se diera cuenta de que debía –. Estás en inferioridad numérica. Es hora de hacer las maletas. Acuéstate en el piso. Lila, ve a buscar a Stanley. Dile que hay algo aquí con lo que tenemos que lidiar. Lila limpia sus manos en su vestido y no mira a ninguno de nosotros a la cara. Trato de coger su mirada, pero es imposible. Se dirige hacia la puerta.

Zacharov es el que encuentra mi mirada. Sabe que lo estafé, incluso si no sabe cómo. Me da una leve inclinación de cabeza.

Supongo que demostré lo que era.

– Gracias, Barron. Y Cassel, por supuesto. – Puedo oírlo rechinar sus dientes cuando da las gracias a mi hermano y a mí por una mentira –. ¿Por qué no van con Lila y me esperan en la cocina? No están haciendo nada aquí. Desi, asegúrate de que no se extravíen.

– Tu, – dice Anton, mirándome –. Tú hiciste esto. Tú hiciste que esto pasara.

– Yo no te hice un idiota – digo, lo que tal vez no es la cosa más inteligente, pero estoy sin palabras y mareado por el alivio –. Además, sabes que soy muy malo en mantener la boca cerrada.

Antón se abalanza sobre mí, cerrando la distancia antes de que pueda reaccionar. Nos desplomamos hacia atrás en uno de los puestos, y me golpeo la cabeza con los azulejos junto a uno de los baños. Veo al abuelo agarrando el cuello de Anton como tratando de quitarlo de encima mío, pero Anton es demasiado grande y fuerte para eso.



Sus nudillos golpean mi mejilla. Me inclino hacia arriba, mi frente golpea contra su cráneo lo bastante duro para marearme con el dolor. Se arquea hacia arriba, como si me fuera a golpear de nuevo, cuando sus ojos pierden el foco. Cae encima de mí y sólo se queda allí, pesado como una manta.

Gateo hacia atrás, sin preocuparme por el suelo sucio, tratando de salir debajo de él. Se ve pálido, sus labios ya están azules.

Está muerto.

Antón ha muerto.

Todavía estoy mirándolo cuando Lila se agacha y pone una bola de papel higiénico en mi boca. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sangrando.

– Lila, – dice Zacharov –. Vamos. Necesito que salgas de aquí.

– ¿Alguna vez pensaste que eres demasiado inteligente para tu propio bien?, – Me pregunta en voz baja, antes de regresar con su padre.

El abuelo sostiene su muñeca, encorvándola protectoramente.

– ¿Estás bien? – le pregunto, poniéndome de pie y apoyándome pesadamente contra la pared.

– Voy a estar bien cuando salgamos de este cuarto de baño, – dice el abuelo. Entonces me doy cuenta de que su mano derecha está desnuda y su dedo anular se oscurece, el negro se difumina por debajo de la uña.

– Oh, – digo. Me salvó la vida.

Él se ríe –. ¿Qué? ¿No creías que todavía lo tenía en mí?

Me avergüenza admitir que olvidé que él *sigue* siendo un trabajador de muerte. Siempre he pensado que fue un trabajador en el pasado, pero mató a Anton con un solo toque, una leve presión de sus dedos en su cuello vulnerable.

– Deberías haberme dejado ayudarte, – dice el abuelo –. Los oí hablar después de la cena de esa noche cuando ellos me drogaron.

– Lila, Barron, – dice Zacharov – "Vengan conmigo. Dejaremos a Cassel y a Desi solos por un momento para que se limpien. – Nos mira –. No vayan a ninguna parte.

Asiento a medida que avanzan.





– Tienes mucho que explicar, – dice el abuelo.

Todavía estoy presionando la bola de papel a mi mejilla. Babeando sangre real de mi boca que cae sobre mi camisa al lado de la sangre falsa. Miro hacia abajo al cuerpo de Anton –. Pensaste que todavía mi memoria estaba trabajada, por eso es que estabas tratando de sacarme de aquí.

– ¿Qué iba a pensar? – dice el abuelo –. ¿Que los tres tenían algún plan ridículamente complicado? ¿Que Zacharov estaba en esto también?

Sonríbo abiertamente en el espejo –. No estábamos en nada. Falsifiqué los cuadernos de Barron. Barron cree todo lo que dicen esos cuadernos. Tiene que hacerlo, con su pérdida de memoria.

Eso fue lo que hice el último día y medio. Lo que me quedé haciendo despierto toda la noche. Re-escribir páginas y páginas de notas de puño y letra fácil de falsificar porque ya la conocía muy bien. He construido una vida completamente diferente para Barron, el tipo de vida donde él querría salvar al líder de una familia del crimen porque Zacharov es el padre de Lila. El tipo de vida donde mis hermanos y yo trabajamos juntos por nobles propósitos.

La forma más fácil de decir mentiras son las que queremos que sean ciertas.

El abuelo frunce el ceño, y luego la comprensión suaviza sus rasgos acabando en estado de shock –. ¿Quieres decir que nunca se reunió con Zacharov?

Niego con la cabeza –. No. Simplemente cree que lo hizo.

– ¿Tu te reuniste con Zacharov?

– Lila quería que nos encargáramos nosotros mismos, – digo –. Por lo tanto, tampoco.

Él se queja –. Esto es el problema amontonado en la parte superior de los problemas.

Doy una última mirada al cuerpo de Anton. Algo brilla a la luz. El diamante de Zacharov, el pasador de la corbata está en la mano izquierda de Anton. Debe de haberlo tomado de su bolsillo.

Me agacho y levanto el pasador.

Zacharov está apoyado en la puerta cuando me paro. No lo he oído entrar – Cassel Sharpe. – Suena cansado –. Mi hija me dice que esta fue su idea.





Asiento –. Hubiera funcionado mejor con un arma real.

Él resopla –. Ya que esto fue tu idea, no voy a cortar tu mano por tocar mi piel. Sólo dime una cosa ¿Hace cuánto tiempo sabes que eres un trabajador de transformación?

Por un momento, abro la boca para discutir. No lo trabajé, ¿cómo puede estar seguro de que no estaba fingiendo? Luego recuerdo el retroceso, y mi transformación sobre el suelo de baldosas –. No hace mucho tiempo, – digo.

– ¿Y tu lo sabías? – Zacharov gira hacia el abuelo.

– Su madre quería mantenerlo en secreto hasta que tuviera la edad suficiente. Iba a decírselo después de su liberación. – El abuelo me mira –. Cassel, lo que puedes hacer es muy valioso para algunas personas. No estoy diciendo que tu madre tenía la razón, pero es una mujer inteligente y...

Lo interrumpo –. Lo sé, abuelo.

Zacharov nos está mirando, como si pesara algo en su mente –. Quiero dejar esto en claro: nunca estuve de acuerdo en dejar a tus hermanos vivir. A ninguno de ellos.

Asiento, porque puedo escuchar que no ha terminado de hablar.

– Tu abuelo tiene razón. Eres valioso. Y ahora eres mío. Mientras sigas trabajando para mí, tus hermanos se mantendrán con vida. ¿Entiendes?

Asiento otra vez.

Debería decirle que no me importa. Que no me importa si están muertos. Pero no lo hago. Supongo que es cierto, nadie te amará como tu familia.

– Estamos claros en esto, – dice –. Por ahora. Ve a la cocina y mira si alguien puede darte una camisa limpia.

El abuelo se pone su guante derecho. Ahora uno de sus dedos cuelga flojo como los de su mano izquierda.

– Oh. He encontrado... – digo a Zacharov, extendiendo el diamante de Resurrección antes de notar algo extraño. Un rincón de la enorme roca está quebrado.

Zacharov me lo quita con una sonrisa forzada –. Gracias una vez más, Cassel.

Asiento, tratando de no dejarle ver que sé que el diamante de Resurrección no puede proteger a nadie. Es inútil. Está hecho de vidrio.





Fuera del baño la fiesta aún continúa llena. El ruido se estrella sobre mí como una ola surrealista, la música y las risas y los discursos lo suficientemente altos como para cubrir los disparos. Nadie definitivamente se ha dado cuenta de lo que ha pasado, Anton está muerto, parece real a la luz danzante de las lámparas de araña o lo reflejos de miles de burbujas de champán.

- ¡Cassel! – grita Daneca, corriendo hacia mí –. ¿Estás bien?
- Estábamos preocupados, – dice Sam –. Estuviste allí por mucho tiempo.
- Estoy bien – digo –. ¿No me veo bien?
- Estás cubierto de sangre en medio de una fiesta, – dice Sam –. No, no te ves bien.
- Este es el camino, – dice Zacharov, señalando hacia la cocina.
- Vamos contigo, – dice Daneca.

Me siento cansado, y mi mejilla está palpitando. Mis costillas aún me duelen. Y no veo a Lila en ningún lugar.

– Sí – digo –. Está bien.

La gente casi tropieza con ellos mismos para salir de mi camino mientras camino. Creo que realmente me veo mal.

La cocina se ve más pequeña, con gente corriendo por todas partes, preparando las bandejas de galletas que se untan en el caviar, pasteles dorados de los que se sale la mantequilla de ajo, y tortas pequeñas cubiertas con limón cristalizado.

Mi estómago ruge, sorprenderme. No debería tener hambre después de ver a otra persona morir, pero estoy muriendo de hambre.

Philip está de pie atrás, flanqueado por dos hombres corpulentos que parecen detenerlo. No sé si Lila lo trajo a la fiesta o si Zacharov envió por él para tenerlo escoltado donde quiera que ella lo tenía.

Cuando me ve, sus ojos se entrecierran.

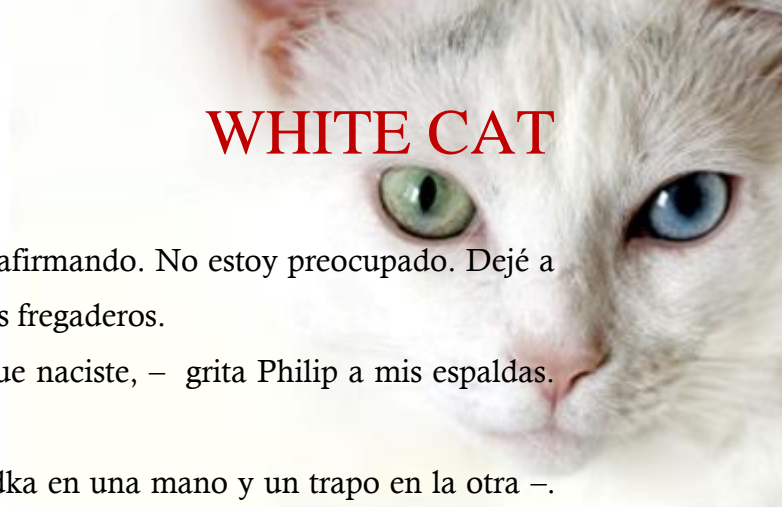
– Me quitaste todo, – grita –. Maura. Mi hijo. Mi futuro. Mi amigo. Te llevaste todo.

Supongo que lo hice.

Podría decirle que no quería que esto que sucediera.

– Apesta, ¿Verdad? – Digo.





Él lucha con los guardaespaldas que lo están afirmando. No estoy preocupado. Dejé a Daneca llevarme a la zona de la despensa y los fregaderos.

– Voy a hacer que te arrepientas del día en que naciste, – grita Philip a mis espaldas. Lo ignoro.

Lila está esperándome con una botella de vodka en una mano y un trapo en la otra –. Súbete al mostrador, – dice.

Hago a un lado un plato de harina y una espátula. Philip sigue gritando, pero su voz parece venir de muy lejos. Sonríó –. Lila, esta es Daneca. Creo que ya conoces a Sam. Son mis amigos de la escuela.

– ¿Realmente admitió que somos sus amigos? – pregunta Sam, y Daneca se ríe.

Lila vierte un poco de vodka en la servilleta.

– Siento, no decirte sobre el resto de mi plan, – digo a Lila –. Acerca de Barron.

– Los cuadernos, ¿verdad? Los arreglaste de alguna manera.

Cuando la miro sorprendido, sonrío –. Viví con él durante años, ¿recuerdas? Vi los cuadernos. Inteligente. – Presiona el paño sobre mi mejilla, y siseo. Esto arde como loco.

– Ay, – digo –. ¿Alguna vez pensaste que eras una especie de matón?

Su sonrisa se ensancha. Si pudiera, creo que se acurrucaría en la esquina. Se acerca a mí –. Oh, sé lo que soy. Y sé que te gusta.

Sam ríe disimuladamente. No me importa.

Me gusta.





Capítulo 19

Traducido por Rihano y Lilith

PASÓ LAS SIGUIENTES DOS semanas encerrado, haciendo todas las tareas que dejé de hacer. Daneca y Sam me ayudan, se sientan conmigo en la biblioteca hasta el toque de queda, cuando tengo que ir a casa y ellos tienen que volver a los dormitorios. Paso tanto tiempo en la escuela que el abuelo me consiguió mi propio coche. Me llevó a donde algún amigo suyo que me conectó con un Mercedes-Benz Turbo 1980 para dos, magnífico.

240

Funciona como una mierda, pero Sam me prometió ayudarme a convertirlo en algo genial. Ganó una especie de feria estatal de ciencias por la conversión de su carroza fúnebre, y piensa que puede hacerlo de la misma manera como si fuera una feria internacional de la ciencia, con los pequeños ajustes que tiene previsto para mi coche. Hasta entonces, cruzo mis dedos para que el motor siga funcionando.

El martes cuando salgo a mi coche para ir a casa, encuentro a Barron apoyado en él, haciendo girar las llaves alrededor de su dedo negro enguantado. Su motocicleta está parada al lado de mi coche en el estacionamiento.

– ¿Qué quieres? – Pregunto.

– Noche de pizza, – dice.

Lo miro como si hubiera perdido sus cabales.

Me devuelve la mirada –. Es martes.

El problema de forjar un año entero de la vida de alguien muy rápidamente es que tus fantasías se meten sin tener sentido. Lo que significa que no solo cambias las cosas que





necesitabas, sino que también deja mucho espacio para llenar. Llené el espacio con la relación que deseaba que tuviéramos.

Es un poco vergonzoso ya que Barron está aquí parado, pensando realmente que vamos a comer pizza cada martes y hablar de nuestros sentimientos.

– Yo conduzco, – digo finalmente.

Ordenamos una pizza abarrotada de queso y salsa y salchichas y peperoni en un pequeño lugar con puestos y pequeñas máquinas de discos encima de cada mesa de linóleo. Cubro mi rebanada con granos de pimienta picante.

– Voy a volver a Princeton para terminar la escuela, – dice, mordiendo un pedazo de pan de ajo –. Ahora que mamá saldrá. Algo me dice que pronto va a necesitar de un abogado nuevamente. – Me pregunto si podrá volver, si podrá llenar los huecos en su cabeza con libros de texto y recordarlo, siempre y cuando no trabaje más. Eso es un gran "Siempre y cuando".

– ¿Sabes cuando será liberada realmente?

– Dicen que el viernes, – dice –. Pero ya han cambiado la fecha dos veces, así que no sé cómo tomarlo en serio. Pero creo que deberíamos tenerle una torta o algo así, por si acaso. En el peor de los casos: nos comeremos el pastel de todos modos.

Los recuerdos son graciosos. Barron parece relajado, como si realmente le agradara, porque no recuerda odiarme. O tal vez recuerda la sensación de desagrado, pero asume que le agrado más de lo que me odia. Pero no estoy relajado. No puedo dejar de recordar. Quiero saltar de la silla y ahogarlo.

– ¿Qué crees que es lo primero que va a hacer cuando salga? – Pregunto.

– Entrometerse – dice, y se ríe –. ¿Qué crees tú? Va a empezar a tratar de conseguir que todo salga del modo que quiere que vaya. Y es mejor que recemos para que esto vaya del modo que también queremos.

Absorbo la soda por mi pitillo, lamo la grasa de mi guante, y contemplo transformar a Barron en una rebanada de pizza y luego dársela a comer a los niños en la mesa de al lado.

Aún así, es bueno tener un hermano con quien pueda hablar.



Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca.

Eso es lo que Zacharov dice cuando explica por qué mantiene a Philip trabajando para la familia, donde puede mantenerlo vigilado. La gente no suele salir viva de las familias del crimen, así que supongo que no debería sorprendernos.

Le pregunte al abuelo si ha visto Philip, pero lo único que hace es gruñir.

\*\*\*

Lila me llama el miércoles.

– Hey – digo, no reconociendo el número.

– Hey, a ti mismo. – Suena feliz –. ¿Quieres salir?

– Sí – digo, mi corazón golpea fuerte. Cambio mi bolso al otro hombro con manos torpes.

– Ven a la ciudad. Podemos conseguir chocolate caliente, y tal vez deje que me ganes en un juego de vídeo. Tengo cuatro años fuera de práctica. Puede ser que esté un poco oxidada.

– Te ganaré dejándote tan mal que tu propia reencarnación se reirá de ti.

– Tonto. Ven el sábado, – dice, y cuelga.

Sonrío todo el camino hasta al restaurante.

El viernes al almuerzo me dirijo al patio. Hace calor y muchos chicos han traído su almuerzo para comerlo sobre la hierba. Sam y Daneca están sentados con Johan Schwartz, Jill Pearson-White, y Terweil Chaiyawat. Me hacen señas con las manos.

Levanto mi mano y giro hacia un pequeño bosquecillo de árboles. He estado estudiando detenidamente todo lo sucedido, y hay una cosa que todavía me molesta.

Saco mi teléfono y marco un número. No espero que nadie conteste, pero ella lo hace.

– Oficina del Dr. Churchill, – dice Maura.

– Soy Cassel.





– ¡Cassell!, – Dice –. Me preguntaba cuando llamarías. ¿Sabes cuál es la mejor sensación del mundo? Sola conduciendo por la carretera con la música a todo volumen, el viento en tu cabello, y tu bebé gorgoteando felizmente en su asiento del coche.

Sonrío –. ¿Sabes a dónde vas a ir?

– Todavía no, – dice –. Creo que lo voy a saber cuando llegemos allí.

– Me alegro por ti – digo –. Sólo quería llamarte y decirte eso.

– ¿Sabes lo que más echo de menos?, – Dice.

Niego con la cabeza, y luego me doy cuenta de que no me puede ver –. No.

– La música. – Su voz disminuye, baja y suave –. Era tan hermosa. Me gustaría poder oírla de nuevo, pero ya no está. Philip se llevó la música con él.

No puedo dejar de estremecerme.

Daneca está caminando hacia mí cuando cuelgo el teléfono. Se ve molesta.

– Hey, – dice –. Vamos. Vamos a llegar tarde.

Debo verme en shock o algo así, porque vacila –. No tienes que hacer esto si no quieres.

– No es eso. Quiero hacerlo – digo. No estoy seguro de decirlo en serio, pero estoy seguro de que Daneca y Sam estuvieron allí para mí cuando realmente los necesité. Tal vez el punto de una verdadera amistad no es que tengas que devolver la amabilidad, pero independientemente de esto. Por lo menos debería intentarlo.

Mientras Daneca, Sam, y yo cruzamos el patio, veo Audrey comiendo una manzana cerca de la entrada al centro de artes.

Me sonrío de la forma en que solía hacerlo –. ¿A dónde van?

Tomo una respiración profunda –. A una reunión HEX. Estudio sobre los derechos de los trabajadores.

– ¿En serio? – Mira hacia Daneca.

– ¿Qué puedo decir? – Me encojo de hombros –. Estoy probando cosas nuevas.

– ¿Puedo ir? – no se levanta, como si estuviera esperando que dijera que no.



– Por supuesto que puedes, – dice Daneca, antes de que pueda pasar de la idea de que quiere venir –. Las reuniones HEX son para todos para que nos entendamos mejor unos a otros.

– Tienen café gratis, – dice Sam.

Audrey tira la manzana hacia los arbustos de la entrada –. Cuenten conmigo.

La reunión se lleva a cabo en la sala de música de la señora Ramírez, es la consejera. Un piano se sienta en una esquina, y algunos tambores descansan cerca de la pared del fondo, frente a una estantería llena de carpetas delgadas de partituras. Unos platillos se equilibran en la plataforma baja cerca de una pared de ventanas, cerca de una cafetera que gorgotea.

La Sra. Ramírez está sentada al revés sobre la banqueta del piano en un círculo de estudiantes. Entramos y empujamos cuatro sillas. Todo el mundo se hace cortésmente a un lado, pero la chica que está de pie no deja de hablar.

– Lo que pasa es que es muy difícil acabar con la discriminación cuando algo es ilegal, – dice la chica –. Quiero decir, todo el mundo piensa en los trabajadores como delincuentes. Al igual, la gente usa «trabajador» en el sentido de la palabra «criminales». Y, bueno, si hicimos un trabajo, una sola vez, somos criminales. Entonces la mayoría de nosotros lo somos, porque tuvimos que entenderlo de alguna manera y fue por lo general haciendo que algo sucediera.

No sé su nombre, sólo sé que es una estudiante de primer año. No mira a nadie mientras habla, y su voz suena afectada. Estoy un poco asombrado por su valentía.

– Y hay muchos trabajadores que nunca hacen nada malo. Van a bodas y a hospitales y le dan suerte a la gente buena. O hay personas que trabajan en centros de acogida y le dan esperanza a la gente y los hacen sentir más seguros y positivos. Y esa palabra... «Maldición». Como si todo lo que pudiéramos hacer es magia mala. Quiero decir, ¿por qué vas a querer hacer cosas malas? El retroceso es terrible. Al igual, si un trabajador de suerte todo lo que hace es hacer que la gente tenga buena suerte, entonces todo lo que tendrá es buena suerte también. No tiene por qué ser malo.

Hace una pausa y levanta su mirada para mirarnos.



– La magia, – dice la chica –. La magia es todo.

Cuando llego a casa esa noche, el abuelo está haciendo una taza de té en la cocina. Hemos limpiado mucho. Los mostradores son en su mayoría claros y la cocina ya no es una costra de alimentos viejos. Hay una botella de whisky sobre la mesa, pero la tapa todavía está puesta.

– Tu madre llamó, – dice –. Está fuera.

– ¿Fuera? – Repito en silencio –. ¿Fuera de la cárcel? ¿Está aquí?

– No. Pero tienes una visita, – dice, volviendo a limpiar la grifería –. Esa chica Zacharov está en tu habitación.

Miro hacia arriba, como si pudiera ver a través del techo, sorprendido y feliz. Me pregunto qué piensa de la casa, y entonces recuerdo que ha estado aquí antes, un montón de veces. Incluso ha estado en mi cuarto antes, como un gato. Luego, el resto de lo que dijo el abuelo me golpea –. ¿Por qué le llamas a Lila 'esa chica Zacharov? ¿Y dónde está mamá? No puede haber llegado muy lejos. La cárcel tuvo que haberla hecho más lenta.

– Shandra alquiló una habitación de hotel. Dice que no quiere que la veamos del modo en el que ahora está. Lo último que supe, fue que pidió champán francés y papas fritas bañadas en aderezo ranchero hasta su baño de burbujas.

– ¿En serio?

Se ríe, pero suena hueco –. Conoces a tu madre.

Camino por delante de él y de las demás cajas de cosas sin clasificar en el comedor, camino hacia las escaleras, subiendo dos escalones la vez. No entiendo su estado de ánimo, pero mi necesidad de ver a Lila abruma otras preocupaciones.

– Cassel, – me llama, y a su vez, me inclino sobre la barandilla –. Sube y trae a Lila. Hay algo que tengo que decirles a los dos.

– Está bien – digo de forma automática, pero realmente no quiero enterarme de lo que sea.

Dos pasos rápidos por el pasillo y abro la puerta de mi dormitorio.





Lila está sentada en la cama, leyendo una vieja colección de historias de fantasmas que nunca regresé a la biblioteca. Gira para darme una sonrisa socarrona –. Realmente te eché de menos, – dice, extendiendo una mano.

– ¿Sí? – No puedo dejar de mirarla, la forma en que la luz del sol entra por la ventana sucia es capturada en sus pestañas, haciéndolas brillar como el oro, la forma en que su boca se aparta ligeramente. Se ve como la chica con la que recuerdo trepar a los árboles, la que perforó mi oído y me lamió la sangre, pero se ve a diferente de esa chica también. El tiempo ha vaciado sus mejillas y ha hecho sus ojos febrilmente brillantes.

He pensado en ella tantas veces en esta habitación que parece que mis pensamientos la evocaran, una fantástica Lila, tendida sobre la cama. La irrealidad me hace más fácil caminar hacia ella, aunque mi corazón está latiendo como martillo en mi pecho.

– ¿Me extrañaste?, – Pregunta, estirando su cuerpo lo hace como un gato. Pone el libro sin título en su lugar.

– Durante años – digo, desvalidamente honesto por una vez. Quiero presionar mis dedos en la línea de su mejilla y seguir el polvo de pecas en su piel pálida, pero todavía no parece lo bastante real para tocarla.

Se acerca, y todo en ella es vertiginosamente cálido y suave.

– También te eché de menos, – dice, en voz baja y sin aliento.

Me río, lo que me ayuda a despejar mi cabeza un poco –. Querías matarme.

Ella niega con la cabeza –. Siempre me gustaste. Siempre te quise. Siempre.

– Oh, – digo estúpidamente. Y entonces la beso.

Su boca se abre bajo la mía y se acuesta, atrayéndome hacia abajo sobre la cama con ella. Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello y suspira contra mi boca. Mi piel se siente caliente. Mis músculos están tensos, como si estuviera listo para una pelea, todo apretado con tanta fuerza que estoy temblando.

Tomo un simple suspiro tembloroso.

Estoy lleno de felicidad. Tanta felicidad que apenas puedo contenerme.

Ahora que he empezado a tocarla, parece que no pudiera detenerme. Es como si mi lengua y mis manos le dijeran todas las cosas que no sé cómo decir en voz alta. Mis





dedos enguantados se deslizan a la cintura de sus pantalones vaqueros, sobre su piel. Ella se bambolea un poco, para bajar sus pantalones, y alcanza los míos. Respiro su aliento, mis pensamientos son una espiral de incoherencia.

Alguien golpea en la puerta de la habitación.

Por un momento no me importa. No me detengo.

– Cassel, – el abuelo llama desde el otro lado de la puerta.

Me levanto de la cama y camino. Lila está enrojecida, respirando con dificultad. Sus labios están rojos y húmedos, sus ojos oscuros. Todavía me tambaleo.

– ¿Qué? – grito.

La puerta se abre y mi abuelo está allí, sosteniendo el teléfono –. Necesito que vengas y hables con tu madre, – dice.

Miro a Lila en tono de disculpa. Sus mejillas se tiñen de color rosa y está buscando a tientas sus pantalones vaqueros, tratando de abotonarlos.

– Le devolveré la llamada. – Lo miré airadamente, pero él apenas parece darse cuenta.

– No, – dice –. Toma el teléfono y escucha lo que tiene que decirte.

– *Abuelo* – digo.

– Habla con tu madre, Cassel. – Su voz es más severa de lo que jamás escuché.

– ¡Bien! – digo agarrando teléfono y entrando al pasillo, sacando al abuelo conmigo.

– Felicidades por salir de la cárcel, mamá – digo.

– ¡Cassel! – Suena exaltada al hablar conmigo, como si fuera el príncipe de algún país extranjero –. Siento no haber vuelto a casa. Quiero ver a mis bebés, pero no sabes lo que fue vivir con un grupo de mujeres durante todos estos años y nunca tener un momento a solas. Y ninguna ropa apta. He perdido mucho peso por aquella horrible comida. Necesito un montón de cosas nuevas.

– Grandioso, – digo –. ¿Así que estás en un hotel?

– En Nueva York. Sé que tenemos mucho de que hablar, cariño. Siento no haberte dicho antes que eras un trabajador, pero sabía que la gente intentaría aprovecharse de ti. Y mira lo que te hicieron. Por supuesto, si el juez me hubiera escuchado y se





hubiese dado cuenta de que una madre necesita estar con sus hijos, nada de esto habría sucedido. Mis chicos me necesitaban.

– Sucedió antes de fueras a la cárcel, – digo.

– ¿Qué?

– A Lila. Trataron de hacerme matarla antes de que fueras a la cárcel. La encerraron en una jaula antes de que fueras a la cárcel. No tuvo nada que ver contigo.

Ella vacila un poco –. Oh, cariño, estoy segura de que no es cierto. Solo que no lo recuerdas correctamente.

– NO hables sobre mis recuerdos. – Digo casi escupiendo las palabras. Cada una sale de mi lengua como una gota de veneno.

Ella guarda silencio, lo que es tan inusual que no puedo recordar que alguna vez haya ocurrido antes –. Cariño, – dice finalmente.

– ¿De qué trata esta llamada? ¿Qué es tan importante que el abuelo me hizo hablar contigo en este mismo momento?

– Oh, no es nada en realidad. Tu abuelo está molesto. Ya ves, te tengo un regalo. Algo que siempre quisiste. Oh, cariño, no sabes cuanto me alegro de que te las hayas arreglado para lograr sacar a tus hermanos de una mala situación. Tus hermanos *mayores* y tu, el menor, encargándose de ellos. Te mereces algo solamente para ti.

Un frío temor se desenrolla en mi estómago –. ¿Qué?

– Solamente un poquito...

– ¿Qué hiciste?

– Bueno, fui a ver Zacharov ayer. ¿Alguna vez te dije que nos conocemos? Así es. De todos modos, me encontré con su adorable hija saliendo. Siempre te gustó, ¿no?

– No – digo. Negando con mi cabeza.

– ¿No te gustaba? Pensé...

– No. No. Mamá, por favor, dime que no la tocaste. Dime que no la trabajaste.

Suena indecisa, pero también sin arrepentimiento, como si estuviera tratando de engatusarme a su gusto con un suéter que compró –. Pensé que serías feliz. Y se puso







muy bonita, ¿no te parece? No es tan guapa como tú, por supuesto, pero más bonita que la pelirroja con la que estabas desperdiciando tu tiempo.

Me apoyo en la pared, cerrando mis hombros en esta, ya no recuerdo cómo mover mis piernas –. Mamá, – gimo.

– Cariño, ¿qué pasa?

– Dime lo que hiciste. Sólo dímelo. – Es una cosa terrible y desesperada pedirle a alguien que aplaste tu esperanza.

– Esto realmente no es el tipo de cosa que dirías por teléfono, – dice en tono de reproche.

– Dilo – Grito.

– Está bien, está bien. La trabajé para que te amara, – dice mamá –. Va a hacer absolutamente todo lo que quieras. Cualquier cosa. ¿No es genial?

– Solucíonalo, – digo –. Tienes que deshacerlo. Devuélvela de la manera en que estaba. Voy a llevarla contigo y la puedes volver a trabajar para que vuelva a la normalidad.

– Cassel, – dice –, tú sabes que no puedo hacer eso. Puedo hacer que te odie. Incluso puedo hacer que sienta absolutamente nada por ti, pero no puedo quitarle lo que he hecho. Si te molesta tanto, sólo espera. La forma en que se siente se desvanecerá con el tiempo. Quiero decir, no será exactamente la misma que era antes.

Cuelgo el teléfono. Suena una y otra vez. Miro el identificador, veo el nombre del hotel desplazarse por el identificador de llamadas.

Lila me encuentra sentado en el pasillo, en la oscuridad, sosteniendo un teléfono que está sonando aún mientras sale para ver que me está tomando tanto tiempo –. ¿Cassel?

– susurra.

Apenas puedo mirarla.

Lo más importante para cualquier artista de la estafa es nunca pensar como un estafado. Los estafados calculan que van a llegar a un acuerdo sobre un bolso robado, entonces se molestan cuando el revestimiento se cae. Piensan que van a obtener





boletos en primera fila por casi nada de un tipo parado bajo la lluvia, luego se sorprenden cuando las entradas son sólo pedazos de papel mojado.

Los estafados piensan que pueden obtener algo por nada.

Los estafados piensan que pueden conseguir lo que no se merecen y que nunca podrían merecer.

Los estafados son estúpidos y patéticos y tristes.

El estafado piensa que llega a casa una noche y tiene a la chica que ha amado desde que era un niño de pronto amándolo.

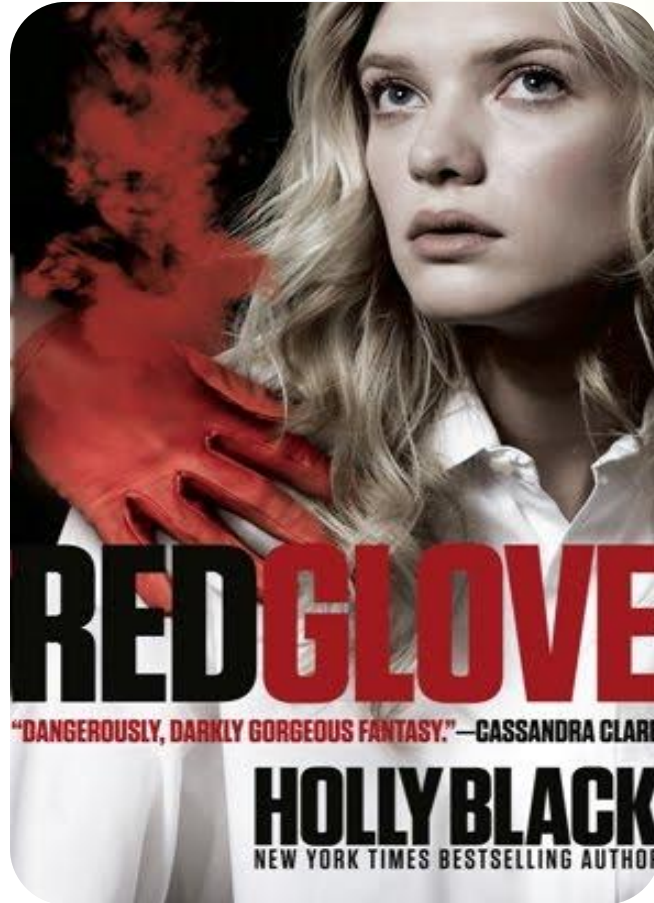
El estafado olvida que cada vez que algo es demasiado bueno para ser verdad, eso es porque es un engaño.



*The Curseworkers*

WHITE CAT

*Proximamente en ...*



251

*Foro Shadow Side*

*Foro Shadow Side*





# *Agradecimientos*

- ❖ *Diseño: Daniel Grigori*
- ❖ *Corrección: Dana Alexia*
- ❖ *Redacción: Lilith*

